

WARHAMMER
40,000
GUARDIANES DEL TRONO
LA LEGIÓN DEL EMPERADOR
CHRIS WRAIGHT

Índice

Titulo Original: *The Emperor’s Legion*
Autor: *Chris Wraight*
Traducido: *Humaneleux*
Corregido: *Michernan*
Montaje: *Valncar*



Más allá de las palabras

Todo el trabajo que se ha realizado en este libro, traducción, revisión y maquetación esta realizado por admiradores de Warhammer con el objetivo de que más hermanos hispanohablantes disfruten y compartan de este gran universo.



TIERON I

Lo he considerado. Poner fin a todo. Miré a los cielos. Vi buenas almas sucumbir a la debilidad, y almas inmundas aprovechan su momento.
¿Lo que de ella?
Todos dudamos.

He vivido más de doscientos años estándar. Demasiado tiempo. He enterrado a dos esposas, y he visto a siete niños entrar al servicio y dejarme en el vacío, y aún sigo aquí, viejo, terco, con una salud irritantemente buena a pesar de una atmósfera de toxinas tanto naturales como políticas.

Estoy solo de nuevo. Es extraño decir eso, rodeado como estoy por los billones de personas del Mundo Trono, y sin embargo, ahora es más cierto que nunca. Las caras me pasan de largo. Los conozco a todos. Conozco sus historias y sus lealtades. Veo las confabulaciones que traman y escucho los susurros que hacen debajo de los arcos dorados, y me vuelvo insensible a todo, porque importa muy poco. Incluso ahora, con fuerza contra el Fin de los Tiempos, cuando el sonido de nuestra especie se ha vuelto audible incluso para los de orejas puntiagudas, todavía se aferran a un poco más de las cosas que siempre hemos deseado: dinero, poder, conocimiento, gratificación.

Todavía somos animales, en el fondo. Nada ha cambiado. Ni siquiera Él pudo cambiarnos realmente, aunque creo que lo quiso una vez. Me gusta creer que debemos ser una decepción para él. Si no lo somos, entonces Sus ambiciones para nosotros deben haber sido muy pobres, y eso me impresiona en todo lo que creo y aprecio.

Soy Alexei Lev Tieron, y era un hombre sumamente poderoso. No era un guerrero, ni un brujo, ni un comandante de grandes naves. Mi poder vino solo del Lex Imperialis, **(La Lex Imperialis, llamada también Dictados Imperiales, es el código legal del Imperio. Afirmándose que es la palabra del propio Emperador, se trata de un enorme cuerpo de leyes y códigos compilado a lo largo de 10.000 años por jueces del Adeptus Arbites que gastaron vidas enteras estudiándolos y reuniéndolos en el llamado Libro del Juicio, nt)**

una fuente fría, pero antigua. Como tantos dentro de la burocracia que nos envuelve, estaba protegido por palabras escritas en pergamino. Me dio mi estado y la definió. Sin este trozo de papel, la colmena más malvada podría haberme matado con impunidad: habría arrancado las joyas de mis dedos y tratado de venderlas como armas, y ninguna habría acudido en mi ayuda, ya que esta galaxia solo reconoce la fuerza.

Pero hay muchos tipos de fuerza. Aprendí esto durante la escuela, cuando estaba tan enfermo como ahora, y los vástagos de las casas nobles de extremidades suaves intentaron aplastar mi espíritu con su brutalidad. Podría haber muerto en ese lugar odioso, si no hubiera poseído el único talento que me ha preservado desde entonces: la capacidad de desviar la ambición de los demás, hacer que se despiste, dirigir el odio a un objetivo que no sea yo mismo, salir del entramado de egos competidores intactos y sin que nadie sepa qué velos se han colocado sobre sus ojos estúpidos y poderosos.

No, no era un brujo. Acabo de entender la atracción de la gloria mientras me atraía poco. Vi a un hombre o una mujer, y supe lo que deseaban. Sabía qué decirles y sabía a dónde dirigirlos. Si deseaban hacerme daño, les encontraba una presa más atractiva. Si deseaban ayudarme, extraía un precio adecuado. Así tejí mi camino entre los caminos de los demás, evadiendo la muerte mientras devoraba a mis rivales, hasta que llegué al pináculo, contemplando una vida de desacuerdo y acuerdos negociados. El compromiso era mi camino, y por eso me desprecian, pero así es como debería ser. El Emperador tiene muchos servidores, y no todos podemos ser asesinos blindados, ¿verdad?

Tenía muchos títulos. Este Imperio adora los títulos. El gobernador de la roca más baja del remanso tendrá cien nombres, cada uno más ridículo que el anterior. En cuanto a mí, solo uno realmente importaba: *Cancellarius Senatorum Imperialis*. Canciller del Consejo Imperial, en gótico bajo. Si se inclina por rastrear ese título hasta sus orígenes, encontrará el verdadero significado de las palabras.

Yo era canciller. Vi gente ir y venir. Tomé nota de su intención, tuve palabras suaves con los que portaban las armas. Pensé en aquellos que podrían ser más adecuados para posiciones más exaltadas, y aquellos que podrían estar mejor extinguidos. Con el tiempo, esa capacidad generó una mezcla de terror y atracción. Muchos tenían miedo de lo que podía

hacerles; otros especularon salvajemente sobre lo que podría desear, para que pudieran comprarme y hacerme su criatura. Ambas reacciones siempre me divirtieron, porque no actué por malicia y no me pueden comprar. Yo era un cifrado. Incluso ahora no deseo nada más que lo que ya poseo, porque poseo mucho.

Serví en esa estación durante casi ochenta años. Vi la composición de los Doce Altos cambiar en ese lapso a medida que la muerte y la rivalidad pasaban factura. Algunos de esos señores eran viciosos, muchos de ellos narcisistas. Dos eran positivamente psicóticos, y sigo convencido de que una escasa mayoría siempre estaba técnicamente loca.

Y sin embargo, aquí está la cosa, todos fueron bastante superlativos. ¿Dudas de esto? ¿Desea creer que los amos del Imperio son hombres y mujeres que se aferran a la insuficiencia y que siempre pelean por sus propias ambiciones? Eres un tonto.

Hay doce de ellos. Doce. Considera lo que eso significa. Más almas humanas viven ahora que nunca. En ausencia de la guía activa de Aquel que se sienta en el Trono, que su nombre sea bendecido, son esos doce solos los que han guiado a nuestra especie fecunda y voraz a través de diez mil años de supervivencia, dentro de un universo que seguramente desea masticar. nuestras almas colectivas y escupir el cartílago.

Muchos mortales menores podrían haber deseado, en sus momentos de inactividad, que ellos también pudieran haber subido a las alturas, y sentarse en un Trono Dorado y ordenar el Imperio como debería haber sido ordenado, pero no lo hicieron, y estos los hicieron. Enfrentaron las demandas de la Inquisición, la beligerancia de los Maestros Capítulos, la condescendencia de los novatos mutantes y las órdenes de los asesinos semi-salvajes, y mantuvieron intacto su poder. Organizaron cada respuesta a cada incursión de xenos y calibraron pacientemente las defensas de la Guerra sin fin. Soportaron insurrecciones y luchas civiles, fanatismo y locura. Cada uno de ellos es un maestro o amante de la capacidad más extenuante y más aguda, aunque se agotan rápidamente, lo he visto, porque los cuidados de la humanidad son infinitos y ellos mismos son con toda seguridad finitos.

Así que, si quieres, búrlate de ellos, y decirte a ti mismo que se han engordado con el trabajo de las masas y que habitan en la gloriosa ignorancia mientras la galaxia arde hasta su inevitable final. Eso es idiotez y

es indulgencia. Les serví durante un buen lapso mortal, juzgándolos en voz baja incluso cuando me dieron sus órdenes, y les digo que, aunque tenían sus muchos defectos, fueron, y siempre han sido, los mejores de nosotros.

Nunca pensé que terminaría. Nunca pensé que viviría para ver el amanecer de un día en que los Altos Señores no gobernaran el Imperio como los más altos arbitradores de la Voluntad del Emperador. En esto, como en muchas otras cosas, he vivido para ver mi error. Ahora, al contemplar lo que vendrá después, entiendo la verdadera importancia de lo que presencié.

Por primera vez desde que inspiró aliento mortal, ya no gobiernan. Por primera vez desde que el Emperador fue colocado en el Santo Trono Dorado, los Altos Señores ya no gobiernan el Imperio que conserva Su memoria.

Así es como sucedió.



Recuerdo la fecha, recuerdo la hora y recuerdo el ángulo del sol moribundo a través de las ventanas de mi cámara de banquetes. No necesita ser detenido con las figuras, por todo lo que ha cambiado. Con el tiempo, sospecho que mediremos las cosas desde un punto de apoyo diferente, ya que no pueden permanecer como estaban.

¿Lo que es importante? Ya no lo sé. Mi barriga estaba llena, como era tan a menudo entonces. Estaba cenando bien desde una mesa con platos de plata. Todo era real: frutas transportadas desde los confines más lejanos del Segmentum en tanques criogénicos. Sentí las bayas apretadas estallar en mi boca mientras masticaba. Uno de esos solo habría comprado una aguja de colmena en un mundo menor, pero estábamos en Terra, en la cima de la pirámide, y apenas lo pensamos.

Quizás eso te ofende. Tal vez piense que éramos insensibles para consentirnos en un momento en que tantos querían las necesidades básicas de la vida.

No me importa nada de tu juicio. No me importa la piedad de ningún tipo, y no me arrepiento de la forma en que éramos entonces. Fuimos sofisticados nadando en una infinidad de recursos, y trabajamos por nuestros lujos. Sobre todo, no confunda la indulgencia con la corrupción:

su elisión es frecuente pero no inevitable, independientemente de lo que piensen algunos inquisidores.
Miré hacia abajo de la mesa y vi el equilibrio de poder dispuesto en cada lugar. Los poderosos estaban vestidos con sus pesados vestidos de oficina, cargados de medallones. Su carne era bronceada o negra u dorada, pintada con la filigrana de finas mejoras marcianas. Se murmuraron el uno al otro, manteniendo las cabezas inclinadas para que las palabras no viajaran más allá del oído de su contraparte actual. Los escoltaban compañeros de placer: catamitas, cortesanas y confidentes, que se vestían aún más espectacularmente con vestidos de seda y volantes de encaje. Toda la piel era perfecta, todos los ojos eran brillantes, todas las conversaciones eran fluidas.
Estuve en la corte y disfruté haciéndolo. Vi al Señor Constable del Synopticon inclinarse cerca del cuello de la Señora Plenaria de Catacumbas y respirar algo que pretendía ser escandaloso. Absorbió la información sin reaccionar, lo cual fue una pequeña sorpresa, ya que sabía que estaba destinado a ser removido dentro de una semana. Ella lo sabía porque se lo había dicho. Ella era la patrocinadora de quien lo reemplazaría, por lo que consideré prudente mantenerla informada, solo pidiendo a cambio el nivel estándar de discreción.
Todos estaban en el mismo juego, mis invitados: pescar, empujar, maniobrar, y eso me dio mucho placer, ya que todos pisaron, en mayor o menor medida, los movimientos que les había dado.
Tomé otro bocado y luego tomé una copa dorada de opalino. Mis manos estaban cargadas de plata, mis brazos cubiertos con una capa de terciopelo grueso. Solo cuando acerqué el borde a mis labios noté la presencia flotando en mi brazo.
No tenía servidores en mi empleo. Los detesto, e incluso ahora no los admitiré en mis habitaciones. Todo mi personal era humano normal, entrenado en las mejores escuelas y destinado a puestos propios dentro del Adeptus Terra. Este era uno de los que habían sobresalido: un estudiante extraído de *Schola Havrath* antes de cumplir quince años, ahora mi cazador de venenos, su sangre nadaba con antitoxinas.
-Señor- susurró suavemente, bajando la cabeza.
Me volví hacia él. -**¿Qué pasa, Galeas?**
-Perdóname. El Maestro espera en su cámara de recepción.

No necesitaba preguntar cuál. Había tres Maestros entre los Doce. El Maestro del Astronómicon, Leops Franck, no habría viajado aquí sin previo aviso, ya que nunca estuvo sin un séquito de más de cien asistentes y eso requirió planificación; mientras que el Maestro del Administratum, Irthu Haemotalion, no se habría dignado visitarme, pero me habría requerido que lo visitara, tales fueron los requisitos de precedencia por los que él estableció una gran tienda. Eso dejó uno: el Maestro del Adeptus Astra Telepathica, Zlatad Aph Kerapliades.

Mi corazón se hundió. Me estaba divirtiendo. Kerapliades era un aburrido, un hombre atrofiado por su trabajo y encogido en un monótono pesimismo. Si hubiera venido aquí, sería debido a un presagio terrible entregado por sus filas de oradores de sueños. Los portentos que Kerapliades gritaba siempre eran terribles, y lo habían sido desde que su primer intérprete cegado había estado vinculado a la santa voluntad del Dios Emperador.

Pero él era un gran señor. Si él estaba aquí, entonces necesitaba estar con él. Observé el rango, por todos mis muchos pecados, ni siquiera mis muchos enemigos me acusaron de lo contrario.

-Gracias- le dije a Galeas en el circuito cerrado de la casa. **-Asegúrate de que se sienta cómodo; estaré allí en este momento.**

No me moví de inmediato. Otros habrían observado que Galeas se marchaba, y seguirlo demasiado rápido habría provocado especulaciones. Comí un poco más, bebí un poco más, planté una semilla de chismes en la mente del cardenal Urbanius de la Tendencia del Ofelio e intercambié bromas con un general importante del comando de segmento de la Guardia Imperial.

Cuando llegó el momento adecuado, cuando el flujo y reflujo de la conversación tomaron su propio curso, me levanté de mi asiento y me rodeé con la túnica.

-Tendrás que llevarte bien sin mí- dije. **-Trata de no comértelo todo, o unos a otros, mientras estoy fuera.**

Luego salí a los pasillos, recorriendo los suelos pulidos de mi dominio. Estaba apenas consciente del movimiento en las sombras: mis cuadros de guardaespaldas de protección cercana, colgaban dentro del rango de tiro láser, rastreando cada uno de mis movimientos. Después de tantos años

apenas los noté, e incluso si no hubieran sido revestidos con una placa de cameleo, podría haber olvidado que estaban allí por completo.
Mi ayudante de campo Anna-Murza Jek se colocó a mi lado, su vestido largo susurró sobre el mármol negro.
-¿Qué está pasando?- pregunté, sin romper nunca el paso.
-Está flanqueado por sus nulos- dijo, hablando rápidamente como siempre. **-Eso dificulta las cosas. Esto es una suposición: está preocupado por *Cadia*.**
-Estoy preocupado por *Cadia*.
-No tengo mucho más.
-Realice una búsqueda en la cuadrícula sobre sus movimientos de personal superior.
-En camino.
-¿Cuánta de nuestra gente tenemos en la Scholastia?
-Treinta y siete.
-Póngase en contacto con todos ellos y reciba informes en mi cámara antes del amanecer.
-En camino.
Llegué a las puertas de mi cámara de recepción, me volví hacia Jek y sonreí. **-Cuando haya terminado, tome una copa.**
-Si hay tiempo, señor- dijo, inclinándose y retirándose.
Las puertas se abrieron.
Mi cámara de recepción era un lugar maravilloso. Debería haber sido, tuve ochenta años para refinarlo. Los objetos en su interior eran los más exquisitos, la decoración un estudio de buen gusto. En ocasiones, a pesar de todos los cambios, todavía paso tiempo allí, disfrutándolo. Los Altos Señores tienen sus propios palacios, y las agujas del Senatorum son las más magníficas de toda la galaxia, pero aún prefiero el oasis que hice allí. Actúa como el ejemplo del mensaje que deseaba enviar en todo momento: que somos más que armas y furia. Somos una especie antigua con gustos sutiles. Nosotros somos inteligentes. Y todavía estamos aquí.
-Mis saludos, Maestro- le dije, cerrando las puertas detrás de mí.
Kerapliades estaba de pie ante una chimenea de piedra arenisca. No dio ninguna indicación de que tenía alguna comprensión de lo valioso que era, más de doce mil años, creado en Francia antes de la Unidad, literalmente insustituible, pero no podía culparlo por eso. Pasó sus días en torres

acanaladas de hierro determinando cuántos miles de almas humanas serían alimentadas por los mecanismos del Trono y cuántos cientos serían repartidos en vidas de deber incansable como psíquicos imperiales sancionados. Podría haber sido menos que igual si hubiera estado en su lugar.
-¿Está segura la cámara?- preguntó Kerapliades.
Su cara larga, huesuda de color blanco grisáceo con ojos negros hundidos, me miró con tristeza. Medía casi dos metros de altura, con hombros altos y brazos largos y delgados. Su túnica de oficina era simple: tela negra y pesada que colgaba en largas franjas. Estaba flanqueado, como Jek me había advertido, por sus dos nulos, cuya aura de amortiguación psíquica era palpable incluso para mí.
-Todas mis cámaras están seguras, Maestro- dije. **-Tú lo sabes.**
-Ya no sé nada- Kerapliades se apoyó en un bastón de acero con un ojo de hierro en la punta. **-Me arriesgué al venir aquí.**
Me miró con ojos reumáticos. Nunca había logrado averiguar cuánto podía ver a través de ellos. Casi todos los astrópatas están cegados por su ritual de creación, y aquellos que retienen alguna función visual están dañados de otras maneras, según dicen. Nunca me gustó especular demasiado acerca de lo que sus ojos debieron haber visto desde su propia unión de almas.
-Hablamos en confianza- le dije, y eso era cierto. **-Cualquier cosa que me haya dicho uno de los miembros del Consejo nunca se divulgará a otro a menos que ellos lo deseen.**
Kerapliades se alejó cojeando de la repisa de la chimenea. Había sillas por todas partes, pero sabía que él no se sentaría.
-Es *Cadia*- dijo, como si eso transmitiera todo lo que necesitaba decirse.
Bien hecho, Jek, pensé.
Durante el tiempo que el Imperio había existido, *Cadia* estuvo siempre al frente de sus deliberaciones. Durante los últimos doscientos años, mi vida, los Altos Señores habían dedicado una cantidad cada vez mayor de tiempo a ese Mundo. Los regimientos habían sido arrojados al vacío para reforzarlo. Los Capítulos de los Marines Espaciales habían recibido la petición de reforzar sus enfoques. Las armaduras y los estrategas habían sido secundados para aumentar sus muros y sus fortalezas. Había otras zonas de batalla de importancia, *Armageddon*, *Badab*, en las que

estábamos estirados, pero en realidad ninguno de ellos importaba además de *Cadia*, porque si ese Mundo cayera, el equilibrio de poder que habíamos cultivado durante diez mil años terminaría.
-¿Tienes noticias del sector?- pregunté.
-Ninguna.
-Bueno, entonces- dije. **-En ausencia de eso...**
-Usted no me entiende.
Fue entonces cuando realmente noté que el Maestro no era el ser moribundo y desecado. Estaba acostumbrado a verlo sombrío. No estaba acostumbrado a verlo asustado. Sus largos dedos grises se aferraron a su apoyo, e incluso eso no calmó el débil temblor.
-Podemos manejar las visiones- dijo, y ya no me miró. No creo que estuviera mirando nada en la cámara en ese momento. **-No le pido a ninguno de mis astrópatas de nivel alfa que se sometan a lo que yo mismo no haría. Soy testigo de lo que presencian. Me someto a las mismas pruebas.**
Lo dejé hablar. Seré sincero, su actitud me molestó. Kerapliades no era del tipo confesional. Me preguntaba si su mente finalmente se había roto por la tensión ejercida sobre él, pero no mostró signos de manía, solo una especie de temor.
-Probar tan cerca del ojo siempre ha sido peligroso- continuó. **-Pero ahora, nada. Sin terror. Sin visiones de gritos. Se ha atravesado una cortina.**
No sabía qué decir a eso. Habíamos estado en una guerra a gran escala sobre la Puerta de *Cadia* durante más de cinco años, y durante ese tiempo habíamos confiado en el Adeptus Astra Telepathica por la gran parte de nuestro conocimiento de cómo iban nuestras fuerzas. Siempre había habido interferencia, ambigüedad y, a menudo, contradicción, pero nunca silencio. En mi ingenuidad, incluso me pregunté si sería algo bueno, que las pesadillas desatadas por nuestros enemigos podrían finalmente desaparecer.
Luego volví a mirar al Maestro y vi de inmediato que no era algo bueno.
-Dime lo que necesitas- le dije.
-¿Necesitas?- ladró Kerapliades una especie de risa seca. **-Necesito mil psíquicos más, más fuertes, no la escoria que obtengo de las Naves Negras-** parpadeó. Su respiración era superficial. **-Esto es diferente,**

canciller. Todavía no lo puedo leer, pero mi sangre me lo dice. No se deje engañar por esta calma: se produce antes de la catástrofe.
Me había dicho cosas similares antes. Podría haber aprendido a ignorar las advertencias, si no fuera por la horrible expresión en su triste rostro.
-Los Doce deben encontrarse- dijo. **-Y la disolución debe ser promulgada.**
Así que eso fue todo. Otro lanzamiento de este viejo dado. A pesar de mí mismo, mi corazón se hundió. Los argumentos habían sido investigados una y otra vez durante más años de lo que había estado vivo, y nunca hubo una resolución.
-No creo que sea fácil- dije, ya determinando cómo se podría hacer tal cosa. **-La cámara inferior no está programada para otros tres meses.**
Kerapliades se dio la vuelta, fijándome con sus extraños ojos. Sentí un breve temblor, solo por un momento, un destello de comprensión de su colosal poder psíquico. Creo que no fue una amenaza, solo un lapso momentáneo de control, pero el efecto fue sorprendente, como poner la mano sobre la electricidad estática.
-Puedes hacer que suceda- dijo.
Posiblemente sí. -**¿Has hablado de esto con alguno de los otros?-** pregunté.
-Ninguno- dijo.
-Entonces te lo ruego, no lo hagas. Aún no. Haré mis acercamientos; sería mejor que viniera de mí.
-Lo sé- dijo, y una sonrisa sombría quebró sus facciones. **-Te has metido en la confianza de todos nosotros, canciller. A veces pienso que eres el hombre más peligroso en Terra.**
Quizás quiso decir que eso fuera halagador.
-Me das demasiado crédito- dije. **-Simplemente me acomodo.**
-Eso dices- la mirada hueca en sus ojos regresó. **-Hazlo. Haz lo que hay que hacer. Si necesita dinero, si necesita algo, avíseme.**
Ese fue un pensamiento divertido. Tenía más dinero de las que cualquiera de ellos sabía. Ya podría haber comprado la mitad del Consejo con él, si alguno de ellos estuviera remotamente interesado en tales cosas, pero, para su crédito, ninguno lo estaba. Si tenían vicios, entonces todos estaban conectados al poder, no a la avaricia, y las chucherías tenían poca influencia sobre tales almas.

-Por supuesto, hay una diferencia, esta vez- me aventuré con cautela, sabiendo que le estaba diciendo a Kerapliades algo que él ya sabía. **-El Señor Brach aún no ha sido reemplazado, por lo que un asiento está vacío.**
-Sí, y ahora sabes lo que hay que hacer, ¿no?
-No elijo a los Altos Señores- dije.
-Ve a verlo- dijo.
-No creo que me reciba- dije.
-Encontrarás una manera- dijo.
Y eso fue todo. Por eso había venido, para plantar esta idea en mi cabeza, para darle su bendición. Por esto juzgué que tenía el apoyo de otros de los Doce; no lo habría dicho si no. El Lex Imperialis lo obligó a acercarse abiertamente, al igual que todos sus compañeros en el Consejo, pero eso nunca les impediría dar a conocer sus puntos de vista.
Me puso en una posición delicada. La mitad del Consejo siempre había estado en contra de la disolución, la mitad a favor. Una reconfiguración podría no cambiar eso, y al intervenir ahora me arriesgué a alinearme con una causa perdedora, algo peligroso, incluso para un hombre como yo.
Necesitaría tiempo para pensar. Necesitaría tiempo para hablar con Jek y trazar una ruta a través de esto. Las mareas de intriga en el Palacio podrían aumentar y disminuir rápidamente: el truco no debía ser llevado por ellos.
Me incliné **-Me siento honrado de que haya venido, Maestro-** le dije.
Kerapliades no devolvió la inclinación.
-Voy a estar esperando- dijo, cojeando hacia las puertas de la cámara. Sus nulos fueron con él, haciendo que mi carne se erizara al pasar junto a mí.
Una vez que se fue, esperé un rato, reflexionando sobre qué hacer con la visita. Su miedo no había sido fingido. Todavía me resultaba inquietante presenciar el miedo de un Gran Señor, y eso solo pesaba más sobre mí que cualquier cosa que él hubiera dicho.
Después de un intervalo adecuado, Jek reapareció, curiosa. **-¿Algo importante?-** preguntó ella.
-Todavía no estoy seguro- dije.
Sabía que había invitados esperando. Puse mis manos sobre Jek para agradecerle su preocupación, pero no pude demorarme para consultarla entonces, eso tendría que esperar unas horas, momento en el cual podría haber resuelto los problemas más claramente en mi propia mente.

Regresé hacia la sala del comedor, y gradualmente reanudé mi apariencia de jovialidad mientras caminaba. Cuando volví a entrar, mi rostro estaba lleno de sonrisas nuevamente.

-¿Qué te detuvo?- preguntó la mujer sentada a mi izquierda, justo cuando se entregaban los cursos finales. **-¿Grandes asuntos de estado?**

-Un poco de indigestión- dije, alcanzando la copa. **-No es que haya mucha diferencia.**



VALERIAN II

Nunca fuimos soldados.

Cada vez que se nos ve fuera de los muros de este lugar, por raro que sea, es en nuestro aspecto marcial. Estamos vestidos de oro, tal como lo estábamos en los primeros días cuando era nuestro capitán viviente, y los mortales caen sobre sus rostros como ante los dioses. Para ellos, debe parecer como si fuéramos encarnados por la ira. Para ellos, debe parecer como si fuéramos creados para la destrucción y nada más.

Pero fuimos sus compañeros, una vez. Éramos nosotros en quienes Él confió. Éramos sus consejeros, éramos sus artesanos. Fuimos el primer vistazo de lo que podría convertirse la especie, si se la guiaba correctamente y se libraba de sus viciosas debilidades.

Por supuesto, nos enseñaron a pelear. Sabía que vendría la guerra. Era una parte necesaria de la ascensión, aunque nunca estuvo destinada a durar por la eternidad. Éramos los guardianes de una nueva era y teníamos que ser lo suficientemente fuertes como para mantenerla segura.

Fracasamos en eso, y ahora llevamos la marca de ese fracaso en las túnicas negras que cubren nuestra auramita. Es un recordatorio permanente, que reemplaza las capas de color rojo sangre que alguna vez adornaron nuestra placa de batalla. Pesa mucho con cada uno de nosotros, porque sabemos más de la naturaleza de la caída que la mayoría. Todavía recitamos las viejas historias, y estudiamos en los archivos perdidos donde solo nosotros sufrimos, y así no tenemos las ilusiones reconfortantes de la ignorancia para salvar la herida. En una galaxia definida por la ignorancia, recordamos. Cultivamos los fragmentos de lo que se rompió y somos conscientes de lo que habría sido.

A veces pienso que este conocimiento es la más severa de nuestras muchas cargas. Cualquier alma brutal puede luchar si tiene la meta por delante. Luchamos sabiendo que nuestro verdadero propósito yace detrás de nosotros, y todo lo que queda es la fidelidad a una visión extinguida.

Pero aún lo conservamos. Tendemos las cosas de valor que han sobrevivido. Buscamos encarnar su voluntad en todas las cosas. Nos aferramos a su luz mientras la oscuridad se une. Interpretamos, estudiamos, profundizamos en la filosofía de las edades.

Tenemos muchos deberes. Pero así es como debería ser, porque no somos creaciones simples. Los eones nos han cambiado de muchas maneras, pero no en eso.

Éramos mil cosas para mil almas, pero nunca fuimos soldados.



Soy Valerian, Capitán Escudo de la Cámara Palaiológica de Hykanatoi. Como todos mis hermanos, tengo muchos otros nombres, tallados en un largo sendero uno tras otro a lo largo del interior de mi peto. Algunos nombres se obtuvieron en combate, muchos más se obtuvieron después de la contemplación de los misterios. Nos aferramos a esta vieja práctica, aunque no sé con certeza si observamos los rituales correctamente. Se ha perdido tanto como los milenios se relajan, y lo más importante de todo es la certeza.

En nuestra teología, hablamos del espéculo certus y el espéculo obscurus. El primero de ellos es el estudio de lo que ya se sabe. Si esto te parece inútil, permíteme objetar respetuosamente, porque una cosa es saber lo que dijo el Emperador, y otra muy distinta saber lo que quiso decir.

No dejó testimonio escrito. La totalidad de lo que sabemos de Él se revela a través de los registros de los rememoradores o las visiones extáticas regaladas a los fieles. Y así, cuando una cosa se coloca en el canon del certus, la intención detrás de ella nunca se puede arreglar con seguridad. Hay argumentos de casi diez mil años de antigüedad en relación con los enunciados individuales cometidos al pergamino cien años después de que Él habló por última vez de sus labios mortales. Hay sabios en la Torre de Hegemon que han dedicado toda su vida a la interpretación de tales fragmentos, y no los despreciamos, porque su estudio es el estudio de la trama del destino. Incluso ahora, es posible obtener la iluminación a través de la meditación de las palabras de aquellos que vivieron entonces.

Pero si el asunto del certus provoca debate, eso no es nada para la controversia del obscurus, ya que el Emperador dejó mucho sin decir que sin duda habría dejado claro a tiempo. Había cosas que Él hubiera deseado que supiéramos, si solo hubiera habido la oportunidad de dejarlo en el registro. Desde nuestras torres miramos el reino de la humanidad tal como existe ahora, y solo podemos especular cuál es su intención hacia él. Este es el estudio de la Voluntad del Emperador, revelado en sueños y el escrutinio paciente de la lógica arcana.

Si tales asuntos te aburren o desconciertan, entonces perdóname, porque son los objetos de mi propia existencia. Mis hermanos, el erudito, me llaman filólogo. Si no tuviera mis muchos otros deberes, podría imaginar una vida inmersa en las minucias de tal filosofía. Eso puede parecer indulgente y un desperdicio de los obsequios que me dieron, pero sería mal interpretar el precipicio sobre el cual nos tambaleamos.

Sin Él, estamos perdidos. Todo esta perdido. Nuestra única salvación es a través de la interpretación de Su Voluntad, y como consecuencia de nuestro fracaso, debemos adivinar esto tanto como un ciego podría adivinar el patrón de marcas en una página invisible.

Y, en cualquier caso, nunca he tenido el lujo de una vida indulgente. Durante mucho tiempo, los muros que custodiamos se han derrumbado. Los enemigos nos atacan desde todas partes, atacando incluso en el corazón de la ciudadela más fuertemente custodiada en el Imperio del Hombre, obligándonos a convertirnos en lo que nunca fuimos destinados a ser: pura venganza, puro desafío.

En ese momento tomé mi lanza y encontré un arte diferente allí, pero esas no fueron las primeras batallas que peleamos. Se llevaron a cabo dentro de los muros, y se llevaron a cabo con los de nuestra especie en el mismo palacio donde aún habitaba, dormido en su vigilia inmortal. Entonces no lo sabía, antes de que se cortaran los cielos y se sacudieran los cimientos de toda la creación, pero comenzó en ese momento, con la llegada de un hombre mortal a los salones de los inmortales.

Tenía sobrepeso, una cara irónica y rizos escasos de cabello blanquecino. Se portó mal, casi como disculpándose, como si de alguna manera estuviera sorprendido de ser instanciado. Sin embargo, su vestido estaba lejos de ser modesto: una túnica gruesa de color púrpura superpuesta con

una casulla de oro. Llevaba iconos del Alto Consejo, el águila bicéfala coronada por el cráneo dentro del halo.
Sabía su nombre, pero nunca lo había visto en persona antes. Eso no era especialmente inusual: incluso el personal superior del Administratum se topa con muchas decenas de miles, aunque este era más influyente que la mayoría.
Por costumbre, casi inconscientemente, llegué a un juicio sobre el método más rápido de matarlo. Encontré los resultados óptimos, menos de un microsegundo de esfuerzo requerido, ligeramente divertido.
-Canciller Tieron- dije.
No me incliné. Hay quienes consideran que esta ausencia de cortesía tradicional es arrogancia, pero en realidad solo nos inclinamos ante el Señor de la Humanidad, porque hacer lo contrario sería la falta de respeto más profunda. Sin embargo, intenté no ser amenazante y extendí mi mano para llevarlo a mis habitaciones privadas.
-Capitán Escudo- dijo Tieron, inclinándose convencionalmente y entrando.
No llevaba armadura, solo las túnicas negras simples de mi orden. Aun así, era más de un tercio más alto que Tieron y mucho más fuerte. Mis habitaciones eran, sin duda, más escasas de lo que él estaba acostumbrado, siendo de piedra sin vestir y únicamente a la luz de las velas. El único alivio de las austeras líneas provino de mis montones de libros escondidos, algunos rodeados de brillantes campos de estasis para preservar el contenido frágil.
-Estoy agradecido por esta audiencia- dijo el hombre, sentándose en la silla que había seleccionado para él. Tomé mi lugar enfrente. Hubiera preferido estar de pie, pero hice lo que pude para que las cosas fueran menos incómodas para él.
-No hay nada por lo que estar agradecido- dije. **-El canciller del Senatorum Imperialis es bienvenido aquí en cualquier momento. Tus cargas deben ser pesadas.**
Él sonrió con una sonrisa seca. **-Nada en comparación con la tuya-** dijo. **-No te detendré más de lo necesario: solicito una audiencia con el Capitán General. Sé que es difícil, pero estoy actuando en nombre del Consejo. Ha sido difícil saber a quién acercarnos, ya que me informaron que ambas tribunas están indispuestas, así que, lo diré de nuevo, les agradezco que se hayan tomado el tiempo.**

Tieron tenía razón: ambas tribunas estaban indispuestas. Heracleon estaba realizando deberes rituales en su calidad de maestro de la Guardia Hataeron, los Compañeros del Emperador, y no habría respondido a una convocatoria de nadie. Italeo, su contraparte, estaba involucrado en una guerra santa y era igualmente imposible de alcanzar para todas las causas, excepto la más vital. El canciller, según me había dicho mi amanuense de antemano, había estado preparado para la primera circunstancia, pero no para la segunda.
Sí, los custodios pelean. Sí, lo hemos estado haciendo durante milenios. ¿De qué otra forma podría ser que nuestra comunidad permanezca preparada? Solo la naturaleza y los parámetros de nuestra guerra estaban en cuestión en esos días de transición, no la cuestión esencial.
-El Capitán General es consciente de la situación dentro del Consejo- dije.
-Es una etapa delicada- dijo Tieron. **-Entiéndeme, no actúo en nombre de ninguna facción, pero estoy en deuda cuando alguno de ellos me pregunta.**
-Entendido.
-Pero eres consciente de los debates.
-Perfectamente.
-Y lo que importa en la guerra es alcanzar una coyuntura crítica.
Sospecho que nadie en todo el Imperio lo sabía mejor que nosotros.
-El Capitán General manifestó su oposición a tomar asiento en el Senatorum Imperialis hace quince años- dije. **-Sus puntos de vista no han cambiado.**
-Pero el asiento debe estar lleno- dijo Tieron en voz baja.
Fue un artista efectivo. He visto hombres y mujeres entrar en pánico ciego cuando se enfrentan con uno de los nuestros. El canciller tenía miedo, eso era natural, pero no era lo suficientemente tonto como para ocultarlo, ni lo suficientemente ansioso como para dejar que lo dominara. Él sabía claramente cuál era la posición establecida de los Adeptus Custodes, pero también debe haber sabido que nuestro maestro había estado cerca de aceptar el honor tras la muerte de la portavoz Iulia Lestia del Ordo Malleus, hace quince años. Ahora que el canciller Brach también se había ido, se presentó otra oportunidad.
-¿Hay unanimidad a favor?- pregunté.

La pregunta era superflua: conocíamos las posiciones de los once Altos Señores restantes, pero me interesaba escuchar la respuesta de Tieron.
-He servido al Consejo durante ochenta años- dijo. **-Nunca he sabido que sea unánime sobre nada-** se inclinó hacia delante en su asiento y ahuecó las manos. **-Cuando se propuso por última vez la Disolución, la votación se dividió en partes iguales, seis por cada moción, y por lo tanto no se tomó ninguna medida. No puedo evitar pensar que las cosas se han vuelto más desesperadas desde entonces. La propuesta aquí es simple, Capitán Escudo: poner la pregunta en tus manos.**
-Es decir, si todos los Señores emiten su voto tal como lo hicieron antes.
-Una suposición segura.
-Sin embargo, nada en esta galaxia es seguro, ¿verdad?
-De ahí la necesidad de considerar esto.
Sonreí. Me gustó este hombre.
Hubo un tiempo en que despreciaba a los mortales. En los primeros años de mi servicio, cuando se había alcanzado mi perfección física pero sabía muy poco de las verdades más profundas del universo, los veía como irritantes, impedimentos, siempre aptos para desviarse hacia la corrupción o la inutilidad.
Fue Navradaran de Ephoroi quien cambió de opinión. Ha pasado más tiempo fuera de los confines del Palacio que la mayoría de nosotros, y su consejo tuvo un gran efecto en mí. En estos días más oscuros, veo a los humanos como esencialmente niños, lo que no pretende menospreciarlos. Tienen el potencial de ser mucho más, pero nosotros, sus guardianes, nunca los guiaremos hacia ese futuro si nos concentramos exclusivamente en sus fallas ineludibles.
Todos fallan, incluso el más grande de nosotros. Nosotros, quizás sobre todo, deberíamos recordar eso.
-Estás preocupado por *Cadia*- le dije.
Él asintió seriamente. **-Nada me preocupa más. Leo los despachos, tengo pesadillas. Pesadillas reales, que me impiden dormir lo que necesito. Ese es el trasfondo de todo esto. Eso es lo que está cambiando.**
-Es un mundo.
-Es la puerta.
-Una de tantas.

El se encogió de hombros. **-Sabrás más de eso que yo, pero te diré sinceramente que los Altos Señores nunca han estado tan ansiosos. Piensan que lo perderemos.**
-Dime esto, entonces, ¿qué diferencia haría Disolución?
-No lo sé. No soy miembro del Consejo. Mi única tarea aquí es establecer las opciones antes de quienes decidan.
Lo miré cuidadosamente. Mientras hablábamos, hacía mi evaluación. Era inteligente, eso era seguro. Esa inteligencia fue dañada por un cierto grado de entusiasmo, que bien pudo haber sido una compensación excesiva de un sentido de duda más profundo. El Imperio tal como existe recompensa al fuerte y al salvaje: este Tieron claramente no era ninguno de los dos, por lo que se vio obligado a desarrollar otras estrategias para sobrevivir. No podía culparlo por eso.
Sin embargo, mis maestros querrían saber si se podía confiar en él. Mi sensación inicial fue que él podía. Es difícil engañarnos, incluso para las almas más sutiles, y dudaba que Tieron se molestara en intentarlo.
-No somos parte de tu Imperio- dije. **-Nos involucramos en él solo si consideramos que su voluntad lo exige. ¿Realmente cree, canciller, que su audiencia propuesta con el Capitán General podría tener alguna influencia en su juicio final?**
Esta fue la pregunta. Aquí fue donde perdía o ganaba. Esperé la respuesta con cierto interés, y me complació ver que no dudó.
-No ser impío- dijo, mirándome a los ojos, **-pero sí, sin duda podría.**
-Estas seguro.
-Soy consciente de lo que está en juego.
-¿Crees que no lo somos?
-Solo cinco minutos con él- dijo Tieron, en serio. **-Entonces veremos.**



ALEYA III

En un momento en que se perdió tanto, nos encontraron.
Realmente me sorprende ahora, recordando, sabiendo más que yo, que el dominio del Imperio sobre nosotros se había dejado escapar por completo.
Teníamos en nuestras manos el núcleo de la salvación, y fuimos olvidadas.
Para estar seguros, siempre habíamos servido, aquí y allá, todavía tenían que guarnecer sus Naves Negras, y había inquisidores que entendían nuestro valor, pero en esencia nos habían dejado marchitar.
Le expliqué esto a Valerian, mucho tiempo después, cuando todavía estaba enojado. Hizo todo lo posible por comprender eso, pero no pude evitar contrastar la vida que había disfrutado, enclaustrado en sus salas de oro, inmerso en las cosas más finas y antiguas de un imperio que se desvanecía, cuando estábamos en el vacío, buscando la supervivencia. como mareas horribles.
Todo fue tan estúpido. Ese es el gran peligro que nos condena, no las hojas de demonio, sino la ignorancia. Nos hemos convertido en una raza estúpida, glorificándonos en los objetivos fáciles de la ira y la piedad.
Por otra parte, soy consciente de que mi perspectiva es inusual. Ves la realidad de manera diferente, sin alma. Es un lugar más difícil, creo. Sus bordes son más afilados.
No hay dioses en mi mundo. Las cosas que otras personas ven, yo no. Incluso Él no es un dios para nosotras, aunque decir eso en voz alta pronto me vería en la cárcel.
No es que alguna vez lo diga en voz alta. No es que alguna vez diría nada en voz alta.
No hablo mucho en estos días.



Me llamé buscadora de brujas mucho antes de que el rango volviera a establecerse. Eso fue lo que hicimos, cazando al alma débil de las largas sombras. Fue como un instinto. Eso fue todo lo que teníamos, ya que el Trono sabe que teníamos poco más.

Nuestra cámara tenía nueve cuerpos. Siete de nosotras habíamos hecho el voto, dos más estaban siendo sometidos a pruebas. En el pasado antiguo, se decía que el voto se hizo en presencia del Emperador, pero eso era obviamente imposible para nosotras: ni siquiera podíamos llegar a Terra de manera fiable, y mucho menos negociar una audiencia con los Guardianes del Trono. Observamos los viejos ritos lo mejor que pudimos, convocándonos en nuestra torre de tiro en Arraissa con nuestra armadura astillada y espadas romas. Ninguna de nosotras sabía, cuando hablamos las palabras, si lo hicimos correctamente, pero mantuvimos la fe, y el efecto vinculante fue tan fuerte para nosotras como lo fue para nuestras hermanas en las generaciones pasadas.

Las últimas palabras audibles que pasaron por mis labios fueron: **-Lo prometo.**

En realidad, eso no es cierto. En ese momento, sin embargo, ciertamente lo creía. Después de eso, todo fue gesto, matiz y Marcaideas. Lo prefiero. La claridad que siempre he buscado se hizo más fácil cuando no me distrajo el gorjeo de expresiones inútiles y fugaces.

Si tuviera que hacer un cambio, un solo cambio que podría restaurar algo así como la columna vertebral a este Imperio en descomposición, sería este: digamos menos, haga más. Un gesto de signo de batalla es la cosa misma, el primer movimiento del empuje de la espada o el gatillo, no el mando hablado, que es un acto diferente.

Tanta charla, tan poca acción. Ahora que he visto Terra, he visto lo malo que realmente puede ser. Hay humanos que pasan toda su vida ahogándose en palabras escritas y habladas, desangrando su existencia limitada por una inútil compilación verbal.

Y dicen que no tenemos almas.

Me llamo Tanau Aleya. Soy del anatema psykana, lo que solía llamarse una doncella nula o, incluso más estúpida, una Hermana del Silencio. ¿A quién se le ocurrieron esos títulos? No lo decidimos nosotras, eso es seguro. Probablemente un gran señor. En su mayoría son idiotas.

En aquel entonces no teníamos filas organizadas. Serví debajo de la persona que había mantenido las cosas juntas durante mucho tiempo, una mujer cuyo recuerdo admiro. Todavía espero volver a verla, porque no creo que pueda estar muerta. Hubiera tomado toda una marea de shedim para mantenerla abajo, y estarían chillando todo el tiempo mientras ella los separaba. Su nombre era Hermana Atarine Hestia, y ella fue la que nos encontró a todas, cuando Terra casi se había olvidado de que existíamos, nos levantó, metió algo de sentido en nuestras cabezas y nos hizo guerreras.

Creo que debe haber sido así en cien mundos, a veces con bendición oficial, a veces bajo persecución activa, pero siempre allí, reuniéndose en la oscuridad, haciendo lo que se nos había hecho hacer.

¿Quién nos hizo así? No lo sé. No creo que lo haya hecho. Creo que siempre estuvimos esperando, tocando diferentes partes, esperando que volviera nuestro tiempo.

Todos tendremos nuestras versiones de cuándo comenzó. Para mí, estaba en el vacío, corriendo en silencio, acercándose al puesto de puesta en escena ignorante de *Hellion Quintus*, donde tenía razones para creer que había una mujer que había vendido su alma a la condena por una breve huida del infierno de la vida.

Tenía razón sobre eso. Estaba equivocada sobre todo lo demás.



Entré en la zona orbital *Hellion* en un interceptor para una sola persona. En aquellos días raramente usábamos naves sub-disformidad con tripulación completa. Incluso los humanos normales altamente entrenados encontraron difícil trabajar con nosotros, por lo que en muchos casos optamos por naves equipados con servidores. Esos drones muertos por el pensamiento todavía eran capaces de temblar cuando pasé junto a ellos. En algún lugar en lo profundo de lo que quedaba de su función límbica, un horror vestigial de mí todavía estaba en cuclillas, lo que era molesto. Podrías cortar la mitad de sus cerebros, atar sus nervios en bucles, y aún así apenas podrían permanecer en la misma cámara que nosotras.

Sería peor en la puesta en escena, pero podría entrar y salir sin atraer mucha atención. *Hellion* fue una de esas estaciones de retroceso,

construida en algún momento en un pasado muy lejano cuando los comerciantes aún intentaban hacer saltos de disformidad sin los Navegadores debidamente sancionados, luego se encuentran atrapados en el espacio de gritos y debían abortar rápidamente. Como los caprichos de los conductos de disformidad eran lo que eran, la estación creció alrededor de lo que los antiguos capitanes solían llamar una fianza: un pozo seguro en el espacio real en la base de un grupo completo de salidas capilares. Durante un tiempo, según nos dijo nuestra inteligencia, el lugar había funcionado bien, incluso atrayendo algunos gastos militares del comandante de resistencia del subprefecto para reforzar sus armas. Aparecieron las perchas habituales: comerciantes permanentes, ladrones, misioneros, portadores de placer. Dijeron que era un buen lugar en ese entonces.

Ahora no. Nadie volaba una nave de disformidad ahora sin un equipo completo de Navegadores para guiarlo. Incluso contemplar hacer un salto sin muchos días de preparación y los campos Geller en plena integridad era una locura: el éter era como el aceite hirviendo, y se rumoreaba que ahora se estaban perdiendo más naves de las que se estaban construyendo.

Esa fue una mala noticia para *Hellion*, y todas las otras estaciones a medio girar rodando dentro de los viejos árboles de fianza. Casi nada se atrevió a hacer el pasaje. Los bombarderos dejaron de llegar, al igual que las ofertas de la Armada. Las únicas naves que recorrían tales rutas ahora eran los que tenían una razón para permanecer ocultos, y eso disminuía aún más la calidad de los ocupantes de *Hellion*. Personas respetables se alejaron, dejando secciones enteras de su estructura espiral haciendo eco y vacías.

Así que allí lo teníamos: una estación vacía medio desierta llena de corredores de contrabando y esclavistas que operaban fuera de las principales rutas de disformidad mientras el empíreo burbujeaba locamente a su alrededor. No era necesario ser un vidente para adivinar que era un eslabón débil, un lugar donde la falibilidad mortal encontraría muchos ganchos para enredarse.

Eso no fue todo, por supuesto. Teníamos nuestros métodos, nuestros informadores, nuestras corazonadas. Habíamos visto cómo se desarrollaba un patrón de eventos en las últimas décadas: las células de adoradores de shedim se habían vuelto más numerosas, y no podíamos quemarlas lo suficientemente rápido, especialmente teniendo en cuenta la necesidad de

permanecer fuera de la vista de las unidades más saltarinas del Adeptus Arbites. Hestia misma había inmolado una sociedad secreta llamada Circlet encerrada en lo profundo de los astilleros que orbitaban a *Eyrinan V*. Antes de que todos murieran, obtuvimos información confusa que nos llevó a otras herejías asociadas, entre ellas *Hellion Quintus*.

Así que aquí estaba, vestida con mi vieja armadura, mi flamer carbonizado en mi mano, viendo el giro oscuro del metal rodando lentamente en el abismo. Dejé que los servidores manejaran el tráfico de comunicaciones para el acoplamiento, lo que los involucró derivando códigos de respuesta binarios a criaturas lobotomizadas de manera similar en el otro extremo. Llegamos, debajo de una viga de soporte pesada para uno de los grandes radios de la estación.

Terminé de adaptarme y abrí las puertas de la esclusa de aire en un lugar que apestaba a orina humana. No había nadie esperándome, ni siquiera unidades de guardia automatizadas. Los lúmenes del corredor brillaban incómodamente en niveles de baja potencia.

Activé el escáner cartográfico de mi yelmo y aislé la cámara que necesitaba. Había una ruta directa a través de los estratos inferiores, evitando las zonas pobladas de la estación, lo que hizo mi tarea un poco más fácil. Fui rápidamente, abrazando las abundantes sombras.

La mayoría de los seres vivos con los que me encontré eran criaturas de metal y carne de grado servicial, ciegas y cojeadas que me ignoraron. Unos cuantos humanos normales permanecieron en esos pozos de oscuridad, y tan pronto como me miraron, parecían aún más nauseabundos que antes, antes de alejarse rápidamente. Pude ver destellos grises en la oscuridad, y ojos sucios, y manos demacradas aferradas a los extremos de la capa irregular.

Humanidad, pensé para mí misma. *Maestro de las estrellas.*

Pronto, uno de esos miserables recibiría un mensaje sobre lo que pasó para las autoridades en ese lugar, alertándolos sobre el intruso extrañamente blindado que se escondía en la penumbra, pero para ese momento planeaba haberme ido.

Llegué a mi destino: una puerta cerrada en medio de una fila completa de puertas cerradas. El plastiacero estaba agujereado y manchado de óxido, y en el centro del panel había un pequeño visor de diapositivas de reloj de arena.

Podría haber optado por presionar el timbre de invocación y esperar a que alguien retirara el escudo, pero una larga experiencia me había enseñado que mi repulsividad única podía detectarse incluso a través de una masa sólida, por lo que agarré el mecanismo con mi guante, activado un agarre congelado y lo hizo añicos.
Luego terminé, pateando la puerta a un lado y escaneando más allá. Detecté movimiento de seis cuerpos calientes en el interior: dos cerca, cuatro más lejos. El fuego cruzado traspasó la oscuridad, apuntado de inmediato y con precisión. Me agaché bajo lo peor, dejando que mi armadura se ocupara del resto. El hedor caliente de auramita chamuscada llenó mis fosas nasales cuando abrí mi lanzallamas.
Atrapé a los dos más cercanos en ese infierno, y pronto escuché el contrapunto de sus gritos. La unidad de poder de una pistola láser explotó, bañando el espacio confinado con una explosión de estática, pero para entonces ya estaba empujando a través de las brillantes cortinas de llamas hacia más allá.
Volvieron a disparar, y percibí los contornos de cuerpos blindados temblando. Nada de lo que poseían podría dañarme. Mi sola presencia era suficiente para hacer que su carne se revelara, y pude oler el pánico en sus gestos. Usé mis llamas como un mayal, derritiendo sus crudas placas de armadura.
Mientras morían, aprendí algo de ellos. Estaban mejor equipados y mejor armados que los miembros del culto que esperaba, lo cual era bueno, ya que indicaba que habíamos encontrado una raza más alta de degenerados. Vislumbré fragmentos de carne desnuda mientras su armadura se apagaba, pálida y enferma, antes de que también se consumiera. No corrieron, a pesar de su miedo. Nunca dejes que se diga que el odio me había cegado por completo a la calidad: podía apreciar a un enemigo que se mantuvo firme.
Sin embargo, pronto solo quedó uno: la mujer por la que había venido, alejándose de mí. Era corpulenta, envuelta en una capa de grasa que probablemente era sintética y diseñada para resistir durante el tránsito vacío. Llevaba el uniforme holgado de un supervisor de mantenimiento, marcado con runas gris pálido de experiencia relevante, pero no era supervisora de mantenimiento.

Incluso uno de los no dotados, incluso uno de los más estúpidos de nuestra especie, debería haber sido capaz de detectarlo: lo incorrecto, colgando sobre ella como un flaco asqueroso. No había señales visuales, solo de cierta manera, cierto porte, y gritaba miseria moral.
Dejé salir la flama. Ella me miró, sus ojos medio fijos, sosteniendo una pistola láser con las dos manos. Tenía el pelo oscuro, enmarañado con sudor grasiento.
Ella me sonrió nerviosamente. Pude ver que estaba aterrorizada. Quizás ella sabía mejor que la mayoría de lo que me faltaba que debería haber poseído.
-Nos dijeron que sería un peligro- dijo.
No sé qué esperaba que hiciera entonces. ¿Hablar con ella? Ni siquiera estaba tentada ni remotamente. Hablar, como la mayoría de las cosas, es una habilidad basada en la repetición. Después de un tiempo, pierdes incluso la motivación para practicar.
Miré alrededor de la cámara. Los documentos estaban distribuidos en mesas de hierro oscuro, entre ellas pizarras de datos y contenedores de comunicaciones seguros. En una de las paredes había una gran carta hecha de lo que parecían pieles de animales, solo una parte quemada por mi lanzallamas. Contenía representaciones simbólicas de sistemas planetarios, conectados por una madeja de rutas de disformidad grabadas en un fluido marrón oscuro.
-Demasiado tarde, de todos modos- dijo, siguiéndome con su arma, un elemento de grado estándar que no tenía ninguna posibilidad de perturbar mi armadura. **-No importa. Todo terminara y muy pronto.**
Encontré su certeza intrigante. La mayoría de las invectivas de los cultistas era bravuconada, diseñada para reforzar su propio coraje más que cualquier otra cosa. Esto fue diferente. Casi parecía que lo lamentaba.
La miré y ella retrocedió. Con el labio curvado hacia atrás, se alejó un paso casi antes de darse cuenta.
Déjame decirte algo. Nunca te acostumbras. Nunca pierdes las heridas. Creces, toda tu vida, rodeado de personas que te odian por una razón que ni siquiera pueden articular, y se atasca debajo de tu piel. La capacitación ayuda, por supuesto. Aprendemos técnicas. Tenemos viejos mantras para recitar, diciéndonos a nosotras mismas que en realidad somos el más grande de sus siervos, lo que no se trata tanto de la jactancia como de la

autoconservación, pero nunca lo crees realmente, y cada estremecimiento, cada expresión horrorizada, tuerce el viejo cuchillo. un poco.
-No te diré nada- dijo, desafiante.
Qué noción más extraña. Ella pensó que estaba allí para interrogarla.
Abrí la llama de nuevo, empapándola en una columna de fuego de sangre de corazón. Por un momento la vi retorcerse y sacudirse dentro de la caliente purificación, su cuerpo era un coágulo negro contra la pantalla de energía desatada.
Así que mírenme ahora, pensé, permitiéndome un pequeño placer salvaje ante el espectáculo del sufrimiento justo y admitido de esta mujer.
Dejé que la ejecución continuara demasiado tiempo. Usé demasiado combustible sagrado, lo cual era un pecado que Hestia no encontraría fácil de perdonar. Cuando terminé, su cuerpo era un montón de brasas humeantes, mezclado con los últimos restos hirviendo de su sangre y elementos.
Apagué la línea de *promethium* de mi lanzallamas. Tomé un largo respiro. Dejo que las pesadas nubes de calor se disiparan.
Luego fui a la tabla. Como era de esperar, el material no era piel de animal, sino algo sucio. Más sorprendentemente, era una representación coherente del espacio disforme, como podría ser utilizada por un navegador o un general imperial. No era una estudiosa del empíreo, pero podía entender mucho de lo que representaba. En mi opinión, parecía el tipo de esquema utilizado por un planificador de guerra táctico: un almanaque de sistemas, dispuestos en el orden esotérico impuesto por las corrientes de distorsión.
Tomé una foto de los datos para un estudio posterior, y me acerqué a las pilas de contenedores de comunicaciones. Muchos estaban marcados con runas de protección: manchas de sangre diseñadas para invocar maldiciones sobre cualquiera que las manipule sin la iniciación adecuada. Activé haces de hololitos de sus emisores, y recuperé poco, pero las imágenes borrosas y revueltas. Se borraron o mi uso no autorizado había borrado automáticamente el contenido.
Tuve que revisar mis opiniones sobre esta chusma nuevamente. Se estaban comportando casi profesionalmente.
Regresé al cuerpo humeante de la mujer. Ella había estado agarrando algo antes de que yo entrara, lo que parecía un espejo de mano, enmarcado en

bronce pesado en forma de boca jadeante. Mientras lo levantaba, sentí una chispa de energía enroscarse en mi puño. La superficie plana estaba nublada, marcada con imágenes a medias que aún se veían mal.
Estaba a punto de romperlo, reconociendo un dispositivo proscrito que podría ser diseccionado a mi regreso al mundo natal, cuando el cristal se aclaró de repente. Me encontré mirando a los ojos muertos de algo mucho más inquietante que la mujer quemada a mis pies.
Seré sincera: mi corazón dio un vuelco. No hay vergüenza en eso. Hay pocos entre los vivos que puedan mirar directamente a la cara del enemigo y no sentir un espasmo de hielo en sus corazones.
Era raro ver a uno de ellos de esa manera. He matado a los de su clase antes, por supuesto. No disfruto más que ver a un guerrero maldito de las Antiguas Legiones morir en mis manos, ya que se encuentran entre los más grandes enemigos que enfrentamos y son capaces de acabar con nosotros de la misma manera que nosotros somos capaces de acabar con ellos. Hicimos del estudio de sus formas el foco de nuestros escasos recursos, examinando su iconografía antigua y su heráldica de base para cualquier cosa que pudiera ayudarnos a comprender sus intenciones.
Entonces supe qué era lo que miraba. No era una transmisión en vivo, pero el último tartamudeo de cualquier comunicación arcana había estado en uso antes de entrar. Estaba mirando a un guerrero del más grande de todos los ejércitos del Enemigo: la autodenominada Legión Negra. Lo vi a través de velos de niebla creciente, pero pude percibir claramente la máscara de muerte de ébano, bordeada de oro verdoso. Me había enfrentado a estos luchadores impíos antes en combate solo una vez, hace muchos años, y podía responder por su extrema mortalidad. De todas las bandas de guerra y batallones mestizos del enemigo, fue esta Legión la que presagió los peores días para nosotros.
No pude entender lo que se decía. El lenguaje estaba distorsionado por la distancia extrema, o mutilado por la brujería, o tal vez hablado en algún código de batalla gutural, pero su sola presencia aquí cambió todo el tenor de esta acción. Algo necesario pero rutinario acababa de volverse crítico: si había algún vínculo, incluso el más mínimo, entre el Círculo y las Antiguas Legiones, entonces la noticia tenía que llevarse a Hestia de inmediato.
Me moví rápidamente, recogiendo los botes restantes, con la intención de colocarlos a ellos y al espejo dentro de un ataúd nulo a bordo de mi

interceptor. Bajé el mapa oculto y lo hice rodar con fuerza. Mientras avanzaba, coloqué cargas alrededor de la cámara, dándoles solo unos minutos para contar atrás antes de partir. Poco después de mi partida, se purgaría todo este nivel, sin dejar ninguna pista de lo que había sucedido dentro. La necesidad de apresurarse era apremiante.

Fue solo cuando llegué a la puerta rota que escuché la palabra que realmente me dejó sin equilibrio. En medio de todos los gruñidos y silbidos de la alimentación aún activa, apareció un nombre tan familiar que ninguna distorsión podría disfrazarlo. El legionario lo habló como un improperio, agudo y vicioso, y por lo tanto no podía haber ningún error.

Arraissa.

Empecé a correr.



TIERON IV

En aquellos días parecía que las tareas que teníamos delante nunca terminarían. El Consejo actuó con gran propósito, por lo que pude determinar, pero apenas fue suficiente para satisfacer la creciente ola de demandas. No necesitábamos el consejo de Kerapliades para saber que la guerra iba mal y, sin embargo, los detalles aún nos eludían. Las tormentas de distorsión se elevaron a niveles nunca vistos por los coros astrópicos vivos, sucumbieron a la locura, la sordera o el sopor, y mis intentos de obtener más información a través de la red habitual de contactos arrojaron muy poco. De alguna manera, a través de esa extraña sensación de intuición de la manada que siempre se adelantó a las nuevas firmas de una manera u otra, el Mundo Trono comenzó a entrar en pánico.

Comenzamos a recibir más informes de lo habitual de los guardias del Palacio, todos ellos quejándose de sedición en los grandes barrios marginales más allá de los gigantescos muros. No era nada que los ejecutores regulares no pudieran manejar, pero la frecuencia me molestó. Estas no fueron revueltas cuidadosamente planeadas contra la tiranía de los Señores, sino levantamientos espontáneos, confusos y sin propósito. Cuando los líderes fueron interrogados, no podían decir nada más que una locura los había capturado. No suplicaron por sus vidas. En más de un informe, se dijo que preferían la muerte a lo que pensaban que venía, lo que me pareció despreciable e inquietante.

Gran parte de lo que pasó por mi escritorio permaneció sin leer, tal fue el volumen de misivas que se me acercaron, surgiendo de cada avenida como una fétida marea de agua de inundación. Recuerdo que había una sensación de cosas que se desmoronaban, de costuras que poco a poco se despegaban, de que las palancas de control ya no tiraban de la maquinaria que había debajo.

Eso no era nuevo. Había tenido el mismo sentido muchas otras veces y, sin embargo, siempre se había restablecido el orden, la voluntad del Trono se

había vuelto a fijar en una población rebelde. No recuerdo haber pensado que esto sería diferente. O tal vez lo hice. Ahora es difícil de recordar, ya que no descansamos mucho entonces, y nuestras cenas se volvieron menos buenas y más apresuradas, y nos arrastramos sin cesar de ciudadela a ciudadela con nuestros paquetes de pergaminos transportados por trenes de torpes mentales.

Conocí a un general del alto mando de *Cadia*. Se llamaba Alberich Harster, y ya había vuelto a Terra durante tres meses. Estaba bastante acostumbrado a tratar con figuras de alto rango de la Guardia Imperial, aunque nunca había sacudido mi vago sentido de inferioridad en su compañía. Puede encontrar esto extraño, dados los guerreros más poderosos con los que estaba acostumbrado a tratar, como Valerian, pero en mi opinión, se trataba de una categoría completamente diferente, casi más allá de los humanos. Hombres como Harster eran en lo que podría haberme convertido, si hubiera sido hecho de piedra más dura, y la persistente sospecha nunca me dejara que de alguna manera no había intentado lo suficiente, y que mi mundo de eruditos y vinos caros era un insulto para aquellos que murieron diariamente en las trincheras.

Si Harster sentía lo mismo, no dio señales de ello. Era de la vieja escuela, tranquilamente deferente sin revelar mucho. Respetaba mi rango, como todos los militares, y era lo suficientemente diplomático como para no traicionar lo que pensaba de su portador.

Lo recibí en la misma cámara donde Kerapliades había hablado conmigo. Durante el día, se parecía mucho a la noche: la luz solar gris del lodo de Terra hacía poco para levantar la opresiva penumbra que se cernía sobre todos mis finos muebles.

-General- le dije, ofreciéndole un trago y tomando asiento.

-Canciller- respondió, negándose amablemente y haciendo lo mismo.

Era un hombre grande, con el cuello grueso y apretado contra el traje. Una larga cicatriz le recorrió la mejilla derecha, cortando una cuenca ocular augmética. Su carne estaba bronceada, sólida como el cuero viejo, y su cabello blanco grisáceo era corto.

-¿Cuándo vuelves?- pregunté.

-Dos semanas- respondió.

-Llevas las esperanzas de todos nosotros contigo.

Su expresión no parpadeó. **-Tomo medio millón de soldados, en cincuenta regimientos recién criados. Me tomó diez años reunirlos, y solo ahora tengo la comisión de partir. Ruego al Trono que no lleguen demasiado tarde.**

Absorbí el insulto implícito. Las ruedas de la burocracia imperial se mueven lentamente, y no podía apreciar lo difícil que era la tarea de reunir un ejército así en tan poco tiempo. A decir verdad, diez años no fueron nada. Sé que lleva cinco veces más tiempo reunir fuerzas menos potentes.

-Has estado luchando por mucho tiempo- dije. **-Cuéntamelo.**

-Aguantamos- dijo Harster, rígidamente. **-La línea no se romperá.**

-Ven, general- dije, colocando mis manos pesadas en mi regazo. **-Si hubiera querido un catecismo, habría ido a un sacerdote. Dime cómo es realmente.**

Por primera vez, una sombra de inquietud cayó sobre sus rasgos. Dudó, sabiendo que podría ser una prueba de fidelidad a la línea pública que hicimos girar a las masas. Sin embargo, después de solo un momento, la incertidumbre pasó. Había estado luchando demasiado tiempo como para preocuparse por lo que podría hacerle.

-Medio millón no lo hará- dijo. **-Diez veces eso no lo haría.**

Asentí. **-No hemos tenido noticias de *Cadia* desde hace mucho tiempo.**

-Lo sé.

-Eso está haciendo volar todo tipo de rumores. La Puerta ya podría estar derribada, dicen.

-He escuchado esos rumores.

-¿Todavía viajarás allí?

Los ojos grises de Harster, uno natural, uno rodeado de hierro, se mantuvieron firmes. **-Es donde reside nuestro deber.**

A pesar de mí mismo, eso me atrapó. Miré a este hombre, a quien le quedaban muchos años de vida natural, y sin duda tenía dinero y la influencia para encontrar una posición menos suicida, y vi en qué podían convertirse esos brutos en la escuela, una vez que los bordes habían sido derribados ellos. Lo admito, sentí vergüenza.

-¿Qué se puede hacer?- pregunté.

Él entendió a lo que me refería. Quería saber qué pensaría la Guardia Imperial de nuestra gran empresa, y si podrían tolerarlo.

-He visto cosas que ningún hombre en su sano juicio debería ver- dijo, sintiéndose orgulloso de eso, aunque ahuecó su expresión. **-He visto derrotados a los Ángeles de la Muerte. ¿Crees que eso es posible? No lo hice, pero lo he visto. Hay una fuerza en el universo incluso mayor que la de ellos. Algunos de ellos habitan aquí, me dicen, retenidos por la antigua ley-** su mirada, dura como el acero, simplemente no cambió. Habría seguido a este en la batalla, si esa hubiera sido mi vocación. **-Son viejas leyes. Son viejos hábitos. Podría decir, si me preguntaran.**

Fruncí mis labios en pensamiento. Quería agradecerle por eso, pero supuse que tenía poco uso para agradecimientos como yo.

-Ya veo- fue todo lo que dije.

Se estaba poniendo impaciente. Sabía cuándo estaba previsto que su módulo de aterrizaje lo llevara a la flota que estacionaba en órbita: mil transportistas de tropas, escoltados por cada fragata de la Armada que el Comando Praeses podría reunir. Después de unas escasas dos semanas de preparación sin duda escasa, se habrían ido, así que me levanté y lo vi hacer lo mismo. Caminamos juntos hacia la puerta, yo arrastrándome debajo de mi túnica pesada, él caminaba torpemente, cargando viejas heridas.

-Que Él te conservé allá afuera, general- dije, parándome en el umbral.

Me dio un breve asentimiento. Los dos éramos observadores, pero ninguno de nosotros pensó que realmente funcionara así. Sabía con perfecta claridad que el hombre iba a morir, al igual que el medio millón de almas que se llevó con él. Si eso lograría algo, si incluso retrasaría el colapso, era otra cuestión.

-Luchamos allá afuera- dijo, haciendo la señal del aquila, y luego mirando los pilares de oro a su alrededor. **-Luchas aquí. No sé cuál de nosotros tiene el peor trabajo.**

Luego se fue, girando sobre el tacón de su bota y cojeando por el pasillo.

-Sí- murmuré, mirándolo irse.



El compromiso me puso de mal humor. Por primera vez en mucho tiempo, encontré el fango sin fondo de los procedimientos de trabajo lento

de Terra sin sentido y frustrante. Era tan maestro de esos laberintos como cualquier otro que haya vivido, y sin embargo las ruedas giraron con una agonizante lentitud ante la aniquilación. Todo nos decía que se romperían los muros, que la inundación se elevaría para engullirnos y, sin embargo, hicimos lo que habíamos estado haciendo durante diez mil años: criamos regimientos nuevos, enviamos súplicas a capitulares, discutimos sobre la precedencia y los mandos del sector. en el Consejo.
Avancé por los pasillos hacia mi sala de comando segura, ignorando a los muchos empleados que intentaron llamar mi atención.
Todos menos uno. Nunca podría rechazar a Jek, que era tan parte de mí como mis pulmones sintéticos. Ella no era tan vieja y rota como yo, y sin embargo tenía la mente rápida y la inteligencia constante necesarias para prosperar en este viejo pabellón de rivalidades en competencia.
-¿Cómo estuvo él?- preguntó ella, caminando rápidamente a mi lado. Eso es lo que siempre parecíamos hacer: mantener conversaciones apresuradas mientras avanzamos hacia una nueva crisis.
-Me rompe el corazón- gruñí.
Es su deber. Esa palabra otra vez, deber. Quizás, una vez, hubo más que eso.
-Dime cómo estamos- le dije.
-Tenemos una fecha acordada- dijo, dejando que una nota de triunfo se deslizara en la declaración. Esto era para lo que habíamos estado trabajando, trabajando durante días y semanas con las oficinas, los centinelas y los guardianes de los Doce, y finalmente la miré. **-El noveno de Decimus. Todos han estado de acuerdo.**
-¿Incluso Raskian?
-Incluso Raskian.
Oud Oudia Raskian fue el fabricante general del Adeptus Mechanicus, y el más difícil de todos los Doce para precisar a una asamblea general en el Senatorum, ya que su forma física era más sólida que el cuerpo y requería una amplia modificación para viajar desde Marte. Se necesitarían ocho megalíferos Basilikon para llevarlo al Palacio, y todo eso requería una tediosa autorización orbital.
Aún así, había aceptado. Lo hemos hecho.
-Por fin, buenas noticias- murmuré, aún caminando. Delante de mí se alzaban las pesadas puertas de bronce de mi sala de mando, flanqueadas

por drones y un par de guardias de la casa con librea púrpura. **-No nos da mucho tiempo para organizar las órdenes de consulta. Arx ha estado presionando por su condenada locura en la cumbre intra-ordo, y tiene que mantenerse fuera de la agenda.**
Entenderá, espero, la necesidad de una gran cantidad de nombres aquí, porque la política era complicada: Kleopatra Arx era la Representante Inquisitorial, y había estado agitando por una gran reorganización de las capas laberínticas de células y cárteles dentro de su ámbito de competencia, algo que requería que la mayoría de los Altos Señores lo justificaran. Quería que esta propuesta tortuosa y en gran medida administrativa no se acercara a la mesa, ya que solo podía retrasar los asuntos verdaderamente importantes en cuestión.
-He sacado los sensores, canciller- dijo Jek. **-El Provost se opone, por lo que deberíamos poder diferir hasta la próxima sesión programada.**
Cuando las puertas se abrieron, revelando la gran cúpula interior, mi mente estaba trabajando duro. Apenas vi los cientos de sirvientes y sabios trabajando duro en sus estaciones de comunicación y pedestales académicos. A través de las altas ventanas sobre nosotros, se podía ver el imponente perfil del Palacio Interior contra el cielo, todo gris y monolítico.
Durante algún tiempo, prácticamente todo el conjunto de mecanismos bajo mi mando se había dedicado a un solo objetivo: colocar el tema de la disolución ante los Doce y lograr que se reunieran para considerarlo. Al principio, lo había hecho por deber con Kerapliades; Como había aprendido más y hablé con personas como Harster, había llegado a verlo como la única tarea que tenía sentido. Y más que esto: quería que tuviera éxito.
Recuerda esto: la historia registra a los guerreros y los portadores de la espada, pero siempre hubo quienes hicieron lo necesario para llevarlos a la batalla. Ese era mi papel ahora, la única contribución que podía hacer.
-Mi mente es lenta- dije, mientras me dirigía a la plataforma de mi estratega: un plano hexagonal de mármol ondulado con vista a la gran extensión de trabajadores, tachonada con una poderosa mesa de piedra pulida y rodeada de lentes flotantes y ruedas hololíticas. **-Necesito poner las cosas en su lugar correcto.**
Jek se unió a mí al borde de la mesa. Invoqué una lectura de nuestra situación táctica, y las transmisiones de litio se convirtieron en una vida

translúcida a mi alrededor.
Cada miembro del Consejo tenía una entrada allí, marcada con vívidas runas rojas. Tenía un equipo adjunto a cada uno, sombreando sus movimientos e informando sobre sus conversaciones. Les habría sorprendido poco saber que sus espías internos fueron infiltrados por mis espías, ya que sin duda mi propia organización estaba acribillada de manera similar, pero mi gente estaba mejor.
Revisé los datos. A pesar de todo, todas las súplicas y los sobornos y los llamamientos a la razón, el asunto seguía equilibrado. La estructura del Consejo había sido diseñada para fomentar el consenso. Fueron doce fuertes, lo que dificultó la aprobación de actos contenciosos, ya que un voto equitativo aseguró que la propuesta permaneciera sin respuesta. Cualquier miembro puede optar por apoyar, rechazar o abstenerse.
En la actualidad, sabíamos que disolución contaba con el firme apoyo de cinco miembros del Consejo: Kleopatra Arx, el Representante Inquisitorio; Uila Lamma, el Enviado Paternoval de las Casas Navegantes; Kania Dhanda, la portavoz de los capitanes cartistas; Merelda Pereth, Señor Almirante de la Armada Imperial; y el creador de todo, Kerapliades. También sabíamos que cinco miembros votarían en contra: Oud Oudia Raskian del Adeptus Mechanicus, Irthu Haemotalion, el Maestro del Administratum y el primus inter pares del Consejo; Baldo Slyst, el eclesiarca del Adeptus Ministorum; Aveliza Drachmar, la Gran Provost Mariscal de los Adeptus Arbites; y Leops Franck, el maestro del astronomicón.
Entonces, cinco a favor, cinco en contra. Nuestros esfuerzos durante las últimas semanas se habían dirigido al único miembro indeciso: Fadix, el Gran Maestro del Oficio Assassinorum. Los asesinos a menudo se abstuvieron de votar, ya que sus intereses generalmente se cumplían sin importar las políticas promulgadas por sus amos. Fadix siempre había sido un gran maestro arquetípico, envuelto en capas de protección, su dominio era el más difícil de penetrar y, junto a Arx, el más peligroso de cruzar. Lo intentamos con cuidado, haciendo todo lo posible para presentar el caso y asegurar algún tipo de indicación de preferencia. Si optaba por oponerse, todo estaba perdido: no se podía aprobar la votación. Si optaba por apoyar, las cosas se volverían más fáciles: el puesto vacante de Brach podría quedar sin cubrir y la votación aún se llevaría a cabo. Eso significaría que nuestros intentos de hacer contacto con el Capitán General se volvieron

menos apremiantes, algo que hubiera acogido con satisfacción, ya que todavía no estaba más cerca de ganar audiencia.
-¿Alguna noticia del Gran Maestro?- pregunté, notando que no habíamos tenido una comunicación de nuestro agente por algún tiempo.
Jek me lanzó una mirada de disculpa y me entregó una pequeña caja.
Lo abrí para encontrar un cordón de comunicación, manchado de sangre, sentado en una cama de seda arrugada. No necesitaba activarlo para saber que era uno de los nuestros. La seda era la firma de Fadix: decían que cada muerte que hacía quedaba con una cinta en algún lugar cercano.
Suspiré profundamente. Conocía a nuestro agente allí, una mujer buena y valiente que había operado sin ser detectada durante mucho tiempo.
-Entonces eso es todo- dije, desinflado.
-No del todo- dijo Jek, indicándome que cerrara la tapa de la caja. Al hacerlo, noté la inscripción, escrita en una de las muchas cifras internas del Consejo, incrustada de negro sobre negro y casi indetectable.
Miré a Jek. **-Quiere verme-** dije.
-¿Pero para qué?- preguntó Jek con cautela.
-No es amable con la interferencia, diría.
-O quiere terminar con eso para siempre.
Sería un movimiento audaz, para un miembro del Consejo extinguir a uno de sus servidores más prominentes, pero no imposible. No estaban en deuda con nadie más que con ellos mismos, y siempre supe que era eminentemente reemplazable.
-Tal vez hemos llevado las cosas demasiado lejos- murmuré.
Jek dudó antes de responder. Ella era la más leal de mis muchos ayudantes de campo y, sin embargo, ahora había el menor indicio de reproche.
-Perdóname, señor, si no lo entiendo completamente- dijo. **-Ha habido muchas propuestas y, sin embargo, con esta...**
Sabía lo que estaba tratando de decir. También era un misterio para mí, por qué esta idea había captado mi atención tan completamente. Había construido una carrera jugando con las probabilidades, manteniéndome aliados con todos, sin dejar que un solo problema me descarrilara del objetivo mayor de eficiencia y autoconservación.
Si ella me hubiera presionado, no sé qué podría haberle dicho. Ni siquiera entendía completamente los aspectos legales más profundos de disolución, que en su sentido más completo era una gama completa de

medidas que implicaban la derogación de algunos de los primeros actos del Lex Imperialis establecidos por el primer Señor Comandante. En la práctica, sin embargo, todos sabíamos lo que realmente significaba: el fin del mandato permanente que vinculaba a los Adeptus Custodes con Terra, aunque esto nunca había sido algo que me hubiera gravado, hasta ahora.
¿Eran los hechiceros custodios, me preguntaba? ¿Podría Valerian haber hecho algo en mi mente? ¿Podrían haber hecho Kerapliades?
Me apoyé en el escritorio. Probablemente me veía cansado. **-No tienes que irte-** dijo Jek, preocupada por mí.
-No, no lo hare- dije.
Entonces ella sonrió. **-Pero lo harás.**
-Por supuesto.
Extendió la mano y colocó su mano sobre la mía. No pude evitar notar lo joven que era, junto a mi carne arrugada y muchas veces rejuvenecida.
-No se atrevería a terminar contigo- dijo.
Eso fue algo amable de decir, y tal vez ella incluso lo creyó. Yo, sin embargo, sabía mejor cómo trabajaba el hombre.
Me estaba metiendo demasiado profundo, como si los pecados pasados me estuvieran alcanzando.
-Supongo que lo descubriremos- le dije, alejando mi mano.



No lo negaré, estaba incómodo. Mis nervios se debilitaron por la pesada carga de la atención y la sensación de que las cosas iban más allá de nuestra capacidad de controlarlas nunca desapareció.
Pero me subí al transbordador, le di instrucciones al piloto e hice lo que tenía que hacer. Cuando despegamos de la alta aguja de mi dominio, vi el paisaje urbano de Terra huir ante nosotros, desmoronándose y magnífico, gris bajo un cielo oscuro. Al norte se encontraba la cara de la montaña del Sanctum Imperialis, que brillaba como un volcán inactivo. La torre urbana se extendía en todas las direcciones, enredada y dominante. Consideraba que este era mi hábitat natural, aunque siempre había entendido su peligro. Harster había estado en lo cierto en un sentido: era una zona de guerra, aunque en la que el asesinato ocurrió en silencio.

El reino de Fadix era un largo tránsito al sur del ápice sagrado, alojado contra el barrido interior de las paredes. Un neófito nunca hubiera sabido que el lugar albergaba lo que hacía: su fachada no se veía diferente de uno de los mil templos de la Eclesiarquía, ennegrecidos por el hollín viejo y adornados con ángeles en frontones de granito. Quizás era un poco más oscuro que el resto, un poco más sólido. Por alguna razón, sus dinteles estaban salpicados de cuervos psíquicos, docenas de ellos, mirando con ojos de augur negro sobre las vistas de la descomposición. Ningúna otra aeronave fue a menos de un kilómetro de ese lugar, advertido ni por reputación ni por intuición silenciosa. Durante los últimos momentos del viaje, mi nave fue la única en el aire, una mota solitaria contra las terrazas gigantes que tenía delante.

Atracamos, y un solo asistente me recibió en un salón cavernoso y polvoriento. Llevaba una armadura negra, ceñida y ajustada. Nunca habló y nunca vi su rostro, que estaba escondido detrás de una máscara de distorsión de voz sin ojos. Si había otros sirvientes o servidores presentes, permanecían fuera de la vista. Todo el lugar estaba frío y cargado de mugre y sombra. Era casi una parodia de lo que representaba la orden, tal vez representada como una especie de teatro elaborado para su propia diversión. Sabía perfectamente, por ejemplo, que esta era solo una de las muchas ciudadelas de Oficio Assassinorum. El verdadero nexo de sus operaciones era desconocido para todos, excepto para el Gran Maestro, y quizás para algunos de sus compañeros en el Consejo.

Cuando pasamos más adentro, vi íconos del Officio Assassinorum hundidos profundamente en las paredes de latón y ónix. Los pasillos permanecieron tranquilos, casi mortales, y vi grandes bóvedas bostezando a ambos lados de nosotros mientras caminábamos, cada una llena de oscuros gabinetes y extrañas esculturas.

Pasó mucho tiempo antes de llegar a las habitaciones del Gran Maestro. Una vez allí, mi guía desapareció, yendo tan silenciosamente como todo en esa maldita morgue, dejándome solo ante un par de puertas con cara de cobre. Se abrieron antes de que tuviera oportunidad de moverme, barriendo silenciosamente un suelo de piedra oscura.

Estaba esperándome adentro, sentado detrás de un largo escritorio lleno de pergaminos. Velas encendidas en soportes de hierro, que apenas iluminaban la habitación. Lo poco que pude ver fue exquisito: gruesas

pinturas al óleo en marcos dorados hollín, bronces encima de las mesas auxiliares de caoba. Casi podía oler la edad de todo. Algunos de ellos podrían haber estado allí durante miles de años, otros podrían haber llegado a la sala como resultado de los contratos celebrados contra figuras poderosas en todo el Imperio.
No había escuchado decir que los asesinos eran más corruptos que el resto de nosotros, pero nunca había habido mucha desaprobación oficial asociada a la acumulación de una compensación adecuada por los servicios prestados. Y después de todo, había habido muchos de esos servicios.
No se levantó. Fui tan confiado como pude. Tuve una profunda sensación de ser observado desde todos lados, y resistí el impulso de mirar a mi alrededor en la penumbra.
-Sea bienvenido, canciller- dijo.
Fadix era tan cadáver como exigía su profesión. Su cabeza era delgada, sus ojos tan negros como los cuervos psíquicos que vigilaban sus pasillos. Llevaba túnicas sueltas, de seda, por supuesto, que brillaban como el aceite en la luz parpadeante. Incluso sentado, había algo en su postura que delataba el condicionamiento extremo en el que siempre había vivido. Entonces me pregunté, como lo había hecho cuando lo conocí antes, en qué Templo había servido originalmente. Seguramente no era uno de los monstruos Eversor, estaban arruinados por su régimen único, y no creo que un Culexus pudiera haber sido restaurado. ya sea. Eso todavía dejaba muchas posibilidades.
-Su mensaje fue perfectamente elocuente- dije.
-No fue nada personal. No me gusta que me observen demasiado, ni usted ni nadie más.
-Hago lo que debo.
-Pero no sufres por ello. Ella si lo hizo.
Resistí el impulso repentino de tragar. No había malicia manifiesta en sus palabras, solo una escalofriante falta de entonación.
-Lo lamento mucho- dije, sinceramente.
-Tal vez sí- Fadix se inclinó un poco hacia adelante y las cortinas de seda se movieron. **-Pero estás teniendo un interés peculiar en este asunto. Nunca antes te había conocido por excederte.**

Todo era cierto, así que no tenía sentido negarlo. **-Actúo según las demandas del Consejo-** dije.
-Al principio, tal vez- dijo Fadix. **-Pero no eres la criatura de Kerapliades. A menos que te haya comprado ahora, lo que podría no haber sido un movimiento inteligente para ninguno de ustedes.**
Me puse impaciente. **-Esto es Terra, mi señor-** dije. **-Incluso las estatuas se miran entre sí.**
A pesar de mi larga experiencia, estaba dejando que el Gran Maestro me afectara. Si eso contaba como algún tipo de victoria para él, no daba señales externas de satisfacción. Su expresión nunca pareció cambiar.
-Sin duda- dijo. **-Y ahora tienes tu fecha para el set de cámara inferior, y todos nosotros haciendo cola para hacer tu apuesta. Y sin embargo, esta vez es diferente. Estás haciendo más que organizar tiempos y lugares. Estás recopilando información como si fuera comida para un hombre hambriento. Me dicen que la moneda ha cambiado de manos en cantidades que no se ven desde hace años. Has tenido cuidado de ocultar las fuentes, pero no eres el único que tiene espías.**
Comencé a responder, para hacer la defensa estándar de mi independencia, pero él levantó una mano delgada y mis labios se cerraron. Sus uñas eran largas, cuidadosamente archivadas en elipses perfectamente lisas.
-Quieres un cierto resultado- dijo Fadix. **-Ya no eres imparcial. Eso me intriga. Podría destruir tu juego con una sola opción, porque yo también sé cómo está el Consejo. Si votara en contra de su moción, moriría. Estoy bastante acostumbrado a matar cosas.**
-Está obligado, señor, a votar en interés del Imperio.
Fadix sonrió secamente. **-He hecho más por el Imperio de lo que nunca sabrás-** dijo, y sus dientes brillaron como el hierro bruñido en la oscuridad.
-Envié a mis hijos e hijas al infierno de *Cadia*, y casi ninguno regresa. Por cada objetivo que eliminemos, perdemos el doble de ese número de operativos invaluables. ¿Creo que la disolución cambiaría eso?
-Ese es el asunto ante ustedes.
Él se encogió de hombros. **-Para mí, no tengo vista. Me importan poco las leyes, solo que me atan las manos. Supongamos que liberas a los Custodios de su vigilia aquí. Dicen que hay diez mil de ellos. Los números**

enemigos en miles de millones. Un león es un pobre cazador para enfrentarse a tantos chacales.
Entonces recordé la cara sombría de Harster. Hay una fuerza en el universo aún mayor que la de ellos.
-El mismo argumento se aplica a los Ángeles de la Muerte- dije. **-Siempre hemos necesitado élites.**
-Y así los tenemos- Fadix tomó la hoja de pergamino que tenía delante y la blandió. Pude ver resmas de texto garabateado, estampado y reimpreso con los grandes sellos del Adeptus Terra. **-Esta es la orden, bajo el Lex, para que se desate un Eversor. Ha tomado dos años para asegurar. Esta noche, se activará y la cápsula de estasis se lanzará al vacío. Es el arma más mortífera de mi arsenal, perfeccionada con más de diez mil años de experiencia. Matará y matará hasta que alcance su objetivo. Causará terror contra el terror. ¿Qué han hecho los Custodios para prepararse para tales combates, salvar patrullar estos muros y pulir sus lanzas?**
Sabía que habían hecho mucho más que eso. Supuse que Fadix también lo sabía, pero el punto todavía estaba bien hecho.
-Si quiere oponerse- le dije, sintiendo que había venido aquí con un riesgo tan personal solo para ver mi esfuerzo frustrado, **-entonces usted está dentro de sus derechos.**
-Hah. Si quisiera herirte de esa manera, hubiera sido más dulce hacerlo en el Consejo y ver cómo tus esperanzas se derrumban en el momento de su finalización- reemplazó el pergamino a la ligera. Cada una de esas hojas era una orden de arresto para la muerte de un alma proscrita, y las barajaba como un banquero baraja notas de promesa. **-No, tengo en mente un castigo más sutil para ti. Sé que ya hablaste con los Adeptus Custodes. No desea volver con ellos. No quisiera volver a ellos yo tampoco, y sin embargo tendrás que hacerlo, ya que planeo abstenerme. Y entiendes lo que eso significa.**
Si dijera la verdad, los votos permanecerían empatados a cinco cada uno. El duodécimo lugar tendría que llenarse para romper el punto muerto. Tendría que, de alguna manera, hablar con el Capitán General.
Ahora podía ver lo que había hecho Fadix. Mi interés en el resultado había sido descubierto. Ir a cualquier lugar cerca de los Custodios sería peligroso para mí ahora, y sin embargo, no hacer nada arriesgaba la posibilidad de

escapar. Podría perseguirlo, pero puso en peligro todo lo que me había esforzado por construir durante ochenta años.
El asunto siempre había sido delicado. Ahora se había vuelto peligroso.
-Aún no conozco las intenciones de los Adeptus Custodes- dije, casi para mí.
Fadix puso sus manos sobre la mesa, dobladas cuidadosamente, enfundadas en puños de seda más pura.
-Entonces, canciller- dijo, llevando la reunión a su término, **-si valoras tu reputación y te importa algo para este proyecto de tus aliados del Consejo, creo que será mejor que lo averigües.**



VALERIAN V

Corrí por el largo corredor. Estaba en el interior del Palacio Interior, donde el suelo estaba santificado. El alto techo abovedado estaba cubierto de estandartes de batalla, cientos de ellos, todos rígidos con la edad. Las ventanas altas dejaban que una luz escasa se deslizara sobre las banderas, grabando plata en las gárgolas con cara de calavera.

Mi lanza guardiana, *Gnosis*, crujió en mi agarre. Podía sentir mi corazón latir constantemente, mis pulmones trabajando, mi sangre corriendo. Mi armadura nadaba con líneas de electricidad estática, alimentando líneas finas de energía desde la cuchilla. Yo era como una estrella en el vacío.

Estaba por delante. Podía olerlo ahora. Este enemigo no era para ocultarse: había sido construido para derribar paredes, y ahora estaba dentro de ellas. Tenía pocas ilusiones sobre lo que era capaz de hacer: a pesar de que nuestro cultivo era en muchos aspectos superior al de las antiguas Legiones Astartes, todavía estaban entre nuestros enemigos más letales y bastante capaces de derrotar a uno de nosotros si no se tomaba el cuidado suficiente. La Larga Guerra les había dado muchos obsequios oscuros, de los cuales tuvimos que aprender y contrarrestar.

A menudo me preguntaba si incluso habíamos superado a nuestros hermanos de antaño, los que habían usado el color carmesí y el oro, ya que habíamos tenido tantos siglos más para comprender la naturaleza del enemigo con el que luchamos. Eso fue sin duda orgulloso, y probablemente inexacto, pero aun así la idea a menudo me vino a la mente.

Doblé la esquina a toda velocidad. Seguía corriendo, yendo más rápido de lo que su armadura de metal pesado habría sugerido que era posible. Podría haber estado en uno de los púlpitos más arriba, con la esperanza de encontrar alguna ventaja desde la cual lanzar una defensa, pero mi búsqueda había sido demasiado rápida.

Abrí el bólter de *Gnosis*, atrapando a mi enemigo en el hombro y enviándolo al suelo. Por encima de los dos, los estandartes se balanceaban fuertemente, atrapadas por el retrolavado de la explosión.
Corrí tras él, viéndolo volver a ponerse de pie. Era un bruto, con costra de placas de batalla surcadas y empañadas. Sus lentes de casco brillaban de un rojo apagado, como el magma, y llevaba un martillo de guerra de dos manos. El hedor a combustible del motor se cernía sobre él. Incluso podría haberse acercado a mi propio tamaño, mi peso, mi fuerza, tales fueron las perversiones que la disformidad había provocado en aquellos que alguna vez sirvieron al Trono.
Nos golpeamos juntos, y el impacto agitó la piedra a nuestro alrededor. Nuestras armas crujieron en una llave de seguridad, derramando plasma sobre los dos. Me aparté, con la empuñadura primero, y lo aplasté un paso. Él empujó hacia atrás, con el objetivo de golpear la cabeza del martillo efervescente en mi pecho.
Casi se me golpea. Pensé que su arma estaba a unos pocos microsegundos de un impacto que habría roto mi coraza de auramita. Ese intervalo, sin embargo, fue lo suficientemente cómodo como para hacer girar mi espada en mi agarre, clavar la punta de la lanza en la garganta del Traidor y disparar a quemarropa.
El proyectil explotó al instante, destrozando su cabeza en una lluvia de pedazos de metal. Su martillo de guerra se salió de control, sus extremidades se separaron y el impulso de mi empuje hacia abajo envió su cadáver sin cabeza al suelo.
Me detuve sobre él por un momento más, respirando pesadamente, mi lanza se agarró flojamente. La sangre, viscosa como aceite de sumidero, manaba del muñón podrido de su cuello. Sus dedos de metal temblaron. Los aegis de la fuerza alrededor de su martillo de guerra parpadearon.
Lentamente, con cuidado, me relajé. La muerte había sido limpia, sin daños. Sin embargo, no estaba satisfecho con lo lejos que había penetrado. En otra carrera, hubiera esperado haberlo derribado aún más.
No sentí ninguna emoción particular mientras estudiaba el cuerpo. Comprendí que mis primos en el Adeptus Astartes reservaron un odio casi patológico para sus homólogos traidores. Me preguntaba si eso los hacía más o menos efectivos en el campo de batalla. Para mí, los miembros supervivientes de las Antiguas Legiones eran como bandas de animales:

amenazas salvajes al Trono que requerían sacrificio. No sentí una diferencia perceptible en mi respuesta a ellos que la que había experimentado al cazar Tiránidos y Eldar xenotipo en estos mismos túneles: todos eran peligrosos, dignos de estudio, pero no dignos de gastar energía emocional.

Desactivé el campo de energía de *Gnosis* y me aparté del cadáver. En unos instantes, las servidumbres del palacio alcanzarían y protegerían el cuerpo. Cada átomo sería destruido en hornos vigilados por sacerdotes sancionados. Por el momento, sin embargo, yacería en el polvo, arruinado y roto, tal como lo habían hecho muchos de sus parientes diez mil años antes.

En caso de que tenga alguna duda, permítame aclarar dos cosas. Esto no era un hololito, estábamos en el Palacio real. Este también era un verdadero legionario, una vez de la IV Legión, que posteriormente formaba parte de una banda de guerra que operaba en el *Ofir Reach*, así me lo dijeron.

Ese conocimiento puede horrorizarte, o quizás te parezca ridículo. ¿Cómo podríamos permitir que un monstruo así se acerque tanto al centro de nuestro poder, el único sitio que juramos defender por encima de todo?

Recuerdo cuando descubrí la naturaleza de este juego de sangre en particular y tuve pensamientos similares. Y, sin embargo, recuerde que el Palacio es del tamaño de un continente, con muchas secciones perdidas por la habitación, por lo que tenemos literalmente cientos de kilómetros cuadrados para organizar nuestros ejercicios. Si hubiera dejado que la criatura escapara de la cacería, habría sido una señal de vergüenza en mi historial, pero varios cientos de pistoleros lo habrían aniquilado antes de que pudiera romper el cordón que habíamos establecido.

Y, por supuesto, ninguno de ellos ha escapado de mi caza. Lo digo no para alardear, sino para demostrar tanto la sabiduría como la necesidad de estos ejercicios. Debemos luchar contra enemigos reales, en el entorno real que estamos comprometidos a proteger. Cambian, a medida que los años corruptos hacen su hechizo, y nosotros también debemos hacerlo.

Eso deja la pregunta de cómo llegó a estar aquí. Recuerda, te dije que no estamos inactivos. Tenemos nuestras naves, y tenemos conocimiento de muchas puertas hacia el Exterior, y tenemos cuerpos enteros dedicados a la recuperación de sujetos adecuados. En cuanto al lugar particular en el que se ocupó este, eso, por supuesto, permanecerá sin revelar.

Sacudí la sangre de la cuchilla de *Gnosis* y me retiré del sitio de la muerte. Mientras lo hacía, de repente sentí que no estaba solo. Me di la vuelta y vi el perfil de oro oscuro que se acercaba de Navradaran del Ephoroi.
Sonreí. **-¿Estuviste cerca todo el tiempo?-** pregunté.
-Solo para observar- respondió.
La voz de Navradaran era mucho más baja que la mía, un ruido sordo parecía aumentar desde el corazón de su armadura.
-Llegó demasiado lejos- dije.
-Solo se juzga contra el estándar de perfección- dijo.
-¿Qué otro estándar hay?
-Ven más allá de las paredes conmigo algún día- dijo. **-Yo te mostraré.**
Caminamos juntos. Estar cerca del cadáver corrupto era desagradable, y ya podía escuchar el ruido de los equipos de eliminación que se acercaban.
-Entonces, ¿qué te trae aquí, hermano?- pregunté.
-Sueños- dijo.
Dejé de caminar. La sola palabra fue suficiente para detenerme. Los sueños no significan lo mismo para nosotros que para los demás. En la vida ordinaria, no soñamos en absoluto. Si alguna vez soñé de niño, lo he olvidado. Algo en nuestras mentes cambia con lo que nos convertimos, y cualquier modificación que tengamos para soñar con la psique mortal se vuelve redundante.
Pero hay excepciones. Los legendarios. Se habla de ellas con cuidado, con reverencia, porque fue en forma de sueños, hace mucho tiempo, que Su voluntad se nos manifestó con mayor claridad. Hay relatos, escritos en escritura arcana y enterrados en las bóvedas más profundas del Palacio Interior, que cuentan testimonios detallados de los más antiguos de nuestra orden, ahora muertos hace mucho tiempo. Se dice que el más grande de todos nosotros, el Ejemplar Diocleciano, Thanassar, incluso el propio Valdor, tuvo sueños en los que se les dio conocimiento.
No ha habido sueños por milenios. Muchos, incluyéndome a mí, habían comenzado a dudar de que alguna vez volverían.
-¿Qué te dijeron?- pregunté ansiosamente.
-Los sueños no eran míos. He estado ocupado con cosas menores: brujas, xenos y sus cazadores. Eran de Heracleon. Deseaba hablar conmigo sobre ellos.

El tribuno Heracleon todavía estaba dentro del santuario interior, completamente ocupado con los deberes hieráticos que eran el llamado más sagrado para todos nosotros.
-¿Y con qué soñaba?- presioné. Me encontré ardiente por saber, con el tipo de curiosidad casi juvenil que debería haber sido expulsada de mí hace mucho tiempo.
-Has sido un buen Capitán Escudo, Valerian- dijo Navradaran, comenzando a caminar de nuevo. **-Debes haber considerado a dónde te llevaría tu destino.**
-Sirvo a su voluntad- dije, siguiendo de cerca.
-Nadie lo duda. Pero este es un momento de cambio, lo ves más claramente en el otro lado.
-Hablas en acertijos.
Navradaran se echó a reír. **-¿Lo deseas claramente? Heracleon soñó con un nombre. Tu nombre. La Guardia Hataeron está agotada, y él lo ha tomado como una señal. Habiendo hablado con él, estoy de acuerdo.**
Las palabras hicieron que mi pulso se acelerara. Los Compañeros nunca fueron más de trescientos. Fue el mayor honor ser elegido para el deber dentro de esa hermandad. Habría sacrificio, por supuesto, tendría que dejar mis preciosos libros, pero eso no contaba más que la oportunidad de servir de la manera más profunda que se pueda imaginar.
Apenas sabía qué decir. Hace poco tiempo había estado lidiando con asuntos de protocolo político con mortales de corta vida de la jerarquía de los Altos Señores. Ahora la posibilidad de tomar mi lugar detrás de la Puerta de la Eternidad y nunca irme, pasar el resto de mi vida en los radiantes auspicios de su presencia inmanente, se elevó en su lugar.
-¿Una sorpresa?- preguntó Navradaran, viéndose irónicamente divertido por mi estupefacción.
-Podría decirlo- intenté recuperarme. **-No me ha mencionado nada de esto-** Navradaran puso su mano sobre mi brazo, deteniéndome.
-Por eso me envió a buscarte- dijo. **-Ven, el Trono espera.**



l trono.

Una palabra tan simple, utilizada en todos los mundos del Imperio como una maldición, una bendición, un voto o una mera preposición. Casi ninguno de los que lo invocó sabía nada al respecto. Imaginaban una simple silla dorada, supongo, como algo que podría ocupar un príncipe de un mundo bárbaro. Se imaginaban una cámara a su alrededor, reluciente con las riquezas de nuestro dominio interestelar, y tal vez cortesanos a la deriva a través de finos pisos, murmurando entre sí sobre asuntos importantes de estado.

No puedo culparlos por su falta de imaginación. Los sacerdotes les enseñan qué pensar, y la imagen no hace daño y algo bueno. Pueden fijar sus mentes en ello en tiempos de oscuridad, y su fe en su poder puede endurecer su resolución. Eso no evita que se equivoquen tanto.

Cualquiera que haya sido, el Trono ya no es un solo objeto, ni está alojado en una sola habitación. Sus mecanismos se extienden como raíces en todo el Palacio Interior, penetrando en las criptas olvidadas y subiendo a los picos más altos. Sus bobinas de energía son del tamaño de ciudades, sus cimientos son las montañas rehechas. Los adeptos del Mechanicus que trabajan sin descanso para mantener su funcionamiento han agregado tantas acumulaciones a lo largo de sus diez milenios de vida que el planeta a su alrededor ha sido completamente cambiado, molido y levantado nuevamente.

Se podría decir que Terra en sí misma es poco más que un recipiente de contención para el Trono. Ciertamente, si uno toma los poderosos conductos de transmisión psiónica que conducen a la Fortaleza del Astronomicón como parte de su estructura, lo cual sería un juicio razonable, entonces el mecanismo del Trono es mucho más masivo que el Palacio Exterior. Está tejido en los estratos del planeta como un órgano interno, pulsante y arterial. En verdad, dudo que cualquier alma viviente, excepto la que ordenó su construcción y habita en su corazón, tenga una verdadera comprensión de su alcance total.

Y, sin embargo, los hombres y mujeres no escolarizados del Imperio no están equivocados en cada particular. Había una vez una habitación en el corazón de todo, lo suficientemente grande, sin duda, pero no obstante una habitación. No ha desaparecido por completo, aunque sus caras internas ahora están marcadas con los detritos de Marte y sus raíces han sido reemplazadas por hoyos en el corazón del mundo. El aire en ese lugar

es difícil de respirar. La temperatura es asombrosa. El suelo tiembla, y las bóvedas resuenan con la rutina de inmensas máquinas que han estado en funcionamiento incesante durante milenios.
Me es difícil transmitir lo que es estar allí. He caminado por sus pasillos y sus bóvedas, rodeado por todos lados por la más sagrada de todas las creaciones físicas humanas, y la magnitud de todo me ha puesto de rodillas. Salvo para los grandes sabios del Planeta Rojo, que son humanos solo en el sentido más nominal, solo nosotros pasamos por sus portales. Solían haber otras, las hijas silenciosas del anatema psykana, pero durante muchos años no habían sido completamente parte del Adeptus Terra y no entraron en los recintos como lo habían hecho antes.
Así que solo nos quedamos, vestidos en el negro de nuestra penitencia, acechando entre los cables serpenteantes y las líneas eléctricas agrupadas, escuchando cualquier cambio leve en el latido del corazón de la máquina que nos rodeaba, perdido en sus sombras bruñidas.
Navradaran y yo fuimos rápidamente, bajando las largas y sinuosas escaleras hasta los niveles operativos más profundos. Durante mucho tiempo, los únicos testigos que tuvimos fueron autómatas marcianos de ojos rojos, escarbando en la oscuridad, trazando rutas rituales a través de los laberintos y murmurando palabras de lenguajes de proceso olvidados.
Levanté la vista brevemente y vi a un ángel infantil aletear en la cara de los altos arcos, dejando escapar un desordenado rastro de incienso. La criatura parecía vagamente perdida.
Mi corazón todavía latía rápido. Me habían dicho, hace mucho tiempo, que incluso los Marines Espaciales temían este lugar. Todo lo que vivía temía este lugar. Se decía que la humanidad no podía soportar estar cerca de la fuente tanto de su creación como de su destrucción, por lo que éramos como las polillas de la vela aquí, quemándonos mientras nos acercamos al motor de las almas.
Vi un cuadro de magos Mechanicus procesándose a través de una pasarela a cientos de metros sobre nosotros, su paso iluminado por el parpadeo de los soldadores de arco en forma de vela. Seguimos moviéndonos, deslizándonos más profundamente en el inframundo.
Con el tiempo llegamos a la Puerta Astral, marcada con el sello del rayo original del Emperador sobre el dintel.

Los primeros de la Guardia Hataeron nos estaban esperando allí con sus lanzas guardianas en la mano. El tribuno Heracleon se paró entre ellos, con el yelmo quitado para revelar su rostro severo y contundente.
-Tribuno- reconocí.
Me miró durante mucho tiempo. **-Capitán Escudo-** dijo. **-¿Navradaran te contó todo?**
-Dijo que había estado soñando.
-Parecía... la palabra correcta para usar- dijo.
Miré más allá de él, a través del portal y hacia el corazón del funcionamiento interno del Trono. Un largo corredor corría hacia adelante, surcado por bandas de hierro, brillando a partir de pequeñas luces implantadas en el metal. El suelo estaba perdido en una sopa de condensación hasta los tobillos, y delgadas chispas de estática bailaban en las estrías.
-No soy el único- dijo Heracleon. **-Todos nosotros aquí, poco a poco, hemos comenzado a ver cosas.**
-Estás honrado.
-Si son visiones verdaderas. Pero el Trono no es lo que era.
Mientras hablaba, vi un siseo de vapor brotar de una línea de refrigerante superior, en lo alto de las enredadas alturas. Inmediatamente, un pequeño zángano se acercó hacia él, aislando la fuga y flotando debajo de ella, las dendritas parpadeaban.
-Como ves- comentó Heracleon, secamente. **-Ven por aquí.**
Pasamos por debajo del arco de la Puerta. Los guardias permanecieron en el portal, dejándonos a los tres para avanzar aún más.
-Tenía poca idea de que me estabas considerando para esto, tribuno- le dije.
-Yo tampoco. Había otros nombres delante del tuyo- Heracleon me miró. **-No quiero faltarle el respeto. También hay muchos roles que cumplir en los muros.**
-Por mi parte, no preveía mi destino aquí. Aún no.
-No. Pero entonces vivimos en una época de sorpresas, ¿no es así?
Al final del largo corredor, salimos al piso de un hemisferio colosal, lleno de brillantes intercambiadores de energía. El aire mismo vibraba con fuerza eléctrica, y poderosos rayos de plasma bailaban sobre nosotros, haciendo que el metal reflectante de la maquinaria brillara intensamente.

-Habrá pruebas- dije.
-Por supuesto- dijo Heracleon. **-Muchas de ellas. Pero esta es la primera prueba.**
Desde la cámara de luz, cruzamos un puente de un solo tramo arrojado sobre un abismo nublado que parecía caer para siempre. Los ruidos se hicieron más fuertes y profundos, y sentí el tormento de la tierra debajo. Sabía que era para siempre agrietado, separado por las fuerzas apenas contenidas dentro de la base marciana de hierro enterrado. Al otro lado del abismo se alzaba una pared, completamente hecha por el hombre, un mosaico vertiginoso de tuberías y paneles remachados. Los antiguos estandartes colgaban de los diales que marcaban y las vainas de vacío encadenadas, la mayoría grabadas con letanías binarias, algunas con tinta de alta pureza gótica.
El siguiente portal estaba custodiado por dos Acorazados, ambos estáticos y silenciosos en la penumbra. No se movieron cuando pasamos junto a ellos, sus yelmos blindados mirando en eterna vigilia hacia las sombras.
Había más puertas, más cámaras, todas en procesión majestuosa mientras nos abríamos paso hacia adentro. Algunos eran vastos, ardían con fuego de estrellas encadenadas y latían como corazones; otros eran frígidos, parecidos a tumbas y forrados con paletas de fusión de cristal. La mayoría estaba vacíos de vida. Algunos sostuvieron cónclaves de magos vestidos con túnicas rojas que trabajaban sobre trabajos abiertos mientras los expertos en tecnología susurraban oraciones en secuencia al Omnissiah, aunque no nos hicieron caso.
Finalmente llegamos al corazón de todo. Compañeros nos estaban esperando, doce de ellos. El oro de su auramita estaba ennegrecido, como carbonizado por el fuego. Había escuchado que la proximidad a la fuente hizo eso, convirtiendo nuestro orgullo en cenizas. Siempre pensé que el simbolismo era apropiado.
La puerta que teníamos delante era la más grande hasta ahora, un arco gótico de columnas de basalto con bandas. La electricidad se rompió y burbujeó abiertamente en el aire ahora, brevemente deslumbrante en el interior casi negro. Sobre la última puerta, tallada en gótico arcaico, estaban las antiguas palabras Conservus, Restituere, Revivicarem.
Durante el viaje, me había sentido cada vez más oprimido. No era la arquitectura monolítica, ya que me había aventurado casi tan lejos en

ocasiones anteriores. Como toda mi orden, conocía perfectamente las formas retorcidas del Palacio Interior. No podía ubicar la fuente de mi inquietud, pero había crecido con cada paso, y eso me preocupaba.
Ahora, en el umbral de la puerta final, podía sentir frías líneas de sudor corriendo por mi cuello. Mi sangre bombeaba en mis sienes.
-Los Hataeron están con el Emperador- dijo Heracleon, pronunciando las palabras como si fueran un rito de ascensión. **-Solo ellos lo ven con ojos mortales. Una vez inducidos a la hermandad, nunca se apartan de su lado.**
Lo entendí. Lo supe desde el principio. Tal sacrificio habría valido la pena mil veces solo por la certeza de que era su deseo que yo sirviera allí.
Pero sentí náuseas. El aire era espeso, reluciente de calor y posquemadura psíquica. Las mismas piedras nadaban en ella, ardiendo con ella. Por un momento, sentí como si me estuvieran gritando.
-¿Hermano?- preguntó Heracleon. **-¿Lo escuchas?**
Asentí, trabajando duro para mantener la concentración. Todo esto fue parte de la primera prueba. Tenía que mantener la calma. Si no fuera difícil pasar el umbral, entonces todos podrían hacerlo.
-Y el primer paso es el mejor- continuó el Tribuno. **-Tómelo y sea testigo de la esfera de deber más profunda.**
Los compañeros se separaron. Por un momento, vi la Última Puerta delante de mí. Su superficie era negra y picada, fusionada con la antigua ceramita. En el centro, donde se encontraban las dos puertas, se había tallado una cara de ébano. Era un rostro humano, austero, triste, rodeado de un halo de fuego.
Entonces la imagen se dividió en dos, y las puertas se abrieron hacia adentro. Vi lo que había más allá: filas de pilares, marchando a una distancia de niebla espesa. Vi los alimentadores de energía, cada uno del tamaño de un Titán, colgando de las estalactitas del techo invisible. Vi las líneas eléctricas, acanaladas y macizas, enrolladas en cada superficie como serpientes hinchadas. El aire era dorado, espeso como la leche, que se derramaba por la puerta como un amanecer empañado.
A través de la bruma, las motas de poder que nadaban, puse los ojos en el nexo mismo. Era difícil medir el tamaño allí, todo tembló en un sacudida de intensidad psíquica. Vi paneles imposiblemente viejos, estriados como tubos de órgano, subiendo y subiendo a través de la niebla, palmeados con

pátina y reparados repetidamente. Vi arcos de relámpagos chasqueando y retorciéndose, y los cicladores de sangre jadeando, y olí un hedor penetrante tan dulce como la carne podrida.
Y en algún lugar en el corazón de esa construcción titánica, en algún lugar en medio de las terrazas apiladas y las plataformas barrocas y los pórticos y los bosques de cableado, perdidos como una perla en el corazón de una concha mecánica obscena, vislumbré solo un trozo de carne, una pizca de gris sin pelo, tal vez un cuero cabelludo, tal vez el fragmento de una cara, enterrada debajo de todo, esclavizada a ella, dominándola, dominando todo.
Intenté dar un paso, moverme a través de la puerta, y sentí el aire brillar contra mí.
Perdí la visión. El oro se desvaneció en el aire y sentí que mi enfoque se rompía.
-Da el paso- dijo Heracleon.
No pude moverme. Mi mente instruyó a mi cuerpo, pero no obedeció. Cada intento de pasar esa puerta resultó en la misma presión terrible. Me enfurecí contra él, ejerciendo toda mi fuerza, pero fue como tratar de forzarme a través de la piedra.
Me retiré y la presión cedió.
Pude ver a Heracleon mirándome con curiosidad.
-No obedeces- dijo.
Me volví temblorosamente para enfrentar al Tribuno, teniendo que concentrarme solo para mantener el equilibrio. Me sentí agotado y humillado, y no podía esperar que mis hermanos lo entendieran. No estaba acostumbrado al fracaso, pero no había forma de que pudiera cruzar ese umbral.
-Yo... no puedo- le dije, que era casi todo lo que podía sacar.
Luego le di la espalda al Trono, durante el tiempo que había vivido el objeto de toda mi devoción, y volví a tropezar en la oscuridad.



ALEYA VI

Llegué demasiado tarde. En todo lo que sucedió después, la sangre y la locura, creo que sigue siendo la carga más difícil de soportar.
Tuve una sensación de eso desde muy lejos. Había llevado el interceptor de vuelta al casco de mi transporte, el *Cadamara*, y le ordené al capitán que se apresurara a regresar a *Arraissa*. Había sido un mal viaje, como todos ahora, con varias caídas de regreso al espacio real para evitar que los Navegadores pierdan su limitado control sobre la realidad.
Me enojé todo el tiempo. No había nada más frustrante que saber que algo malo se había desatado y se le había impedido intervenir. Era solo una palabra, siseó de la boca de un engañador, pero mi alma sabía que era verdad.
Digo mi alma pero por supuesto estoy hablando en sentido figurado. Todavía tenía corazonadas.
Cuando finalmente llegamos al límite del sistema de *Arraissa*, todos mis temores se confirmaron rápidamente. Las balizas se habían ido, destrozadas contra un cinturón de metal giratorio. Recién salidos del punto *Mandeville* nos encontramos con los cadáveres de dos monitores de la Armada. Parecía que tenían algunos disparos antes de que llegara el final, pero no mucho más que eso.
Llévanos directamente ordené en Marcaideas, de pie en el puente al lado del capitán.
La tripulación no dudó en cumplir. Estábamos relativamente armados con los estándares navales y, por lo tanto, corríamos un riesgo terrible, pero si había alguna posibilidad de llegar a tiempo, teníamos que hacerlo.
Llegar a un planeta después de una incursión en el vacío siempre es una experiencia extraña. A menos que haya ocurrido algo verdaderamente apocalíptico, los augures nunca muestran signos de problemas: un mundo, incluso el más pequeño, es demasiado vasto para mostrar signos de un ataque preciso. *Arraissa* no fue diferente: se veía como siempre lo

recordaba de un centenar de hogares, blanco perla y con bancos de nubes a la deriva.
Sin embargo, las defensas orbitales habían desaparecido. Fragmentos que caían en círculos como un anillo planetario, completamente oscuro. Había más cascos de naves vacíos a la deriva, todos apagados. La mayoría eran el tipo de cosas que esperaba ver: barcazas, aterrizadores y elevadores, algunos transportistas de grado zeta con capacidad de vacío. También debería haber naves de la Armada allí, una docena de ellos, pero no había señales, ni siquiera naufragios.
-¿Quiere que anclemos, señora?- preguntó el capitán Erefan en voz baja.
No, no lo hice. Le di una ráfaga rápida de órdenes de signos de Marcaideas, luego bajé a los hangares para encontrar el interceptor. Igual que antes, fui sola. No tenía sentido arriesgar sus vidas en la tierra, y en cualquier caso quería que el *Cadamara* escaneara el sistema en busca de cualquier hostil restante. Parecía que habíamos llegado demasiado tarde para jugar un papel significativo, pero nunca se supo qué falta podría persistir.
Para entonces me sentía enferma, principalmente por la frustración y el miedo, no por mí, sino por aquellos que atendían las paredes del convento. No había nada más de valor militar en el planeta, nada más que pudiera haber llamado la atención del Enemigo. Por eso Hestia lo había elegido, manteniéndonos cuidadosamente alejadas de los ojos errantes de las autoridades imperiales y otras.
Tomé mi lugar en el transporte, vi crujir las puertas del hangar y abrí la nave en el vacío. Lo empujé con fuerza a través de la atmósfera, haciendo que los motores delanteros rugieran con fuego. Cuando la superestructura se sacudió, empujé la nave con más fuerza, disfrutando un poco de amargo daño.
Esa siempre había sido mi debilidad: un deseo de violencia que iba más allá de los justos. En ese punto, sin embargo, apenas podía amonestarme por ello. Estaba preocupada, preparada para la batalla, y cada vez más segura de que me había perdido la acción.
Cuando me sumergí debajo de las nubes y me nivelé sobre *Novion Urban Primus*, el daño se hizo claro por fin. Seis de las grandes colmenas estaban ardiendo, enviando humo hirviendo de los alquileres a sus lados. Las tierras bajas urbanas entre ellos también estaban ardiendo, perforadas como por agujeros de bala masivos. Estaban por todas partes, pululando

como avispas enojadas e impotentes. Mi consola parpadeó con alertas como actividad continua: ¿pelear?, fue recogido, pero no me importaron esas señales. Conduje el Desecho abruptamente, sin molestarme en ocultar mi enfoque como lo hubiera hecho normalmente. A medida que me acercaba a mi destino, pude ver cómo se elevaban las nubes de humo de tinta, más espesas y más concentradas que en cualquier otro lugar.

Nuestro convento fue alojado en lo que pasó por una basílica de la Eclesiarquía regular. Los ocupantes parecían sacerdotes o sirvientes de Ministorum; la Hermandad podría confundirse fácilmente con una orden menor de las Adepta Sororitas. Cualquiera que mirara demasiado de cerca podría haber notado que no éramos nada por el estilo, y que nunca tuvimos visitas de las verdaderas autoridades diocesanas, pero Hestia siempre se había asegurado de que nadie mirara demasiado cerca. Pagamos los diezmos y sobornos que necesitábamos, cultivamos a los miembros correctos de las fortalezas planetarias de Arbites y perseguimos nuestra verdadera vocación bajo un manto de semi-oscuridad.

Ahora, sin embargo, toda la cuadrícula había sido nivelada. Torres de viviendas enteras habían sido demolidas, sus estructuras externas se habían derrumbado en pilas chamuscadas. Mientras apagaba los motores para aterrizar, podía escuchar el ruido de la destrucción en curso, mezclado con los gritos de miles. El aire en sí era negro aquí abajo, lleno de cenizas hechas jirones.

Me detuve en el hangar en ruinas, sus puertas blindadas se derritieron, cortaron la energía y saltaron de la cabina del transporte. El interior estaba carbonizado y cuerpos de servidores y sirvientes cubrían el suelo. Todas las naves que habían estado aquí antes se habían ido, saqueadas tal como debió haber estado el destacamento naval de *Arraissa*.

Entré corriendo, saltando sobre los cadáveres, mi lanzallamas preparado y listo. Los pasillos estaban llenos de más ruinas: cuerpos arrojados contra las paredes, puertas demolidas, bibliotecas saqueadas y todavía ardiendo.

Empecé a pensar que no quedaría nada. Corrí hacia el nexo de mando, enterrado profundamente bajo el falso caparazón de Ministorum. Todo el lugar apestaba a sangre y ardor. Abrí las puertas rotas, esperando las mismas escenas de destrucción, y encontré una criatura del Infierno Exterior esperándome.

No tengo idea de por qué este todavía estaba allí. Sus camaradas se habían ido hace mucho tiempo, huyeron a la disformidad como era su costumbre, pero uno permaneció. Quizás había sido pensado como un centinela para protegerse contra mi regreso, o quizás habían luchado entre ellos en su forma básica y habían dejado a uno de ellos como una especie de castigo por debilidad.
No me importaba. Estaba allí, delante de mí, encorvado sobre el cadáver de una de mis preciosas hermanas, con las garras corriendo con su sangre.
Su armadura negra era gruesa y con agujeros de éter, inscrita con rizos y espigas de oro sobre una base negra mate. Respiraba como una bestia, la condensación se derramaba de su rejilla adornada. En una mano sostenía a su presa, en otra una espada.
Estaba gritando mientras lo cargaba, internamente, por supuesto, pero los gritos eran lo suficientemente reales. Salté alto antes de que fuera consciente de mí, mi lanzallamas estalló en vida.
Dio la vuelta en el último momento, y nos estrellamos juntos. Mi impulso fue vicioso, pero era tan pesado como un tanque e igual de mortal. Golpeé su yelmo a través de mis llamas, obteniendo una satisfacción salvaje en su rugido de sorpresa.
Entonces la espada se encaminó, balanceándose guturalmente a través del fuego. Me alejé, vaciando mi lanzallamas en su cara mientras se acercaba, cortando salvajemente. Sus movimientos eran tan rápidos como los míos, aunque mucho más pesados. Podía oler la corrupción que se derramaba de ella, la corrosión de larga duración empapado de disformidad. Estaba gravemente herido, una larga herida en un costado, lo que tal vez explicaba su exilio aquí.
-Anatema- gruñó, balanceándose hacia mí. Al menos sabía contra que estaba luchando.
Cuanto más durara esto, más probable era que muriera. Mi propósito era acabar rápido, las apariciones de los sueños, no los sirvientes físicos del enemigo. A pesar de sus heridas, era más fuerte que yo, construido para este tipo de lucha, y ya había acabado con decenas de mis hermanas en su propia ciudadela.
Pero estaba furioso. Estaba casi ciego por eso. Y me hizo más fuerte.
Empujé la llama en su espada, y los dientes zumbantes se encendieron y giraron locamente. Luego me agaché bajo el ataque agitado, usando mi

tamaño y velocidad y alcanzando mi daga. Empujé hacia arriba, con las dos manos, metiendo la punta en la línea de la mandíbula de la criatura.
La punta lo atravesó, y la metí profundamente. Una sangre tan negra como el alquitrán cayó sobre su gorjal, y me atrapó en un abrazo de oso, aplastándome contra él.
Sentí que se apretaba y mi armadura se flexionó. El hedor me hizo vomitar y luché por respirar. Todo el tiempo apreté la daga, girándome, revolviéndome carne y hueso. Sentí que algo explotaba y una cascada de pus apestoso se derramó sobre los dos. Me aplastó aún más, y escuché el primer crujido en mi peto.
Estábamos cara a cara. Estaba mirando sus lentes del casco. Justo debajo de la superficie de esa grotesca armadura, supe que fue un humano una vez me estaba mirando, haciendo coincidir mi odio con el suyo. La presión empeoró. Me estaba aplastando hasta la muerte.
Estaba perdiendo el conocimiento. Cerré los ojos, reuní todas mis fuerzas restantes y empujé hacia arriba. Su rejilla se hizo añicos, y empujé mi espada hacia su cráneo. Por un momento más, se aferró a mí, silbando una sangrienta saliva, y luego la terrible presión finalmente desapareció.
Se derrumbó, chocando contra un montón de placas de armadura, los guanteletes cayendo flácidos. Me puse de rodillas encima, arrastrando respiraciones hacia mis pulmones aplastados, apenas capaz de ver las estrellas giratorias que atestaban mi visión.
Me arrastré a través de su peto, de vuelta hacia la abertura en su cuello. Le arranqué el casco de su cabeza y miré al monstruo. Su carne era blanca, como el cartílago. Sus ojos estaban inyectados en sangre e hinchados, su lengua negra colgando de los labios perforados. Su última expresión fue de desorden y agonía, lo que me dio una medida de feroz recompensa.
Me quité el yelmo para mirarlo sin el filtro. Luego escupí en sus ojos ciegos. *Por mis hermanas*, lo dije en silencio.



Me hubiera gustado llorar por más tiempo, inmolar los cuerpos con los ritos apropiados, pero sabía que el tiempo ya era corto. Todo el sector de la red se había arruinado en el ataque, pero pronto llegarían refuerzos de

otras partes del planeta, buscando una razón para el ataque y cavando en su epicentro. Eso traería ojos inoportunos a lo que quedaba del convento, potencialmente deshaciendo todo lo que habíamos construido en secreto.

Me levanté del cadáver del monstruo. El nexo de mando, una cámara arqueada colocada como una cripta en la base de una vieja nave, había sido completamente destruida. Los cuerpos cubrían el suelo agrietado. Muchos estaban sin armadura, quizás arrastrados de sus meditaciones o estudios. Una por una, vi las caras que conocía, todas maltratadas y sin vida.

Cojeé a través del nexo y entré en la red de cámaras más allá. Los asaltantes habían incendiado los archivos, y las bobinas de datos todavía estaban acre y humeantes. La armería estaba vacía, su contenido estaba destruido o saqueado. No teníamos nuestras propias capillas, solo las falsas en los niveles superiores, pero nuestras celdas privadas donde entrenamos y descansamos fueron saqueadas.

Todos estaban muertos. Los asaltantes no habían venido a apoderarse de nada, simplemente a destruir. De alguna manera, a pesar de todos nuestros esfuerzos, habían descubierto dónde estábamos ubicadas y reunieron una fuerza lo suficientemente fuerte como para anular nuestras defensas y destripar nuestra ciudadela.

Ese pensamiento solo me molestó mucho. Nuestra orden era clandestina, pero no estábamos indefensas. Los pasillos inferiores estaban protegidos y resistentes. Teníamos armas pesadas y la tripulación para manejarlos. Cualquiera de mis hermanas había sido entrenada para luchar contra los mayores peligros del Imperio, y en su propio terreno eran más que un rival para los que las habían seguido.

El hecho de que no hubiera cuerpos del enemigo no significaba que muchos no hubieran muerto en el asalto. Aparte del lisiado que habían dejado atrás, había evidencia de que otras víctimas habían sido quitadas, arrastradas pesadamente por el suelo para recuperar armaduras y semillas genéticas. Era casi desconocido, incluso en aquellos tiempos difíciles, que una banda considerable de tales guerreros asaltara un mundo como *Arraissa*. Debe haber habido tantos monstruos aquí, actuando con una fuerza tan brutal y concentrada.

Quizás esa era la verdadera razón por la que habían dejado uno atrás, como un marcador de lo que estaba por venir, para que los ciudadanos del

Imperio supieran exactamente lo que ahora los estaba acosando.
Mi ira todavía ardía mientras pateaba los restos, en parte dirigida contra mí misma. *Tal vez había sido imprudente partir hacia Hellion*, pensé, a pesar de que no había habido ninguna advertencia. ¿Habría cambiado algo mi presencia? Probablemente no. Podría haber derribado uno, tal vez dos, pero estaba claro que la batalla había sido horriblemente unilateral. Mi ignorancia del próximo ataque fue lo que me salvó la vida.
Fue a la vez la gran fortaleza y la gran debilidad de nuestro tipo, que no teníamos acceso a la disformidad. Nuestras contrapartes en el Adeptus Astartes emplearon los servicios de bibliotecarios y los mejores astrópatas, videntes y místicos, y por lo tanto a menudo podían detectar amenazas antes de que surgieran. Nosotras, por otro lado, estábamos ciegas a ese aspecto del universo. Nuestros propios navegadores y astrópatas eran cosas atrofiadas, apenas capaces de operar en nuestra presencia, y por lo tanto no teníamos medios de explorar los caminos del futuro por nosotras mismas.
Había sido diferente, una vez. Habíamos formado parte de la gran maquinaria del propio Adeptus Terra, capaz de aprovechar sus recursos casi infinitos para reforzar nuestra experiencia marcial única. Así fue como fuimos diseñadas, como partes interoperables de un todo mayor. Las Legiones de Marines Espaciales eran ejércitos autónomos capaces de hacer todo, mientras que nosotros y la Guardia Custodia habíamos sido complementarios, solo elementos de una capacidad unificada bajo la mirada combinada del Trono.
Pero eso fue hace mucho tiempo. No tenía idea si la Guardia Custodia todavía existía como alguna vez existió. Todo se había deteriorado mucho, cayendo constantemente de su propósito original. Éramos como niños tropezando en las sombras, tratando de recordar viejas lecciones antes de que se perdieran para siempre, y ahora las pesadillas regresaban.
Las habitaciones pasaron junto a mí, cada una más decrépita que las demás. Los asaltantes habían sido minuciosos. Todos los pasillos trajeron un grupo nuevo de cuerpos, acuñados y rotos en las esquinas. Aquí y allá podía ver que mis hermanas habían intentado formar baluartes contra la marea, barricando detrás de puntos fuertes y luchando duro. Esperaba que hubieran extraído un alto precio antes del final.

Tenía que haber una razón específica para esto. No podría haber sido una incursión aleatoria: los recursos necesarios eran demasiado enormes, la inteligencia demasiado precisa. Recordé las palabras de la mujer en *Hellion*: No importa ahora. Todo terminara y muy pronto.
¿Qué era el círculo? ¿Fue una creación de las viejas legiones, entonces? ¿El descubrimiento de sus actividades había provocado esta respuesta, o nos habían marcado para la destrucción por alguna otra razón?
No había señal de Hestia. Algunas de las otras hermanas también habían desaparecido, aunque no tenía idea de si habían estado ausentes en otras misiones. Llegué a la estación de comunicación con sus transmisores aniquilados. Cruzando un piso de cristal roto, logré encontrar un emisor de alcance local, que todavía era casi funcional. Le devolví el poder desde una celda medio vacía y le ordené que emitiera una advertencia cifrada para que se mantuviera alejada. No tenía idea de cuánto duraría, pero al menos era algo.
Desde muy arriba, escuché fuertes choques y el sonido distante de voces humanas gritando. Un equipo de búsqueda, tal vez, finalmente llegando a la basílica. Tendría que seguir adelante antes de que me encontraran, pero todavía había algunas cámaras para buscar.
El último fue el de Lokk, el viejo astrópata que había servido fielmente a Hestia durante casi veinte años. Había sido un hombre debilitado durante gran parte de ese tiempo, agotado por su proximidad a nuestras formas inmundas y sin alma, sin embargo, se había quedado para cumplir con su deber. Su cuerpo no estaba allí, aunque había una larga mancha de sangre a lo largo de la pared del fondo. Su catre había sido destrozado y sus libros incendiados, dejando rastros de hollín a través del desmenuzado trabajo de yeso.
Empujé la punta de mi bota a través del desastre, buscando algo recuperable. Había sido escritor de textos copiosos, tenía a Lokk, escribiendo para siempre sus sueños antes de que salieran de su memoria. La mayor parte nunca había tenido mucho sentido, y solo tenía un valor limitado para guiar el convento, pero Hestia había valorado su lealtad, y en ocasiones sus visiones habían resultado ser verdaderas y valiosas.
Muy poco de sus pergaminos había evitado las llamas, y los pocos restos que habían sobrevivido estaban garabateados con interminables listas de

runas y cartas astrológicas. No podía entenderlas nada y dejar que volvieran al suelo.
Fue solo cuando me volví para irme cuando vi la frase, escrita al otro lado de la puerta en lo que parecía sangre. El lenguaje era nuestro, el guion privado que empleamos para los asuntos más secretos, y que, para un ojo inexperto, apenas parecía escritura. Incluso casi me lo pierdo. Una vez que vi los parches de color rojo oscuro, me pregunté cómo podrían haberse hecho: ¿los habría escrito Lokk antes de morir? ¿O incluso antes del ataque?
En cualquier caso, fue inusualmente conciso.
Él llama a sus hijas al hogar.
Lo miré por mucho tiempo. No lo creía del todo. Desearía que Hestia estuviera allí para darme confianza en mi juicio, pero, por supuesto, no podía estarlo. Entonces me sentí muy sola, acechando las ruinas de la única casa que había conocido, ahora una guarida de cadáveres.
Escuché más ruidos desde arriba. Tendría que ir al hangar antes de que se cortara mi ruta. Aquí no quedaba nada por salvar, aunque las escenas de destrucción y los cuerpos encerrados en armaduras antiguas darían una pausa a los ejecutores cuando finalmente llegaran.
Salí con cuidado, manteniendo mi daga en la mano. Tendría que volver al *Cadamara* rápidamente, salir del alcance de *Arraissa* y luego planear mi próximo movimiento. Había muchas posibilidades, pero necesitaba tiempo para pensar, para comenzar a entender lo que había sucedido. El duelo vendría cuando pudiera pagarlo; en este momento, tenía que asumir que fui cazada, ya que tal vez todos los de mi clase todavía operaban en el vacío.
Él llama a sus hijas al hogar.
No pude sacar las palabras de mi mente. Hicieron eco cuando me eché a correr, huyendo a través de los corredores cubiertos de sangre.
¿Qué significaba? ¿Qué significaba eso?



Regresé al *Cadamara*, sin molestarme en evadir los grupos de tráfico aéreo frenético que amenazaban con impedirme el paso. Los activos de

defensa civil ya se habían movilizado por completo, al igual que los volantes negro mate de las unidades planetarias Arbites. Sus ejecutores eran tropas efectivas, pero me estremecí al pensar qué matanza habría tenido lugar si hubieran llegado a tiempo para molestar al verdadero enemigo.

Incluso para nosotras, lo admito, había una tendencia a pensar en nuestros enemigos como trastornados y sedientos de sangre, que probablemente se hundirían en un frenesí frenético cuando se presentara la oportunidad de la matanza. Algunos de ellos lo eran, por supuesto, y habíamos ganado batallas sobre la base de nuestra mayor disciplina, pero eso era subestimar a los verdaderos maestros de la ruina, que lucharon tan aguda y astutamente como lo habían hecho alguna vez como sirvientes de Terra.

Sacaban objetivos identificados, avanzaban antes del descubrimiento, haciendo el mejor uso de sus números. Pensé nuevamente en el mapa estelar de *Hellion*.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por el comienzo del ciclo de atraque. Entré en el hangar, aseguré el interceptor y volví al puente de mando.

-Daño generalizado a la infraestructura planetaria principal- informó Erefan, algo superfluo. **-No hay signos de unidades enemigas restantes en el sistema.**

Sin embargo, había uno, pensé para mí misma.

Mi tripulación necesitaría órdenes ahora. Tendrían que decirles qué hacer y cómo reaccionar. En el curso normal de las cosas, les habría dado lo que necesitaban sin dudarlo, pero todavía estaba en un estado de dolor conmocionado. Erefan debe haberlo sentido, porque comenzó a dar órdenes sin esperarme.

-Sácanos de la órbita- ordenó. **-Más allá del rango de augur, luego mantén presionado para obtener más instrucciones.**

El *Cadamara* se dio la vuelta, chocando contra algunos restos rotos, y luego se alejó de la atmósfera superior. A medida que aumentamos la velocidad para la salida del sistema, vi el colosal contorno de un transporte de tropas de la Guardia Imperial emerger en el horizonte. *Arraissa* tenía sus propios regimientos, y uno claramente ya había sido revuelto. La limpieza estaba comenzando.

Luego nos fuimos, alejándonos de los escombros y volviendo al vacío. Una vez que los motores del *Cadamara* alcanzaron la inclinación máxima, el mundo retrocedió rápidamente, primero un orbe pálido, luego un punto, luego nada. Sabía que de alguna manera sería la última vez que lo vería, así que observé todo el tiempo para asegurarme de recordar la vista.

La tripulación no me dijo nada. La mayoría desvió la mirada, aunque capté algunas miradas hacia arriba de los pozos del escáner. Sabían que no tenía alma. Probablemente se preguntaban si también me faltaba un corazón.

Envié un mensaje al Navegante de la nave, le indiqué a Erefan que continuara como lo estaba haciendo, luego volví a mis habitaciones. Una vez allí, recuperé los artículos que había tomado de *Hellion*, la mayoría de ellos aún envueltos en campos nulos. Comencé a revisarlos todos, activando cualquier recipiente de comunicación que pudiera encontrar, estudiando los restos de pergamino y las oraciones rituales.

Después de un tiempo de esto, apareció el Navegador, Slovo. Pude sentir la extrema cautela en él. Era más difícil para él que para los humanos normales estar cerca de mí. Al menos solo eran criaturas parcialmente psíquicas, mientras que Slovo estaba en el extremo opuesto del espectro, un ser totalmente inmerso en la marea de las almas. También lo encontré bastante objetable, pero eso se debió principalmente a una mala higiene personal.

-Usted me preguntó, señora- dijo, inclinándose rígidamente.

Era un hombre flaco, vestido con túnicas sucias en los colores de su casa. Tenía la nariz larga y aguileña y los ojos hundidos. Nunca logramos obtener lo mejor para servir con nosotros, solo aquellos que, por cualquier razón, no pudieron asegurar el servicio con una rama más sabrosa de nuestro glorioso Imperio, pero él era lo suficientemente competente y adicto a algunos de los narcóticos menos ruinosos y aburridos.

Hice un gesto hacia la gran franja de carne humana, sujeta de nuevo entre bastones y ahora adornando la pared del fondo de mi cámara. Slovo se acercó cojeando y miró a través de los remolinos de sangre.

-Un mapa de disformidad- olisqueó. **-Error básico. No puedes mapear la disformidad.**

Mis dedos parpadearon en una serie de respuestas simples: no entendía Marcaideas (***Thoughtmark en el original nt***), por lo que estábamos limitados a frases más crudas.

No me importa. Dime que significa. Mantenlo conciso.
Miró con más cuidado.
-Veo lo que están haciendo- dijo eventualmente. **-Estas son representaciones, como las puede tener, de canales principales. El tipo de cosas que derribaría una flota. Se han vuelto más estrechos, esos canales. ¿Recuerdas que te dije eso? Quizás sepan por qué.**
Trazó un dedo huesudo sobre el cartógrafo desollado, murmurando para sí mismo. Lo dejé continuar. Nunca pude decidir cuánto de esto era para mostrar o no: les gustaba guardar sus secretos, esos viejos mutantes de la disformidad.
-Quizás- dijo, y luego se fue de nuevo. **-Quizás, pero quizás no.**
Envié mis dedos en un patrón de Marcaideas.
Me lanzó una mirada irritada. Pude ver cuánto me odiaba entonces. Él entendió el origen de ese odio, y por esa razón lo mantuvo reprimido lo mejor que pudo, pero todavía se derramaba de vez en cuando.
-Supongamos que supieran lo que iba a pasar- dijo. **-Supongamos que supieran en qué dirección tiraban las mareas. Pueden saber que algunos canales se cerrarían y otros se abrirían. Entonces tendrían que mantener el control sobre los que estaban abiertos. Habría mundos, sentados en la boca de esos conductos. Podrían verter su asquerosa nave por esos caminos. Sería difícil. Tendrían que coordinar ataques en un gran espacio. Y tendrían que tener razón, sobre todo. Sin embargo, no creo que este sea un esquema sensato. No creo que sea posible.**
Todos nos habíamos acostumbrado a que las cosas que se creían imposibles de repente se convirtieran en realidad, así que no confiaba mucho en ese juicio.
Miré el mapa yo misma. No fue fácil de estudiar, porque las formas se deslizaron y se desconcertaron, como las ilusiones ópticas. Vi sistemas elegidos en un guion que no reconocí, alguna lengua asquerosa, sin duda. Su disposición no era como en el espacio real, o podría haber sido capaz de identificarlos a partir de nuestros registros cartográficos, sino que mostró su relación con el éter, la forma en que se encontraban frente a las corrientes del reino invisible. Como esto estaba en constante cambio, según me dijeron, no se podían producir mapas estáticos. El único uso que tuvo esto, entonces, fue como dijo el Navegador: si de alguna manera sabían la alineación futura de las cosas.

Me acerqué al centro del diagrama. Cuanto más me acercaba a ese punto, más se superponían los círculos y los pentagramas, bajando la mirada hacia un solo mundo. Incluso pude ver el significado de ese, alojado como una joya en el nexo de tantas líneas de sangre entretejidas.
¿Terra? Indiqué
Slovo se encogió de hombros. **-Puedes leer esta basura, ¿verdad? No puedo Hay otros mundos cardinales: Cadia, Hydraphur, Marte. No quisiera hacer ese juicio, no por lo que veo aquí.**
Empujé mi irritación. El hombre no pretendía ser insolente, pero estaba haciendo lo que todo mortal siempre hacía cuando hablaba conmigo: luchar contra la repulsión. Quería salir de esta habitación, y ese instinto coloreó todo lo que dijo.
De todos modos. señale.
Él se encogió de hombros. Sentí que le había sacado todo lo que era probable. Lo necesitarían pronto. Él requeriría al menos un poco de descanso antes de que nos ordenara volver a la disformidad.
Entonces lo envié lejos. Luego volví a mirar las marcas, como si una mirada final pudiera darme lo que necesitaba.
No obtuve ninguna gran inspiración de ello. Esos signos habían sido hechos para ojos corruptos, llenos de significado que los míos echarían de menos. No obstante, al menos podría contar los nombres de los mundos, porque eso me daría algo. Había lugares de estudio donde podría descifrar esa lista, que luego ayudaría a descifrar el mapa.
Pero en verdad ahora había muy pocos lugares para ir. Habíamos estado operando solas, separados del resto de nuestra Hermandad, si es que aún quedaba alguna. No podría simplemente establecer el rumbo para el próximo convento y esperar encontrar refugio. Tendría que hacer una elección.
Él llama a sus hijas al hogar.
Regresé al puente, sintiendo el temblor de las cubiertas debajo de mis botas cuando la nave se quemó en el profundo vacío. Cuando llegué a la estación, Erefan me estaba esperando.
-¿Sus órdenes?- preguntó.
Ejecutar en silencio, mantener una vez fuera del rango del sistema señale.
Luego miré al vació real sobre mí, ya negros y salpicados de estrellas.
-Pero nos dirigimos a la disformidad- dijo Erefan. **-¿Esa es la intención?**

No le di señal. Miré las estrellas e intenté imaginar cómo se superpondrían en ese mapa.

Lo es. señale. *Al Mundo Trono.*

Eso fue un largo camino. Todas las rutas serían peligrosas, obstruidas por el tráfico de peregrinos y vigiladas por el enemigo.

Sin embargo, estaba segura. Tan segura como estaba sobre cualquier cosa en esos tiempos confusos. Parte de esto fue un protocolo establecido en caso de una catástrofe, otra parte fue una sensación más vaga de cómo iban las cosas, pero la mayoría provino del mensaje garabateado en sangre de Lokk, algo que él había querido que encontrara, estoy segura de ello.

Habiendo visto eso, difícilmente podría haber hecho lo contrario. Si realmente nos había llamado, después de tantos milenios de doloroso silencio, entonces seguramente debía responder.



TIERON VII

Había estado tan obsesionado con el problema de *Cadia*. Tal vez por eso todos extrañamos a *Fenris*.
Apenas había pensado en el Planeta de los Lobos. Para mí era un lugar semimítico. Había escuchado mucho sobre su temible Capítulo, por supuesto, pero incluso entonces nunca había conocido a uno de sus miembros.
Los Marines Espaciales de cualquier descripción no eran comunes en Terra. Me resulta casi divertido recordarlo ahora, pero la antigua prohibición de su presencia aquí fue una de las cosas que se demoró después de que la vieja razón para eso se había desvanecido hace mucho tiempo. Se decía que el Mundo Trono todavía llevaba las cicatrices de la Gran Herejía, y por eso había mantenido su distancia de los Capítulos por una persistente sensación de terror recordado.
Había una pequeña verdad en eso, y muchas tonterías. Las cicatrices visibles de esa antigua guerra todavía estaban allí, desde las cúpulas más altas del Palacio hasta los barrios bajos de la zona ecuatorial, pero muy pocas personas comunes, incluso muchos de los sacerdotes, tenían alguna idea clara. Idea de lo que representaban. Frente a todo ese olvido, los Ángeles de la Muerte habían dejado de ser terror durante mucho tiempo para la gran masa de la población aquí. De hecho, si leen sus catecismos de la Eclesiarquía, probablemente los adorarían como salvadores míticos.
Lo que se demoró fue la cautela de las clases dominantes. Sabían su historia, tal como todavía existía para nosotros. Sabían que incluso después de las grandes reformas del primer Señor Comandante, la fuerza combinada del Adeptus Astartes seguía siendo fenomenal, y que si esos cientos de ejércitos en miniatura alguna vez hicieron una causa común, entonces serían con mucho el bloque único más poderoso dentro del Imperio. Y así, los Altos Señores trabajaron duro para mantener una distancia entre el Mundo Trono y los Maestros de Capítulo. La Inquisición

no estaba por encima de sancionar a cualquiera que se acercara demasiado para su comodidad, aunque en cualquier caso la antipatía era generalmente mutua: los Capítulos mismos preferían estar en el vacío, capaces de luchar contra el enemigo donde persistía.
Y por eso nunca había visto un Lobo Espacial. Nunca había visto un Ángel Oscuro o un Cicatriz Blanca. Los únicos que había presenciado, desde la distancia, eran los guerreros dorados de los Puños Imperiales de Dorn, que aún mantenían un monasterio en el mundo que alguna vez habían guarnecido solos, y que ahora eran los visitantes más frecuentes de los relucientes pasillos del Interior.
Al igual que todo lo demás, eso cambiaría. En ese día, sin embargo, las noticias de la lucha todavía llegaban desde muy lejos.
-¿*Fenris*?- pregunté, por un momento asumiendo que Jek había cometido un raro error.
-Indudablemente- respondió ella, tranquila como siempre. **-Algo pasó. Se habla de la Inquisición. Otros capítulos también. Escucho cosas que apenas puedo creer, si soy sincera, pero las fuentes son impecables.**
Sabiendo lo que sabemos ahora, parece inconcebible que nos hayamos enterado tan tarde, y sin embargo, esa fue siempre la mayor carga que llevamos: la escasez de comunicación a través de nuestros dominios dispersos y tormentosos. Había historias familiares, algunas apócrifas, muchas verdaderas, de guerras enteras que comenzaban y terminaban antes de que nosotros en Terra las supiéramos. Los conductos de comunicación estándar eran increíblemente lentos y dependían del transporte físico entre mundos destrozados por miles de años luz. La comunicación psíquica era un poco mejor: poco fiable, propensa a la locura e interrupción, gnómica en sus expresiones.
Así que no nos culpes demasiado por el desastre de *Fenris*. No era como si los Lobos mismos hubieran estado ansiosos por involucrarnos en sus muchas batallas.
-Ganamos control en un lugar, y perdemos otro- murmuré, preguntándome qué significaría esto para nuestra gran empresa. El Imperio, a pesar de todos sus fallos, podría actuar decisivamente y bien cuando se enfrenta a un solo gran problema. Cuando las zonas de guerra se multiplicaron, fue cuando comenzó la parálisis. **-¿Quién más lo sabe?**

Por quién, me refería a los Altos Señores. Solo ellos tenían acceso a una mejor inteligencia que nosotros.
-No todos- dijo Jek. **-Aún no. Haemotalion, ciertamente. Arx, probablemente. Kerapliades, podemos suponer que sí, fue el primero en recibir noticias, pero no he tenido noticias de nuestro agente allí. No creo que la Armada esté informada todavía, pero si comienzan a necesitar movimientos de flotas, Pereth será el próximo.**
-Sin embargo, no es un evento aislado, ¿verdad?- dije pensativamente.
Jek esperó a que yo continuara. Ella sabía que no le estaba preguntando.
-Sabes, nunca escuché realmente a todos esos profetas de la fatalidad en los púlpitos- continué. **-Me dije a mí mismo que habían estado prediciendo los días de oscuridad durante mil años, y nunca se pone tan mal. Pero primero tenemos el Armagedón, que nos desangra, y luego esta maldita guerra interminable en el Ojo, y ahora esto. Se siguen acumulando. Podría aprender a ser religioso.**
Jek se echó a reír. **-Tendría mucho que expiar-** dijo.
No tenía ganas de reírme. Intenté no pensar en la cantidad de archivos que había pasado con la orientación galáctica de *Fenris*; siempre había mucho más para mantenernos ocupados. Empecé a pensar más.
-Sorprendente como es, puede ayudarnos- dije. **-Si es cierto, será otro argumento para usar en la cámara. ¿Por qué estamos reteniendo fuerzas aquí, cuando aumentan las amenazas? Trono, tenemos diez mil de ellos aquí. Son diez capítulos. Es una locura.**
Solo tuvimos unos días antes del gran cónclave de la cámara inferior.
-¿Algo del capitán general?- preguntó Jek. Ese era el único problema pendiente.
-No puedo acercarme.
-No creo que lo hagas, ahora.
Odiaba admitir la derrota. Fue la única falla que admití fácilmente. En los viejos tiempos del acoso escolar, cuando me golpeaban sangrientamente los hombres que pasaban a comandar regimientos, me acostaba en la oscuridad, dolorido, y tramaba la mejor forma de regresar de la humillación. Todavía me llorarían las mejillas juveniles, pero ya estaría considerando cómo debilitar la posición de mis enemigos, difundir los rumores que los aislarían, pedir los favores que eventualmente los verían humillados y endeudados.

Saber cuándo eres derrotado: esa es la ruta hacia una derrota segura. Escuché que muchos funcionarios de alto rango me susurraron en los últimos años: Se acabó, lo hemos tenido, simplemente no podemos reunir las tropas que necesitamos y nunca había creído en ninguno de ellos. La única pregunta verdadera fue la que le hice a Harster: ¿Qué se puede hacer?

Pero en ese punto no pude ver ningún camino a seguir. Había fallado la prueba de Fadix y no podía garantizar traer al Capitán General a la mesa de los Altos Señores. En su ausencia, nada cambiaría y permaneceríamos pasivos mientras nuestras derrotas se multiplicarán.

-Puede que tengas razón- murmuré, odiando el sonido de las palabras, pero incapaz de ver más allá de ellas.



Me desperté con el sonido del nivel de alarma más alto que se disparó dentro de mi oído. Por un momento no tenía idea de dónde estaba o qué estaba sucediendo; todo lo que podía escuchar era el chillido metálico de mi alerta ardiendo.

Lo cerré y me senté, las sábanas de seda de mi cama resbalaban de las extremidades sudorosas.

-Luces- dije, y tres suspensores nacarados brillaron.

Mi habitación estaba en desorden, y por un momento pensé que había sido saqueada. Entonces recordé los eventos de la noche, la compañía entretenida y el copioso vino que todos habíamos bebido, y lo descarté.

Me levanté con cansancio, poniéndome una bata y girando la faja alrededor de mi carnosa cintura.

-Informe- ordené, hablando por el cordón de comunicación implantado en mi muñeca.

-Incursión violenta en el sector lamba-sept del Palacio Interior- fue la voz del oficial de servicio, un hombre llamado Rivo Jemel. **-Se adoptaron contramedidas, pero la gravedad requirió notificación.**

-Estaré allí- dije, poniéndome los zapatos y buscando una capa gruesa. **-Envíame las coordenadas.**

Entonces estaba corriendo. No era un buen corredor, no te sorprenderá saberlo: me paseé como una gallina sobrealimentada, con mis zapatos sueltos golpeando los suelos pulidos. A medida que avanzaba, como parte del procedimiento estándar, se me unieron miembros de la guardia de mi hogar, quienes corrieron detrás de mí en deferencia a mi ritmo incierto.
El destino estaba cerca. Llegué a un vehículo de transporte interno y nos abrigamos dentro, luego bajamos por los tubos de tránsito hacia el anillo interior del interior del Palacio. A través de breves destellos desde los portales de los anteojos de arena vi a las altas agujas surcar la noche, sus flancos iluminados con puntos de deslumbramiento de sodio.
Mi auricular ya estaba lleno de órdenes gritadas, informes entrantes, exclamaciones de sorpresa y horror. Todos sabían sobre el desorden generalizado más allá de los muros, pero que ocurriera algo dentro, eso era otra cosa.
Los dejé parlotear. Ya estaba por delante de ellos, notificado primero y en la mejor posición para actuar. El vehículo terrestre se estrelló contra su terminal, ahora en el interior del complejo Senatorum Imperialis, y desembarcamos. Los seis guardias se desplegaron a mi alrededor de manera protectora, y nos sumergimos aún más, corriendo a través de las antesalas y salas de audiencia medio iluminadas.
Los conocía a todos. Quizás más que cualquier hombre mortal que viviera, sabía cómo llegar de un lado del laberinto al otro, y así progresamos rápidamente. Para entonces, ya podía oír el chasquido de los impactos de las armas láser, seguido por el choque y la salpicadura de cosas invaluables que se rompían.
Entramos en una cámara semi-arruinada, llena de polvo viejo y los restos desvaídos de algunos frescos de la era Telech. Se habían volado los suspensores, así que vimos lo que sucedió solo a través de piscinas giratorias de luces montadas en la cabeza.
Eran servidores: servidores enormes, llenos de pesados chainglaives. Habían sido estampados con la librea del palacio, vestían sus uniformes harapientos sobre cuerpos obscenamente musculosos y estaban arrasando, asaltando el centro de la larga habitación con furia. Calculé que veinte de ellos estaban sueltos, cargando contra una línea nerviosa de Centinelas Palatinos dispuestos en el otro extremo.
Mis guardias se agacharon para disparar, nivelando los rifles láser.

-Esperen- dije, saliendo más allá de su protección. El aluvión de tráfico de comunicaciones en mi audex me estaba dando información que no podían haber escuchado, y sentí un temblor de emoción, teñido de un miedo terrible.
Sabía, ya ves, lo que vendría después.
Se abrió paso en el extremo más alejado de la cámara, donde estaban los Palatinos, y al instante los hizo superfluos. Grandes puertas con paneles se estrellaron contra sus bisagras, se estrellaron contra las paredes y se astillaron. La luz inundó la abertura, deslumbrante e iridiscente.
Se veía magnífico. Si no hubiera estado tan ciego, podría haberme caído y adorado esa aparición. Se movió como algo fuera de la leyenda: mucho más rápido de lo que pude seguir, increíblemente rápido para su enorme volumen, un torbellino de oro y negro. El aire gritaba a su alrededor, ardiendo desde donde su gran espada se quemaba.
Atravesó a los servidores como si no fueran nada, solo jirones aleatorios de maquinaria inútil lanzada como una afrenta a su dignidad inmortal. Apenas podía seguir cómo lo hizo: el movimiento fue tan ridículamente rápido, tan horriblemente poderoso, e incluso entonces tuve la sensación de que apenas había sido probado.
Lanzó su lanza de par en par y envió a tres de ellos, hacia la pared del fondo para crujir y deslizarse en un lío enredado. Golpeó, rompiendo el cuello de un cuarto, y luego disparando un quinto con el bólter montado en el bastón. El ruido era increíble, una pared de gruñidos de plasma que parecía envolverlo en una capa de distorsión y, sin embargo, no dijo nada en absoluto.
Solo los servidores sin sentido no habrían huido gritando en ese momento, pero estos autómatas de carne seguían llegando, poniendo a cero sus sensores de puntería para disparar. Se metió entre ellos, ahora girando, ahora arremetiendo, cortando su espada a través de los nudos de carne gris y metal en llamas. Otro servidor fue lanzado al aire, con las extremidades girando, antes de estrellarse contra el suelo en una nube de azulejos astillados. Dos más fueron decapitados con un tirón a dos manos, luego más fueron destrozados por el bólter. Ataco casi casualmente y, sin embargo, nada fue casual en absoluto: fue coreografiado con una precisión tan implacable que era más arte que combate.

Y solo duró segundos. Eso era todo lo que él necesitaba. Los ecos de su destrucción tardaron más en desaparecer, a la deriva sobre una ardiente escena de aniquilación absoluta. Apenas había registrado completamente su entrada antes de intentar dar sentido a lo que acababa de suceder, maravillado por el volumen de restos generados en tan poco tiempo.
Luego se quedó en el centro, con la lanza suelta y la capa negra hundiéndose sobre los hombros. Sus lentes del casco brillaban como rubíes en la oscuridad, dando un leve tinte rojo a la majestuosidad barroca de su casco de rostro cerrado. Su armadura era aún más fina y más intensamente adornada que la de Valerian: un verdadero casco de oro pesado, adornado con rayos, el más antiguo de nuestros símbolos antiguos, rodeado de adornos astrológicos que parecían retorcerse y sonreír en la penumbra sombría.
Los guardias a mi lado ni siquiera habían tenido la oportunidad de abrir fuego. Estaban tan aturdidos como yo, pero nunca habían sido un factor significativo aquí. Las únicas dos almas que importaban en esa habitación éramos él y yo.
Sabía lo que había sucedido incluso antes de que se encendiera el campo de energía de su espada. Ese siempre había sido el riesgo, y había más riesgos por venir, pero los tiempos desesperados requerían remedios desesperados.
Él caminó hacia mí. Cada movimiento que hacía aún sangraba con una amenaza apenas contenida. Quería vomitar entonces. Podía sentir la saliva acumulándose en el fondo de mi garganta, y tragué con fuerza.
-Vete- dijo.
No me estaba hablando a mí. Los Centinelas Palatinos obedecieron al instante, saliendo de la cámara en silencio disciplinado. Para su crédito, mi propia guardia dudó por un momento o dos, pero su resolución fue solo humana, por lo que ellos también se retiraron.
Me quedé mirando el visor del yelmo de Trajann Valoris, Capitán General de los Adeptus Custodes, quizás el guerrero individual más mortífero de todo el Imperio, y uno a quien acabo de enfadar mucho.
Empecé a soltar algo.
-Silencio- ordenó, y yo tartamudeé para detenerme. -**¿Como lo supiste?**
De alguna manera, mi comunicación externa había sido cerrada para entonces, supongo que lo había hecho, y me sentí terriblemente

vulnerable. Su voz, que resonaba en un emisor de voz, hizo que mis huesos temblaran. Tenía tantas ganas de arrodillarme, aunque ese gesto no habría logrado nada.
-Perdóname, señor, yo...
-¿Como lo supiste?
Tragué de nuevo. Me sentí mareado. Esta era una apuesta demasiado arriesgada, y me maldije por atreverme. Quizás hubiera sido mejor reconocer la derrota.
-Arreglé el tránsito del séquito del Fabricador General a esta zona- le dije, tratando de mantener mi miedo bajo control. -**Fue el último en llegar. Sabía que habrías estado supervisando la seguridad de su instalación en persona. También conocía los códigos de acceso y tenía los medios para eludir los protocolos de seguridad. Necesitaba llevarte aquí, tú y yo.**
Para entonces él estaba parado sobre mí. Podía oler la sangre y el aceite de los servidores que se cocinaban lentamente sobre su cuchilla aún caliente. Podía sentir el sabor actínico del campo de energía. Podía trazar las líneas de esa armadura increíblemente diseñada y ver cuán dolorosamente hermosa era de cerca. Me preguntaba si podría ser mi última visión. No está mal, pensé sombríamente.
-He matado hombres por menos que esto- dijo.
-Lo sé- dije.
-Tu rango no te protegerá.
-Lo sé.
-Entonces, ¿por qué hacerlo?
Esa era la pregunta que había estado esperando. Si realmente hubiera decidido ejecutarme en ese momento, no lo habría pedido. Era mi única forma de entrar, aunque si sería capaz de tomarlo todavía era muy discutible.
-Porque mi vida realmente significa muy poco- dije, haciendo mi mejor esfuerzo para mantener las cosas juntas. **-Casi nada, supongo, pero sé cosas. Puedo ver cómo van las cosas. Y tengo el deber, cuando llega la llamada, de hacer lo que pueda para ayudar al Consejo-** Todavía sentía náuseas y tuve que luchar contra el impulso de vomitar. -**He estado tratando de hablar contigo durante semanas. Todas mis otras avenidas están agotadas. Esto era lo único que me quedaba, y tenía que arriesgarme.**

Nunca hizo un movimiento. Después de ver cuán asombrosamente poderoso podía ser cuando estaba en movimiento, verlo permanecer completamente estático era intimidante en sí mismo.
-Le pregunté a tu Capitán Escudos durante cinco minutos- continué, haciendo lo que pude para parecer menos que ridículo. **-La solicitud permanece en su lugar.**
Esperó mucho tiempo. Para entonces estaba húmedo de sudor y me sentía mareado, y esperaba en cualquier momento que la lanza cayera en mi cuello. Ni siquiera lo habría sentido, imagino. Nunca lo habría visto venir.
Sentí que mis rodillas comenzaban a ceder. Los últimos tics y estallidos de los servidores moribundos fueron los únicos sonidos en ese lugar entonces, salvo por la leve rutina de la armadura de poder ante mí.
Comencé a hacer mis preparativos. Nunca había sido devoto, pero había ciertas oraciones que uno debería recitar a la hora del fallecimiento, y aún recordaba algunas de las palabras.
-Ven conmigo, entonces- dijo.
Giró sobre sus talones y regresó a través de los cuerpos. Con un susurro en voz baja gracias al santo que me vigilaba ese día, me puse la túnica y me apresuré a seguirle.



Déjame decirte lo que sabía de Trajann Valoris.
El segundo de esos nombres de uso fue, creo, un honorífico ganado en la batalla, un título de prestigio que hace mucho tiempo quedó fuera de uso por el resto del Imperio. Por supuesto, también habría tenido otros miles de nombres, todos inscritos dentro de ese cadáver de auramita, pero era un protocolo estándar referirse a él como Valoris en las raras ocasiones en que cualquiera de sus denominaciones se usaba directamente.
Mientras que las dos tribunas de los Adeptus Custodios generalmente estaban ocupadas con los muchos propósitos rituales de la orden, el Capitán General no tenía un mandato establecido, sino que gobernaba las fuerzas bajo su mando con total libertad. En la medida en que si los Diez Mil tenían tratos con alguna parte del Adeptus Terra, se llevarían a cabo a través de él. Los Altos Señores podrían tratar de ganar una audiencia, al

igual que otros grandes guerreros o el más poderoso de nuestros inquisidores, pero solo aquellos con una antigüedad equivalente.
Y eso fue todo. No había registros en los bancos de datos imperiales sobre sus conquistas marciales o su ascenso a la orden. No sabía cómo se llamaba antes de ser llevado al Sanctum Imperialis, o dónde había nacido, o cuándo. Podría haber sido hace cien años, o podrían haber sido cinco mil. Sin embargo, durante el tiempo que estuve vivo, se habló de su nombre con reverencia. Incluso los Altos Señores podrían ser burlados, cuando estaban en el vino o con ira, pero hacerlo con el Capitán General era simplemente más allá de la imaginación. En la Era de la Maravilla, se decía que el Emperador había empleado a un regente, una figura poderosa que puso en marcha la vasta burocracia que algún día se convertiría en el Administratum, y hablar mal del regente del Emperador estaba a un paso de hablar mal del emperador Así fue con Valoris. Si bien no se contaba oficialmente entre los Altos Señores, había pocas dudas de que él era lo más cercano que todavía poseíamos al propio representante del Emperador.
Y así, incluso cuando el miedo a la muerte inminente había disminuido un poco, me sentí intimidadopor esta figura. Generalmente no me dejaban influir las reputaciones, ya que había visto con qué frecuencia eran máscaras falsas que ocultaban mentes pequeñas, pero esta era literalmente una raza aparte.
Me condujo más adentro del Palacio, y pronto estábamos en las criptas debajo de una de las grandes capillas de batalla que conmemoraban el primer triunfo de Ullanor. Cuando dejó de caminar, se sintió como si hubiéramos descendido al corazón del planeta. La piedra que nos rodeaba estaba fría y agrietada con el tiempo, y la única luz provenía del brillo de sus lentes del yelmo y el aura residual de su magnífica armadura.
-Querías cinco minutos- dijo.
Podría haber preguntado si este lugar estaba protegido de los dispositivos de escucha, pero inmediatamente lo pensé mejor. Me había traído aquí. Por supuesto que no.
-Escucho informes de todos los rincones del Imperio- comencé, tratando de controlar el temblor en mi voz y recordar quién era y para quién trabajaba. -**En verdad, escucho más que nadie, incluso los Altos Señores, ya que todos tienen sus feudos para vigilar, y tengo lealtad a ninguno y a**

todos. Y, aunque me arriesgo a decirte lo que ya sabes, veo que ahora se alcanza un punto de inflexión. Veo que las pérdidas que estamos tomando se vuelven irrecuperables. Y no puedo dar un paso atrás y no hacer nada.

Él permaneció en silencio mientras yo hablaba, pero lentamente alcanzó su yelmo y se lo quitó. No sé qué esperaba ver, tal vez algo como lo había sido Valerian, con su piel suave y su tez agradable.

Valoris no era nada de eso. Su rostro era de bordes duros, roto por tejido cicatricial, la piel venosa y vívida. Sus labios eran delgados, su nariz ensanchada, su cuello fibroso. En esa luz tenue, sin duda amplificada por mi propio miedo, parecía casi macabro.

-No es tu tarea decirme esto- dijo. Una vez libre de su yelmo, su voz era baja, considerada.

-En el funcionamiento normal de las cosas, sí, eso es correcto- dije, trabajando para mantener la compostura. -**Pero la composición del Consejo está dentro de mi alcance, y el Señor Brach se ha ido, el Trono preserva su alma, y no hay consenso sobre quién debería reemplazarlo. Y luego está la Disolución, que se ha discutido y discutido pero nunca se ha dictaminado.**

Valoris colocó su yelmo vacío en el altar a su lado. Apoyó su gran lanza contra una de las columnas y la cuchilla chocó contra la piedra. Luego me miró con esos terribles ojos inyectados en sangre.

-Y deseas que resuelva el problema- dijo. -**Nada de esto es nuevo para mí.**

-Pero desde entonces, señor, hemos tenido noticias de catástrofe sobre Fenris. Y se han perdido dos flotas en el camino hacia los bordes del Segmentum Solar para reforzar las líneas de suministro del Señor de la Guerra Katask. Estos son apenas reveses triviales. Y luego está...

-Cadia. La puerta del Ojo. Parece pensar, canciller, que no nos damos cuenta de esto.

-No, en absoluto, pero es posible que no tengas la perspectiva que yo tengo.

Su mirada, tan inflexible como el granito que nos rodeaba, nunca vaciló. Me preguntaba qué aspecto tendría si intentara sonreír.

-Sé lo que deseas- dijo Valoris. -**Y sabes que tuvimos esta oportunidad antes, cuando la Presidenta Lestia murió. No lo tomamos entonces. La razón era simple: los Altos Señores gobiernan el Imperio, y nosotros no**

somos del Imperio. Recordé que Valerian había dicho lo mismo. -**Hubo un tiempo en que Su visión se manifestó. Todo lo que ves a tu alrededor ahora, todo lo que se ha construido a lo largo de diez mil años, nada de eso es suyo. Si bien lo has olvidado, lo recordamos.**
-Pero antes había capitanes generales en el Consejo.
-Cuando la necesidad era mayor.
No pude evitarlo: dejé escapar una sonrisa irónica. -**Y ahora la necesidad es grande, señor. La necesidad es muy grande.**
-Para el Imperio- estuvo de acuerdo Valoris. -**Si mi primer deber fuera con tu reino mortal, el caso sería fuerte. Pero mi primer deber es con el emperador. Somos sus guardianes, no un ejército bajo el Consejo.**
-Sí, en eso te has convertido, pero no siempre fue así.
Y luego, por primera vez, detecté el menor indicio de sorpresa. El conocimiento de la Gran Cruzada era extremadamente raro incluso en los niveles más altos de la jerarquía, pero tenía acceso a muchas bibliotecas oscuras y lo había convertido en un tema de mucho estudio. Una vez, lo sabía, los Custodios habían emprendido la guerra en los confines más alejados de la galaxia, y no siempre con el Emperador a la cabeza.
-Las cosas eran diferentes entonces- dijo.
-Por supuesto que lo fueron. Las muchas edades siempre son diferentes- De alguna manera, estaba olvidando mi miedo. El debate había reavivado algo dentro de mí: amor por una discusión, tal vez. -**Pero, ¿cómo puede permanecer seguro el Mundo del Trono si sus mundos de fortaleza caen, uno por uno? Escucho las súplicas de aquellos que enviamos al vacío. Uno de ellos, un buen hombre que casi seguramente está muerto ahora, dijo que ya no podemos permitirnos nuestras viejas leyes. Ha mirado al enemigo a los ojos. Confiaría en su juicio.**
Me estaba dejando llevar, y lo reconocí de inmediato.
El Capitán General permaneció impasible. Dudo que pudiera haber hecho algo para incomodarlo seriamente: estaba tan por debajo de él en la escala de majestad que tuve la suerte de que incluso se dignara a hablar.
-Puede que tengas razón, canciller- dijo de manera uniforme. -**Todo lo que dices puede ser correcto y, sin embargo, todo es irrelevante. Las guerras y las tácticas son para nuestros generales; para mí, no son nada. Podrían caer mil mundos, y aún así no sería nada. ¿Tu entiendes esto? Solo una**

cosa me obligaría a cambiar la antigua ley que nos gobierna, si fuera su voluntad manifiesta.
Dudé, sin saber qué hacer con eso. -**Pero... ¿cómo...?**
-Esa es la tarea de nuestras vidas para desentrañar.
Había algo agotador en hablar con alguien con tal certeza inquebrantable. Tenían que ser así, sin duda, pero estaba acostumbrado al mundo de la política, donde el arte de lo posible era todo y una persona podía creer una cosa por la mañana y otra al anochecer, por lo que era difícil participar con él.
-Los Altos Señores lo discutirán de todos modos- dije, aferrándome a lo que pude.
-Sí- dijo Valoris. -**Lo estás haciendo, lo entiendo.**
-Solo en parte- Lo miré directamente a los ojos, lo más que pude soportar. -**Si no estás allí, debatirán estos temas sin una comprensión total. Actualmente están divididos, pero eso podría cambiar. Lo he sabido antes. Supongamos que votan para retirar la ley, ¿entonces qué? Serás parte de esta guerra, te guste o no.**
-Ninguno puede obligarnos.
-Quizás no, pero el voto crearía división. Ahora, cuando realmente no necesitamos más- Sentí que me entusiasmaba con el tema, y algo de mi confianza volvió. -**Este es el problema, Capitán General: usted tiene el control. Puede terminar esto por una generación, si lo desea. Si está tan seguro de su postura, venga al Consejo. Puedes tomar el asiento de Brach. Puedes decir lo que has dicho aquí, para mí, y nadie podría negarlo. ¿No vale la pena?**
El me estaba estudiando. Justo entonces, vi lo que había estado haciendo. Mis palabras no hicieron ninguna diferencia, y siempre había sido la mayor arrogancia pensar que podrían hacerlo, pero él estaba interesado en mí.
-¿Por qué esto te impulsa tanto, canciller?- preguntó.
-Mi deber es servir.
-Imparcialmente. Y sin embargo, estás tan desesperado por ver pasar la moción.
Me tambaleé un poco. -**Deseo ver ganar la guerra. Seguramente todos lo hacemos.**
Valoris se acercó a mí entonces. Me miraba casi con hambre, como si yo fuera uno de sus muchos objetivos de caza. -**Eras un hombre cínico-** dijo. **-**

Fuiste leal, pero nunca tomaste partido. Para ti, se trataba simplemente de las ruedas de la máquina. Y ahora estás listo para morir solo para conocerme. ¿Nunca has considerado lo que te está pasando?

Jek me había preguntado lo mismo. Por una vez, me quedé sin palabras.

-Hay una máxima- dijo Valoris, -**con la que puede estar familiarizado. Establece que el Emperador está dentro de todos nosotros, y que todos estamos dentro del Emperador. Si deseas discernir Su deseo, entonces mira el deseo de aquellos que sirven. Ya no nos habla con una voz mortal, pero aún puede actuar a través de la devoción de quienes lo hacen.**

Esto sonaba peligrosamente como herejía. Si hubiera venido de otra persona que no fuera él, podría haberme alejado. Tal como estaba, todo lo que pude hacer fue escuchar.

-No estamos ciegos a esto- dijo. -**Cuando Valerian me informó después de su reunión contigo, podría haberte convocado entonces, pero no lo hice, deseando ver hasta dónde estabas dispuesto a llegar. ¿Eso suena como un juego cruel? No estaba destinado a ser. Hemos aprendido a ser cautelosos, porque hay más falsos profetas que verdaderos. Pero su celo no es fingido, ya que si no lo hubiera sido, ya estaría muerto.**

Esbocé una sonrisa seca. -**Es bueno saber eso-** dije.

-Todavía no veo el camino- continuó Valoris, ignorándome. -**Todos los caminos están oscuros ahora, y si hubiera sabido la ruta a seguir con claridad, la habría tomado hace quince años. Pero no puedo ignorar lo que has hecho. Puede que no sea nada, solo la debilidad de un anciano, pero, de nuevo, puede ser otra cosa.**

No hablé Para entonces apenas podía creer lo que estaba escuchando.

-Así que tomaré asiento en el Consejo- dijo. -**Escucharé lo que tienen que decir. Y cuando se haya considerado, emitiré mi voto. Considere su tarea cumplida, por ahora.**

Sentí una oleada de alegría dentro de mí. Todo lo que habíamos trabajado, semana tras semana de trabajo peligroso, había valido la pena, al menos por ahora.

No podía tener la certeza de que saldría según lo previsto, pero tenía el inefable sentido, como antes, de lo correcto. Por primera vez en mi larga carrera, quizás alguna vez, estaba haciendo algo en lo que realmente creía.

-Me aseguraré de que todo esté listo, señor- le dije, volviendo a mi papel como un hecho para los poderosos.

Para entonces ya estaba alcanzando su yelmo. Su rostro cicatrizado desapareció detrás de la máscara de oro, terminando la breve sensación de que había estado hablando con algo más humano que un semidiós.
-Entonces hablaremos de nuevo- dijo el Capitán General, levantando su lanza como si estuviera listo para usarla. -**Y esperemos que su visión no nos lleve mal.**



VALERIAN VIII

Sentí muchas cosas, después de ese día.

Vergüenza, por supuesto. Incluso cierto grado de ira, pero sobre todo confusión. Heracleon no fue dado a vuelos de fantasía. Incluso si no hubiera estado presente en sus visiones como él creía, todavía debería haber sido capaz de cruzar el umbral. Yo era uno de los Diez Mil, ese lugar era mi hogar espiritual, y todos nosotros, en un grado u otro, pertenecimos allí al final.

Después de dejar las catacumbas volví a mis deberes. Participé en los juegos de sangre. Reanudé mis meditaciones. Asistí a los ritos de armadura, espada y escudo. Completé mi estudio de la filosofía de Ustiandes de Thar y consigné mi monografía para almacenarla en los archivos.

Y sin embargo, el episodio me fastidiaba. Mi sueño estaba perturbado. Parecía que cada vez que parpadeaba, volvía a ver esas cámaras metafísicas, las grandes paletas de hierro, la carne antigua aferrada a los huesos de las máquinas más antiguas. Sentí que mi incapacidad para entrar debe reflejar alguna falta dentro de mí. De alguna manera, aún no detectado e indefinido, debo haber fallado.

La consecuencia más inmediata del episodio fue que ni siquiera comencé la preparación para la inducción a la Guardia Hataeron. Heracleon me visitó una vez pasaron varios días y mantuvo abierta la posibilidad de reconsideración. Me dijo que la culpa pudo haber sido suya, por malinterpretar los símbolos. Aprecié eso, pero no le creí. En cualquier caso, acordamos que, por el momento, mi deber debería permanecer como había sido, en el Palacio Exterior, como uno de los muchos miles que protegían los muros contra el enemigo externo.

Navradaran también me visitó antes de que sus labores se lo llevaran nuevamente. Me sentí honrado de haber tenido su amistad en ese momento. Tal vez, al mirarnos desde afuera, pensarás que nuestras vidas son algo frías e implacables, pero no están desprovistas de las

características humanas más importantes, e incluso algunas de las más bajas. Había aquellos de mis hermanos a quienes no me gustaba, y aquellos cuya comunión apreciaba. Navradaran fue uno de los últimos.
Estaba en la Biblioteca de los Antiguos cuando me encontró. Había estado tan absorto en el tomo ante mí que solo escuché su enfoque distintivo desde treinta metros de distancia, mucho menos de lo que requería la preparación estándar para la batalla.
Vio lo que estaba leyendo, levantó una ceja y se sentó frente a mí. A nuestro alrededor, la gran biblioteca continuaba con sus ritmos antiguos: la mezcla de túnicas, el tictac de los dedos con punta de hierro, el ruido sordo de los volúmenes siendo reemplazados en los estantes altos.
-El maestro de la humanidad- leyó Navradaran, suavemente. **-Ejemplar Diocleciano. Debes haberlo leído muchas veces.**
-Sólo una vez. Hace mucho tiempo.
-¿Te da respuestas?
Lentamente, pasé las páginas, cada una una sola hoja de vitela gruesa inscrita en tintas descoloridas. Esta era una copia de una copia de una copia, pero aún tenía más de cinco mil años.
-Me dice que nuestro servicio no siempre fue así- dije. -**No siempre peleábamos con el silencio.**
Navradaran asintió con la cabeza. **-Y, sin embargo, incluso entonces, hubo un error.**
-Con mayor excusa.
-¿Estaba allí?- Él sonrió débilmente. Era mayor que yo y tenía las cicatrices para mostrarlo. No sabía cuántos nombres había inscrito en el interior de su armadura, pero supuse que había un gran número. -**Creo que nos hemos acostumbrado demasiado a lamentar-** dijo. -**Nos hemos acostumbrado demasiado a pensar que el tiempo anterior era mucho mayor que el nuestro. Y sin embargo, estás leyendo Diocleciano. Puedes ver que incluso antes del fracaso, había dudas.**
-Cuando pienso en lo que se ha perdido.
-Entonces no recuerdas lo que se ganó. Navradaran colocó un pesado guante sobre la madera pulida entre nosotros. -**Vivieron en una época de abundancia, y nosotros en una época de conflictos. Considere cuánto más debe ser nuestra fe, en comparación con la de ellos.**

Las palabras no me brindaron mucho consuelo, aunque tampoco estuve totalmente en desacuerdo con ellas.
Lo miré. -**No pude pasar. Vi lo que había dentro y no pude pasar.**
-Lo sé.
-¿Qué significa eso?
-Tómalo como una señal de que no eres digno y que solo te haces daño. Estamos tan listos para creer que no somos lo suficientemente buenos.
-Porque una vez que...
-¡Una vez! Una vez, hace diez mil años, nos enfrentamos a una tarea imposible, y nos desempeñamos mejor de lo que cualquiera podría haber exigido- Se rió. **-¿Sabes que hay alguna ventaja en pasar tiempo fuera de este lugar? He conocido hombres sin talento perceptible que se creen reyes. He conocido a los enfermos que se creen saludables, a los malvados que se creen justos. Son tan débiles, todos ellos, débiles como la paja, pero no se torturan con nuestra duda. Viven, se pelean, se ríen, blasfeman y he llegado a pensar que esto, de alguna manera, es el mayor sentido de todos.**
No pude evitar sonreír. -**Entonces volverás a salir-** dije.
-Lo encuentro estimulante -Miró a su alrededor. -**Más que estos lugares.**
No podría estar de acuerdo con él entonces. Aquí, rodeado de las palabras más antiguas, los pergaminos gruesos, la teología de las largas eras, me sentí en paz. El universo exterior era como un mar incipiente, efímero y siempre cambiante, pero en estos sitios estaban las verdades eternas, protegidas y preservadas para siempre. No podría haber más llamamiento sagrado que mantener esto a salvo.
-Ve en su voluntad, entonces- le dije, estirando su mano.
-Como tú, hermano- dijo, devolviendo el gesto. -**Y no leas demasiado.**
Al final resultó que, eso no demostró un peligro. A partir de ese momento, tuve muy poco tiempo para cualquier tipo de estudio.
Recordé mi encuentro con el mortal Tieron. Había estado agitado cuando habíamos hablado, sin duda con mucha razón. Lo que no aprecié de inmediato fue hasta qué punto se había extendido esa agitación.
Nosotros, en nuestros escalones privilegiados, sabíamos del empeoramiento de la guerra en la Puerta de Cadia. Poco a poco, nos dimos cuenta lentamente del desastre en el Planeta de los Lobos. El Capitán General fue detenido mucho teniendo en cuenta las dos grandes zonas de

batalla, así como muchas otras campañas más antiguas, y se dijo entonces que habló largamente con los Altos Señores en servicio sobre las disposiciones hechas para contenerlas. Las dos tribunas se mantuvieron informadas y, a su manera, se prepararon para lo que vendría después.

No sé cómo se corrió la voz de esto más allá de las paredes. Vivimos en una galaxia de comunicación incierta, donde los gritos de mil millones de voces pueden desaparecer en el vacío mientras un solo susurro viaja de forma segura a su destino. Incluso los más grandes fueron capaces de que su juicio se viera atenuado por variaciones tan extremas en la falla de transmisión, y sin embargo, nunca dejé de sorprenderme de cómo el rumor de la guerra podría extenderse incluso entre los menos educados. Como las ratas, la población lo sabía de alguna manera. Hicimos lo que pudimos, como guardianes de la especie, para evitar que nuestros cargos escucharan noticias dañinas, pero nuestros esfuerzos fallaron la mayoría de las veces.

Por supuesto, era cierto que el Enemigo participó en tal difusión. No estábamos tan ciegos que descartamos la presencia de células sediciosas en Terra. Sin embargo, sin importar cuántos inquisidores desplegamos, y sin importar cuántas piras construyeron, siempre había más traidores esperando tomar su lugar. Para todos los Navradaran admiraban el espíritu humano mortal, también era capaz de una debilidad verdaderamente patética.

Y así, casi tan pronto como lo supimos, la noticia del empeoramiento de la guerra comenzó a filtrarse, por algún extraño proceso de ósmosis, en los barrios bajos y las torres de la colmena. Los encargados de hacer cumplir la ley pronto fueron harapientos tratando de mantenerse al día. Recibimos noticias de más disturbios en las zonas del hemisferio sur, alimentados por pánico y resentimientos avivados. Los oprimidos empobrecidos podrían soportar mucho si creían que el Imperio al menos podría mantenerlos a salvo; Una vez que perdieron ese sentido, nuestro control sobre su lealtad se aflojó.

Mi primera experiencia directa de esto se produjo dos días después de que Navradaran había abandonado el Palacio. La tribuna Italeo solicitó mi presencia en las zonas de las paredes del sudeste, siguiendo las súplicas que le hicieron los comandantes de la guarnición. Estas fueron las paredes del Palacio Exterior, ya sabes, corriendo por las gigantescas fincas por cientos de kilómetros. Incluso si los diez mil de mis hermanos hubieran

patrullado esos muros, todavía habría habido franjas de vacío, y en su lugar se usaron muchos regimientos de soldados mortales con condicionamiento psicópata para reforzar nuestro número limitado. Algunos fueron extraídos de regimientos famosos en el exterior del Imperio, como los Negros de Lucifer, mientras que otros eran prácticamente desconocidos fuera de Terra, como los Centinelas Palatinos de túnica blanca.
Respondí a la llamada, y el capitán del 156 ° regimiento, el Tramman Standards, me recibió en el lugar de aterrizaje, un hombre con una placa de identificación que leía a Leovine Werrish. Organizamos nuestra cita justo dentro del vasto tramo cóncavo del muro cortina, el amplio lugar de aterrizaje cayó bajo su sombra mientras el sol luchaba por trepar por el horizonte oriental. Por encima de nosotros, la pantalla gris de los cielos inquietos de Terra se agitó, y el viento de cenizas calientes bailó a nuestro alrededor.
Hizo todo lo posible para no sentirse intimidado por mi presencia. Sin embargo, incluso para aquellos que servían dentro de los confines sagrados del Palacio, éramos una vista rara e imponente.
-Mi señor custodio- dijo, arrodillándose.
Cuando se levantó de nuevo, pude ver cuán dibujada estaba su cara. Tenía el tipo de fatiga que solo proviene de largos períodos de acción casi constante sin respiro, el tipo que penetra en los huesos y nunca afloja su mordida.
-Me dicen que tiene problemas, capitán- le dije.
-No sé de dónde viene todo- dijo, demasiado cansado para intentar ocultar la magnitud del problema. De hecho, pude escuchar el tamaño por mí mismo: un rugido sordo desde el otro lado de las paredes, el sonido revelador de miles de voces levantadas con ira. -**Hay una locura por ahí.**
-Has hecho tu mejor esfuerzo, estoy seguro.
Parecía vacío. -**Me alegra que estés con nosotros, señor. ¿Estará... ah, el resto de su destacamento estará aquí pronto?**
Si sonriera ante eso, él no lo habría visto, ya que llevaba toda mi panoplia de guerra y mi rostro estaba encerrado en oro. No hubo desprendimiento. Era inusual para nosotros incluso considerar desplegarnos como un destacamento: mi cámara venía conmigo cuando me llamaban, pero la necesidad de eso era rara y solo consideraría convocarlos en el extremo más extremo. Sin embargo, no podría saber eso. Quizás había servido con

los Ángeles de la Muerte en alguna otra zona de guerra, y había visto cómo usaban sus lazos de hermandad para multiplicar su destreza única, y era lo suficientemente lógico para él asumir que operamos de la misma manera.
-Veamos esto, entonces- fue todo lo que dije.
Hizo una reverencia apresuradamente, señaló su partida a una escolta de treinta oficiales del personal igualmente cansados, y los dos nos mudamos a donde mi grav-lander Talion estaba esperando. Tomé el asiento del piloto, y Werrish se ató a la contraparte, luciendo ridículamente pequeño entre las correas de sujeción diseñadas para uno de los míos.
Despegamos y nos dirigimos hacia una puerta de salida integrada en la estructura del muro. Por un momento, todo lo que teníamos delante era la pendiente suavemente curvada de adamantium negro puro. Los escalones fueron tallados cada doscientos metros, zigzagueando por la cara barrida por el viento hacia la pasarela en la parte superior, treinta metros de diámetro y eclipsados por un parapeto alto y enredado. Las torres de defensa se alzaban a intervalos de cien metros, enormes ciudadelas de armas coronadas con cañones láser y bólter pesado, todos en ángulo hacia el paisaje urbano más allá.
Luego se abrió la puerta de salida: dos puertas blindadas se abrieron para revelar las entrañas rojas y brillantes de la pared. Pasamos al interior y vimos los estantes de naves de ataque colgando de las jaulas de lanzamiento en el interior débilmente iluminado, luego la munición entrena para las torres de arriba, luego los rayos de poder estroboscópicos para la protección del vacío. El muro aquí era menos una barrera sólida que una fortaleza contigua increíblemente grande, una que estaba guarnecida y activa y que albergaba a cientos de miles.
La puerta se abrió al otro lado, y el Talion emergió en el gris apagado del amanecer terrano. El paisaje más allá de los muros estaba abierto, arrastrado por la dura presión habitual de las torres de hab y las torres de las colmenas por antiguas ordenanzas que prohibían construir hasta la antigua línea de la pared. En las cosas más raras de este mundo, el espacio abierto, miles de personas se habían reunido. Cantaban algo en semi-unísono, atestando las paredes por etapas antes de retroceder. Pude ver a las tropas de Werrish entre ellos, reteniendo la marea en delgadas líneas de color gris pálido.

No había riesgo de que tal chusma penetrara la pared ellos mismos. El peligro era que invadirían la zona urbana que conducía desde el perímetro, provocando una degradación del cordón seguro y haciendo necesarias las operaciones de despeje. Incluso desde la cabina cerrada del volante pude saborear la ira en el aire, un hedor que se elevó más alto que los cantos fervientes.
El cielo sobre nosotros estaba, como siempre, lleno de aviones, agregando sus propias estelas de vapor a la película de hollín que se cernía sobre nosotros. Pude ver a Arbites aterrizando en el escrutinio entre ellos, revoloteando atentamente. Más allá de la perturbación se alzaban los gigantes de la ciudad eterna, una jungla de miseria y magnificencia. Al mirar hacia adelante, de repente tuve una visión de yesca seca, un montón de ella, apilada contra los cimientos de nuestras paredes, lista para la chispa.
-Esa multitud se está preparando para atacar a tus hombres- observé, notando que se desarrollaba un patrón de enjambre básico entre las turbas.
Werrish asintió con cansancio -**Ordenaré otra oleada. Tenemos apoyo aéreo ahora.**
Había ordenado a sus fuerzas lógicamente. Se extendieron en una larga línea irregular contra la base de la pared, con unidades de reserva excavadas en cada flanco. Parecían estar equipados con pistolas láser en su mayor parte, y la evidencia de su uso estaba en todas partes: una marca de marea de cuerpos donde la multitud había empujado por última vez contra ellos.
Bajé el módulo de aterrizaje hacia el nivel del suelo. Ahora podía ver a los líderes de la chusma, agitando a la multitud para atacar a los odiados portadores de la disciplina. Algunos llevaban braseros ardientes, otros bastones de poder que se rompieron con tenues rizos de plasma. Uno de ellos vestía túnicas azul pálido, veteadas de polvo y suciedad. Tenía los ojos en blanco, como perlas, y su cabeza calva tenía un tercer ojo falso sobre él.
Las cosas estaban empeorando. La multitud estaba furiosa, y muchos de ellos ya habían sido fusilados. Calculé que quizás ocho mil estaban presentes frente a unos pocos cientos de soldados de Werrish. La mayoría de los alborotadores de primera fila morirían de prisa, pero una pistola

láser solo podía derribar a muchos antes de que su portador fuera abrumado.
La insensatez de eso me entristeció. Aquellos reunidos allí podrían no haber tenido una verdadera idea de por qué estaban protestando; su rabia y miedo latentes habían sido azotados por almas más cínicas. Los cantos aumentaron en volumen. Los braseros escupieron con llamas sucias. Los cielos sobre nosotros corrían con el débil crepitar de un rayo, lanzándose desde el giro giratorio sobre el Sanctum Imperialis. Estaba todo listo para explotar.
-No disparen- le dije a Werrish, bajando el volante y haciendo que el polvo se deslizara en la corriente descendente. -**Mata a estos miles hoy, y habrá decenas de miles mañana. Dile a tus tropas que mantengan su posición.**
Configuré el espíritu de máquina del volante para anular, abrí la ampolla de la cabina, me liberé del asiento y salté hacia la tierra. Estábamos a solo unos metros del suelo para entonces. Caí sobre una rodilla en el impacto, luego me levanté suavemente y comencé a caminar.
Estaba rodeado por todos lados. Por unos momentos, me quedé sin obstáculos. El más cercano de los mortales me miró con la boca abierta. Entonces el más perspicaz, reconociendo lentamente lo que era, comenzó a gritar alarmado, luego a correr, a caer de bruces, a tropezar y a asustarse. Más dio media vuelta y huyó, abriéndose paso entre el resto para escapar. La gran multitud comenzó a doblarse sobre sí misma, repentinamente dividida por un inexplicable terror en su corazón.
No les presté atención. Eran como un enjambre de insectos: enormes pero incapaces de hacerme daño. Muchos ni siquiera estaban armados adecuadamente, solo llevaban herramientas o lanzas improvisadas, y sus gritos pasaron rápidamente de la ira al terror. Algunos incluso gritaron palabras de arrepentimiento desesperado, sollozando frenéticamente e intentando tocar mi capa, aunque la mayoría de ellos simplemente deseaban alejarse de mí tan rápido como podían.
Sabía que los Ángeles de la Muerte tenían una expresión para este fenómeno: temor transhumano, lo llamaban. En todo caso, nuestra orden poseía el mayor poder en ese sentido, amplificado por nuestra estatura, nuestra rareza, las imágenes esotéricas de nuestra armadura dorada. Podría haber matado a tantos de ellos, si hubiera querido. Podría haber

entrado en esas filas tambaleantes y haber transmitido el juicio del Emperador hasta que los miles se hubieran roto a mis pies.
No hice ninguna de esas cosas. Matar es fácil. Nuestro Imperio se ha estancado de muchas maneras y, sin embargo, nos hemos convertido en expertos en la aplicación de la violencia que para poner fin a una vida se ha vuelto tan trivial y tan común como aclararse la garganta. No tenía reparo en usar mi poder cuando era necesario, pero tampoco compartía el celo por la destrucción que tantos de los propios sirvientes del Trono exhibían. Si hubiera sido posible resolver nuestros muchos problemas a través de la aplicación continua de fuerza sin restricciones, entonces habría pensado que durante diez mil años de intentarlo podríamos haber tenido algunos resultados bastante mejores.
Llegué a la ubicación del que los controlaba, el hombre con la marca del ojo. Sus guardaespaldas se apartaron de él cuando me acerqué, luchando por despejarse. Uno de ellos se ahogó con su miedo, otros anularon sus vejigas mientras corrían.
El hombre mismo estaba temblando, apenas capaz de permanecer en posición para enfrentarme, su rostro se sacudía bruscamente con un intento de desafío. Llevaba algún tipo de bastón adornado con plumas. No tenía idea de dónde podría haber obtenido plumas: las reales no se encontraban generalmente en los barrios bajos de Terra.
-¿Aquí para matarme, dorado?- Gritó el hombre, y su voz tensa delató su aterrador terror.
Hubiera sido el trabajo de solo un momento.
-¿Por qué haces esto?- Pregunté en voz baja.
Apenas podía encontrar mi mirada. Su piel estaba brillante de sudor.
-¡El final se acerca para ti!- Espetó, con los ojos desorbitados ahora. -**¡Me lo han mostrado!**
-¿Por qué haces esto?- Le pregunté de nuevo, con la misma inflexión.
Comenzó a perder sus últimas astillas de autocontrol. -**Porque no puedes protegernos-** dijo entre dientes. -**Te llevarán lejos. ¡Lo barrerán todo!-** Sus ojos perdieron el foco. -**¿Qué me dijo? El camino. Se está abriendo ahora.**
Estaba consciente de cientos de cosas a mi alrededor. Hombres y mujeres corrían, surgiendo a nuestro alrededor, tratando de volver a las zonas. Los braseros se habían derrumbado. Los aviones aún flotaban, sus armas entrenadas pero silenciosas. Toda la ofensiva se había disuelto en retirada

de pánico, testimonio tanto de su fragilidad como de la autoridad residual del Trono.
-La puerta ya ha caído- continuó, delirando ahora con miedo y emoción. -**¿Tú lo sabes? ¿Ya ha vuelto a sus maestros sordos y ciegos?**
-¿Quién te dijo estas cosas?- Pregunté.
Él comenzó a reír, y el sonido tenía un borde de frenesí. -**¿Qué te importa? Estás sordo a esas voces. Estás sordo a todas las voces vivas. Los muertos no pueden resistir a los vivos. ¿Me escuchas? ¡Los muertos no pueden resistir a los vivos!**
Los dos éramos como una pequeña isla de estabilidad en medio de un mundo de movimiento. Este asalto había terminado, pero eso significaba poco en el esquema más amplio de las cosas. Vendrían más turbas, más grandes, agitadas por una locura como esta, y no había suficientes de nosotros para romperlas a todas. Necesitábamos descubrir más de su origen.
-Ven conmigo- le dije.
Me miró horrorizado. -**No-** dijo, en voz más baja.
-Has cometido grandes pecados.
Nunca levanté mi voz por encima de un murmullo, pero él perdió la poca compostura que había tenido, entonces. Las lágrimas comenzaron en sus ojos. Sin embargo confesó, maravillado, como si solo lo estuviera viendo. -**He cometido grandes pecados.**
-Hay maneras de expiarlos- dije.
Dio un paso vacilante hacia mí, parpadeando y mirando. -**Oh, por el Trono-** murmuró, desanimado. -**Pero todas estas cosas han terminado.**
Llamé al avión, y un momento después escuché sus motores en lo alto. Werrish todavía estaba a bordo, y se sorprendió al verme conversando con el hereje.
Hice un gesto hacia la puerta abierta de la cabina. Manso, vacilante, el hombre dejó caer su bastón de sus manos, luego se dirigió hacia el compartimento de la parte trasera, moviéndose como si estuviera en estado de estupor. Cerré la puerta detrás de él, luego volví a Werrish.
-El espíritu de la máquina te llevará de vuelta- dije. -**Entrégalo a la división de relojes Ordo Hereticus en su sector. Explica la manera de su captura. Diles que deseo estudiar su informe sobre él cuando termine.**

Werrish asintió con la cabeza. Sus ojos parpadearon hacia las multitudes en retirada, todavía a la intemperie, todo dentro del alcance de sus armas. -**¿Y el resto?-** Preguntó.
Seguí su mirada. Podía verlos corriendo, tropezando, con los ojos muy abiertos por el miedo. Según el Lex Imperialis, todos ellos eran traidores.
-Déjalos ir.
-Sus ejecuciones están justificadas- se aventuró con cuidado.
-Eran tontos y débiles- dije. -**No te preocupes demasiado por matarlos, capitán.**
Luego moví un dedo, y el avión se levantó, girando sobre una columna de aire sobrecalentado, antes de regresar hacia la puerta de salida aún abierta, llevando a Werrish y al hereje llorón.
Me volví hacia la ciudad eterna, un lugar en el que apenas me había aventurado desde mi ascensión. No podía creer lo sucio que estaba, de cerca. Olía a encierro. Todavía huían de mí.
Me acordé de las palabras de Navradaran. Hay alguna ventaja en pasar tiempo fuera de este lugar.
Luego miré hacia la pared por encima de mi hombro, elevándose por encima incluso de las torres más grandes de la ciudad. Su superficie exterior, oscura, todavía estaba marcada con heridas antiguas. Incluso las secciones más nuevas tenían casi nueve mil años; algunas partes eran tan viejas como el Imperio mismo. Parecían completamente indomables, el tipo de barrera que los ejércitos romperían por la eternidad.
Podía distinguir la mayor de las estructuras alojadas dentro. El Sanctum Imperialis mismo, el vértice de toda nuestra existencia, era como una montaña distante, nebulosa con niebla. La Torre de los Héroes era una delgada línea vertical gris contra un horizonte tormentoso.
Es curioso presenciar el hogar desde el exterior, verlo como lo hicieron. Siempre había supuesto que debían haberse sentido excluidos, las masas de Terra, excluidas de la magnificencia y arañando para siempre las puertas cerradas como niños abandonados.
Pero justo entonces, de repente lo vi en un aspecto diferente. Habían estado aterrorizados de mí. Era la encarnación viviente más cercana del alma del Emperador, y habían huido de mí gritando. Quizás vieron las paredes no como la barrera que les impedía entrar al Palacio, sino como la

barrera que nos impedía salir. Quizás lo vieron no como un impedimento para su movimiento, sino como nuestra jaula necesaria.
Pude ver eso ahora. Podía ver los altos muros y las torres oscurecidas por la edad, y no se parecía en nada a una prisión, vasta y antigua, que sellaba su terrible corazón como capas de piedra rocosa arrojadas sobre un reactor letal.
Tuve que volver a entrar. Mis deberes eran muchos, y ya podía detectar consultas de impulsos mentales y mandos de la Torre de Hegemon. Sin embargo, cuando me volví para caminar de regreso, mis botas se sentían pesadas, como si estuviera caminando por la arena.
La sensación fue fácil de quitar, y comencé a moverme.
Pero lo había sentido, de todos modos.



ALEYA IX

Nunca había conocido la disformidad como esta. El viaje siempre había sido difícil entre las estrellas, y en los últimos años, muchos navegadores diferentes me habían dicho que había empeorado constantemente. La mayoría de las cosas de las que me hablaron, los remolinos de éter y los túneles de descarga, no tenían ningún sentido para mí, pero ciertamente podía sentir el martilleo que nuestras embarcaciones tomaron mientras cruzaban el Empíreo.

En viajes anteriores, a menudo me preguntaba qué habría pasado si hubiera levantado los postigos de disformidad y lo mirara, como lo hacen los Navegadores. Un humano normal se habría vuelto loco en segundos, dijeron. Pero entonces los humanos normales tenían almas, y por lo tanto el reino psíquico era inteligible para ellos. Que vería. ¿Nada? ¿Legiones de demonios? ¿La verdadera esencia de la disformidad en sí?

Nunca había sido lo suficientemente curiosa como para descubrirlo. Lo más probable era que la vista hubiera sido fatal para mí de una forma u otra: paria o no, el empíreo no era un lugar para detenerse o mirar, no si quisieras mantener la cordura.

Ahora, sin embargo, estaba medio tentada de nuevo. Las cubiertas del Cadamara eran como tambores, resonando de una manera que me puso los dientes de punta. Ya habíamos perdido una de nuestras transmisiones secundarias, reduciendo nuestra velocidad a través del lodo galáctico y amplificando cada choque y matanza que el inquieto abismo nos impuso.

Me tambaleé por pasillos tambaleantes, sintiéndome mareada por el movimiento incesante de semanas. Había algo de ironía en eso: pasé la mayor parte de mi tiempo provocando náuseas en los demás, y ahora sentía cierta simpatía por cómo se sentía.

Mi sentido de dislocación tenía otra causa. Durante un tiempo, después de regresar a la nave, me negué a llorar, prefiriendo canalizar mi energía a la actividad. Sin embargo, a medida que los extraños días en el éter se habían

alargado, mis pensamientos se volvieron cada vez más hacia lo que se había perdido.

Había amado a mis hermanas. Fue un tipo de amor feroz, casi desesperado, nacido del hecho de que compartimos un vínculo tan único. Todas pudimos recordar el momento en que nos arrastraron al convento, sucias y hambrientas, más acostumbradas a los golpes que a las palabras de explicación, y luego nos dimos cuenta lentamente de que este lugar era seguro, y que había sido hecho para nosotras, y que No estábamos solas en el universo.

No fue una existencia cómoda. Fuimos entrenadas, a veces brutalmente. Hestia no estaba motivada por ningún sentido benévolo de cuidado, sino por una vocación despiadada arraigada en la antigua doctrina. Algunas que llegaron al convento murieron poco después, a veces por agotamiento, a veces por quitarse la vida. Los que sobrevivieron se hicieron más fuertes tanto en cuerpo como en mente. Aprendimos secretos sobre el universo, los que habrían sido nuestra sentencia de muerte si alguna vez se hubieran pronunciado fuera de los muros de ese lugar.

Antes de hacer nuestro voto de tranquilidad, hablamos, charlamos y cotilleamos como lo hicieron todos los jóvenes. Incluso nos reímos, siempre que nuestros días regulados lo permitían, compartiendo bromas privadas sobre nuestros instructores sin humor. Incluso una vez que había pasado el tiempo de las palabras habladas, aún compartíamos esos lazos. Marcaideas (Thoughtmark en el original nt), en su forma más completa, era un lenguaje expresivo, en algunos aspectos más que el discurso estándar, y las amistades que hice fueron más fuertes por la adversidad en la que se habían forjado.

Ahora solo podía recordar sus caras: Erynn, Catale, Ruja, ensangrentadas por sus prematuras muertes. El recuerdo de eso fue como una herida, abierta y sangrienta, que me llevó de vuelta a mis primeros días como un bebé perseguido, incapaz de entender por qué todo el mundo parecía decidido a causarme daño.

No podría compartir ese dolor con nadie. Estaba tan sola como siempre, rodeada solo por los almas, que nunca podrían entender que es difícil aislar a nuestra especie. Tenemos menos recursos internos que otros, y la gran ironía de nuestra reclusión autoimpuesta es que necesitamos más

compañerismo humano, ya que temporalmente llena el vacío que acecha en nuestros propios corazones.
Comencé a temer lo que encontraría cuando finalmente llegáramos al Mundo del Trono. No me hacía ilusiones de que el viaje sería fácil, o incluso que lo haríamos en absoluto. Hestia me había dicho una vez que la ruta del peregrino era solo para los engañados, y que las posibilidades de llegar a Terra como individuo eran muy pequeñas. Ahora que los Altos Señores aparentemente querían olvidarse de la Hermandad del Silencio, ¡cómo odiaba ese nombre! No podríamos estar seguros de ningún tratamiento especial para facilitar nuestro paso.
Pero empujé la nave hacia adelante, manteniéndola al límite de su poder, ignorando las advertencias de Slovo y sus acólitos de respetar la turbulencia de la disformidad.
En mi mente, las tres cosas seguramente estaban vinculadas. Las viejas legiones regresan, atacan el convento, la tormenta se acumula en el éter. No era necesario ser un vidente para darse cuenta de que había una nueva alineación en progreso, y que habíamos luchado durante demasiado tiempo con las viejas formas cuando su eficacia había cesado hace mucho tiempo.
Sostuve todo lo demás a este nuevo objetivo. Tomé mi pena y la convertí en un arma, tal como habíamos sido entrenadas para hacerlo. Si tuviera que separar a Cadamara para hacerlo, aún llegaría a las agujas doradas del mundo del santuario y descubriría lo que Lokk había visto antes de morir.
Tal vez debería haber escuchado las advertencias de Slovo, pero la templanza nunca había sido mi punto fuerte, y, como Hestia siempre me había dicho, hay mayor poder en la ira justa que en la mansa aceptación.
Me tambaleé. Algo nos había golpeado fuerte. Eso, pensé, era imposible. Estábamos profundamente en la disformidad, y no había objetos físicos para golpearnos.
Entonces vi la runa de alerta y comencé a correr. Estaba en mi armadura, como todos nosotros, el pasaje vacío era tan peligroso ahora que había ordenado a la tripulación que permaneciera preparada para la batalla en todo momento.
Fuimos golpeados de nuevo. Se sentía como si un enorme puño cerrado nos hubiera embestido en medio de la nave, haciendo que la nave se balanceara alrededor de su centro de gravedad.

Cuando me acerqué al santuario de Slovo, en lo alto de la columna vertebral de la nave, escuché los gritos. Sus cámaras estaban completamente selladas de la estructura principal durante el paso de la disformidad, lo mejor para aislarlo durante el arduo proceso de orientación. Llegué a la primera de las pesadas puertas y marqué los códigos de acceso apresuradamente. Todo el tiempo pude escuchar los auges estremeciéndose por la superestructura, cada vez más fuerte.
Las puertas se abrieron, y olí el aire viciado del interior del santuario mientras me bañaba. Los lúmenes eran erráticos, parpadeaban en mamparos sucios. Me metí dentro y vi a un par de acólitos sosteniendo sus sienes y llorando lo que parecía sangre. Eran sirvientes de la Casa Rehata, sin obsequiar con el Ojo que Veía, y lloraban como puercos sacrificados.
Escuché a Slovo gritar desde adentro. Las cámaras tenían techos bajos y estaban arrastradas con pesadas bandas de adamantium. Todo el lugar parecía un búnker militar, sólido e irrompible.
Pero se estaba rompiendo ahora. Las grietas ya se habían disparado en las paredes internas, temblando con la energía liberada. Corrí por el laberinto hasta el dominio interno de Slovo, una esfera de hierro alojada dentro del casco de la nave, accesible solo por un único pórtico de metal sobre una fosa de petróleo. Al cruzar, pude ver más brechas, apareciendo con un rayo que se enroscó y bailó en el vacío.
Cuando me acerqué al portal, se abrió de golpe y me envió una nube de gas nocivo. El propio Slovo se tambaleó a la vista, con la piel húmeda con los fluidos en los que se había sumergido, los cables seguían saliendo de las líneas intravenosas en sus brazos.
-¡Sácanos!- Jadeó, sus ojos mortales miraban e inyectados en sangre. Afortunadamente, había logrado envolver su mortal ojo, aunque el resto de su túnica solo colgaba flojamente de su cuerpo escuálido. -**¡Sácanos!**
Golpeé las runas hacia Erefan (Choque inmediato fuera de la disformidad) y me moví para ayudar a Slovo. Me apartó, tambaleándose en la barandilla del pórtico. Estaba salvaje, apenas veía lo que lo rodeaba, y él también tenía líneas de sangre corriendo por sus fosas nasales.
-Están entrando- dijo entre dientes, babeando. -**El campo se está desmoronando. ¡Sácanos!**
Mirando por encima de su hombro tambaleante, pude distinguir el desorden en la esfera: el tanque de nutrientes en el que flotaba estaba

sucio y goteaba, y los cables que colgaban como las extremidades de la araña desde el techo enviaban lanzas de electricidad esparcidas por el interior. Lo agarré por el hombro y lo aparté de él, retrocediendo por el pórtico. Ya podía escuchar las alertas de claxones como Erefan hizo lo que le pidieron. La nave se sacudió violentamente, soplando más lúmenes, luego pareció caer vertiginosamente, como si cayera a través de un lugar donde todavía existía la gravedad.

Le hice un gesto furioso. ***-¿Qué pasó?-*** pero él no me veía.

Entonces vi que algo se movía por el rabillo del ojo. Más luces se hicieron añicos, hundiendo el espacio en una sombra parpadeante. Parecía, pero esto era imposible, como si las paredes se estuvieran drenando como un fluido viscoso, se deslizaran de la subestructura de la nave y se acumularan en un trozo de acero fundido.

Arrastré a Slovo el resto del camino, de regreso a las puertas blindadas y al interior del laberinto de cámaras más allá. Me arañó, parloteando algo sobre la imposibilidad de que un campo Geller perdiera integridad y lo que sucedía si eso sucedía, y cómo iban y cómo entraban y sabían quiénes éramos y hacia dónde íbamos.

Mi corazón latía con fuerza. Había ruidos resonando desde las sentinas debajo de nosotros, distorsionados y chillando. Por un momento pensé que esto podría ser lo que sonaba la disformidad en sí misma, una instantánea terrible en una infinidad de almas agonizantes, antes de que Cadamara volviera de nuevo, arrojada fuera de su eje ventral.

Los paneles interiores perforados hacia adentro, las líneas eléctricas explotaron, el reloj de arena de repente se heló con patrones de impacto. Escuché nuevas alarmas sonando, y un panel de estado encima de mí mostró runas indicando que estábamos volviendo al espacio real.

Llegamos a la habitación con los serviles en ella. Uno estaba desplomado en la cubierta boca abajo, formando un charco de sangre lentamente debajo de su rostro. El otro, un hombre, todavía estaba de pie, retorciéndose locamente contra la pared del fondo como si estuviera empalado en ella.

Las vibraciones del casco se estaban desvaneciendo ahora, y lo peor de la sacudida disminuyó, pero nos quedamos en un remolino de luces de oscuridad intermitente. Apenas podía ver algo con claridad: las imágenes congeladas de sangre y terror saltaban ante mí.

-¿Estamos fuera?- Siseó Slovo, agarrando mi capa.
No respondí. Lo aparté de mí y alcancé mi lanzallamas.
El servil de pie me sonreía. Él sonreía tanto que le arrancó los bordes de la boca. Cada destello de luz oscilante hacía que esa sonrisa se hiciera más grande y más oscura, y mientras lo observaba, se llevó la mano a la boca, metió una mano dentro, se agarró la lengua y comenzó a tirar.
Deslicé mi mano sobre el gatillo. Algo largo, negro y brillante salió de su boca, y siguió viniendo.
Abrí el lanzallamas. Vi al hombre gritar y retorcerse dentro del torrente tembloroso del calor extremo. Su túnica se encendió en un estallido, su piel se puso negra, pero mantuve el infierno rugiente. Vi que algo viscoso y oscuro como el aceite se enroscaba entre las llamas, enroscándose para el asesinato. Escuché gritos fracturados como si vinieran de muchos lugares a la vez, ninguno de ellos aquí.
Alcancé mi espada justo cuando saltaba hacia mí, una masa de extremidades prensiles y espinas malvadas. Arremetí, cortando uno de los tentáculos, luego me di la vuelta para hundir mi espada en el pólipo de carne en su corazón. Me chillaba y se aferraba a mí, tratando de sofocarme en oleadas de sinuoso cartílago, pero para entonces estaba en trance de combate, más allá de los sentidos mortales, moviéndome más rápida y más dura y trabajando mi espada en un remolino de acero prensado.
Esto fue shedim. Eso debería haber sido imposible, dada nuestra égida Geller, pero estaba aquí, en la nave. Podía oler su hedor: la podredumbre de la carne humana que había tomado por sí misma, separada y reconstruida.
Lo abrí. Me azotó, intentando arrastrarme hacia abajo, pero para entonces era una lengua de fuego, un aullido del viento del mundo. Mi espada giró, y las pendientes de su cuerpo antinatural golpearon la cubierta, todavía sacudiéndose.
-Anathema psykana- me susurró, levantándose en una obscena burla de la ley física, convirtiéndose en una losa con tentáculos de músculo y moco. Vi sus cientos de ojos mirándome: cientos de ojos humanos idénticos, copiados de su huésped, repletos de párpados, pestañas y lágrimas. Su boca nunca había dejado de crecer, y ahora eran unas fauces enormes y desiguales, cubiertas de dientes, aleteo y manchas de saliva. -**¿Sola? ¿Sola aquí afuera? ¡Me encantará convertirte de adentro hacia afuera!**

Nunca escuché. Un mortal tuvo que luchar para no escuchar al shedim, pero no a mí. Esto era un horror insoportable para un mortal, una tentación más allá de la resistencia, pero para mí era simplemente asqueroso y peligroso, como una serpiente que se encuentra debajo de una almohada, algo para matar.
Hundí mi espada en su boca entre dientes, sacándolos de las encías negras. Bailé más rápida, agachándome bajo el mazo de tentáculos y cortando los que se acercaban. Sentí su aguijón en mi armadura, el tirón de hebras de disformidad y me liberé.
La cosa tenía un corazón, tenía pulmones y tenía órganos, todo fuera de forma de su huésped pero aún necesario para ello en este lugar. Intenté encontrarlos, cortando como un cirujano. Cuando llegué a mi objetivo, la espada se hundió profundamente, enviando un chorro de sangre negra como tinta sobre nosotros dos. Me corté, hundiéndome en el vientre de la criatura para cortar su esencia antes de que pudiera regenerarse más.
Gritó todo el tiempo hasta que vi sus pulmones hinchados, agarrando los sacos de pus y gases sucios y arrojándolos desordenadamente a la cubierta. Le arranqué el esófago de la garganta y le rompí el estómago flácido con un sello de mi bota, y eso finalmente lo hizo callar.
Luego, el resto explotó, destrozado por la violencia de mi asalto, volando en pedazos de grasa rasgada y saliva. Mi armadura estaba cubierta, mi espada empapada, mi cabello suelto apelmazado.
Soporté el diluvio, esperando que la lluvia de las laderas se calmara. La cámara estaba rancia ahora. El cadáver del segundo casi se perdió bajo una pila de vísceras humeantes. Slovo se encogió en la esquina, rascando la puerta cerrada, sus ojos todavía miraban fijamente el resplandor de la luz.
Tenía que estar segura. Busqué entre los restos de la muerte, con la espada lista. Eran cosas viciosas, siempre, y podrían revivir después de cantidades letales de castigo.
Los lúmenes principales volvieron, más fuertes esta vez. Escuché el rápido ruido de las botas desde los pasillos exteriores, y supuse que Erefan había estabilizado la nave y envió un detalle de seguridad para ayudarme.
Un poco tarde, pensé, pero al menos estamos completamente en el espacio real.
Me giré para mirar a Slovo. Debo haberme visto medio demoníaco, cubierto de una piel de escamas y sangre negra como la tinta.

Estaba en mal estado, pero no estaba de humor para ser fácil con él.
-*Respuestas*-señale, y realmente creo que ese mando fue lo que más lo asustó.
Quizás debería haber sido más comprensiva. Incluso para un Navegante, uno que mira al abismo como una vocación, es muy difícil mirar a un verdadero shedim instanciado. De cerca, son la trama de las pesadillas, y envían la mente mortal al paroxismo.
El resto de la tripulación estaba un poco mejor. Los detalles de Erefan se deslizaron dentro de la cámara con sus armas desenfundadas y pronto tuvieron arcadas y vómitos e intentaron mantener sus intestinos bajo control. No eran particularmente cobardes o tontos, solo eran humanos, por lo que no fueron diseñados para ser confrontados por un habitante del éter sin diluir.
También entendí que todos estábamos viendo cosas muy diferentes. Experimenté el shedim, el demonio, solo en su aspecto corpóreo: el asunto que había tomado y remodelado del desafortunado acólito y se había convertido en su nuevo cuerpo. Eso fue bastante horrible, en una forma biológica, pero no poseía más terror para una de mis experiencias. El enmascarado, por otro lado, también podía percibir su aspecto psíquico, y eso, me dijeron, era donde estaba el verdadero miedo. Incluso su olor podía evocar esa sensación aplastante de náuseas y temor que los hizo perder la cabeza y ceder el control sobre sus cuerpos, y la vista era diez veces peor.
Los humanos encontraron mucho en la galaxia excepcionalmente repulsiva: el paria y el demonio y los xenos. A veces me preguntaba cómo las frágiles criaturas alguna vez vivieron lo suficiente como para reproducirse.
Ordené a los soldados que salieran, y fueron capaces de entender la señal de batalla lo suficiente como para cumplir. Luego limpié el icor de mi yelmo y me dejé caer para mirar a Slovo.
Él se acercaba. Supuse que ser arrancado del trance disforme lo hacía doblemente difícil, pero necesitaba saber qué estaba pasando.
"Límpiate" volví a señalar. "*Cinco minutos".*
Lo puse de pie y lo ayudé a salir de allí. Cerré las puertas detrás de nosotros, lo entregué a sus propias servidumbres de la casa supervivientes y fui a buscar una manguera.

Cinco minutos más tarde, estaba sentado frente a él en una de las cámaras de interrogatorio forradas de plomo de la nave, con Erefan presente también. Los tres nos sentamos alrededor de una mesa atornillada e intentamos ignorar el hedor que emanaba de nosotros dos.
-No podía creerlo- comenzó Slovo, sus ojos parpadearon entre Erefan y yo. Se había calmado mucho, pero todavía estaba febril. **-Ni siquiera sé cómo describirlo.**
-Inténtalo, por favor- dijo Erefan con amargura. El capitán había hecho bien en sacarnos de la disformidad tan rápidamente sin esparcir el casco por una franja de espaciotiempo, pero no estaba contento de haber tenido que hacerlo.
Slovo respiró hondo. **-La disformidad está creciendo-** dijo.
No entendí cómo eso podría ser posible. Siempre me habían dicho que la disformidad era un espejo de la realidad: una era del tamaño de la otra.
-Muy, muy mal- continuó Slovo. -**Estaba viendo cómo sucedía: rasgando el espacio como una hoja de papel. Nos dirigíamos hacia la falla. Sopló la égida exterior. Los pude escuchar. Trono, podía escucharlos.**
-¿No siempre puedes escucharlos?- Preguntó Erefan.
-No así- Slovo me miró. -**Sabían que estabas aquí. Se estrellaban contra el casco para llegar a ti. Había cientos de ellos-** Él sacudió la cabeza. -**Tuvimos que abandonarlo. No sé cuánto tiempo tuvimos, unos segundos más.**
"Pero uno logró pasar" señale.
-Justo cuando caímos al espacio real- Slovo asintió. -**Debe haberlo hecho entonces. Atrapado en el lado equivocado, y para entonces era débil.**
Erefan se volvió hacia mí. -**La matriz Geller está en mal estado-** dijo. -**Tenemos muchos relés quemados. Tomará un tiempo volver a encenderlo.**
Hubiera sido bueno haber podido usar Marcaideas para hacer el tipo de preguntas sutiles que necesitaba hacer. Quería saber más sobre lo que estaba pasando.
-Es como... una grieta- dijo Slovo, su voz llena de presentimientos. -**Una grieta. Un cañón. Está creciendo.**
-No sé lo que eso significa- dijo Erefan.
Slovo ladró una risa ronca. -**Yo tampoco lo sé, capitán. Estoy tratando de darle sentido a lo que vi.** Apretó las manos, tratando de evitar que

temblaran. -**Se sentía... como si toda la galaxia se estuviera rompiendo. Vi el borde, cayendo en un vacío más profundo. Vi la luz salir corriendo del universo. Fugas fuera de él.**
Me incliné hacia delante.
"¿El faro?" Señale.
-¿El astronómico? Es malditamente débil. Maldita. Lo perdimos por un tiempo, allá atrás, pero podría asegurarme antes de que la égida comenzara a resquebrajarse.
Sentí impaciencia creciendo. Slovo estaba en estado de shock, eso estaba claro, pero tenía poca paciencia por su debilidad. Tenía una tarea y yo necesitaba que la cumpliera.
Me volví hacia Erefan.
"¿Cuánto tiempo?" Señale.
-Puedo recuperar las unidades disformes en línea en unas pocas horas. Hemos sufrido daños en el casco, pero nada que los servidores no puedan reparar. Es el campo Geller lo que me preocupa.
-No podemos volver allí- dijo Slovo, vehementemente. -**Nos destrozarán. Saben que estás aquí y te odian.**
Recordé el mapa estelar, con sus líneas de canales de disformidad serpenteantes. Entonces se sintió como si el universo estuviera cayendo en una configuración dispuesta desde hace mucho tiempo, sus placas tectónicas se movieran y quedamos atrapados.
-Y saben lo que estamos haciendo- continuó Slovo, divagando ahora. -**Saben a dónde vamos y nos derribaran para evitarlo.**
Podría haberlo silenciado. Algunos gestos de signos de batalla eran físicamente dolorosos para un receptor no entrenado, y podría haber pegado esos labios fácilmente, pero pensé que era mejor dejar que lo sacara de su sistema.
-Creo que es la Puerta- dijo, con los ojos parpadeando de Erefan a mí y de regreso. -**Creo que algo está roto y el equilibrio se ha ido. No podemos volver allí.**
Me volví hacia Erefan.
"Cuatro horas" señale.
-Puedo hacerlo en cinco- respondió.
<<Cuatro>> le señale.

Entonces me levanté. Necesitaba limpiarme bien, limpiar el hedor del demonio de mi armadura y lavarme el cabello con agua hirviendo. Luego necesitaba reabastecer de combustible al lanzallamas, atender mis cuchillas y comenzar el proceso de perforación de la tripulación.

Tendríamos que barricar las secciones más vulnerables: la ampolla del Navegador, el puente de mando, las cámaras expuestas del enginarium. Cadamara tenía una guarnición permanente de unos pocos cientos, y si estaban preparados para el combate, podrían mantenerse firmes el tiempo suficiente para que yo hiciera lo que fuera necesario.

Estaba segura de que Slovo tenía razón. Estaba segura de que el empíreo se estaba rompiendo, y que los habitantes de la disformidad estarían con nosotros tan pronto como despejáramos el velo nuevamente, y que las posibilidades de que saliéramos ilesos eran cero. Pero si sus visiones eran correctas, entonces esta grieta creciente se arriesgaba a dejarnos para siempre en el vacío, o al menos en el lado equivocado de donde necesitábamos estar.

Entonces lo haríamos. Nos abriríamos camino a través.

El Navegante me estaba mirando horrorizado. Al menos ya no estaba hablando. Erefan era un profesional y guardaba sus sentimientos para sí mismo. No tenía idea de si sería posible volver a ponernos en marcha dentro de cuatro horas, pero al menos tenía algo en lo que trabajar ahora.

Los dejé en la cámara y caminé rápidamente hacia la mía. Más tarde podría preocuparme por el estado mental del Navegador, cuando cruzar el velo era una posibilidad nuevamente. Por ahora, sin embargo, tenía un plan de defensa que planificar.



TIERON X

-Y así llegamos al meollo del asunto- dijo el Maestro del Administratum, Irthu Haemotalion.
Se sentó a la cabecera de la larga mesa de granito negro, su cara gris era una imagen de tristeza estudiada. Llevaba su pesada túnica ceremonial, al igual que todos los demás Altos Señores, aunque la suya era quizás la más ostentosa, como correspondía a su papel como el primero entre iguales.
No siempre había sido así. En otras épocas, nuestros comandantes militares podrían haber asumido una preeminencia no oficial, pero esta era una era de burocracia e inercia, en la que el mayor poder ahora yacía enterrado dentro de las reglas de procedimiento indescifrablemente complejas, por lo que el maestro de la burocracia también era el maestro de facto del Imperio.
Lo vi todo desde mi lugar al pie de la mesa. Los Doce se reunieron en sus diversas galas, a la que asistieron sus oficiales con túnicas que se sentaron detrás de ellos en tronos más pequeños. Estábamos en lo alto de la cara norte del Senatorum Imperialis, y una luz tenue bajaba desde las altas vidrieras. Dos Luciferes Negros armados custodiaban las pesadas puertas, y muchos más estaban parados dentro y alrededor del perímetro de la cámara del Consejo. Podía escuchar los aviones no tripulados mientras volaban sin parar sobre nosotros, así como el zumbido de las torretas de los buscadores en servicio activo.
Eran paranoicos, todos ellos, insistiendo en niveles increíbles de seguridad, incluso dentro de los lugares más seguros del Imperio. Pero podría simpatizar con eso: aquí no estaban realmente preocupados por las amenazas externas, sino por los demás.
Ya habíamos estado en sesión durante varias horas, y el sol acuoso estaba alto en el cielo. Se ha abordado toda una serie de medidas, con mucho consenso. Ahora estábamos llegando al negocio real.

-Debo agradecerle al cancellarius por su diligencia en llevar este asunto al Consejo nuevamente- continuó Haemotalion, mirándome con ojos sardónicos. -**Parece que nada podría disuadirlo de cumplir con su deber en esta ocasión, incluso si se necesitara mucha... persuasión para garantizar que se tuvieran en cuenta todas las opiniones.**
Yo despreciaba al hombre. Su intelecto era posiblemente el más grande de todos, y era un maestro de las figuras y los libros de contabilidad, tal como tenía que ser, pero había en él una frialdad salvaje que siempre había encontrado repelente. Por supuesto, simplemente sonreí e hice una reverencia en reconocimiento.
-Es un tema pesado- continuó el Maestro, con la intención de decir a sus compañeros lo que ya sabían. -**Durante diez mil años, el Lex ha mantenido el equilibrio entre nuestras fuerzas, todo derivado de los preceptos originales del Señor Comandante. Fue él quien impuso el Codex a sus hermanos Legiones Astartes, manteniendo la paz entre los Marines Espaciales y el Adeptus Terra. Y fue él, en consulta con el gran Valdor, quien emitió el Edicto de Restricción, en virtud del cual la Guardia Custodia recibió la orden expresa de permanecer en Terra como guardianes del Emperador entronizado. Muchas veces, se han levantado voces en contra de este edicto, y cada vez que se han sofocado. Pero ahora, con la guerra en una etapa tan delicada, vuelve a nosotros.**
-Nunca debería haberlo hecho- gruñó Raskian a través de un filtro de voz. El fabricante general tenía una gran presencia en el extremo opuesto de la mesa, y ocupaba casi tanto espacio como el resto de la cámara combinada. Su cuerpo de forma nominalmente humana estaba encerrado en una serie completa de máquinas apiladas, todas tosiendo y parpadeando en medio de una jungla de gruesas líneas eléctricas. Su cabeza era la parte más inalterada, aunque incluso eso era bronce, ojos esmeralda y sin pelo. -**Hemos tenido cien crisis y nunca hemos ido en contra de los viejos pactos. ¿Qué sigue? ¿Disuelve el Tratado del Olimpo?**
-El Lex Imperialis es inviolable- acordó Aveliza Drachmar, la lider con cara de hacha de los Adeptus Arbites. -**Es inaceptable modificar sus disposiciones a la primera señal de revés militar.**
Hasta ahora, tan predecible. Me alegró dejar que las partes opuestas presentaran sus casos.

-Apenas la primera señal- respondió Merelda Pereth, Alta Señora Almirante de la Armada Imperial. Era una personaje tranquilamente genial, acostumbrada a dar órdenes bajo extrema presión. Me gustaba. -**Se podría argumentar que hemos mostrado una moderación considerable.**
-Todavía es herejía- dijo Baldo Slyst, el antiguo eclesiarca, y después de Haemotalion el más absurdamente adornado. Puso sus dedos de muchos anillos ante él sobre la mesa de piedra y fijó el resto de los Altos Señores con la mirada sombría de un profeta. -**La Voluntad del Dios Emperador se reflejó en ese Edicto. Erosionarlo ahora es debilidad de fe.**
-Es debilidad mental no cambiar nada cuando los hechos lo exigen- respondió Uila Lamma, la enviada paternoval de los navegantes. Solo entre los Altos Señores, Lamma era una representante del verdadero poder detrás de las Casas, el mutante vasto e hinchado que ocupaba el Palacio Paternoval. También me gustaba, como una criada como yo, aunque exaltada, había conservado cierto sentido de la proporción en la vida. -**¿Cuántas veces hemos visto al Lex atar nuestras manos, cuando el Enemigo no tiene ninguna ley? Nos hemos retenido de crear miles de capítulos más porque estamos atrapados por la antigua doctrina del Señor Comandante. Digo que hace mucho que pasó el día. Déjenos desatar los Diez Mil. Desbloqueemos los laboratorios de genes y creemos nuevos Marines Espaciales para servir bajo nuestro mando directo. Reformulemos el Ejército Imperial, armemos a la Eclesiarquía y terminemos con estas divisiones que nos paralizan.**
Esa era una charla peligrosa, y se arriesgaba a hacer que la discusión fuera imposible de ganar. La primera regla del cambio político era limitar lo que se pedía: nunca irían a una revisión general del Codex Astartes.
Leops Franck habló a continuación, el delgado Maestro del Astronomican y el último de los que se opusieron a la moción. -**Están olvidando su historia, mis señores-** susurró a través de su rebreather, haciendo todo lo posible por escucharlo. -**Cada crisis le parece a su propia generación como la más grande de todas. Cuando la Bestia amenazó con destruir el Imperio, no desatamos a los Diez Mil. Cuando Nova Terra levantó su cabeza herética, no desatamos a los Diez Mil. Cuando Vandire marcó el comienzo del Reino de Sangre, no desatamos a los Diez Mil. En todos los casos, nos mantuvimos firmes y se confirmó la sabiduría de milenios. Duda de eso ahora, y mereceremos perecer.**

-Pero en todas esas edades- objetó el que había comenzado todo esto, Kerapliades del Adeptus Astra Telepathica, -**todavía teníamos la Puerta del Ojo. Podríamos sufrir todas las otras heridas sabiendo que el infierno estaba contenido. Eso es lo que arriesgamos ahora. Sabes tan bien como yo que nuestro agarre está resbalando. Cuando el despojador...**
-El Despojador no puede romperse- dijo Slyst. -**Ha fallado doce veces, y esto no será diferente.**
-¿Has emprendido un viaje de deformación en los últimos meses, Eclesiarca?- Preguntó Kania Dhanda, presidenta de los capitanes cartistas y un fuerte aliado nuestro. **-La naturaleza misma está bajo tensión. Si puede doblar los elementos, puede romper la liga.**
-Y la sedición nunca ha sido tan grande- dijo Kleopatra Arx, Representante de la Inquisición. -**Tenemos largos recuerdos en los ordos, y sabemos cuándo la marea está en nuestra contra-** Pasó sus ojos fríos y duros a través de los señores reunidos. -**Como he estado discutiendo durante años, estamos en un punto de quiebre ahora. No podemos quemar a los herejes lo suficientemente rápido, y no podemos matar a los xenos lo suficientemente rápido. Esta no es solo otra fase de prueba para el Sacro Imperio. Este es nuestro momento crítico.**
Para entonces, solo dos habían permanecido en silencio. Fadix rara vez hablaba de todos modos, y se ocupaba de tomar notas con un bastón de cristal en una pizarra de datos con bordes de hueso. Eso dejó a Valoris.
Había venido, tal como lo había prometido. Si alguno de los otros se sorprendió por eso, no lo demostraron. Una vez en su lugar, no había duda de su derecho a estar allí. El voto de aceptación había sido una formalidad, aunque apenas había hablado. Ahora estaba sentado a la mitad del lado iluminado de la mesa, mucho más voluminoso y más imponente que cualquier otro que no fuera Raskian.
A la luz del día, su rostro estaba aún más devastado de lo que lo recordaba. Supuse que una de sus muchas batallas le había hecho eso: parecía que el ácido había quedado en sus rasgos, haciéndolos estallar y enojarse.
Ahora, lenta y deliberadamente, se inclinó hacia adelante y colocó los guantes juntos.
-Tengan en cuenta, señores, lo que está en juego aquí- dijo en voz baja. Todos escucharon Incluso Fadix dejó su pluma. -**Los custodios siempre han luchado. No solo patrullamos las paredes mientras otros mueren en**

servicio. Estoy seguro de que ninguno de ustedes hubiera supuesto lo contrario, porque todos ustedes son almas inteligentes.
Era extraño escucharlo hablar de nuevo. La última vez había sido días atrás, en las criptas, algo que parecía más un sueño que una realidad.
-Lo que está en juego es esto: ¿lucharemos como lo hicimos en la Gran Cruzada, en la vanguardia y bajo la autoridad del Senatorum Imperialis? Y esa pregunta no tiene una respuesta fácil, ya que si vamos a luchar, ¿quién nos va a mandar? El Emperador no puede guiarnos como lo hizo en la era perdida. No estamos obligados a la voluntad del Consejo como lo son el Astra Militarum y la Armada Imperial. Quizás desee que seamos otra Inquisición, que no responda a nadie más que al Emperador mismo, pero si es así, debe tener cuidado con lo que desea, ya que nuestros objetivos pueden no ser los mismos que los suyos.
No podía decir a dónde conducía esto. Sus propios puntos de vista aún no estaban claros para mí, a pesar de lo que había dicho sobre mi propio papel convenciéndolo de venir. Había esperado, quizás imprudentemente, que la discusión aquí, cuando todo estuviera listo y los Altos Señores pudieran demostrar su propio pensamiento, sería suficiente. Después de todo, ¿quién podría negarse más poder? Todo lo que ofrecíamos era la oportunidad para que los Custodios retomaran el lugar que les correspondía.
-Hay un poco menos de diez mil de nosotros- dijo Valoris. -**Esa es una mota contra la tormenta por venir. Incluso los Adeptus Astartes son pocos: siempre han sido las masas incontables las que han ganado nuestras guerras. Y, por supuesto, en la Era de la Maravilla, luchamos junto a la Hermandad.**
-Están siendo retirados del mercado- dijo Haemotalion.
Valoris lo miró con repentino interés. -**No estaba al tanto.**
-El canciller puede iluminarte.
Tosí, y la mitad se levantó de mi trono subordinado. -**El asunto fue tratado en el mandato 786734-56, luego de la devastación reportada del Sistema Fenris. Las anathema psykana nunca se disolvieron formalmente, y no entran en las disposiciones de este acto. Fue la decisión unánime del Consejo buscar a las miembros dispersos de la antigua Hermandad y emitir un aviso de retiro donde todavía existían. Algunas ya están en camino. Otras aún no han respondido.**

Valoris me miró atentamente. -**¿Esto fue lo que hiciste?**
-Fue obra del Consejo.
-Un momento interesante para recordarlos. Debería haberse hecho hace siglos.
Me incliné disculpándome. -**La guerra ha alejado mucho lo que debería haber permanecido intacto. Me han dicho que las Hermanas son... difíciles. Nunca tuvieron los aliados aquí que necesitaban.**
Puede que haya sido demasiado sincero. En verdad, la larga decadencia en nuestra gestión de esas parias se debió más a la naturaleza osificada de nuestras estructuras de mando y control. Nunca se les había ignorado deliberadamente, sino que se habían ido agotando gradualmente durante milenios a medida que otras prioridades se hicieron cargo, y la sospecha generalizada de su naturaleza esotérica las convirtió en presa fácil de enemigos celosos.
-Es la restauración de algo a lo que nunca se debería haber dejado pasar- dijo Lamma. -**Estamos volviendo a las viejas estructuras que nos permitieron conquistar las estrellas.**
-¿Y la disolución del edicto del Señor Comandante completaría la imagen?- Preguntó Franck con desdén. -**Exageras tu caso.**
-Tiene que hacerse- instó Kerapliades, siempre el más poderoso de los Altos Señores en esto. -**Mientras debatimos, Cadia arde. ¿Puede dudar que incluso un diezmo de los Diez Mil revertiría la situación?**
-Puedo dudarlo- dijo Haemotalion secamente. -**El Capitán General lo dice él mismo: son un grano de polvo.**
-Uno que podría inspirar a otros- argumentó Pereth. -**Si pudiera traer un regimiento de ellos al frente, solo un regimiento, y las tropas podrían verlo, y saber que el Emperador no los ha olvidado.**
-Nunca lo ha hecho- dijo Slyst.
-Pero bien pueden creer que lo hemos hecho- replicó Dhanda.
-Nunca debería haber llegado a esta mesa- gruñó Raskian de nuevo, cada vez más aturdido.
-Todas las cosas pertenecen a esta mesa- dijo Arx.
Entonces pude ver que la discusión se estaba disolviendo. Todos los que estaban a favor antes se mantuvieron a favor ahora, y viceversa. Mis esperanzas de que una persona vacilante resolviera el asunto eran

claramente vanas, y el rencor ahora corría el riesgo de descarrilar el tema aún más.
Miré a Haemotalion y le llamé la atención. Nos entendimos al instante. Aunque era un hombre vil, sabía cómo funcionaban las cosas.
-Suficiente, por favor, mis buenos señores- dijo, levantando la mano. La cámara se calmó. -**Se han hecho los primeros argumentos. Cualquier movimiento hacia la disolución debe comandar una mayoría de esta cámara. Para salvarnos de un debate más inútil, propongo que midamos el equilibrio de opinión ahora. Si hay una mayoría a favor, podemos proceder con más discusión. Si no, entonces hay muchos otros asuntos.**
Este fue el momento. Con Valoris en juego, tenía los votos que necesitaba. Sentí una repentina sacudida de miedo, como si estuviera mirando por encima de un acantilado las olas rompiendo debajo. Después de tantos años de trabajo, finalmente llegamos al punto de decisión.
-Deposite sus votos, señores- dijo Haemotalion.
Uno por uno, los Altos Señores extendieron sus manos ante ellos. Una palma hacia arriba indicaba consentimiento, una disidencia la palma hacia abajo, una abstención el puño cerrado. Raskian y Kerapliades fueron los primeros, en lados opuestos de la discusión. Luego los demás siguieron su ejemplo, algunos con fuerza, algunos con más reserva.
Pronto once manos estaban sobre la mesa. Fadix fue la única abstención, y el Maestro de Asesinos me miró fríamente mientras colocaba su puño sobre la piedra. Tal como se predijo, se colocaron cinco votos en ambos sentidos, dejando solo a Valoris para emitir el suyo.
Lo miré, mi corazón latía con fuerza. Ya pude ver que sucedía. Pude ver renacer al viejo Legio Custodes en este momento, llevando la pelea al enemigo, y sería mi triunfo. Incluso si solo una fracción de ellos se embarcara, había visto lo que podían hacer en combate: no podía haber nada, seguramente nada, que se opusiera a ellos.
Sentí mis palmas sudar. Todos los ojos se volvieron hacia el Capitán General, que esperaba con calma, como si estuviera escuchando algo más allá de lo que escuchamos. La tensión se hizo insoportable, y tuve que contenerme de decir algo imprudente.
Y luego se movió, levantando su enorme brazo de la piedra y extendiéndolo hacia afuera. Con una sacudida de puro horror, vi que su pesada palma se volvía hacia la mesa.

Pero él nunca la colocó. Justo cuando se movía, cada uno de los Altos Señores recibió repentinamente el mismo estallido de noticias de sus propias comunicaciones privadas. Los ayudantes saltaron de sus asientos, verificando frenéticamente y luego verificando nuevamente lo que acababan de escuchar, antes de competir para hablar con sus amos.
Las puertas en el otro extremo de la cámara se abrieron de golpe, y los oficiales con túnica entraron corriendo, ignorando los gritos de los Luciferes Negros.
Por un momento, realmente no tenía idea de qué se trataba la conmoción, hasta que vi a Kerapliades gritando de consternación y de repente supe, con terrible certeza, lo que debía haber sucedido.
Solo una noticia podría haber detenido a ese Consejo a mitad de la sesión, ya que los relatores astrópatas nunca se habrían atrevido a molestarlos por nada menos. Cuando activé mi propio canal externo y escuché la voz frenética de Jek al otro lado, ya sabía lo que me diría.
-¡Mi señor!- Gritó, con la voz quebrada por la angustia. **-¡Se fue! ¡Se fue!**
-Hablame claramente- espeté. Podía sentir que todo se derrumbaba a mi alrededor, todo por lo que había trabajado y arriesgado tanto, desapareció en un instante, y me hizo desesperar.
-Cadia- dijo Jek, ya llorando. -**Ha caído. Se acabó, mi señor. Se acabo.**



VALERIAN XI

Sucedió muy rápido.

Tiempo, espacio, materia, pensamiento: habíamos sabido durante tanto tiempo que eran un tejido sin costuras, pero tal vez no habíamos entendido completamente cuán cerca estaban los lazos entre ellos. Se completó un gran plan, miles de años en la gestación, y fuimos la generación que presenció la liberación del infierno de sus límites.

Recuerdo mirar al cielo y verlos cambiar. Los cielos de Terra son grises y ocluidos, y se mezclan para siempre en una sopa a la deriva. Los que viven allí aprenden a no mirar hacia arriba. ¿Por qué lo harían ellos? No hay nada que ver excepto la sucia evidencia de nuestra propia destructividad.

Pero entonces, ese día, esas nubes se convirtieron en el rojo de las arterias: vívidas y virulentas, sus entrañas brillaban como si estuvieran iluminadas por el fuego. Los mortales corrieron hacia las murallas del Palacio, mirando con los ojos muy abiertos a la atmósfera ardiente, clamando al Dios Emperador para salvarlos de la locura que estaban viendo.

Me quedé donde estaba, en lo alto de los parapetos de la Torre de Hegemon, y presencié el cielo arder. El aire estaba lleno de gritos. Vi grandes arcos de electricidad, tan sangrientos como los cielos de arriba, golpeando y saltando a través del paisaje urbano tambaleante. Mil cuernos de guerra estaban sonando, enviando púas de clamor a un firmamento ya tambaleante. Vi a los aviones perder potencia y colapsar en las torres de abajo, sus sistemas revueltos castigando explosiones electrostáticas. Un gran transportista, a un kilómetro sobre las colmenas de Xericho, tardó mucho en impactar, sus pilotos dispararon desesperadamente sus motores vacilantes mientras el casco chocaba lentamente contra un matorral de unidades de hab. Lo vi todo suceder. Vi que el infierno se iniciaba cuando las unidades de plasma detonaron. A lo largo de ese amplio horizonte, se

avivaron más fuegos, que se sumaron a la llamarada de calor de los cielos sobre ellos.
Mi alimentación del yelmo se deslizó con las runas de señal entrantes. Los evalué al instante, sin tener en cuenta las miles de alertas a favor del orden verdaderamente esencial: Italeo nos había convocado a todos a la cámara de reunión.
Corrí. Ya estaba blindado, y me detuve solo momentáneamente para recuperar la Gnosis de mi arsenal. Para entonces, nuevas alarmas de advertencia temblaban por el cavernoso interior de la ciudadela. Muchos de ellos no habían sonado desde la Gran Herejía en sí, cuando el Maestro de guerra falso había asediado las paredes, y su estruendo sonaba como las trompetas de batalla de otra realidad.
Estuve entre los primeros en responder. A los pocos minutos de la convocatoria había más de trescientos de nosotros en el gran salón, ignorados por las estatuas de Valdor y las largas llamadas de oro de los Muertos Gloriosos, y más llegando todo el tiempo.
No había aire de pánico. Creo que fuimos hechos para ser incapaces de entrar en pánico. Pero había expectativas allí, hirviendo en los confines dorados de esa cámara y esperando su salida. Todos sabíamos por instinto que algo fundamental se había roto, pero aún no sabíamos qué o por cuánto.
Mirando hacia atrás en ese momento, encuentro que mi recuerdo más fuerte era una extraña e inesperada sensación de emoción. Debes recordar que éramos cazadores solitarios, y que era raro, incluso para nosotros, ver a tanta de nuestra orden reunida. Cuando pasé mis ojos por los batallones de auramita, tuve una visión repentina de invencibilidad. Así fue como debió haber sido, pensé, antes de la Guerra Secreta: la última vez que nos unimos como un solo ejército contra un solo enemigo.
Uno de los Caídos Venerados entró en la cámara en ese momento, un poderoso leviatán del patrón Contemptor-Galatus, al igual que los enterrados en los portales del Trono. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que sus espíritus mecánicos habían sido provocados por una larga estasis, pero simplemente presenciar la forma sagrada de mi hermano aún vivo solo amplificó mi sensación de euforia. El guerrero sepultado salió pesadamente de las sombras, su enorme caparazón brillaba como si acabara de forjarse.

Y luego entró el Tribuno Italeo, flanqueado por dos guardias de honor. Su armadura estaba muy marcada, como rastrillada por garras, y su larga capa negra estaba rasgada. Se quitó el yelmo y sus facciones estaban cubiertas de cenizas. No sé dónde había estado luchando ni contra quién, pero la evidencia de sus juicios era demasiado visible.
-Mis hermanos- gritó, deteniéndose en lo alto de la plataforma alta en el otro extremo de la cámara. -**Han escuchado las noticias de la Puerta de Cadia. Vengo a confirmar la verdad de ellos: el mundo está perdido para el Imperio. Los supervivientes huyen antes de la tormenta. El Despojador ha roto a la antigua defensa del Imperio , y ahora sus ejércitos marchan sin oposición al vacío.**
Habló cuidadosamente, sopesando cada palabra, pero pude ver algo en sus ojos grises que nunca había visto antes. Pudo haber sido el cansancio de combate, pero eso no era algo que normalmente detectaría. Me pregunté de nuevo dónde había estado antes de venir aquí, y qué había visto.
-Nuestros soñadores estelares, los que viven todavía, me dicen que esto es solo el comienzo- continuó Italeo. -**El ojo está creciendo. El espacio a su alrededor se está desgarrando. Hemos perdido contacto con grandes regiones de Su reino más allá de un abismo creciente de oscuridad. Y en medio de todo esto, y lo más grave, el Astronomicón ha fallado.**
Éramos transhumanos, todos nosotros, condicionados para responder con estoicismo incluso a las peores noticias, pero no éramos máquinas. Una oleada de inquietud atravesó las filas reunidas.
El Astronomicón era más que el faro por el que navegaban nuestras naves espaciales. Era el marcador más significativo de la presencia continua del Emperador entre nosotros. Podríamos esperar signos místicos de vez en cuando, o inspiración del Tarot, pero en verdad la mayor prueba de que nuestro maestro todavía dominaba las mareas de la sinrazón era la luz que guiaba a través del empíreo. Mientras eso aguantó, Él aguantó. Si eso fallaba, sabríamos que había fallado.
Italeo levantó un guante para calmar los murmullos, y vi que el guante de metal había sido mutilado y torcido de forma.
-Mientras hablo, asisten sabios del Planeta Rojo- nos dijo. **-Una delegación de Nivel Ocho del Adeptus Mechanicus llegará a la caída del planeta en una hora, y el Fabricador General atenderá las reparaciones**

en persona. He hablado con el Tribuno Heracleon, quien permanece en presencia del Emperador, y quien informa que la operación del Trono Dorado está dentro de los parámetros normales. Todavía no sabemos la causa. Hasta que se pueda resolver, nuestras flotas están ciegas y nuestros ejércitos están en calma.

Eché un vistazo a mis hermanos cuando la noticia llegó. En aquellos que se quedaron sin yelmos, vi una variedad de emociones que se reflejaban en rostros normalmente impasibles: conmoción, una resolución rápida e incluso enojo, lo cual era raro con nosotros. Vi las variadas vocaciones representadas allí: los artesanos, los teólogos, los centinelas y los guardianes del saber, y los vi asumir lentamente el aspecto del guerrero.

-El Capitán General permanece con los Altos Señores en el Alto Consejo- dijo Italeo. -**A partir de este momento, el Mundo del Trono se declara en un estado de bellum extremo y se suspenden todas las disposiciones del tiempo de paz Lex. El Hataeron permanecerá dentro del Sanctum Imperialis, y a todos los demás se les ordena asegurar el Palacio Exterior de acuerdo con los patrones de defensa establecidos por el precepto.**

Nos miró a todos. Más de mis hermanos habían llegado para entonces, aumentando en número hasta que el suelo de la cámara estaba casi oculto bajo un campo de oro. Un segundo Dreadnought se colocó en posición, su espada nadando con energías a fuego lento. Sobre nosotros colgaban los estandartes de nuestras antiguas campañas, su librea sellada detrás de los campos de estasis y las manchas de sangre aún vívidas.

-El día está oscuro, hermanos- dijo Italeo, apretando su guante dañado en un puño. -**Pero somos los hijos de la Unidad, las garras inmaculadas del Emperador, y ningún enemigo ha cruzado un umbral que hayamos guardado. Permanece fiel, permanece indomable y Él te guiará como lo hizo antes.**

No emitimos ningún grito de batalla, como hicieron los Marines Espaciales. No poseíamos ninguna, porque luchamos en silencio y los rugidos de agresión que usaban para aumentar su destreza no lo tenían para nosotros.

Pero me conmovió, de todos modos. Mis hermanos fueron conmovidos. Sentimos que el tejido de nuestro mundo, de la existencia de nuestra especie, comienza a desmoronarse, y todo lo que quedaba era desafío.

Alzamos nuestras armas. Varios cientos de lanzas guardianes y espadas largas surgieron en el aire, todo en silencio, muchos grabados con la carga disruptiva asesina, todos tan primordiales y legendarios como nuestra incomparable placa de batalla.
-Solo por su voluntad- dijo Italeo, invocando el mantra eterno.
-Solo por su voluntad- respondimos, lo único que diríamos, o habíamos dicho antes, antes de que la batalla nos convocara.
Sabíamos nuestros roles. Dada la inmensidad del Palacio Exterior, cada Custodio actuó como el mascarón de proa para una gran cantidad de guerreros menores. Sabía el nombre del oficial mortal de mayor rango bajo mi mando: el coronel Slan Urbo, del 143º Stalwarts de Katanda. Cuando llegué a mi destino asignado, él ya había reunido a su regimiento, cerca de cuatro mil soldados en uniforme de color verde oliva y placas, todo en orden y listo para el despliegue.
Nuestro sector de vigilancia se encontraba a pocos kilómetros al este de la legendaria Puerta del León, sitio de algunos de los enfrentamientos más pesados durante la Gran Herejía y ahora una zona de santuario llena de catedrales. La gran avenida procesional que conducía desde las regiones exteriores hasta la Puerta de la Eternidad atravesó esa región, ignorada por un centenar de torres de defensa y acosada por titanes.
Cuando llegué a la cita programada, los signos de preparación para la batalla estaban en todas partes. Sabía que las líneas de armas estarían en ángulo y los escudos de explosión se cerrarían. Las estaciones de defensa en órbita estarían en ciclo a plena potencia, activando bobinas de plasma latentes durante mucho tiempo y alimentando la energía a colosales obuses asesinos de naves. El tráfico vacío entrante se detendría, y las fuerzas de reserva de la Marina se presionarían a la acción inmediata. Desde Luna hasta Júpiter, los escuadrones ya estarían rondando, enviando exhaustivos barridos en el vacío.
Incluso antes de que se disparara un tiro, estas acciones condenaron a millones. Terra no podía alimentarse y no había podido hacerlo durante milenios. Su existencia misma dependía de una rotación interminable de buques de carga entrantes: cualquier interrupción en esa procesión desencadenaba la hambruna, y los efectos comenzarían a sentirse dentro de unos días.

Esa fue nuestra mayor debilidad. Las instalaciones militares tenían reservas de suministros durante meses, pero para las masas civiles no había tal lujo. Una vez que las multitudes se dieron cuenta de que las caídas de carga se estaban desacelerando debido al cordón de seguridad, una población ya inquieta se volvería ingobernable. Si las autoridades de este mundo tan valioso hubieran dedicado solo un diezmo de los fondos utilizados para mantener sus miles de catedrales en silos de grano, entonces nuestra defensa hubiera sido mucho menos precaria, pero tales fueron los tiempos en que vivimos.
Conocí a Urbo en medio de un vendaval aullando sobre uno de los grandes sitios de caída al norte del muro. Vi filas de naves de combate Valquiria en la plataforma, todas ellas quejándose a toda potencia. Escuadrones de Katanda corrían por el delante, sus rostros escondidos detrás de los rebreathers.
-Mi señor custodio- me saludó Urbo, inclinándose y haciendo la señal del aquila.
Era un hombre bajo, rechoncho, con ojos de cerdo y una nariz que debió haberse roto más de dos veces. Habló con un sonido gutural en su voz, y detecté el brillo negro de augmetics en su cuello. Estaba rodeado por su personal del regimiento, veinte de ellos, todos vestidos con la misma indumentaria verde, excepto por el comisario de negro y un astrópata de atuendo pálido y desconcertado.
-¿Está en el complemento completo?- Pregunté.
-Noventa y ocho por ciento, señor- dijo de inmediato, con cierto orgullo.
-¿Y conoces tus órdenes?
-Implementación completa en cuarenta minutos, señor. Las primeras cañoneras se están yendo ahora.
Como para subrayar el punto, en el extremo más alejado del largo sitio de descenso, una Valquiria estalló en el aire, acompañada por dos escoltas de combate. Otro lo siguió casi al instante, y el muro tembló debajo de nuestras botas.
El patrón de defensa había sido determinado hace mucho tiempo y revisado regularmente. Los pelotones de infantería serían arrojados a puntos de fuego estratégicos que comandaran vistas a través de la gran masa desordenada de torres de colmena y monumentos de la Eclesiarquía. Un sobrevuelo regular de cañoneras actuaría como una fuerza de

respuesta rápida, respaldada por tres reservas permanentes de cuatrocientos soldados, cada uno equipado con armas pesadas y caminantes centinela. En todos los miles de kilómetros del perímetro también se estaban formando esquemas similares.
-Examinaremos el sector, entonces- le dije a Urbo, quien asintió y me hizo un gesto para que caminara con él hacia donde esperaba un gran levantador de mando, que humeaba en la roca.
-Perdón, pero ¿puede decirnos algo más, señor?- Preguntó el coronel, corriendo para igualar mi largo paso. -**Nuestros dos psíquicos sancionados están a la vez controlados y gritando. El astrópata se queda sin palabras y no puede recordar su propio nombre. Y, bueno, puedes ver el cielo.**
-Una precaución, coronel- dije. -**Cuando se confirma la situación, serás el primero en saber más.**
El levantador de mando era una máquina grande, rechoncha y negra y erizada de artillería de corto alcance. Su bodega principal era una de las pocas en el arsenal del regimiento que podía acomodarme cómodamente, y ofrecía una vista decente desde los paneles de reloj de arena con tablillas a lo largo de cada flanco. Nos embarcamos, las puertas se cerraron de golpe y las turbinas nos elevaron en el aire.
Fue solo cuando estaba en el aire que aprecié completamente lo que estaba sucediendo. Nos alejamos de la pared, conduciendo a baja altura sobre una línea inclinada de emplazamientos de cañón láser y nos recibió una vista del infierno. El horizonte estaba en llamas de norte a sur, las nubes ardían encarnadas y rastros de hollín negro. Podía sentirlo en mi piel, incluso bajo la protección de mi armadura: Terra siempre estaba caliente, pero ahora era dolorosamente. Más relámpagos bailaron a través del paisaje urbano afectado, naranja y vívido.
Normalmente los cielos se habrían llenado de tráfico, pero ahora solo había vehículos militares en el aire. Columnas de humo se elevaron de los cadáveres de los aviones derribados por las ráfagas de estática. Cuando el Astronomicón se había oscurecido, había reventado la electricidad de los equipos al otro lado del planeta. Aquí, cerca del epicentro, la mayoría de las agujas de la colmena todavía estaban oscuras.
No puedo explicar cómo se sintió, sabiendo que la baliza se había ido. No era algo visible, por supuesto, no perdimos una columna de luz física sobre nuestras cabezas, pero la pérdida psíquica era palpable. Todos lo habíamos

percibido, pero hasta las noticias de Italeo no habíamos sabido realmente la causa.
Me sentí dislocado. El Astronomicón era un faro literal para los navegantes mutantes, pero para el resto de nosotros también tenía una función de conexión a Terra. Solo con su retirada pudimos entender cuánto se había detectado subliminalmente su presencia, un leve aura de seguridad en medio de una galaxia que se estaba desgarrando.
Y eso explicaba la locura. A medida que el levantador
de mando se adentraba más en las fauces de la ciudad mundial, pudimos ver las enormes multitudes que se extendían por las calzadas y las plazas elevadas. Eran increíbles: mares vivos de la humanidad, saliendo de cada grieta. Se agruparon en los espacios ahogados como langostas, y sus gritos de desesperación se escucharon incluso sobre el zumbido de los motores del levantador.
Recordé mi encuentro con la multitud mucho más pequeña, hace solo unos días. Recordé el nerviosismo del comandante mortal, la sensación de violencia inminente en el aire. Ahora todo eso fue barrido, reemplazado por una desesperación desnuda a tal escala que casi desafió la creencia. ¿Sabían entonces que esto iba a suceder? ¿Era eso lo que había llevado a su mago de corta duración a su propia locura?
Al oeste yacía la Puerta del León, visible como un trozo montañoso de color gris en medio de remolinos de aire ardiente. Las defensas eran más fuertes allí, pero servimos como el flanco oriental del portal, una ubicación crítica para sostener si algo intentara forzar el paso. Me encontré deseando más del doble de las tropas que Urbo tenía bajo su mando.
El coronel mismo fue sometido cuando rodeamos la amplia zona de enfrentamiento.
-Tantos- murmuró. -**Trono, todos se están volviendo locos.**
Siempre había dudado de que la gran masa de la humanidad estuviera suficientemente sintonizada psíquicamente para detectar la presencia del Astronómicon, pero tal vez me había equivocado. O tal vez este era un tipo de miedo más bajo aquí: una respuesta de rebaño, cobrando impulso con cada segundo.
-Llévanos allá afuera- ordené, señalando los pináculos distantes de una basílica gigante.

Pasamos por más sitios de devastación. Una aguja de colmena entera ardía a lo largo de su cara oriental, dejando al descubierto una red esquelética de niveles de habitáculos dentro. Otro se vio afectado por líneas parpadeantes de neón azul cuando su red eléctrica principal se sobrecargó. Incluso mientras bajábamos en picado, un gran viaducto que se arqueaba a través de un profundo cañón se derrumbó bajo el peso de las multitudes que lo atravesaban, enviando una nube de escombros de color gris acero que se multiplicaron. En medio de todo el tumulto, la pérdida parecía apenas notarse.

Estreché mis ojos. Se estaba volviendo difícil distinguir algo en esa oscuridad de llamas y cenizas. El aire se comportaba de manera extraña sobre la cúpula de la basílica. Había algo allí: una presencia danzante y serpenteante, como el reflejo de la luz de un catalejo. A medida que nos acercamos, la impresión se desvaneció, y el contorno de hormigón del gran edificio se alzó para oscurecer todo lo demás: un coloso escalonado y de muchas terrazas en adamantium gris pizarra, coronado con líneas de cráneos y ángeles con lágrimas.

-Complete su cordón, coronel- le dije, avanzando hacia las puertas de la bodega. -**Necesito ver esto.**

-Señor, hay miles más abajo- Entonces recordó con quién estaba hablando y le dio una media sonrisa avergonzada.

-Volveré dentro de una hora- dije, tirando del pestillo de seguridad y dejando que el aire ardiente gritara dentro. -**Asegúrese de que todo esté en su lugar para entonces.**

Luego salí de la bodega y salí a la cornisa del levantador. Para entonces no estábamos a más de diez metros del suelo, y podía oler el hedor humano de las multitudes debajo.

Caí pesadamente, apenas evadiendo a aquellos directamente bajo mi sombra. Las grandes puertas de la basílica se alzaron ante mí, aunque la plaza estaba repleta de trabajadores de baja categoría. Al igual que antes, una mirada hacia mí fue suficiente para hacer que la mayoría de ellos gritaran y se alejaran, aunque algunos de los desesperados se arrastraron para tocar mi capa o suplicar protección. Todos apestaban a miedo y frenesí.

Me abrí paso entre ellos, subí los escalones y entré en la basílica. El aire del interior era apenas menos febril. Una gran congregación mezclada se

agrupó alrededor de las poderosas columnas, gimiendo y balanceándose al unísono. Los frescos de los santos imperiales colgaban en las capillas laterales, oscuras con manchas de incienso, y el altar mayor estaba lleno de suplicantes que intentaban alcanzar los relicarios más allá. Las calaveras de servo se cerraron y se movieron a través de las nubes acre, confundidas por la sobrecarga sensorial, sus ojos augurios centelleando locamente.
Me dirigí hacia el altar mayor, una vasta construcción de oro en costra debajo de la bóveda donde se cruzaban los transeptos. Un sacerdote tropezó junto a mí, sus ojos sangraban, aparentemente cegados. Otros se acercaban al estrado del altar, gritando. Un caminante de motor penitente, la más grande y grotesca de las creaciones del brazo militante de la Eclesiarquía, cojeaba por la nave con sus lanzallamas activados, pero se vio obstaculizado por la presión de los cuerpos a su alrededor. Vislumbré a profetas calvos en harapos que ocupaban los púlpitos y llamaban al Fin de los Tiempos.
Estaba demente. No se rezaban oraciones; Las congregaciones se agitaban como animales tontos, perdidos en una marea de miedo psíquico. En medio de toda la confusión, ignorada por todos, algo estaba tomando forma sobre el altar. El aire parecía más denso, más viscoso, y se estaba convirtiendo rápidamente en algo sólido.
Pateé las barandas del altar y subí los escalones. Uno de los muchos relicarios colgaba sobre el altar: un cofre de cristal forrado con oro ennegrecido, encadenado y cubierto de jirones de tiras de oración devocionales. El ataúd vibraba salvajemente, tirando de sus ataduras. Sus caras transparentes estaban agrietadas, y de él emanaba un fino gemido como el vidrio colocado a alta presión.
Un sacerdote se arrastró hacia mí, su rostro cubierto de sangre. **-Es... eso...-** jadeó, hundiéndose de rodillas, señalando débilmente al relicario vibrante.
No pudieron acercarse a él. El estrado ya estaba lleno de clérigos muertos o moribundos, y la sangre corría por los escalones de mármol en riachuelos oscuros. Podía escuchar algo rascarse. El aire sobre el altar se hizo más espeso.
Activé el campo de energía de Gnosis, y el gruñido de plasma reaccionó salvajemente. El ataúd se enganchó en sus cadenas y se sacudió violentamente. Miré dentro del cristal y vi una espada suspendida en el

interior: una reliquia de un santo imbuido de poder antiguo, venerado sin duda durante milenios, pero que ahora actúa como el conducto para algo aún más antiguo.
Pude sentir el velo adelgazarse rápidamente, listo para ser arrancado como una gasa. Balanceé a Gnosis con las dos manos, rompiendo el ataúd en un instante y un chillido de energía liberada. La nave entera se sacudió, sacudida por la onda expansiva, y la espada se liberó de sus ataduras, girándose para apuntar hacia mí. Tuve la fugaz impresión de que algo me alcanzaba para agarrarlo: una criatura alta con la sonrisa de un animal bajo una corona de cuernos.
Empujé a Gnosis al corazón de la aparición, y la visión se aniquiló, explotando en un remolino de lágrimas brillantes. La espada golpeó el mármol, flexionándose cuando la cara de acero golpeó. Escuché el eco de un aullido, luego un coro de risas rotas.
-Sin embargo, fui el primero- escuché, como un siseo resonando alrededor de la nave. -**Primero de muchos.**
Los ecos retumbantes se desvanecieron. El tumulto en la nave continuó sin cesar, pero el aroma de la locura en el altar se desvaneció.
Sabía lo que había visto. El demonio casi había entrado en el mundo de la carne, a solo un respiro de volverse real. Cualquier resonancia que había adquirido se había conectado a la reliquia, almacenada aquí bajo la vigilancia del Ministorum durante generaciones.
Bajé la mirada hacia la hoja. El metal todavía estaba caliente, pero ahora se enfriaba. Un clérigo aterrorizado se acercó con cautela, sosteniendo a su personal como si pudiera protegerlo.
-Déjalo- le ordené, acercándome a la hoja caída. Pude ver la escritura grabada a lo largo del acero en un idioma que no entendía. Supuse que no había estado allí antes.
Esto era Terra. Este era el mundo sagrado del Imperio y el asiento temporal del Maestro de la Humanidad. A pesar de toda su corrupción y todos sus muchos pecados, no había habido demonios pisoteando este mundo desde el cataclismo de la Gran Herejía. Desde entonces se habían construido poderosos barrios, consagrados y renovados por cada generación, atendidos por una cultura entera orientada a mirar sin cesar la oscuridad. No debería haber sido posible, no aquí, no bajo la mirada de tantos sacerdotes y santos y agentes del Ordo Hereticus.

El mundo estaba mal, liberado de sus amarres.
La cosa no podía permanecer aquí, perdida en medio de estas multitudes de locos y estúpidos. Lo tomé, sabiendo el peligro, y sentí su toque de avispa incluso a través de la auramita de mis guanteletes.
En un abrir y cerrar de ojos, vi otra realidad. Vi los cielos desgarrados y las legiones de los Demonios cruzando el arco en llamas de las ruinas de Terra. Vi el Palacio Imperial asediado como lo había estado antes, y escuché el grito desgarrador de la venganza desgarrar el viento, y supe que la visión estaba cerca.
Me aparté de ese lugar y me apresuré. No pude convocar a Urbo: la reliquia tenía que ser sacada del alcance de los mortales, destruida si era posible, encerrada si no, y había aquellos cuyas vidas enteras estaban dedicadas a tales exigencias. Me pregunté cuántos artefactos existían en los miles de santuarios en Terra, acumulados durante largos milenios y pacientes, y la idea me congeló.
Bajé por la larga nave y salí al resplandor rojo del cielo ardiente. Delante de mí se extendía un imponente laberinto de muchas capas de creciente confusión.
- Capitán Escudo Valerian- expresé, sintiendo que el dolor crecía en la palma que sostenía la espada. -**Mensaje de prioridad para Tribune Italeo. Solicite el envío inmediato del elevador Talion a mi ubicación. rastro demoníaco ubicado en Terra, a la vista de las paredes.**
Apenas podía creer que estaba pronunciando las palabras.
-Recomiendo también que se envíe una citación para asistencia- dije. -**Es hora, creo, de que hablamos con Titan.**



ALEYA XII

ntraron.

Cada vez que se abrían paso, los destruía. Cada vez que los destruía, me infligían más daño. Estábamos siendo asesinados, lentamente, desarmados mientras corríamos a través de las bóvedas desmoronadas de la creación.

Me había preparado lo mejor que pude, dadas las limitaciones con las que estaba trabajando. Hubiera dado cualquier cosa por tener a algunas de mis hermanas conmigo, pero a las tropas de Erefan les fue mejor de lo que esperaba. Estaban mucho mejor entrenados y condicionados que el soldado promedio de la Guardia Imperial, por supuesto. Sus ejercicios habían sido tomados de los manuales de guardia de Las Naves Negras, por lo que sabían cómo responder a una orden en señal de Marcabatallas. Estaban psicodélicos contra todas las criaturas del enemigo, excepto las peores, y por lo tanto, si recibían una advertencia adecuada, podrían resistir mucho mas de lo que un soldado normal habría rechazado.

Pero ese era el límite. Cuando las pesadillas se abrieron paso dentro de nuestro casco agrietado y con fugas, solo pudieron mantener la posición durante unos segundos antes de verse obligados a retirarse. Adoptamos un patrón terrible de lucha y huida: Erefan nos mantendría en la disformidad el mayor tiempo posible. Eso puede ser varios días, otras veces solo unas pocas horas. Tan pronto como Slovo detectara una ruptura en el campo Geller, se daría la orden de volver al espacio real. A veces, evitaríamos una ruptura total y volveríamos a golpear el mundo de los sentidos ilesos. Otras veces, aplastaríamos un sistema crítico y tendríamos que pelear locamente para evitar que las unidades de plasma se sobrecarguen. Y a veces, lo peor de todo, saldríamos al vacío físico llevando nuevos pasajeros, sin alma como yo, arrastrados desde el pantano etérico del empíreo y listos para la matanza.

La última vez había sido la peor. Había estado en mi estación en el centro de la nave, esperando como un cazador de emboscadas en la intersección

principal de una docena de arterias de tránsito. El Cadamara no era una gran nave, de menos de un kilómetro de largo y con solo unas pocas docenas de niveles habitados, pero eso todavía dejaba cientos de metros para atravesar una vez que las alarmas comenzaron a sonar.
Escuché la advertencia de Slovo, luego la orden de Erefan de estrellarse, luego el chillido y el auge de los conductos de plasma que se conectan, luego gritos mortales.
Corrí duro. Mi lanzallamas se retorció en mi agarre, listo para explotar en la vida, y mi espada brilló en las sombras. Me llevó mucho tiempo llegar a ellos, y para cuando estuve cerca, mi cuenta de comunicaciones estaba repleta de los aullidos de los moribundos y los aterrorizados.
Irrumpí en un estrecho corredor de alimentación justo debajo de los tanques de popa del enginarium. Una docena de soldados de Erefan se apresuraron hacia mí, disparando a algo que no se veía en explosiones rebeldes. Incluso si hubiera podido gritarles que retrocedieran, no me habrían escuchado, ya estaban entrando en ese terror de sudor frío que fusionó sus dedos con sus disparadores y cerró sus capacidades racionales.
Así que me abrí paso entre ellos, quitando la seguridad de mi lanzallamas.
El corredor estaba lleno de cuerpos, amontonados como sacos de grano y empapados de sangre. Por un momento, no pude ver qué había hecho tanto daño. Aquí estaba la única desventaja de mi estado sin alma: tenía que usar mis sentidos físicos para detectar al demonio, y no tenía acceso al temor psíquico que habría delatado su presencia antes.
”Corred” les indiqué a mis soldados, esperando que vieran la señal y salieran mientras pudieran.
Entonces lo vi. Los lúmenes de combate inundaron el corredor en un rubor rojo, atrapando la piel resbaladiza de algo que parecía un bebé jorobado, no más grande que un niño humano. No tenía ojos, y su cabeza abovedada tenía tres veces el tamaño de su cuerpo delgado. Lo vislumbré brevemente acariciándome con las piernas con sus dedos, una enorme boca abierta para revelar anillos concéntricos de dientes humanos.
Inundé el pasaje con llamas, haciendo temblar el aire y ennegreciendo los mamparos a cada lado de mí. La criatura saltó a través de ellos, su piel se arrugó y crujió de un saco grasiento de huesos debajo. Sus aullidos eran los aullidos de un niño humano que sufría, y me pusieron los dientes de punta.

Saltó desde las paredes hasta el techo, evadiendo mi lanzallamas antes de lanzarse contra mí. Cambié instantáneamente a mi espada, con el objetivo de atrapar su cuello, pero fue demasiado rápido y se estrelló cerca. Nos deslizamos por la cubierta, con mi espada haciendo piruetas, y fue a mi garganta con sus mandíbulas dilatadas. Olí su aliento fecal flotar sobre mí y casi vomité. Dejé caer mi lamzallamas y golpeé la cosa, enviando su brillante saco de carne gris golpeando las paredes.

Saltó hacia mí, bruscamente rápido, y se aferró a mi pierna. Sentí el dolor de la aguja de mi armadura rompiéndose, luego el calor de la agonía en mi muslo. Gire mi espada y la apunté, apuñalando al shedim. Para entonces estaba goteando líquido negro, jadeando, sus pequeñas bolsas de pulmón temblaban.

Me sentí mareada. Algo en ese bocado me había afectado y las náuseas eran intensas. Se enroscó y volvió a saltar, implacable como un arácnido acorralado. De alguna manera me las arreglé para inclinar mi espada y empujarla en el camino de la criatura, embistiéndola primero en su garganta.

Se estremeció, empalado a lo largo del acero, golpeando y arañando. Luego comenzó a arrastrarse hacia la empuñadura, usando sus seis dedos prensiles para arrastrarse más cerca.

Con tristeza, alcancé mi lanzallamas desechado. Con una mano agarrando la empuñadura de mi espada, la otra en el gatillo, apreté el hocico contra sus mandíbulas.

La ráfaga de llamas inundó la boca del demonio, derramándose y burbujeando y haciendo que su estómago flácido se hinchara en una bolsa en llamas. Por un momento se retorció en ese asador, gorgoteando y arañando más cerca.

Entonces su cuerpo estalló, abriéndose en una sartén de vísceras. Lo liberé de la hoja, arrojé su cáscara desinflada a la cubierta, luego me puse de pie sobre los restos y los rocié con olas de llamas.

El dolor en mi pierna era insoportable para entonces, pero no cedí. Incluso cuando mi visión vaciló, vi que el cadáver del shedim se retorcía y giraba.

Cuando lo último de su esencia antinatural se convirtió en cenizas, finalmente cesé, hundiéndome sobre una rodilla y apoyándome en la empuñadura de mi espada. Las llamas se apagaron, y me quedé sola en el corredor sangriento, repleto de carne torturada y rota. Vi cuántos de mis

soldados había matado esa cosa, supongo que unos veinte, habiendo roído su pecho y sus extremidades en un frenesí de hambre. También me dolía la pierna, hinchada de dolor muy desproporcionado con respecto al tamaño de la herida.

Le di la señal de comunicación a Erefan de que el demonio se había extinguido. Cerré los ojos con fuerza, deseando no perder el foco, y me puse en pie temblorosamente. Pateé el residuo del shedim con mi pierna buena y vi que había sido aniquilado.

Nunca había visto uno así antes. Agregué un nombre a los cientos que ya poblaban mi bestiario interno, un roedor, aunque estaba segura de que en alguna biblioteca olvidada de la Inquisición había un mejor título para una excrecencia tan desagradable de la disformidad.

Débilmente, escuché el tambor de las botas correr. El simulacro estándar se promulgaría ahora: reparaciones en ejecución, una evaluación del daño, consulta con Slovo, y luego comenzaría de nuevo. Nos arrastraríamos un poco más por las sinuosas tripas de la disformidad, un poco más maltratadas, un poco menos capaces de defendernos del inevitable asalto.

Comencé a cojear por donde había venido, sabiendo que tendría que quitarme la armadura y tratar esa herida pronto. Cuando llegué al final del corredor, vi llegar al equipo de limpieza: seis soldados, más uno de los sirvientes supervivientes de Slovo.

Eso fue extraño. No había razón para que el Navegador enviara a alguien. Lo miré y él se inclinó.

-Mi señora, el Navegador Rehata desea hablar con usted de inmediato- dijo.

Lo despedí e intenté pasar, pero, algo increíblemente, se mantuvo firme.

-No podemos volver a entrar- dijo, nervioso. -**Es el astronomicón. El faro. Se fue.**

Slovo parecía incluso peor de lo normal. Me preguntaba si lo estaba conduciendo a su muerte, y una parte de mí sentía algo de culpa por eso. Sin embargo, no cambiaría nada, y felizmente habría emprendido las mismas pruebas si nuestros roles hubieran sido revertidos. Lo único que importaba era el objetivo, y todos estábamos subordinados a eso.

-Simplemente no hay nada- dijo, miserablemente, secándose un paño sucio en la cara pálida. Sus ojos visibles estaban rodeados de púrpura, y los

tapones en el dorso de sus manos estaban hinchados por moretones. -**Parpadeó. Parpadeó. Luego se apagó.**
Las noticias me duelen. No pude detectar el faro, siendo aún menos receptivo a su presencia que un humano normal, pero la perspectiva de lo que esto podría representar fue como un golpe físico.
Erefan estaba en la cámara conmigo, además de su ayudante en el puente de mando, un hombre llamado Rythan. Un teniente recién ascendido llamado Oriath ahora sirvió como mi comandante de guarnición, los últimos tres murieron luchando contra las incursiones. Me pareció increíblemente joven, apenas más que un niño recién salido de nuestras instalaciones de entrenamiento en Arraissa, y no me gustó la posibilidad de que liderara una acción contra estos enemigos.
-Ya piloteaste naves en tormentas antes- dijo Erefan con cansancio. -**¿No es lo mismo?**
Slovo rio amargamente. -**Por unos momentos, tal vez-** Me miró acusadoramente. -**Todavía puedo ver los conductos. Puedo ver cómo se mueven. Pero no puedo orientarlo a nada. Podríamos terminar volando directamente al Ojo, y nunca lo sabría.**
-Lo sabrías- murmuró Rythan.
-Entonces hacemos saltos más cortos- dijo Erefan, también mirándome, esta vez en busca de apoyo.
-¡Saltos más cortos!- La risa de Slovo ganó una ventaja maníaca. -**Oh, entonces, saltos más cortos-** Se inclinó hacia adelante sobre la mesa, sus dedos temblando por la falta de sueño. -**Están gritando por nosotros-** gruñó. -**No tienes idea de lo que estoy viendo. El universo se está rompiendo. Hay un abismo ahora por lo que puedo ver, y nada goteando desde el otro lado-** Sus ojos se movían ahora entre todos nosotros. -**Esto no es una tormenta. Es otra cosa. He visto otras naves, quemándose en las profundidades, rotas, mutiladas como cadáveres. Si nos quedamos aquí el tiempo suficiente, seremos nosotros.**
Miré a Erefan. *"¿Cuán lejos?"*
El se encogió de hombros. -**Difícil de decir. No tenemos nada que evaluar. Incluso los mapas estelares parecen mal, pero estamos triangulando de nuevo-** Vio que su respuesta era menos que inútil para mí, y lo intentó de nuevo. -**Yo diría que, en circunstancias normales, estaríamos fuera unas semanas, quemando lo más fuerte que pudiéramos. Pero ahora tenemos**

mucho daño y una bahía de medicamentos completa. Apenas puedo dar personal al puente, y mucho menos al resto de la nave.
Me pareció irritante la frecuencia con la que mis oficiales me recordaban los problemas. Estaban cansados, lo sabía, pero aún así habría sido agradable si solo uno de ellos pudiera haber ofrecido algo más positivo cuando les pregunté.
-Podríamos sellar a Geller la carga y los niveles de sentina- dijo Oriath entonces, vacilante. -**Hablé con el maestro del enginarium y me dijo que se podía hacer. Los inundará con radiación, por lo que los perderíamos, pero al menos patrullaríamos menos.**
Sonreí. La juventud trajo algunas ventajas, tal vez no debería haber sido tan rápida para descartarlo.
"Hazlo" señale a Erefan. Luego volví a Slovo. *"El mapa".*
Él rodó los ojos. -**Me preguntaba cuándo me harías mirarlo de nuevo. Olvídalo. Es como te dije, no puedes mapear la disformidad.**
Quizás te estés preguntando por qué lo toleraba que me hablara así. No me gustó. Un crujido de mi puño en su cara sudorosa le habría recordado las cortesías adecuadas, pero, por supuesto, no podía permitirme perderlo. Su aversión natural hacia mí había sido amplificada por lo que le había hecho hacer, y estaba cerca de perder la cabeza por completo.
Había tenido el mapa en mis pensamientos durante mucho tiempo. Intentar estudiarlo probablemente no tenía sentido, pero, sin embargo, me había sentado frente a él durante horas, tratando de entender lo que representaba. Las palabras de Slovo habían reverberado en mi cabeza más de una vez.
Supongamos que supieran lo que iba a suceder. Supongamos que supieran en qué dirección tiraban las mareas.
Claramente lo habían hecho. Este no fue un desarrollo aleatorio, fue algo planeado durante mucho tiempo y llevado a cabo después del trabajo de milenios. Eso dejaba la posibilidad de que pudiéramos hacer uso de sus esquemas. Quizás Slovo ya no podía ver al Astronomicón, pero podía ver los conductos mientras viajábamos a través de ellos, y si correspondían al mapa de alguna manera, entonces debería poder usarlo.
Él podría haber estado exhausto, y podría haber estado medio loco, pero era un alma astuta y vio lo que estaba pensando sin que tuviera que lidiar con los conceptos en lenguaje de señas que él entendía.

-Oh, no- advirtió, moviendo un dedo como si fuera un niño en la escuela. -**Oh no. Demasiado arriesgado. Demasiado arriesgado. No sabemos nada al respecto. Quizás te dejen encontrarlo. Considerado eso, ¿eh? No lo diría.**
Pero haría más que eso. Lo estudiaría y lo usaría. Lo llevaría a sus aposentos bajo guardia armada y lo obligaría a memorizar sus remolinos y ganglios. La alternativa era sentarnos aquí, pudriéndonos, mientras nuestros suministros se agotaban y nuestros motores se ahogaban por falta de combustible.
Cuando me volví hacia él, Erefan me estaba estudiando con una expresión extraña. No sabía sobre el mapa. Ninguno de ellos lo hizo, salvo Slovo.
-¿Qué estamos haciendo, entonces?- Preguntó.
Casi dudé. A pesar de toda mi resolución profesada, entendí el terrible riesgo. La muerte era una cosa: varada en el vacío, quedando gradualmente sin aire y luz. La disformidad era otra, un lugar en el que la muerte era lo mejor que podía suceder.
Pero realmente no había otra opción, no si se entendía el equilibrio de las cosas. Tenía que llegar a Terra, y si me condenaba a mí misma y a todos los demás en el intento, aún lo haríamos.
"Regresamos" señale, mirando deliberadamente a Slovo todo el tiempo. *"Y confiamos en él".*
Seis horas después, eso es lo que hicimos. Tuve que agarrar literalmente la cabeza de Slovo por ambas sienes para que volviera a mirar ese esquema de piel desollada, y le hizo sangrar la nariz y respirar rápidamente, pero solo había suficiente lealtad residual en ese secado. cuerpo para llevarlo a través de él y planificar algo así como una ruta.
Antes de que bajaran las persianas, eché un último vistazo a los vacíos reales. El vacío en sí se veía como siempre. Nunca hubieras sabido que algo andaba mal, y las estrellas ardían en el arco de la oscuridad, frías y claras. Todo ese terror estaba enclaustrado en el otro lado, encerrado en la división del vacío, excluido de los psíquicos por leyes más antiguas que el universo mismo.
Siempre tuve tantos problemas para entender eso. Quizás los humanos no vacíos podrían captarlo más fácilmente, dada su sensibilidad a los sustratos psíquicos, pero para mí fue más allá de la imaginación. Hestia me había dicho una vez que nuestra limitación no era diferente al daltonismo, pero

eso era una falacia reconfortante. Una persona podría vivir fácilmente en un mundo donde faltaba un cierto tono, pero me faltaba mucho más. La característica que me hizo capaz de matar al demonio me hizo completamente incapaz de entenderlo.
Sin embargo, pronto se cerraron las persianas y desapareció la visión. Una vez que todo estuvo preparado, los klaxons sonaron en anticipación del salto. Me dirigí al puente de mando: quería estar cerca de Erefan en caso de que esto saliera mal. Como siempre cuando intentamos un salto, toda la tripulación estaba armada y lista. Lo que quedaba de nuestra fuerza de defensa permanente se había distribuido a través de las cubiertas, esperando con aprensión.
Las campanas sonaron, el cronómetro hizo clic, las unidades de plasma tosieron y las unidades de disformidad se engancharon. Por un segundo hubo una sacudida que se convirtió en una tripa, el obstáculo de las realidades se desincronizó, y luego nos sumergimos nuevamente en el reino de los sueños.
La cara de Erefan se endureció con concentración. Durante un rato, los cogitadores zumbaron igual de normal. Los bancos de señales se activaron y los servidores conectados con fuerza observaron las listas de runas en movimiento. Sentí el ritmo constante de los sistemas de la Cadamara empujándonos más profundamente. La atmósfera se volvió más fría, como siempre lo hacía. Cualquier cosa suelta se sacudió. La tripulación mortal se encorvó sobre sus estaciones, tensa y distraída.
-Está encontrando un camino- dijo Erefan eventualmente.
No respondí, pero mantuve mi atención enfocada en los signos vitales de la nave. Para entonces, estábamos avanzando rápidamente, empujando todo el poder hacia las bobinas de deformación, obteniendo todo el progreso que pudiéramos antes del inevitable ataque. El tiempo pasó: la primera hora, luego la siguiente, luego la siguiente. Nunca me relajé. Nadie en el puente se relajó. Las estructuras a nuestro alrededor crujieron y se flexionaron, estresadas por las enormes fuerzas que tronaban a su alrededor. Observé los indicadores de estado regulares de la ampolla de Slovo, uno cada diez minutos: nada detectado, nada detectado.
No pudo durar.
-Tengo una señal- informó Rythan de repente.
Me mudé a su estación.

-Despertar disforme- dijo. -**Algo está bloqueado.**
"¿Velocidad?" Señale.
-Más rápido que nosotros.
Para entonces, Erefan había reparado la alimentación. -**Más grande también.**
Para una nave encontrarse con otra nave al azar dentro de la disformidad era tan poco probable como para ser una imposibilidad estadística. No era tanto el tamaño, el espacio real era lo suficientemente vasto por sí solo como para que los encuentros fueran raros, sino la naturaleza única del empíreo. No podías ver otra nave mientras estaba atado a la disformidad, solo detectabas la interacción entre los armónicos Geller de los vasos y el volumen circundante de éter extendido. Ni siquiera significaba que las naves estuvieran muy cerca, físicamente hablando, solo que estaban ocupando bolsas coextensivas de espacio de disformidad, aunque dada la reducción en las rutas viables provocadas por la gran grieta de Slovo, parecía poco probable que esta no estaba justo en nuestra cola. Quizás nos había encontrado como resultado de alguna coincidencia de proporciones galácticas. O tal vez lo que sea que voló tuvo acceso a métodos de observación y experiencia psíquica que se nos negó.
Saben lo que estamos haciendo, había dicho Slovo. Saben a dónde vamos y nos atacaran para evitarlo.
Aún así, el asunto era en gran medida discutible siempre que ambos permaneciéramos en la disformidad. Ninguna interacción podría tener lugar entre nosotros, solo una especie de juego de sombras que duraría hasta que uno o ambos rompiéramos la barrera en el universo real. Sin duda, Slovo también podía verlo, encerrado en su ampolla de visiones, pero no podía pedirle que lo aclarara, no sin romper la concentración que necesitaba para evitar que nos estrelláramos contra un cronovortex y nos arrojáramos del espacio y el tiempo por completo.
"Manténganse firme" señale, observando atentamente las señales de la nave.
-Manteniéndose firme- informó Rythan, su voz tensa.
Erefan disparó algunas órdenes al enginarium y redistribuyó parte de la reserva permanente a las baterías de armas vacías de Cadamara. Ese era un procedimiento operativo estándar, pero me encontré casi sonriendo por su optimismo: cualquier cosa lo suficientemente poderosa como para

ser capaz de rastrearnos a través del éter de esta manera era poco probable que estuviera tan armado como nosotros.
No se iría Cada vez que miraba los barridos, el despertar disforme estaba allí, avanzando hacia nosotros, forjando un camino más rápido y más grande a través del laberinto. Se había bloqueado claramente y estaba esperando la oportunidad de saltar.
Y entonces, justo entonces, llegó el informe que necesitaba.
-El debilitamiento de la integridad de Geller- llegó la llamada desde más abajo en las filas de estaciones de sensores del puente.
Recibí un aviso de las menciones de Slovo solo un segundo después.
-Rastro demoniaco detectado- chirrió la lectura monótona. **-Niveles ya altos y en ascenso.**
Erefan se volvió hacia mí en busca de orientación. Lo dejé esperar.
Algo resonó en la nave y nos arrojó a estribor. Los arcos superiores crujieron y una lluvia de polvo fino se dirigió hacia la cubierta.
Miré el augur barrido de nuevo y vi nuestra sombra. Estaba, si acaso, acercándose.
Malditos sean, pensé. Están en colisión.
-La égida de Geller drenó a través de los cascos exteriores- llegó otro informe, metálico y desagradable. -**Tiempo estimado al fracaso: tres minutos.**
La nave volvió a tambalearse, como si de alguna manera hubiéramos chocado contra un obstáculo en nuestro camino. Escuché el chirrido de las cosas afuera, y el largo gemido de lo que podrían haber sido garras en nuestra columna vertebral. Un mamparo comenzó a resquebrajarse: pude ver una filigrana de líneas microscópicas que se extendían por él como arrugas de la edad.
La voz tensa de Slovo crujió en mi auricular. **-Sácanos-** advirtió. **-Sácanos ahora.**
Aún así esperé. Esto era lo que querían. Eran como una manada de cazadores, arrojándonos del matorral hacia la llanura abierta.
Algo se rompió en lo alto, sobre donde colgaban los grupos de luces, y la cubierta estaba cubierta de astillas de vidrio. Sentí que la cubierta se derrumbaba, balanceándonos y girando, y los postigos de disformidad se sacudieron en sus armaduras.
Erefan me dio una mirada aguda. -**¿Órdenes?-** Preguntó, deliberadamente.

Yo quería esperar. Quería dejarlos entrar y volver a enfrentarlos. Me gustó terminar a los shedim. Me gustó la expresión de indignación en sus rostros bestiales cuando se dieron cuenta de que no sería su víctima, sino que los enviaría de vuelta a su reino infernal para roer el fracaso. Tales peleas fueron la razón por la que me hicieron, después de todo.

Las runas de advertencia brillaron en la vida, los klaxons comenzaron. Los miembros de la tripulación se apresuraron a mantenernos volando rectos, golpeados ahora por vientos que no eran vientos.

-Un minuto para el fracaso de Geller- volvió a sonar la pequeña voz.

La pared del puente comenzó a sobresalir hacia adentro, a pocos metros de donde yo estaba. Observé cómo el metal se estiraba en forma de puño, curvado y listo para golpearse. Desde abajo, los gritos ya habían comenzado.

-¡Están enganchados al casco!- Espetó Slovo. -**¡Están entrando!**

Erefan perdió la paciencia. -**Comience a salir de la disformidad-** ordenó, mirándome todo el tiempo.

La tripulación no reaccionó. Algunos lo miraron, otros me miraron. Una estación cogitadora explotó, enviando un deslizamiento estático a través de la cubierta, y todavía esperaron la orden.

Eran una buena tripulación, en total. Habían trabajado fielmente para una mujer que despreciaban instintivamente, e incluso ahora esperaron hasta que les di la orden.

Se merecían vivir un poco más.

"Salid" señale, comenzando una serie de órdenes concisas. Los escudos vacíos se levantan en la salida.*"Dirija la potencia de la unidad de plasma a los bancos de artillería. Comienza la secuencia de fuego. Esperar matriz de focalización en materialización."*

Erefan ladró el resto de las órdenes, comenzando la liquidación que nos haría volver a la realidad. Sonaron nuevos sonidos de advertencia y las lentes de las runas fluyeron con fragmentos de datos de trayectoria. La nave volvió a bostezar, esta vez salvajemente, y el puño hinchado se extendió aún más, desgarrando la pared hasta que pensé que seguramente se partiría.

-¡Fuera ahora! ¡Fuera ahora!- Oí graznar a Slovo.

Erefan trabajó rápidamente, apagando las unidades de disformidad y enviándonos a una espiral espacial real. Fue una salida violenta,

rompiendo y golpeando la superestructura ya magullada de Cadamara. Una vez que cruzamos el umbral, volamos a la realidad como escupidos desde la escabrosa boca de los dioses.
-¡Persianas!- Gritó Erefan. -**¡Agota los macrocañones! ¡Toda la tripulación a las estaciones de combate!**
Todo estalló en movimiento: la tripulación estaba corriendo, deslizándose por una cubierta tambaleante. Nuestro tirón por gravedad interno tartamudeó, nuestros discos de plasma poco cocidos explotaron con vacío. El daño provocado por el shedim emergente explotó cuando las manifestaciones nacientes fueron desgarradas de nuevo en la disformidad: el mamparo explotó, la pared abultada se derrumbó en una lluvia. Las lentes Augur se llenaron de representaciones parpadeantes del espacio local, y por un momento no vi nada, y me atreví a esperar que nos hubiéramos estrellado lo suficientemente lejos como para que una solución fallara.
Me tropecé con el escáner de espectro completo más cercano y amplié la apertura de la lente. Las persianas de la vista real se abrieron, y a través del óculo delantero vimos una franja de espacio bostezando lejos de nosotros, vacía y llena de estrellas.
-¡Quemadura completa por delante!- Gritó Erefan. -**¡Sujeta ese mamparo!**
Estábamos fuera. Estábamos solos. El casco raspado con demonio todavía estaba vacío. Íbamos a hacerlo de nuevo.
Luego, el óculo ardió con un alboroto de falso color, brillando como soles de múltiples tonos que se convertían en nova.
-¡Abajo, nadir!- Rugió Erefan, con la voz quebrada ahora. -**¡Artillería de estribor y estirado completo!**
Vi la nave perseguidora disparar desde la herida abierta en el espacio real. No tenía ni idea de que fuera posible una precisión de salida como esa: se colocó en un rango visible, enorme y ardiente, su antiguo casco negro como el carbón todavía ardía con fuego de disformidad. Una mirada a esa nave y supe que no íbamos a salir de esta.
"Abran fuego" señale. *"Promulgar el patrón de evasión de la primera etapa."*
Ya era demasiado tarde. Vi nuestra matriz de cañones macro soltarse, enviando una extensión de artillería que se deslizaba por el objetivo, y vi cómo las estrellas se desparramaban mientras caíamos en una inmersión

en picado. Fueron mejores disparos: un aluvión de lanzas de alta energía nos golpeó, explotando nuestros escudos vacíos aún cargados y lanzando su cobertura a una lluvia de electrostática.
Estábamos muertos en el vacío, nuestra protección había desaparecido y nuestras armas de poca utilidad contra el horror que se cernían sobre nosotros. Estábamos girando tan rápido que era difícil vislumbrarlo en el vacío real, pero pude ver terroríficos bancos de armamento esotérico colgando como fruta marchita debajo de ramas retorcidas.
No nos destruirían, un vacío era demasiado valioso, pero los detectores bloqueados tardaron solo unos segundos en sonar, lo que significa un lugar de teletransporte.
-¡Quédense para repeler a los intrusos!- Ordenó Erefan, alcanzando su arma y agachándose junto al trono de mando.
Entonces el aire se desgarró en un fuerte temblor de desplazamiento. El espacio sobre el estrado de mando se congeló en un resplandor blanco plateado, y un rayo de éter gruñó a través de la cubierta. Saliendo del corazón del infierno frío, salieron seis figuras. Ya me había centrado en el líder, marcándolo tanto para la llama como para la espada, y mis pantorrillas se apretaron para el salto que me pondría en contacto.
-¡Abajo, en nombre del Trono!- Retumbó una voz que me heló hasta el fondo. Me congelé, de repente desconcertada, antes de que se desgarraran las últimas astillas de materia etérea.
Las Hermanas del Silencio emergieron de las nubes que se rompían, cuatro de ellas, vestidas como si estuviera en plena batalla y cargando grandes zweihanders que corrían con llamas azules. Se extendieron con calma, cubriendo cada punto estratégico e irradiando un aura de vacío psíquico que la tripulación mortal retrocedió como golpeada por puños.
Los otros dos eran diferentes. Eran enormes, que se elevaban sobre todos nosotros, encerrados en una armadura dorada de cuerpo completo que nadaba y parpadeaba con una luz distorsionada. Por un momento pensé que podrían ser shedim, vestidos con aspectos de engaño y gloria, enviados para desconcertarme antes de separar mi cuerpo mortal. Apunté mi lanzallamas al yelmo barroco del líder, listo para vaciar mis reservas de *promethium* en esa terrible máscara de asombro.
El vino hacia mí. Llevaba una lanza de fuerza crepitante, un arma tan grotescamente sobredimensionada que no habría podido levantarla, y

mucho menos usarla.
-Eras del convento de Arraissa- dijo la criatura.
Mi dedo aún se demoró sobre el gatillo. Asentí.
La criatura levantó la mano y se quitó el yelmo. Vi un rostro humano revelado, aunque más grande, como el de un Marine Espacial , solo que menos brutal y más hermoso. Era la cara de un cortesano tanto como la de un soldado, traicionando tanto el poder como la sutileza.
Desactivó el campo de energía sobre su espada.
-¿Eres la última?- Preguntó.
No sabía la respuesta a eso, y dudé. Luego, para mi completa sorpresa, volvió a hacer la pregunta, esta vez en impecable Marcaideas: *¿Eres la última?*
Hasta donde sé respondí, mis dedos bailando. Había pasado mucho tiempo desde que había podido utilizar toda la fluidez del medio, y a pesar de todo, sentí una liberación casi emocional.
Entonces tuvimos la suerte de encontrarte continuó. *Soy Navradaran del Ephoroi de los Adeptus Custodes, y estoy aquí para llevarte a casa.*
Sus ojos parpadearon hacia mi lanzallamas aún activado, y me lanzó una breve y seca sonrisa.
Desactiva tu arma, por favor. señalo. *El tiempo es corto, y si te abstienes de inmolarme, tengo mucho que contarte.*



TIERON XIII

Más tarde los llamaríamos los días de ceguera. Ese fue el momento en que no vimos nada y no escuchamos nada. Estábamos tan solos como antes de que el Emperador nos hubiera liberado, separado de nuestro gran Imperio y arrojado a la deriva sobre el abismo.

Fue una época de terror. Todas las leyes fueron suspendidas, incluso las del tiempo y el espacio. Descubrimos más tarde que todos los mundos habían experimentado el mismo aislamiento horrible, pero la duración varió enormemente. Algunos informaron meros días de ceguera, otros meses. Por lo que sé, puede haber muchos sistemas todavía en ese terrible dominio de la nada.

Fue causado por la deformación, por supuesto, manchando el vacío como sangre en el agua. Todo lo que tocó se volvió loco, y los viejos límites se doblaron y se rompieron a su alrededor. Descubrimos entonces cuán proféticas habían sido las advertencias de los antiguos videntes, ya que nuestros muchos pecados finalmente nos alcanzaron.

En Terra, en su origen, la ceguera duró poco más de un mes. Treinta y tres días de miedo y violencia pasados por alto todo el tiempo por nuestros nuevos cielos de rojo sangre. Los disturbios se volvieron incontrolables, se extendieron como incendios forestales y fueron alimentados por falsos guías. Todo el planeta fue puesto bajo la ley marcial, y todos los miembros disponibles de la Guardia Imperial fueron presionados a la acción inmediata. Los regimientos que aún se levantaban para su despliegue en Cadia y Armagedón fueron retirados de sus grupos orbitales y enviados al torbellino de las zonas de la colmena, obligados a abrir fuego no contra xenos o herejes, sino sobre sus propios búnkers de suministros o saqueando las catedrales por oro.

Treinta y tres días parece un tiempo tan corto, comparado con el lapso de años anteriores y posteriores, pero en realidad se sintió como una eternidad. Apenas dormí durante todo el período, y solo evité la manía

debido a la fuerte dosis de narcóticos. El aire burbujeaba con energías febriles, haciendo imposible el verdadero descanso o la contemplación. Cada mirada parecía revelar nuevos terrores en la oscuridad. Me despertaba de media hora arrebatada de sueño llorando, aferrándome a las sábanas húmedas de sudor. En una ocasión me miré en el espejo mientras me afeitaba para ver una cara de demonio maliciosa que me devolvía la mirada y tuve que romper el cristal para deshacerme de él. Otra noche casi me ahogo con mis propias pesadillas de ser desollado vivo por carniceros riendo en yelmos alados, y Jek tardó en calmarme y evitar que me mordiera la lengua.

Sí, Jek estaba compartiendo mi cama. No nos juzguen con dureza por eso: no habíamos cedido a la lujuria, sino que nos habíamos juntado por algo como la necesidad. En aquel entonces, ella era la única en la que podía confiar por completo, y creo que sentía lo mismo por mí. Si ella no hubiera estado allí, no sé qué me habría pasado. Me aferré a ella, y ella se aferró a mí. De nuevo éramos como neófitos frente a la vorágine, despojados de nuestras oficinas y pretensiones y reducidos a lo que siempre habíamos sido.

-Debería poder librarme de eso- le dije, acostado en la oscuridad.

-Lo peor pasará- dijo, sin sonar del todo seguro.

Me mordí el labio nerviosamente. Las sombras en mi habitación parecían anormalmente negras, como si de repente se deslizaran hacia la cama y me estrangularan.

-Estaba tan seguro- dije.

-¿Seguro de qué?

-El Ayuntamiento. Estaba tan seguro de que el Legion sería rehecho, y yo sería su arquitecto, y entonces todo estaría bien.

-Nunca hubo una garantía.

Pero recordé lo que Valoris me había dicho. Había pensado que yo era el conducto para su voluntad. También había llegado a creerlo. ¿Qué más podría explicar mi certeza extraordinaria, emergiendo de una vida en la que la certeza siempre estuvo ausente?

Tal arrogancia.

-Tal vez ya no vive- murmuré.

-¡Silencio!- Jek reprendió con urgencia, sentándose y presionando su dedo en mi boca. **-Ni siquiera lo pienses.**

Una vez habría encontrado la noción en sí misma absurda. No lo habría pronunciado incluso en privado, desconfiado de los dispositivos de escucha del Ordo Hereticus. Ahora descubrí que no me importaban los espías y los inquisidores. Todo se deshizo, y no había mayor terror para desatar que el que ya había sido.
Me levanté. Todavía era temprano, varias horas antes del amanecer, pero el resplandor rojo enfermizo, ahora permanente, se filtró a través de las cortinas y a través de mi cámara. Llegué al cubículo de la ducha de pulso y me lavé lo peor del sudor nocturno de la piel. Debajo de los lúmenes ásperos, parecía más pálido y flácido que nunca, y mis mejillas colgaban de mis huesos como trapos.
Cuando volví a vestirme, Jek se había vuelto a dormir. La miré por un rato. Ella era mucho más joven. Quizás eso lo hizo más difícil para ella. Ya había visto desaparecer demasiadas esperanzas a lo largo de los años; ella debería haber vivido para ver tiempos mejores.
No podía demorarme, por supuesto. A pesar de la fatiga y la enfermedad, estábamos más ocupados que nunca. El Consejo fue febril con actividad, aprobando resolución tras resolución. Los marcianos se arrastraban por las profundidades del Trono y los conductos del Astronomicón, entrometiéndose, probando e intentando todo lo posible para restaurar el faro sagrado. Había adivinado por algún tiempo que eran charlatanes de muchas maneras, incursionando en cosas que ya no entendían, y su desafortunado retoque durante ese tiempo solo reforzó mi visión. Cuando miré a Raskian a los ojos, o más bien, lo que pasó por sus ojos, detecté un miedo real allí: no a la muerte o al dolor, sino a ser descubierto, descubierto como ignorante y engañado sobre lo que guardaban tan celosamente como su propio reino.
Una vez que me hice lo más respetable posible, salí de mi habitación y cojeé hacia las salas de audiencias. Los guardias estaban en todas partes, todos llevando sus armas sin funda y listas para usar. Estaban nerviosos, siguiendo incluso a altos funcionarios como yo hasta que estuvieron seguros de que no era un simulacro enviado para engañarlos. No eran del todo estúpidos al pensar que, según los informes, abundaban los portadores de cuerpos que se infiltraban en el Palacio y luego abrían fuego y mataban a docenas. Nadie confiaba en nadie, y cada orden fue verificada

antes de ser seguida. Eso nos hizo lento para reaccionar. Vivíamos en una niebla de confusión, algo que sin duda pretendían nuestros enemigos.
La primera reunión que tuve ese día fue con la Representante Arx, la líder de la Inquisición. Apenas me había acomodado cuando entró, deslizándose en la cámara como un cisne negro.
Arx era extraña, y no la conocía bien. Siempre encontré a los inquisidores difíciles de tratar: eran almas intensas, impulsadas por fuerzas que no entendía completamente. La Representante fue sacado de las filas del Ordo Malleus, los cazadores de demonios, un hecho que encontré con un raro consuelo durante ese momento difícil. De todos los Altos Señores, se encontraba entre las más compuestas en ese momento, había estado expuesta a fenómenos malignos a lo largo de su larga carrera al servicio del Imperio y, por lo tanto, se sintió afectada por sus peores efectos.
-Canciller- dijo, inclinándose ligeramente.
-Representante- respondí, señalando un sillón de cuero bajo cerca de la chimenea.
En el pasado, podríamos habernos permitido conversar, preguntarnos por el personal o las relaciones de los demás, reflexionar sobre los absurdos de la vida en el Administratum, pero ya no. Ella fue directa al grano.
-Hay demonios en este mundo- dijo rotundamente. -**Considere eso. Ningún planeta ha tenido más escrutinio que este. El menor indicio de herejía fue castigado sin piedad. Y ahora hay criaturas más sucias de toda la eternidad que están a la vista del Palacio.**
Lo sabía. Había visto los documentos clasificados y escuché el testimonio de aquellos lo suficientemente valientes como para aventurarse en las colmenas inquietas. Incluso los había visto yo mismo, a menos que ese espejo hubiera sido una alucinación.
-¿Puede ser contenido?- Pregunté, sintiéndome atontado y con ganas de dormir más, sabiendo que tenía horas de reuniones por delante.
-He movilizado a todos mis inquisidores en el mundo. Docenas más están siendo retiradas de las estaciones en otros lugares, pero no podemos ir más allá del Sistema Solar. Me da miedo pensar lo que está sucediendo afuera.
-Titan, entonces- dije.
Se suponía que no debía saber sobre los Caballeros Grises. Solo unos pocos de los Altos Señores eran, más los escalones más altos del Ordo Malleus.

Sin embargo, es divertido lo que recoges a lo largo de los siglos. A pesar de todos sus esfuerzos indudables, el Imperio nunca ha sido muy bueno con los secretos.
Arx sabía el puntaje, por supuesto. **-La solicitud ya se hizo-** dijo. **-Valoris me habló. ¿Le das crédito a eso? Nuestros protectores dorados, aquellos a quienes desea enviar a Cadia, ya están pidiendo ayuda.**
Podría haberlo hecho sin el sarcasmo. Ya era bastante malo ver que mis esperanzas se desvanecían tan públicamente sin recordar que mi propuesta también nos habría despojado de nuestros defensores más capaces.
-¿Y cuál fue su respuesta?
Ante eso, Arx se echó a reír. Nunca la había visto reír antes, y nunca deseo volver a hacerlo. Fue completamente sin cualidades humanas, una expresión cínica de diversión sombría que expuso más de su alma de lo que creo que pretendía.
-¿Su respuesta? Están enviando fuerzas a Luna.
Me sorprendió momentáneamente. **-No he tenido informes de disturbios en Luna.**
-No. Ese es el punto. Los Caballeros Grises tienen... capacidades. Ahí es donde creen que se desarrollará el próximo movimiento.
Froté mis manos sobre mis ojos. Trono, estaba cansado. -**Entonces tendremos que reforzar los astilleros-** comencé.
-No- dijo ella. -**No, necesitaremos nuestras fuerzas aquí. Están enviando lo que pueden ahorrar. El Gran Maestro Anval Laraon ha dividido sus fuerzas de tres maneras: una defensa permanente en Titán, un importante grupo de ataque para Luna y un destacamento de reserva para Terra. El último será el más débil de los tres, poco más que un trago para Trajann Valoris, para mantener las relaciones dulces.**
No pude evitar mi sonrisa: se deslizó, una astuta, liberada por el agotamiento. -**Me gustaría ver a esos dos reunirse-** dije.
-No lo haría- dijo Arx, principalmente. -**Así que aquí esta. Tendremos un mínimo soporte de Caballeros Grises. El palacio es la prioridad. Eso y la Fortaleza del Astronómicon. Podemos mantenerlos seguros. El resto…**
Ella se fue apagando. Me tomó un momento darme cuenta de lo que estaba sugiriendo: abandonar el planeta a la ruina y la confusión. Si lo hubiera escuchado de otros labios, habría resoplado con burla.

-¿Entonces estás diciendo que no podemos mantener este mundo en su totalidad?- Pregunté, queriendo estar seguro de haber entendido.
-Si.
-Esto es Terra.
-Estoy al tanto.
-Tenemos miles de millones bajo las armas. Tenemos titanes. Tenemos apoyo naval.
-En efecto. Y todos se están volviendo muy, muy locos.
Ella lo dijo con mucha calma. Sabía que ella tenía razón: Trono, había visto los informes de las estaciones de Arbites desbordadas y veía las imágenes de las torres de habitáculo que descendían a la anarquía. El antiguo control de los sacerdotes se estaba rompiendo. La realidad se había roto. El cielo estaba en llamas y nadie había dormido durante días.
-¿Has hablado con Haemotalion sobre esto?- Pregunté.
-Harás eso. También hablarás con los demás. Se trata de prioridades. No podemos darnos el lujo de cometer errores ahora.
Tuve esa horrible sensación de hundimiento entonces: que ella tenía razón, y que muy pocos lo verían, y que todo lo que tenía por delante era más trabajo y conflicto.
-Perdimos la baliza temporalmente- dije. -**Tenemos trabajo por hacer para restablecer el orden. No puede sugerir que cedamos nuestro control justo cuando las cosas se ponen difíciles.**
Ante eso, Arx se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas. Era una mujer difícil de ver, todo huesos y severidad.
-Hace unas semanas me entregaron un hombre a mi cuidado- dijo. -**Me lo envió una división de relojes del sector del muro sudeste. Creo que fue detenido por un Custodio, uno a quien posiblemente conozcas, pero eso no es importante. Lo importante es esto: no era un demagogo despotricando. Estaba inmerso en el tipo de corrupción que solo he visto en mundos lejos de aquí y plagado de disformidad. Y una vez que aplicamos los instrumentos, comenzamos a entender lo que estaba sucediendo.**
No pude mirar hacia otro lado. Arx tenía el aire de una mujer que no tenía nada más que perder: la resolución casi de los condenados.
-Él sabía mucho- continuó. -**Sabía cosas que incluso mis adeptos no. Hay un hechicero ciego y mutilado en las cárceles que se hace llamar Iskandar**

Khayon y otros, y todos están de acuerdo en un grado sorprendente. Nos están diciendo todo lo que podríamos desear saber, estas personas, porque ya no tienen miedo de nada. Nos están hablando del Camino Carmesí. Nos están hablando de la Gran Grieta. Nos están diciendo cosas que antes no era posible, que ahora son posibles y que es difícil no creerlas.
-Están mintiendo.
-No, canciller. Ellos no mienten. ¿Por qué lo harían?- Ella presionó sus palmas juntas. -**Cada guerra que hemos peleado, cada cruzada que hemos lanzado, cada Cruzada Negra que hemos defendido, todo ha estado conduciendo a esto. Pregúntele a sus amigos custodios, ellos también lo saben. Por eso están paralizados por la duda. Saben cosas que hemos olvidado. Todo descansa en este momento. Nuestras decisiones ahora pueden condenarnos.**
Mientras hablaba, me sentía cada vez más enfermo. Había vivido tanto tiempo en el epicentro del imperio, lejos de las guerras y la miseria, y me había puesto flácido.
-¿Por qué me estás diciendo esto?- Pregunté.
-Les digo a todos lo mismo- dijo. -**Recogemos a las anatema psykana, algunas antes de la tormenta, otras atrapadas en su enfoque. Necesitaremos tantas como podamos reunir, y el Capitán General ha estado activo en traerlas de vuelta.**
Yo dudé. -**No sabía que los habíamos mandado regresar a casa.**
-¿Creíste eso? Estás perdiendo el contacto, canciller. Ha estado haciendo todo lo posible para recolectarlos durante algún tiempo. Siempre peleaban juntos, esos dos. Reconoció las señales hace un tiempo, y sospecho que solo él tenía el conocimiento para enviarles un mensaje a tiempo.
Me sentí tonto. Los eventos corrían por delante de mi capacidad de comprender, y mucho menos influir. Me preguntaba cuánto tiempo había estado sucediendo esto, y cuánto había estado gobernado, si es que lo había estado, por mis súplicas hacia ellos.
-Entonces Lamma tenía razón- dijo. **-Volveremos a las plantillas antiguas.**
-Algunos de ellos- Arx se puso de pie entonces, rozando su túnica larga sobre ella. Yo hice lo mismo. -**Lo apoyé en el Consejo, canciller, porque tenía razón. Esto no cambia nada, por ahora. Las cosas tendrán que**

cambiar a tiempo, pero primero viene la supervivencia. ¿Entiendes esto?- Ella se acercó y vi las líneas finas alrededor de sus ojos. -**Nos has visto a todos ir y venir. Debemos mantener al Consejo unido.**
Asentí débilmente. Había mucho que procesar. -**Gracias por decirme estas cosas.**
-Lo que dijimos permanecerá en secreto.
-Por supuesto.
-No es que haya muchos motivos para los secretos ahora.
Ella se giró para irse. Justo cuando lo hizo, sentí una repentina oleada de irritación. Podría haberse estado construyendo durante semanas, provocado por mis fallos recientes, o tal vez provocado por el agotamiento que infesta mi sistema. Cualquiera sea la causa, fue muy diferente a mí, pero se derramó de todos modos.
-Todavía no hemos terminado, Representante- le dije, haciendo que volviera a mirarme. -**He hecho que mis ayudantes me digan que hemos terminado durante cincuenta años, pero no lo hemos hecho. ¿Hay demonios en Terra? Hubo antes. Malditos sean. Malditos sean todos. Esta es nuestra casa.**
No pude descifrar su expresión entonces. ¿Parecía divertida? ¿Desdeñosa? ¿Confusa? Quizás todas esas cosas. Al final, sin embargo, ella solo asintió.
-Sí- murmuró.
Luego se fue, dejándome solo en la cámara que había pasado toda mi vida embelleciendo. Miré a mi alrededor las cosas bonitas, los objetos que me habían dado tanto placer. Ya no me convocaban entusiasmo por ellas. Eran frágiles. Recolectarlos parecía más una indulgencia que nunca, la ocupación compensatoria de un hombre débil que debería haber sido más fuerte.
Pero entonces mi cuenta de comunicaciones hizo clic, y una docena de nuevos boletines corrieron por mi alimentación de la retina.
Entonces comencé a caminar. Llamada de Trabajo. Como siempre, la llamada de trabajo.
Al menos tenía donde ír. Lo llamamos la Doctrina Arx, la estrategia de reforzar el núcleo esencial del planeta: el Sanctum Imperialis, el perímetro del Palacio, la Fortaleza del Astronomicón aún latente y las otras estructuras capitales del Administratum. Pasé mi tiempo yendo y viniendo

de Alto Señor a Alto Señor, engatusando, persuadiendo y sobornando para minimizar la disensión.

Algunos vieron la necesidad desde el principio. Por extraño que parezca, Haemotalion era mi aliado más firme en esos días. Tenía tanto frío que el sacrificio de miles de millones para salvar el núcleo interno del Imperio nunca parecía una elección difícil de hacer.

Otros se resistieron. Podía entender por qué: aún no nos habían invadido en cantidades significativas, y los disturbios en todo el planeta eran, aunque inquietantes, apenas críticos. Pereth, en particular, era reacia a ver que las órdenes de defensa permanentes se descifraban, ya que ella comandaba los vastos recursos de la Armada Imperial dentro del Sistema Sol, y tal vez fue seducida por su enorme potencial. Teníamos escuadrones totalmente equipados en órbita, incluidos acorazados destructores del sistema repletos de regimientos enteros de tropas de choque. Teníamos miles de regimientos guarnecidos en la superficie del mundo, más tres manípulos completos de Titán, enormes volúmenes de fuerzas Mechanicus, una compañía entera de Puños Imperiales, además de representantes dispersos de otros Capítulos de Marines Espaciales.

Así que no estábamos indefensos, pero tampoco nos enfrentábamos a enemigos normales. La locura dentro de la ciudadanía se extendió rápidamente, alimentada por el hambre y la pérdida de creencias. Los informes de incursiones demoníacas estallaron con una frecuencia asombrosa, y nuestros inquisidores residentes pronto fueron harapientos tratando de erradicarlos a todos. El fracaso del Astronomicón significó que el funcionamiento constante de los buques de carga, ya interrumpidos por nuestros arreglos de defensa, se secó por completo. Durante mucho tiempo había sido una máxima que la pérdida de tres comidas era suficiente para enviar a un hombre salvaje. Para nuestra población ya hambrienta, acobardada por la enfermedad y los incesantes susurros de espíritus en la noche, no tardo tanto. Y, sobre todo, dos palabras estaban en todos nuestros labios, nunca pronunciadas pero siempre ahí: El Despojador.

Entonces la Doctrina Arx tomó forma. Regimientos regulares fueron retirados a las paredes, cediendo el control de grandes extensiones urbanas a los Adeptus Arbites. Muchas de esas regiones descendieron

rápidamente al desorden completo, mientras que otras solo conservaron una apariencia de control.
Encontré la experiencia dolorosa. Puedes imaginar lo que se sintió al escuchar las comunicaciones de los prefectos del sector desesperados, pidiendo apoyo mientras sus ciudadelas de mando fueron inundadas por hambrientos grupos de herejes. Había un intercambio que recuerdo profundamente incluso ahora: una mujer de aspecto joven con la frente ensangrentada y armadura dañada, rogándome que le enviara refuerzos a su feudo periférico.
-¡No hay asalto al Palacio!- Gritó, indignada. -**¡Tus paredes están seguras! Por el Santo Trono, ¿qué razón tienes para no ayudarnos?**
Solo podía mirarla, incapaz de intervenir. Que puedo decir. ¿Qué sabíamos que vendría algo peor? ¿Que los más grandes de nuestra clase creían que el Fin de los Tiempos estaba sobre nosotros y que los pasillos del Emperador estaban en riesgo?
-Permanece firme, prefecto- dije, odiando el sonido de mi voz. -**La ayuda se enviará cuando pueda.**
-Entonces nos has asesinado- escupió. **-¡Malditos perros! Has asesinado...**
Corté la alimentación. No pude escuchar más.
Sin embargo, lentamente, durante días y semanas, aumentamos las defensas que pudimos. La red orbital permaneció casi intacta incluso cuando perdimos contacto con aproximadamente una cuarta parte de la superficie planetaria. Los sacerdotes de Marte, menos susceptibles a la debilidad mortal, nos prestaron toda la ayuda que pudieron, aunque sospecho que también estaban aterrorizados por la precariedad de Marte. Nuestros acorazados mantuvieron un cordón apretado en todo el Sistema Solar, surcando las frías profundidades incluso mientras el Mundo del Trono se marchitaba bajo llamas sobrenaturales.
En el vigésimo día de la ceguera llegaron dos acontecimientos que nos dieron esperanza. El primero fue un vuelo de aterrizadores de color gris plateado arrojados desde un crucero de ataque recientemente bloqueado en geoestacion sobre el Palacio. Los ocupantes de esas naves fueron enviados directamente al corazón del Santuario, caminando con túnicas gris pálido bajo la sangrienta luz de la tormenta.
Fui testigo de su llegada desde muy lejos, pero incluso un vistazo lejano de los Caballeros Grises le dio a mi vieja alma cansada un breve aumento de

euforia. En tiempos pasados, esa vista me habría visto borrado de la mente, o tal vez asesinado, pero esas viejas restricciones parecían inútiles ahora y no las temía. Iban a hablar con el propio Valoris, entendí, y de allí a las paredes mismas. No podría decirte cuántos habían venido. ¿Quizás cincuenta? No era lo que necesitábamos, pero era consciente de las palabras de Arx y sabía que su mayor fuerza se había acumulado cerca. Aún así, era algo.

La segunda causa de esperanza era menos visible. Si Arx no hubiera dicho nada, nunca podría haberlo sabido, pero una vez que se plantó la semilla, fui implacable en localizarla. Mis agentes fueron enviados a todas las estaciones de sensores que aún controlamos, revisando millones de registros de caída de planetas y expedientes de transferencia orbital. Cuanto más miramos, más encontramos.

Habían tenido cuidado y habían sido discretos, pero es muy difícil mantener secretos sobre Terra de alguien que sepa dónde buscar. Las Hermanas del Silencio habían sido desembarcada durante meses, a veces de Naves Negras, otras veces de transportes fletados o convoyes militares. Habían desaparecido en la Torre de Hegemon, donde el rastro había muerto.

Me preguntaba quién más lo sabía. ¿Ya había informado Valoris a sus compañeros Altos Señores? Quizás algunos de ellos habían estado en esto durante mucho tiempo, simplemente jugando junto con el resto del Consejo. En tiempos ordinarios habría buscado más, pero saber que estaban aquí era suficiente. Me reconfortó saber que no solo el enemigo se había estado preparando, sino que otros habían previsto el oscurecimiento de los cielos y habían puesto en marcha planes para contrarrestarlo.

Pero dudo que cualquier alma viviente en este mundo, excepto tal vez el que mora en el trono eterno, haya tenido una verdadera idea de lo que vendría para nosotros a continuación. Los Caballeros Grises, por cualquier medio que solían mirar en la oscuridad del futuro, habían estado más cerca de la verdad: Luna, no Terra, fue el primer objetivo alcanzado. Todo lo que sabíamos aquí era un repentino destello de luz multicolor que atravesó brevemente el giro de las nubes sobre nosotros.

Había estado en lo alto de mi santuario privado, recorriendo los montones de misivas frenéticas del día. Jek estaba conmigo, como siempre, y las

velas estaban encendidas. De repente, los rayos de vívida iluminación se alzaron a través de las altas ventanas, rompiendo las banderas de piedra. Ambos dejamos caer lo que estábamos haciendo y corrimos hacia las ventanas con barrotes de hierro. Jek jadeó en voz alta. Se me cayó la pluma. Pudimos ver las estrellas.

Debo explicar por qué eso fue tan notable. Nunca había visto estrellas en Terra. Ninguno de nosotros lo había hecho: la capa de nubes tóxicas era absoluta, todo el tiempo, y lo había sido durante miles de años. Ahora, sin embargo, estábamos mirando un cielo nocturno de auroras parpadeantes y danzantes, desgarradas por primera vez en la memoria viva. Vi los cascos de las plataformas de defensa de órbita baja en guardia sobre la ciudad del mundo, sus partes inferiores parpadeaban con marcadores y sus propulsores de posición se agitaban blanco azulado. Vi millones de aviones militares en absoluto alivio, zigzagueando a través de cielos torturados en carreras de estrangulamiento contra los nuestros. Pero, sobre todo, vi la luna: Luna, nuestro gran astillero naval, por su reputación de gris y dañado como el mundo que rodeaba. En ese momento, sin embargo, fue deslumbrante, un disco de luz solar reflejada que me hizo lagrimear los ojos.

-Por el Trono... Jek murmuró, su mirada se movió sobre los cielos recién abiertos. Había una belleza terrible en él: una vista fría y cruda que brevemente hizo posible olvidar toda la suciedad y las turbulencias arraigadas.

-No mires- le dije, arrastrándola hacia atrás desde la ventana.

Las luces bailaban más fuerte, arrancando grandes capas de nubes sangrientas, pero ya no me gustaba la forma en que brillaban. Los colores cambiantes se volvieron dolorosos, y más lágrimas corrieron por mis mejillas. La cara llena de Luna era demasiado brillante, demasiado espeluznante, como si su núcleo hubiera sido conjurado para detonar. También podía escuchar chillidos en el viento de la noche, y las voces no sonaban ni siquiera vagamente humanas. Cerré los postigos y salí corriendo de la cámara, Jek a mi lado.

-¿Qué es?- Preguntó ella, con sus propios ojos inyectados en sangre y parpadeando.

-Seguramente puedes escuchar eso- murmuré, dirigiéndome tan rápido como pude hacia mi nexo de mando. -**Algo malo.**

Cuando llegué a la sala, nuestras fuentes de datos entrantes estaban casi atascadas con señales de prioridad. Mi personal corría entre puestos de cogitadores con largas gavillas de pergamino en manos sudorosas. Las altas ventanas del reloj de arena nadaban con los mismos rayos de luz iridiscentes, emitidos desde un firmamento que ya no obedecía las leyes naturales.

-¡Obtén contraventanas sobre esas!- Ordené, apresurándome hacia la plataforma del Strategium. Cuando llegué allí, Jek había recuperado su equilibrio habitual y estaba filtrando el trigo de la paja de comunicación.

-Múltiples lanzamientos desde Terra- murmuró, desplazándose por largas listas de runas. -**Los Adeptus Astartes se han activado. Valoris ha enviado sus propias tropas.**

Recibí órdenes de Haemotalion que obstruía mi propia alimentación: liberar los recursos de Militarum para redirigirlos de inmediato a Luna, cerrar todas las comunicaciones no esenciales fuera del perímetro del Palacio, establecer contacto con la orden de Valoris para establecer un bloqueo inmediato.

-¿Qué está pasando allá arriba?- Pregunté, incapaz de entender la serie de misivas cada vez más aterrada.

-Actividad no natural- confirmó Jek, estudiando nuestro canal clandestino en la jerarquía de Arx. **-Tienen lecturas de Geller fuera de la escala.**

Me apoyé en la mesa pesadamente. -**Tengo que verlo-** dije.

Jek me miró con cierta diversión. **-No creo que seamos de mucha utilidad allá arriba, señor.**

Señor. No me había llamado así en días, y ahora se sentía muy inapropiado.

-Estoy harto de esto- dije. **-Los he visto a todos ir a la guerra, y moví los hilos con seguridad. Suficiente. Tengo que verlo.**

Comencé a moverme y Jek me empujó hacia atrás. -**Eres un hombre viejo y gordo-** dijo enojada. -**No tienes nada que hacer allí. Te mataran rápidamente y no les hará ningún bien.**

Estaba demasiado cansado para discutir. Probablemente fue una locura, pero todos nos estábamos volviendo locos de todos modos, tal como Arx había dicho. Las persianas bajaban demasiado lentamente, y las vívidas luces saltaron por el interior de mi santuario como una burla.

-He vivido demasiado de todos modos- gruñí, soltando mi manga de su agarre. **-Da la orden para mi levantador.**
Ella me miró por un momento, con incredulidad en su rostro. Entonces ella se echó a reír. Había algo loco en todos nosotros, en aquel entonces: nuestro estado de ánimo parecía tambalearse y fracturarse como la luz de la tormenta sobre nosotros.
-Una pieza más de locura- dijo. **-Que así sea. Yo también iré.**
Dos horas más tarde. Tardó tanto en llegar a las plataformas de aterrizaje y preparar el levantador: un RE-45 grande, viejo y engorroso basado en un diseño Militarum obsoleto. Fuimos con un séquito mínimo, solo veinte guardias de mi propio séquito, más un oficial de enlace naval y algunos de mis oficiales de señales. La espera para el despegue fue tortuosa, aunque recibimos muy poca información valiosa de cualquier sustancia de Luna durante ese tiempo. Todo lo que pudimos determinar claramente fue que una fuerza enemiga había roto de alguna manera nuestro cordón impecablemente organizado e hizo un aterrizaje en el satélite, y que nuestras defensas habían respondido de inmediato y que se había desatado todo el infierno.
Algo más que eso se perdió en la confusión general o fue reprimido por las autoridades militares. En momentos de crisis como esta, mi oficina no estaba incluida en el primer nivel de comunicación, y supuse que los Adeptus Custodios, o tal vez incluso los Puños Imperiales, habían reservado información detallada para su propio uso.
Entonces, cuando finalmente nos metimos en la bodega de la tripulación del levantador, todavía no sabíamos casi nada sobre a qué nos dirigíamos. Nos alejamos del bosque de torres y parapetos del Senatorum Imperialis y pronto nos fuimos elevando constantemente hacia la alta atmósfera. Sentí que los propulsores estallaban a pocos metros de donde estábamos sentados en nuestros arneses de sujeción, y comencé a maldecir mi decisión imprudente. No era natural y casi instantáneamente sentí náuseas dentro de mi traje de ambiente apretado.
-Intenta calmarte- sugirió Jek, conociendo mi debilidad.
No sirvió de nada. Todo lo que podía ver a través de los listones fuertemente fortificados era un disco que giraba salvajemente, marcado por grandes rayas de fuego. Noté cuán diferente se veía la cara de Terra a cómo se había visto antes, su capa uniforme de lodo gris ahora se sacudía

con las llamas que ardían en su atmósfera superior. Intenté, tontamente, vislumbrar algo de la Fortaleza del Astronómico, con la esperanza de que se volviera a encender y desterrara las franjas de destrucción que ahora rodeaban sin cesar el globo.
Pronto, sin embargo, incluso esos detalles desaparecieron cuando mi mundo natal retrocedió, difuminado por el pesado progreso del levantador hacia el vacío. El aullido de la atmósfera se desvaneció, dejando solo el rugido interno de nuestros motores. Comenzamos a ser asaltados por las ráfagas de desafío de los cientos de instalaciones navales en nuestra ruta, todos ellos ahora observando los acercamientos a Luna como psico-halcones. Podía ver acercarse a las alas del caza vacío, y adiviné lo nerviosos que estarían esos pilotos.
-Impulsar las transmisiones de nuestro estado exento- le dije al piloto. **-Cualquier problema, dirígelos directamente a mi audex y explicaré con precisión qué tan rápido puedo hacer que un equipo asesino localice a sus familias.**
El RE-45 fue un instrumento contundente, pero rápido una vez que se puso en marcha. La densa red de estaciones de defensa pasó junto a nosotros, girando lentamente bajo las luces parpadeantes del rostro reflectante distorsionado de Luna. El espacio en sí mismo parecía estar vivo, iluminado con hechizos fantasmales de luz de brujas que corrían por el vacío.
-Ahí está- murmuró Jek, mirando a uno de los canales de video vinculados a los bancos augur.
Había visto a Luna muchas veces y siempre me había impresionado un poco su grandeza desvaída. A diferencia de Terra, era un reino tranquilo y oscuro, dominado por los vastos muelles que sobresalían de su ecuador. Era un lugar más frío, y siempre me había sentido de alguna manera más puro, si ignoraba el enorme volumen de contrabando que lo atravesaba cada hora.
Mirándolo ahora, gran parte era igual que siempre, salvo por un sector muy por encima de nuestra proa. La luz provenía de allí, parpadeando como la luz del sol desde una lente. El efecto parecía menos violento de lo que había sido, aunque todavía era increíble que algo tan poderoso pudiera haberse generado tan rápido.
-Llévanos lo más cerca que puedas- le dije al piloto, tragándome la bilis que me tapaba la garganta. -**Alcance visual inmediato, a menos que**

estemos bajo fuego.

Para entonces, ya podía ver otras naves que se avecinaban: doce monitores navales con sus armas alineadas en el terreno de abajo, un crucero de ataque en el amarillo descolorido de los Puños Imperiales, dos naves más grandes con librea gris plateada, incluso un gran oro. y un crucero negro con el dispositivo de cabeza de águila de los Adeptus Custodes. Luna no carecía de sus propias defensas, pero la respuesta de Terra había sido significativa.

Encendimos a través del perímetro, nuestro estado y credenciales suficientes para correr el desafío de los desafíos de los buques más grandes. El misterioso paisaje gris oscuro de Luna llenó a las naves hacia adelante, primero se convirtió en una gran curva de agujas y manufactura, luego corrió hacia nosotros en un nuevo horizonte de antiguas torres cubiertas de mugre.

Aterrizamos en una nube de polvo levantado. Temeroso de que mis náuseas pudieran abrumarme por completo, saqué las restricciones de mi pecho y me tambaleé por la rampa de descenso primero.

El piloto lo había hecho bien, llevándonos cerca del borde de un enorme cráter ubicado en las tierras baldías de los cementerios de naves de Luna. Estábamos entre los cadáveres de las antiguas naves vacías, varados hace mucho tiempo y todavía buscamos chatarra. Los cascos eran titánicos, se hinchaban cientos de metros en el aire cristalino, sus ennegrecidos bastones esqueléticos contra una pantalla de estrellas claras. Por encima de todos ellos, lejos de nosotros en un horizonte oscuro, se alzaban las colosales placas de los muelles, enormes barras negras dibujadas verticalmente a través del firmamento.

El aire estaba lleno de arena, producto de venerables terraformadores Mechanicus que quemaban el núcleo del mundo. La gravedad nunca se había igualado a la normal de Terra aquí, así que cuando nos mudamos nos tambaleamos inquietos.

Ya podía escuchar el sonido amortiguado de muchas botas marchando, y los gritos de órdenes emitidas, pero nada del infierno que temía. La luz hechicera parecía haber desaparecido, pero en su lugar pude percibir el balanceo y el destello de los haces de luz, todos ellos originándose más allá de la cresta delante de nosotros.

Jek se acercó a mí y nuestros guardias trotaron a ambos lados, con las armas apuntadas en la cumbre.
-¿Qué esperas encontrar aquí?- Preguntó.
-Algo que valga la pena- murmuré, comenzando el largo camino cuesta arriba.
Ese solo casi acaba conmigo. La escalada fue de más de cien metros en el aire, y cuando me acerqué a la cima estaba jadeando y sudando debajo de mi traje. Me sentí ridículo. No había razón para que yo estuviera allí. Yo era un oficial, no un guerrero. Quizás me había estado volviendo loco. Tal vez el aire fétido del Mundo del Trono había aplastado mi cordura por completo, y ahora marchaba hacia una muerte muy esperada.
Entonces por fin llegué al pico de la pendiente polvorienta. Contuve el aliento, sintiéndome mareado, apoyando las manos en las rodillas, antes de que pudiera volver a ponerme de pie.
Yo miré afuera. Jek se paró a mi lado y miró hacia afuera. Mis guardias y mis funcionarios, todos con sus gruesas armaduras protectoras, se asomaron. Ninguno de nosotros hizo un sonido. Estaba, por una vez, completamente perdido por las palabras. Tal vez no hubo nada adecuado para decir lo que estábamos viendo. Permanecimos así durante mucho tiempo, sintiendo solo los latidos pesados de nuestros corazones y escuchando el estruendo del viento en nuestros auriculares.
Déjame hacer lo que pueda para transmitir la escena. Me temo que seré inadecuado para la tarea, pero lo intentaré.
Estábamos mirando una pendiente poco profunda, la cara interior curva de un cuenco ancho. Era enorme, tal vez veinte kilómetros de ancho, y apenas podía distinguir el otro lado en medio del polvo y el humo a la deriva. Más cadáveres de naves marcaron el contorno lejano del gran cráter, tan masivo como los que habíamos pasado, elevándose como megalitos sobre la depresión.
El paisaje era una zona humeante, repleta de cuerpos y asfixiada por las ruinas de las máquinas de guerra, todas parcialmente empañadas por la deriva del humo. Algunos de los asesinados eran tropas humanas, vestidas en el gris de las fuerzas de defensa de Luna, pero la mayoría eran mucho más grandes y más ornamentados: los Marines Espaciales, extraídos de una docena de capítulos. Vi cobalto y ébano, oro y carmesí, todos encerrados en un vasto tablero de librea. En medio de los muertos se

encontraban los vivos, golpeados y cubiertos de polvo de Luna, pero aún moviéndose con esa pesada fluidez que siempre marcó al Adeptus Astartes.
Nunca había visto tantos reunidos. Debe haber habido miles de ellos, un ejercito de guerra más allá de lo que había soñado. La mayoría estaban colocados en el cobalto de Ultramar, ese reino lejano sobre el que había leído mucho pero al que nunca viajé. Otros caminaron entre ellos como iguales: los Puños Imperiales que hasta ese día habían estado estacionados en Terra, y los Templarios Negros, Ultramarines... La lista seguía y seguía, probando el conocimiento de la heráldica que había aprendido en mi lejana juventud.
Era imposible que estuvieran aquí. Habíamos hecho una crónica y enumeramos hasta el último defensor en Terra durante meses, sabiendo que la mayoría de los Capítulos estaban luchando lejos en las profundidades del vacío. Los caminos de la disformidad estaban bloqueados y ardiendo; no podían estar aquí.
Pero no fueron los únicos. Vi criaturas extrañas para las que no tenía nombre: creaciones arcanas del Mechanicus, algunas de mayor tamaño incluso que los Marines Espaciales que acechaban a su lado. Vi santos vivos, como los de los frescos de la Eclesiarquía, flotando en medio de halos de energía serpenteante. El aire fino crujió con plasma descargado recientemente, tan tenso y tenso como la piel estirada. Mientras lo observaba, tres naves de combate *Thunderhawk* de los Puños Imperiales retumbaron en lo alto, mucho más masivas de lo que había imaginado. Los custodios, más altos que todos los demás, podían ser vistos entre la gran hueste, rodeados por los más altos montones de cadáveres rotos.
Los muertos superaron con creces a los que aún caminaban, pero estos no eran cadáveres comunes. Incluso mirarlos me hizo arder los ojos: muchos estaban adornados con altos yelmos de serpiente y tenían una armadura de lapislázuli y cobre, más fina que cualquier lujo que había presenciado en el Palacio. Entre ellos había trozos de carne antinatural, humeantes como cocinados en el aire helado. No era un estudioso de lo arcano, pero podía adivinar cuáles debían ser esas cosas, y había muchos de ellos: una legión de corruptos, mentirosos, entrelazados con los cadáveres de sus víctimas.

En el centro del cráter había una poderosa puerta en forma de arco alto. No había nada humano en la construcción de esa cosa: era un simple giro y una madeja de hueso, reluciente como carne fría, y sin embargo lo suficientemente alto como para que un Titán Sabueso (*Warhound en el original nt*) lo atravesara. No podía imaginar que hubiera estado allí por mucho tiempo, incluso en un lugar tan desolado que habría sido descubierto e investigado hace mucho tiempo, por lo que esto también debe haber sido una construcción de hechicería, vinculada al residuo del demonio que ensuciaba. El suelo del cráter.
Era un lugar de terror y asombro, una anomalía más allá de lo que había presenciado en mi larga carrera. Podría haberme quedado simplemente estupefacto ante él, viendo el espectáculo, pero en verdad estas maravillas pronto me dejaron poca impresión. Los Custodios, en cuya presencia me había intimidado tanto en Terra, no inspiraron su asombro anterior. Los miles de Marines Espaciales, los grandes defensores de nuestro Imperio, solo me dieron una sensación de majestad.
Eso no tenía nada que ver con ellos. Tenía todo que ver con la presencia en su corazón.
Comencé a moverme de nuevo, tropezando por la pendiente lejana, moviéndome como un sonámbulo. Escuché a Jek gritar, tratando de detenerme, pero no escuché. Casi no me daba cuenta de nada a mi alrededor, y apenas noté los contornos borrosos de los guerreros gigantes mientras trabajaban. No me hicieron caso. Era solo uno de los muchos funcionarios y técnicos que ahora descendían al sitio para estudiarlo y hacerlo seguro. No podían tener idea de a quién servía, e incluso si lo hicieran, supuse que le prestarían poca atención.
No sé cuánto tiempo me llevó llegar al centro. Probablemente mucho tiempo, arrastrado por el tropiezo. Eventualmente, sin embargo, vi la puerta de los xenos elevándose ante mí, y vi las estrellas debajo de su arco desdibujarse y temblar, y supe que estaba cerca.
Él estaba allí, esperando. Entonces no tenía idea de cuán lejos había llegado, ni qué peligros había dominado, pero estaba allí. Estaba rodeado de sus grandes y austeros consejeros y campeones, ninguno de los cuales me miró. Se reunieron entre ellos, mirando sus armas, cada movimiento lleno de fatiga.

Sabía quién era él. Reconocí las imágenes de los tratados devocionales. Nos habían servido esas imágenes desde la infancia, nos dijeron que meditáramos sobre ellas sin cesar, incluso que rezáramos, nos instruyeron que nunca las dejáramos fuera de nuestra mente. Los cuatrillones habían visto esas plantillas de heroísmo y reflexionaron sobre la gloria que había sido, utilizándolas como ejemplos del espíritu humano y esperando, tal vez incluso aquí, que regresarían algún día.
Nunca pensé que sucedería. No lo creía posible. Pensé que las masas eran ignorantes y débiles, y que nuestra salvación solo podía venir de aquellos poderes que aún conservamos, no de las leyendas de un pasado medio recordado.
Solo de todos los reunidos allí, se dio cuenta de que cojeaba entre los gigantes. Miró más allá de los custodios que estaban allí, con las lanzas manchadas de sangre. Miró más allá de los capitanes de los Marines Espaciales y los grotescos señores de Marte, y me miró con sus fríos ojos azules.
Podía sentir mi corazón fuera de control. Todo el lugar era como un sueño intoxicado, un fantasma enviado para drenar la última cordura de nuestros cuerpos torturados, y sin embargo no podía negar su realidad. Cuando habló, la voz tenía un acento extraño, casi ininteligible, la voz de otra época. A pesar de mi atuendo, él supo al instante quién era yo desde los sellos de la oficina en mi traje de ambiente, y tuvo cuidado de dirigirse a mí con la máxima precisión.
-Canciller Senatorum Imperialis- dijo.
Fue solo entonces que cualquiera de los otros se volvió hacia mí. Había un Capitán Escudo cerca con oro bruñido, uno que quizás debería haber reconocido, pero para entonces era un desafío simplemente permanecer consciente.
Caí de rodillas.
-El Señor Guilliman- dije, usando tanto el nombre de pila como el ceremonial, unidos en esta única alma diez mil años antes.
-¿Hablas por los Altos Señores?- Preguntó.
Asenti. Apenas podía soportar mirar esa cara: había algo beatífico y horrible al mismo tiempo, una abundancia de poder que era casi obscena.
Era de otra edad. Era un mito que había muerto.

Dio un solo paso hacia mí, extendiendo un vasto guantelete perseguido en oro y cobalto para levantarme.
-Entonces es bueno que estés aquí, canciller- dijo Roboute Guilliman. -**He estado fuera mucho tiempo. Quizás, si sus oficinas aún se extienden a tales cosas, sería lo suficientemente bueno como para mostrármelo.**



VALERIAN XIV

Ellos vinieron. Los Caballeros Grises, con quienes siempre tuvimos relaciones incómodas, respondieron a nuestra convocatoria. No sé si fue mi solicitud lo que provocó la orden, o si Valoris había sido solicitado por otros. En cualquier caso, no estábamos tan orgullosos de no poder pedir ayuda cuando era necesaria.

Hay una profunda distinción que hacer aquí. Ambos podríamos, Custodios y Caballero Gris, matar demonios. Los dos éramos inmunes a sus tentaciones a todos los efectos, y ambos fuimos efectivos contra sus muchas estrategias. Hay dos grandes depósitos de conocimiento contra el demonio en el Sistema Sol, nuestros propios archivos en la Torre de Hegemon y la biblioteca mucho más grande alojada en Titán. Estamos, como órdenes, inmersos en nuestros núcleos en la lucha contra el Gran Enemigo. Quizás, se podría decir, el Caos es la razón de nuestras dos existencias.

Y sin embargo somos diferentes. Recuerda que te dije que nunca fuimos guerreros, no exclusivamente. Ciertamente no somos un ejército, y estábamos destinados, en el esquema original, a servir en un imperio que nunca llegó a existir. Nuestros primos en la Cámara Militante del Ordo Malleus, por el contrario, fueron forjados exclusivamente para esta guerra singular contra nuestro enemigo más poderoso y duradero. No tienen otro propósito. Al igual que los Marines Espaciales de cuya plantilla fueron extraídos, son un ejército, completo y autosuficiente.

Siempre supimos de su existencia. Hay registros, privados en las profundidades de nuestros archivos, que narran su creación. Vimos, hace diez mil años, cómo se embarcaba en su último engaño. Cuando el Gran Enemigo se acercó a Terra, observamos el oscurecimiento de la luna de Saturno, y supimos que un día regresaría, su propósito cumplido.

Considere lo que significa esta historia. Sabemos que vinieron después de nosotros, la creación más juvenil, y sin embargo estaban tan

estrechamente asociados con Él como nosotros. Los dos lo miramos a Él y solo a Él como nuestro progenitor, y compartimos el mismo sentido, cultivado sobre los eones desgastados, que promulgamos Sus designios cuando todos los demás vacilan.
Hay algunos entre mis hermanos que no ven a los hijos de Titán mucho más que a los Marines Espaciales especializados, para ser considerados con sospecha como parte de esa raza cismática que nos causó tanta angustia en el pasado. Un marine espacial siempre puede fallar, creen, dado el tiempo suficiente y la razón suficiente, y por lo tanto, todos son parte de la misma cepa potencialmente aberrante.
Algunos piensan eso. Otros, y yo mismo a menudo he especulado de esa manera, cultivamos un recelo diferente. Sabemos bastante bien que fueron diseñados como su última gran arma, ajustados a una edad que previó cerca del final de su encarnación terrenal. ¿Qué pasaría si fueran ellos, no nosotros, quienes encarnaran más fielmente su legado final? Nunca escuchará a uno de nosotros decir tanto en voz alta, pero eso no significa que la sospecha no exista. Merodea por los pasillos de Hegemon como un olor desagradable, débil pero difícil de erradicar.
Por el espéculo certus sabemos que éramos los mejores y los más fieles. En el espéculo oscuro hay, como siempre, más dudas.
Tal, entonces, es la causa de la inquietud entre nosotros. En la práctica, esto rara vez resultó ser un problema, ya que generalmente no estaban en Terra y nunca estuvimos en Titán. Ahora, por supuesto, eso había cambiado. Enviaron menos guerreros de los que pedimos, menos de la mitad de una de sus hermandades. Muchos de los Caballeros Grises estaban estacionados lejos del Sistema Sol, es cierto, pero aún así la respuesta se sintió algo miserable. Deben haber sabido cuánto le habría costado a nuestro Capitán General hacer la solicitud, y era difícil pensar que el desaire no fuera intencional.
Pasaron muchos días antes de encontrarme con uno de los recién llegados. Me habían ocupado enjuiciando la defensa del sector de mi muro junto con las fuerzas de Urbo. A pesar de nuestros esfuerzos, la corriente antinatural de la violencia solo había empeorado. Surgieron demagogos, una vez enterrados rápidamente en el corazón de la ciudad mundial, que ahora crían huestes enteros de discípulos. Algunos estaban realmente corrompidos, sembraron hace muchos años y ahora estallan en frutos,

pero otros simplemente estaban engañados y desesperados, sus mentes se volvieron por los terrores en el cielo y sus estómagos vacíos. Pronto los muros fueron atacados todas las noches, y nuestras tropas estaban ocupadas vaciando sus armas láser en las hordas que cargaban.
Era un trabajo repugnante, e incluso Urbo se entristeció. Mis servicios fueron convocados para erradicar a los maestros de este desorden, y me encontré en el centro de la lucha agotadora, matando libremente a quienes protegí a distancia. Para entonces, algunos de los corruptos se habían vuelto terribles: criaturas semihumanas con las marcas del traidor en su carne. El más grande de ellos había aceptado regalos sucios, haciéndolos letales y persuasivos para las masas. Maté hombres con alas embrionarias que brotaban de sus espinas, y mujeres con colmillos, y mitad humanos mitad bestias.
Con el tiempo se hizo evidente que las zonas al sur de la Puerta del León se estaban deteriorando rápidamente. Además de las incursiones punitivas, perdimos el control efectivo de la mayoría de las regiones pobladas fuera del muro, y las antiguas catedrales se convirtieron en pozos de depravación. Cacé libremente en esos lugares, al igual que mis hermanos, pero pronto las patrullas de Urbo tuvieron que duplicarse, luego duplicarse nuevamente, y aún así fueron emboscados y destruidos por las crecientes turbas de los condenados.
Miré hacia los cielos y ahora solo veía la cáscara de sangre, una madeja carmesí que salpicaba los cielos y la hacía espeluznante. No teníamos ni la luz del sol ni el anochecer adecuado, solo un resplandor constante de locura que perseguía el sueño y hacía que los lugares sagrados parecieran las guaridas de los demonios. No podíamos alimentar ni proteger a los inocentes que permanecían en esas vastas regiones de la ciudad, y nuestros inquisidores acechaban entre las hirvientes agujas de la colmena como si estuvieran perdidos en un mundo de muerte olvidado hace mucho tiempo.
Tales fueron las circunstancias en las que conocí a Justicar Alcuin. Hubiera sido mejor, estoy seguro, haber cruzado nuestros caminos en otros tiempos. Sin embargo, las circunstancias de nuestro encuentro estuvieron muy lejos de ser ideales, y tuvieron lugar en la noche que nadie puede olvidar, solo la segunda vez en la historia que los Muros Externos fueron

violados por el Enemigo, un evento que luego se llamaría, por sus supervivientes, el Saco de la Puerta del León.
Dirigí una compañía de ataque extraída de las mejores fuerzas restantes de Urbo. Se estaban endureciendo a lo que vieron para entonces, y ahora podían darme un apoyo útil cuando nos encontramos con criaturas del éter. Doscientos de ellos despegaron conmigo desde las altas etapas de aterrizaje, saliendo de la pared bajo la cubierta vigilantes de las baterías de defensa antes de dirigirse a la ciudad más allá.
Nuestro objetivo era la zona de manufactorum al este de la gran procesión, a la vista de la Puerta del León. Una vez una orgullosa vía de trescientos metros de ancho acostumbrada a albergar desfiles militares, se había convertido en una semi ruina embrujada, ignorada por hileras de terrazas chamuscadas. Lanzamos misiones repetidas para mantenerlo despejado, principalmente para proporcionar una ruta para que las fuerzas terrestres se retiraran a las paredes desde posiciones más alejadas. Durante las horas nominales de luz diurna, condujimos a los ejércitos corruptos de vuelta a las sombras, pero a medida que caía la noche y las llamas bailaban de manera más oscura, siempre retrocedían.
Así que aquí estábamos de nuevo, rugiendo en la ciudad eterna, limpiando la suciedad de la vista de las paredes. Se sentía como tratar de sacar la marea, puñado por puñado.
Tomé una cañonera Talion a la cabeza, y la mayor parte de los soldados de Urbo me siguieron en sus Valquirias. Una vez más allá de los muros, caímos bajo, bordeando no más de cincuenta metros sobre los desiertos cañones de tránsito. Grandes paredes de colmenas se alzaban a ambos lados de nosotros, muchas todavía ardiendo hoscamente, la mayoría tan oscuras como la brea. Miles de millones aún habitaban en esos sarcófagos, aunque no me gustaba pensar en cuántos aún conservaban su cordura. De las ventanas quemadas colgaban estandartes irregulares, todas inscritas con signos de ruina. No importaba cuántos derribáramos; en cuestión de horas, reaparecerían cientos más.
-El objetivo se acerca, coronel- expresé, mirando las enormes puertas de una vieja obra de Munitorum emerger de la niebla.
-Preparación para el desembarco- pasó a sus sargentos, y las Valquirias cayeron aún más.

Urbo y yo habíamos formado una asociación efectiva. Una vez que su asombro por mí se había disipado un poco, descubrí que podía confiar en él para seguir una orden. Una vez que fue testigo de mi matanza en nombre del Emperador, descubrió que podía ser un asesino según su propio corazón. Es sorprendente, me parece, qué conexiones se pueden hacer en la adversidad.

Las puertas de la instalación estaban rotas, y a ambos lados de ellas, gruesos baluartes se elevaban en el aire parpadeante. Todo el lugar era un laberinto de fundiciones, forjas y líneas de ensamblaje, construidas hace eones cuando Terra había presumido de fabricar cosas para sí mismo, luego utilizado para reciclar equipos militares desaparecidos de demasiado alto valor para destruir y de muy bajo valor para exportar fuera del mundo.

Nuestros transportes gruñeron bajo el dintel bajo, sumergiéndonos en un mundo penumbral de ecos amortiguados. Primero salí, crujiendo sobre un suelo mojado cubierto de virutas. El resto de los hombres de Urbo se amontonaron en las Valquirias revoloteando, luego corrieron por el resonante suelo de la cámara, con sus luces montadas en las armas centelleando en la oscuridad.

El lugar era como un mausoleo colosal, con un techo alto y vacío que desapareció en la penumbra. Habían atendido a los súper pesados de Militarum aquí, me habían informado, y todavía había cadenas colgando en medio de las ruinas de los grupos de máquinas inactivos. Apestaba a aceite agrio y metal podrido.

Ya podía escuchar a nuestros enemigos. Ya no hicieron ningún intento de ocultar su presencia en esos lugares, sino que llevaron a cabo sus depravaciones como si estuvieran instalados de forma segura en algún mundo lejos de nuestro escrutinio. El hecho de que lo desafiaran me disgustaba, una blasfemia a la que ya no podía mostrar indulgencia.

Así que corrí, profundizando en las profundidades resonantes. Los elevadores de jaulas vacíos colgaban como linternas en la oscuridad, oxidándose en silencio sobre los ejes abisales. Desde delante pude oler el hedor químico de arder y escuchar el rugido de las multitudes. Vi figuras envueltas en la penumbra, pero las ignoré: la verdadera presa estaba delante, congregándose, organizándose, preparándose para lanzarse contra nosotros. Las tropas de Urbo se mantuvieron lo mejor que pudieron, pero pronto se quedaron atrás. Avancé, impulsado por mi celo

para terminar con esto, corriendo más rápido y más profundo en esos cimientos apestosos.
Irrumpí en lo que había sido un salón de actos. Las cintas transportadoras todavía estaban en su lugar, algunas con los cadáveres de los tanques de batalla al acecho como monumentos. El espacio ahora estaba lleno de masas oscilantes, todas vestidas con los restos irregulares de sus turnos de trabajo. Era un santuario a la corrupción, ese lugar: los cuerpos humanos colgaban de cadenas encerradas en el techo distante, retorciéndose en medio del aire fétido, sus ojos arrancados y sus manos sin piel. Enormes estrellas de ocho puntas habían sido grabadas en las paredes con las propias máquinas de la instalación, luego se habían embadurnado con los restos de la masacre. Además del olor a lubricantes para motores, ahora podía detectar aromas humanos: sangre, sudor, desesperación.
La multitud de rostros se apartó de mí y se dirigió hacia un púlpito de mando Mechanicus: una masa flotante de intrincados trabajos de metal, tachonada de cables y resonando con mecadendritas extendidas. Esa cosa tenía capacidad para unos veinte sacerdotes tecnológicos, pero ahora estaba repleta de diez veces más ocupantes. Se rascaban y arañaban el uno al otro, pululaban como ratas sobre él, iluminaban los cables y trepaban hacia la cumbre.
Encima de ese púlpito había un solo sacerdote con túnicas desgarradas de la Eclesiarquía, aunque los antiguos sellos del Ministorum habían sido extirpados y reemplazados por crudos signos. El sacerdote sostuvo en alto un corazón que aún temblaba en dos manos manchadas de sangre, ofreciéndolo como una bendición. Cuerpos de tropas imperiales de un centenar de regimientos diferentes yacían esparcidos por los accesos del transportador, todos con el pecho abierto y las costillas relucientes. Muchos más, aún vivos, habían sido acorralados en jaulas improvisadas excavadas en los cascos oxidados de los tanques, listos para ser arrastrados para su sacrificio por las hordas que los rodeaban.
Toda pretensión de cordura se había ido. Las miles de almas que se burlaron y gritaron ya no parecían humanas. Su piel era blanca, sus ojos rodeados de negro, sus lenguas de un rojo virulento. Los tatuajes sangrantes habían sido tallados en sus rostros con cuchillos romos, y astillas de metal golpearon los pliegues de la piel. Ya no me tenían miedo, ya no tenían miedo de nada, sus sistemas alimentaban a la fuerza

alucinógenos y estimulantes de los demagogos que los habían arrastrado a este libertinaje.
No lo dudé. Cargué contra ellos. Los atravesé, matando rápidamente y tallando un camino hacia el púlpito. Detrás de mí escuché la llegada de la primera de las tropas de Urbo, y el destello del fuego láser pronto compitió con las llamas de brasero que saltaban para desterrar las sombras. La Gnosis giró en un patrón segador, tallando a través de la carne enferma. Chillaron y maldijeron, arrojándose hacia mí. Docenas presionaron, luego cientos, arañando, con los ojos muy abiertos por la furia demente.
Ninguno de ellos tocó mi armadura. Me rodeé con un hemisferio de carne hecha jirones, una órbita de sangre arrojada que giraba y salpicaba. Me moví cada vez más rápido, mi ritmo apenas disminuyó por la metódica matanza. Me sumergí en mi estado de combate de pura concentración. No veía a esos desgraciados como objetivos individuales en absoluto, solo una bestia vasta y de muchas cabezas que se interponía entre mí y mi objetivo final. Murieron tan rápido, deprimentemente rápido, como combustible seco arrojado al horno.
Las armas pesadas estallaron, diciéndome que los escuadrones de ataque a distancia de Urbo estaban en su lugar. Los equipos de asalto se dirigieron a las jaulas, con el objetivo de liberar a la mayor cantidad posible de sus camaradas, mientras que la mayor parte de las tropas regulares atacaron a los acólitos.
Estaba cerca del púlpito para entonces, y podía sentir el aire espesarse, tal como lo había hecho en la catedral de la reliquia. Los gritos aumentaron, las llamas saltaron más alto. El sacerdote sacrificó a otra víctima que luchaba en su falso altar, incluso cuando yo me acerqué al campo de tiro, ajeno a todo, excepto al rito que estaba orquestando. Para entonces pude ver cuántos habían sido asesinados: había montones de cráneos, manchados de sangre y carnosos, apilados más allá del púlpito como el tesoro de un conquistador.
Tiré a Gnosis con un fuerte golpe cruzado, despejando espacio para saltar. Mientras lo hacía, el aire que tenía delante se abrió, sacudido por una repentina explosión de energía helada, que derribó a los que aún aullaban y se abrigaban, y causó que el púlpito se sacudiera violentamente. Cinco claros haces de relámpagos ardientes cayeron del vacío sobre nosotros, cristalizando en los contornos de guerreros gris plateados con alabardas de

fuerza y martillos de guerra crepitantes. Se estrellaron contra el corazón del enemigo, dispersándolos con la fuerza de su llegada antes de estallar instantáneamente en un movimiento asesino coreografiado.
Me adapté, evaluando cómo los recién llegados se entrelazaron con mi asalto, midiendo velocidades e impactos. Pronto estábamos luchando juntos, abriéndonos paso y arrojando los cuerpos aplastados y rotos hacia los transportadores. Cerramos la brecha, saltando a la plataforma alta del púlpito.
Mi espada fue la más rápida. Llegué a la plataforma alta a tiempo para ver al sacerdote arrancar el corazón vivo de una víctima final. Bajé a los guardaespaldas llenos de estímulos que se esforzaron por atacarme e incliné a Gnosis para descargar. El sacrificio humano fue arrojado a un lado, rebotando torpemente por la pendiente de los cráneos.
El sacerdote me sonrió. Sostuvo el corazón en alto y lo aplastó entre sus dedos, empapando su cabeza calva en un torrente de sangre líquida.
-Ya ves, sin embargo, hemos hecho lo suficiente- me dijo.
Mi proyectil lo golpeó en el pecho, haciéndolo volar desde la plataforma. La carga se encendió mientras estaba en el aire, abriéndolo y enviando sus extremidades cortadas a la multitud.
Los Caballeros Grises se unieron a mí. Su armadura gris acero todavía chisporroteaba desde los extremos de la teletransportación, y las balizas de cuadrangulares en sus hombros palpitaban con poder residual. Cuatro de ellos portaban poderosas cuchillas que crujían con una carga disruptiva de neón azul, mientras que su líder portaba un pesado martillo de guerra con runas de pureza.
-Llegamos demasiado tarde- dijo su líder.
Me volví hacia él. La sala ahora estaba confundida, las turbas huían del avance de Urbo y se lanzaban a las voleas láser como ganado sobresaltado.
-¿Qué quieres decir?- Pregunté. -**Los mataríamos a todos ahora; al amanecer, este lugar sería purgado de su corrupción. Esto ha terminado aquí.**
Su yelmo estaba cubierto de una sucia película de sangre marrón, todas excepto las lentes, que brillaban con fuego azul. Podía sentir la esencia psíquica irradiando desde su núcleo. Era como el calor, que se filtraba de cada gesto. Era quizás una cabeza más baja que yo, un poco menos corpulenta. Su armadura fue limpiada en bruto donde la mía estaba

adornada, y sus movimientos fueron un poco más lentos, aunque cada parte de él estaba impregnada de la potencia arcana de la disformidad.
-Todavía no- dijo, manteniendo el brillante campo psíquico activado sobre su gran cabeza de martillo. -**Custodio, ahora la tormenta estalla.**
Incluso antes de que terminara de hablar, las paredes comenzaron a temblar. Las pesadas cadenas se balancearon, primero suavemente, luego cada vez más violentamente. Con un chillido y un gemido, los transportadores comenzaron a moverse, sus pieles tamborileando. Un estruendo estalló debajo de nosotros, una molienda de tierra contra tierra, casi demasiado baja para ser escuchada, pero luego las reverberaciones resonaron en nuestros huesos.
Los hombres de Urbo seguían luchando. La masa seguía viniendo hacia ellos. Los mortales parecían insensibles a esto y, sin embargo, podía sentirlo: la acumulación, la hinchazón y el bulto de algo que se deslizaba, se extendía y se convertía en realidad.
Esto fue algo acumulativo. Esto fue algo exponencial.
-Sentiste esto- dije, sonando más acusador de lo que pretendía.
-Debemos irnos- fue todo lo que dijo el Caballero Gris.
Las paredes estaban agrietadas. Los cimientos estaban cambiando. Miré hacia el salón de actos y vi que su suelo comenzaba a temblar, vibrando como arena.
-Retírate- le ordené a Urbo por encima de la voz. -**Sal ahora. Ve a tus naves.**
Sus fuerzas cumplieron instantáneamente, retrocedieron por donde habían venido. Miré hacia arriba. Había escaleras que conducían a la pared del fondo, abrazando los paneles de adamantium y corriendo hasta el techo distante. El caballero gris vio lo que le propuse y asintió.
-Eso es aceptable- dijo.
Luego nos movimos de nuevo, saltando desde el púlpito y corriendo por un paisaje pesado de metal roto. Sentí las cubiertas romperse bajo mi banda de rodadura. Dondequiera que aterrizaban mis botas, se revelaba un resplandor rojo, como si pisáramos magma. Ahora podía liberar todo mi poder y correr a toda velocidad. Los Marines Espaciales mantuvieron el ritmo y los seis atravesamos el pasillo en desintegración. A medida que avanzábamos, enormes trozos de hierro cayeron a nuestro alrededor, rompiéndose y penetrando profundamente en las bóvedas de abajo. Una

de las placas del tanque fue golpeada e inclinada directamente hacia los abismos cada vez más profundos.
Llegué a la escalera y ascendí, saltando cuatro escalones a la vez. Nos levantamos rápidamente, incluso cuando las paredes se doblaron. La luz roja como la sangre inundó la cámara, los ejes de ella se inclinaban por cada escombro en el edificio que nos derrumbaba. Tuve una visión de toda la estructura colapsando mientras corríamos a través de ella, las toneladas y toneladas por encima de nosotros cayendo en un derrumbe de ruina.
Salté a un lado, mis movimientos gobernados por la intuición, evadiendo por poco una columna que se estrelló contra el polvo. Nos agachamos y nos balanceamos por las galerías en desintegración, bañadas por nubes de escombros. El ruido se volvió increíble, un rugido como los océanos olvidados. Tuve una última visión de las bóvedas sobre la cámara de montaje, implosionando por completo, plegándose en los pasillos de abajo, antes de llegar al portal hacia el exterior. Corrí a través de él, seguido por los demás, incluso cuando la plataforma debajo de nosotros se cayó y se hundió en el vórtice de colapso.
Salimos a un puente alto y estrecho hacia los niveles de las agujas y seguimos corriendo. Detrás de nosotros, la inmensa instalación de Munitorum se abrió con centelleantes rayos de luz roja, expulsados de su perfil de oscuridad. Lentamente, agonizante, como una montaña consumida desde adentro, los grandes contrafuertes se plegaron sobre sí mismos y las torres se derrumbaron. Escuché explosiones desde muy lejos, el auge de la piedra torturada cedió a las presiones tectónicas y las columnas de humo se elevaron hacia el cielo.
El puente comenzó a balancearse, sus amarres se separaron de sus armaduras. Delante de nosotros había otro portal colocado frente a una torre de colmena con una corona bifurcada. Lo hicimos, desviándonos y agachándonos incluso cuando lloviznaban masas de metal fundido a nuestro alrededor. Tenía una impresión borrosa de que todo, las torres, las cúpulas, las grandes estaciones de defensa, se desmoronaban, como si toda la creación se dividiera en pedazos a nuestro alrededor. Me fijé en el objetivo, una amplia plataforma de hierro pesado y adamantium alojado en lo alto en la cara oeste de la aguja bifurcada, y cerré todo lo demás fuera de mi mente. Cuando el puente finalmente se liberó de sus ataduras,

nos lanzamos al aire, navegando a través de vientos salpicados de fuego antes de atravesar con fuerza la cubierta sólida que tenía delante.
Detrás de nosotros, el puente se retorció como una serpiente sin cabeza. Su columna vertebral se rompió, se balanceó cuando la gravedad la absorbió en las hambrientas fauces del cataclismo. Otro velo imponente de polvo se levantó al otro lado del cañón, iluminado desde adentro por nuevas detonaciones. El rugido sónico superpuesto se convirtió en ampollas, abrumando incluso mis receptores auditivos y haciendo temblar mi visión.
Miré hacia el oeste, hacia donde la avenida procesional conducía hacia la Puerta del León. Tan bien preparado como estaba, tan condicionado como estaba, apenas podía dar crédito a la evidencia de mis sentidos. Por un momento terrible, atrapado en esa agitación sísmica, perdí cualquier sentido de ubicación, de conexión a tierra segura. El centro primordial había sido cortado.
La Terra que conocía se había ido. Gotas de llamas sibilantes brotaron de las vías de tránsito y los profundos cañones, lamiendo los costados de las torcidas agujas. Las llamas eran imposiblemente enormes, conflagraciones fusionadas que tronaron en las alturas sin aire. Podía distinguir la pared al otro lado de la noche sacudida por el calor, borrosa por las nubes hirvientes de cenizas ardientes. Pude ver los pináculos de las basílicas empujando hacia el cielo como lanzas de ébano. Los cielos mismos se habían encendido, doloridos por la caída de la iluminación y desgarrados por el rugido de voces inhumanas. Vi docenas de grandes edificios, todos con miles de años de antigüedad, disueltos en polvo ennegrecido, divididos por los rituales realizados en sus corazones. Un odio psíquico absoluto y sobrenatural, crudo y condensado en una terrible pureza, inundó las antiguas almenas y torres como los vendavales de una vorágine.
Los Caballeros Grises estaban a mi lado, su armadura se volvió carmesí por la luz impía. Su Justicar miraba impasible el cielo nocturno.
-Fragmentos de Kharneth- entonó, sombríamente.-**Así que realmente se atreven.**
Podíamos ver a través de los antiguos puertos vacíos de la Puerta del León: enormes extensiones de plataformas de aterrizaje de roca y torres de mando, entretejidas con profundos abismos donde esperaban los elevadores de naves. Incluso en épocas normales era un lugar desolado,

marcado por el respeto de la eclesiarquía y dejado al descubierto para que los vientos los golpearan, pero ahora era una visión diabólica de tormento. Las grandes placas de adamantium estaban agitadas. Columnas de incandescencia líquida escupieron de las rupturas y se elevaron hacia los cielos llorosos.
-La pared- dije, preparándome para bajar corriendo del flanco de la aguja.
Sin embargo, antes de que pudiera moverme, sonó un inmenso estallido, golpeando las caras de las agujas y rompiendo sus ventanas de reloj de arena. La brillante lluvia de fragmentos cayó en cataratas, refractando el aura carmesí y extendiéndola en ríos de rubíes.
A través de esa inmensa vista, vi solidificar las columnas de llamas. Cada punto de luz espeluznante comenzó a intensificarse, miles de ellos, decenas de miles, hasta que la gran llanura se parecía a un campo de estrellas propio, un espejo ensangrentado al que circulaba sobre la barrera de nubes.
Aullaron cuando nacieron. Solo podía ver cómo se desgarraban en instancias, primero decenas, luego cientos, luego más y más hasta que todo el paisaje estaba hirviendo con embriones de demonios. Los niños de la pesadilla se estiraron, bañados en llamas de nacimiento, sus cuerpos extendiéndose hacia arriba y hacia afuera, sus mandíbulas dilatadas en agonía natal, sus espaldas engendrando espinas. Abrieron ojos negros sobre negros, azotaron con lenguas prensiles, salieron tambaleándose de capullos en llamas, croando por las cuerdas vocales que ya estaban rígidas y recogiendo cuchillas que surgieron de la carne de la costra.
Estaban en filas. Era un regimiento infernal, cada uno una cohorte sacada del reino de los espejos, floreciendo y desplegándose hasta que una hueste de guerra entera se paró frente a nosotros. Pronto ya no pude contarlos: un ejército de Nunca Nacidos, llenando todo el puerto vacío de extremo a extremo, derramándose más allá de sus límites y dentro de los abismos y torres más allá, todos coronados por el rayo, todos manchados de sangre, todas blasfemias gritando en las agujas. de la sagrada Terra.
Luego, los horrores más grandes se liberaron de los grilletes del mundo entre ellos: gigantes con cien ojos, sabuesos con collar de hierro que esclavizaban y tiraban de sus gruesas cadenas, monstruos cuasi mecánicos con ojos ardientes y chimeneas encorvadas; cada vez más, saliendo de la tierra atormentada, exhumada en medio de cataclismos de éter.

Y finalmente, en la cúspide, desplegó el más grande de todos. Surgieron con bramidos astillados que aniquilaron el muro de roca a su alrededor, elevándose en avatares de detritos arremolinados, cada vez más altos, hinchándose y reafirmándose en colosos de músculos bruñidos y latón ennegrecido por llamas. Inmensas alas de murciélago se fusionaron, empujaron hacia afuera, se estiraron y se enredaron para vencer a los cielos desgarrados por las llamas, hechos jirones y tachonados con cadenas y haces de calaveras. Enormes cabezas levantadas en lo alto, cada una coronada con gruesos cuernos retorcidos y distendidos con mandíbulas colmadas. Poderosos cascos hendidos estampados, abriendo el suelo en canales de sangre sibilantes. Las hachas de dos manos surgieron, coaguladas por el espeso humo antes de extenderse en placas de acero de doble cara, deformadas por disformidad, grabadas con runas de finalización y destellando con las estrellas reflejadas de otro avión. Látigos de púas ondularon a través de las llamas, vastas, rizadas y azotando con su propia visión infernal.

Devorador de Almas (*Bloodthirsters en el original nt*). Ocho de ellos. Forjados a imagen de los temores más antiguos de la humanidad, las encarnaciones de la furia de batalla y los avatares de la sed de sangre, estos eran titanes de ruina nacidos de mitos. Cuando salieron, el horizonte se estremeció. Cuando sus piñones se rompieron, las llamas se volvieron más fuertes. Envuelto en un rayo, adornado con llamas de bordes negros, envuelto en la marejada de la tormenta, el más poderoso de los poderosos vasallos del Dios de la Sangre levantó sus vastas mandíbulas hacia el cielo y rugió.

Las nubes sobre nosotros estallaron, enviando canales martillantes de lluvia carmesí golpeando la tierra. El ejército de Demonios gritó, arremetiendo con sus cuchillas enganchadas, un coro de éxtasis salvaje desatado en un mundo que habían codiciado desde los albores de la historia. Por un momento pareció como si los cielos hubieran formado la imagen de una cara gigante con cuernos, tan vasta como el Palacio mismo, virando en incipiente triunfo, antes de que la lluvia de sangre arrasara la visión.

El muro estaba más allá de ellos, gigantesco y con cicatrices de batalla, más alto que cualquier torre de colmena y superado por la mayor concentración de defensas en todo el Imperio. Por primera vez, lo miré y vi

en verdad lo frágil que era. Fue una creación de hombres contra la infinita malicia de los dioses. La instancia de los Demonios, las inteligencias inmortales del éter eterno, surgieron hacia él ahora, sedientos de romper los parapetos en los que habían caído antes.
Antes de darme cuenta, estaba corriendo de nuevo. Estaba derribando nuevas escaleras y saltando de plataformas, subiendo a toda velocidad. Mi espada estaba gruñendo, encendiendo llamas doradas bailando en medio de la sangrienta oscuridad. A mi alrededor llegaron los Caballeros Grises, fantasmas plateados en la penumbra, sus propias armas brillantes de zafiro.
Sabía que cada uno de mis hermanos estaría haciendo lo mismo. Todos los que estaban en el muro y todos los de la ciudad eterna estarían corriendo para enfrentar esto, para llevar sus espadas, para cortar la carne de disformidad que ahora se levantaba para extinguir todo lo que habíamos jurado preservar.
Y mientras corría, solo un pensamiento me poseía, me animaba, me conducía hacia las fauces de la perdición viviente.
No podemos fallar de nuevo.



ALEYA XV

La Abundancia Duradera de la Nave Negra se quemó por el vacío, llevando a bordo su carga prevista. El Cadamara apareció en su estela, flanqueado por una mini flota de naves similares con capacidad de disformidad, una colección maltratada de cascos en gran parte destartalados que trabajaron para permanecer en la estela de la nave más grande.

No me di cuenta de lo cerca que habíamos llegado. Había estado tan consumida por la supervivencia que nunca había apreciado lo notable que había sido nuestro progreso: cuando fuimos interceptados estábamos dentro de una etapa de deformación del Sistema Sol. Tuve que entregárselo a Slovo. A pesar de sus gemidos y su fragilidad física, nos había guiado de manera superlativa, aunque era difícil saber si habría podido aguantar esa última pierna traicionera.

Sin embargo, nuestra proximidad a la meta fue lo que nos salvó. Liga de las Naves Negras había estado en su arco mundial natal, traído de vuelta al centro justo antes del impacto total de lo que Navradaran, en un eco de las palabras de Slovo, llamaba la Gran Grieta, la catástrofe que había dividido la galaxia por la mitad. Originalmente, la Nave Negra no había sido programada para regresar al Mundo del Trono durante otros tres años, pero Navradaran la había abordado y le había dado nuevas órdenes al capitán: su carga más preciada ya no eran los psíquicos encadenados que se enfurecían y sollozaban en sus bodegas, sino las guardianes que los custodiaban.

Pero no se había contentado simplemente con eso, y había dirigido la nave en un curso errático de regreso a Terra, observando cada convento conocido o rumoreado de cazadoras de brujas en el subsector antes de establecer el rumbo directo a casa. La nave nunca había llegado tan lejos como Arraissa, pero otros les habían contado de nuestra existencia, por lo que sus astrópatas se habían concentrado en el éter, en busca de los

últimos restos para recuperarse antes de volver a su origen. De alguna manera, se aferraron a nosotras y aprovecharon la oportunidad para atraparnos. Si los superamos y tratamos de hacerlo solas, sospecho que ya estaríamos muertas.

Nunca había visto una nave así antes. Era enorme, más de veinte veces más grande que el Cadamara, y obviamente antiguo. Apenas podía leer las inscripciones góticas arcaicas sobre las muchas puertas de las celdas, tan misteriosas eran las cadencias y el vocabulario. Todo el recipiente estaba cubierto, los lúmenes se mantenían bajos y los pasillos cubiertos de oscuridad. El término Nave Negra no era figurativo: cada parte del mismo estaba formado por metal de ébano, ligeramente reflectante, adornado y tachonado con patrones de protección contra la corrupción. Grandes sumideros de éter ocuparon la mayor parte del casco inferior, vibrando con procesos constantes de Geller para descargar y expulsar la acumulación de energía psíquica a bordo. La enorme tripulación, tres veces más de lo que hubiera estado presente en un acorazado similar de la Armada, supuse, rondaba los pasillos sin cesar. La mayoría eran humanos normales, con la marca inconfundible de psico-condicionamiento y empuñando armas extrañas que no reconocí. Algunos, sin embargo, eran espacios en blanco. Y algunas de ellas, como yo, eran anatema psykana.

Mi primer pensamiento fue que quizás conocía a algunas de ellas. Quizás había otras refugiadas del convento de Hestia. No tardé mucho en desengañarme de esa esperanza. Se trataba de una mezcla de refugiadas mestizos de la Liga de Naves Negras, o bandas de guerra inquisitoriales, o conventos dispersos de los que había sido parte. Éramos cuarenta y cinco en total, extraídas de doce unidades diferentes, cada una con su propia armadura e insignias e historias amargas.

Una vez que tuve la oportunidad de adaptarme a mi nueva realidad, Navradaran me explicó la situación. Había sido enviado al vacío, al igual que otros de su orden, siguiendo las órdenes de su Capitán General. El éter se había vuelto más turbulento durante décadas, y los presagios del desastre habían aumentado en intensidad. Las Hermanas del Silencio, después de haber sido dejadas en la memoria, fueron reunidas nuevamente. Las acciones finales se habían tomado justo a tiempo, más tarde, y la Grieta habría hecho imposible tal reunión. Aun así, sospechaba muchos cientos de conventos y las Naves Negras permanecían varadas en

el extremo opuesto, aisladas de la luz del Astronomicón e incapaces de forzar el paso a casa.
En cuanto a nosotras, estábamos un poco mejor. La Abundancia Duradera tenía un cuadro de veinte Navegadores, casi todos más fuertes y saludables que Slovo. Toda la nave estaba protegida y reforzada contra el ataque demoníaco, con una tripulación de miles entrenados desde el nacimiento para detectar la más mínima manifestación del empíreo, por lo que habían avanzado mejor que nosotros. Aun así, Navradaran me dijo que no podían permanecer en el vacío por mucho tiempo. Cada salto aumentaba en peligro, y habían perdido a tres de sus Navegadores a la locura en el último recorrido. Él profesó sorpresa de que hubiéramos durado tanto como lo habíamos hecho, y aún más sorpresa de que hubiéramos logrado trazar una ruta en ausencia de la guía del Astronomicón.
No le conté sobre el mapa, que permaneció bajo vigilancia en el Cadamara. En verdad, dudé si había sido lo que nos había salvado en absoluto: Slovo afirmó que había sido una brújula pobre y que habíamos avanzado en gran medida por la suerte y el instinto, pero aún así no deseaba tener su presencia. Era lo único que había sacado de las ruinas de mi vida pasada, y estaba segura de que su existencia significaba algo significativo, pero solo compartiría eso con alguien en quien pudiera confiar.
Podrías pensar que fue una tontería, dada la situación, y tal vez lo fue, pero debes recordar esto: estaba furiosa. Mi ira con el universo, que siempre había estado allí, siempre burbujeando, había estallado. Vi en la Abundancia Duradera exactamente lo que podría haber sido, si el Imperio no hubiera perdido la fe inexplicablemente en nosotras. Vi los enormes recursos, una vez puestos bajo nuestro control directo, que las viejas Hermanas del Silencio habían confiado en administrar. Miré la placa de batalla fabulosamente decorada de este Custodio, y vi el asombroso equipo que usaba, miré mi armadura astillada y pensé en mi lanzallamas oxidado.
Cada vez que conversábamos, siempre en Marcaideas, sentía que el resentimiento nublaba todo.
No estabas peleando, quería decirle. Estuvimos aquí, todo el tiempo, olvidadas y dejadas para valerse por nosotras mismas. Permaneciste detrás de las paredes, tratado como dioses. Y ahora presumes de reunirnos en

Terra, benéficos e indulgentes, como si hubiéramos sido niñas voluntarias listas para ser regañadas.
No se lo expresé, no con tantos signos, pero debe haber detectado mi furia latente, porque no era estúpido. El arsenal de la nave era enorme, y estaba equipado con una mejor armadura y mejores armas. No eliminó la sensación de injusticia, pero me hizo sentir más letal. Me vestí con una armadura dorada con una rica capa morada, tal como lo habían usado mis predecesoras, y reemplacé mi viejo yelmo por una con rejilla de auramita pura. Puse mi lanzallamas a un lado y tomé una gran espada. Era un arma alta, casi tan alta como yo, pero la extravagancia me atrajo.
Todos a bordo pasamos largas horas entrenando. Había otros Custodios junto a Navradaran, y trabajaron obsesivamente en las jaulas de práctica. Tenía que admitir que eran impresionantes de ver. Se movieron increíblemente rápido para su tamaño, y supuse que habrían sacado ese Legionario Negro en Arraissa mucho más eficientemente que yo. Los estudié durante mucho tiempo, tratando de no ser demasiado envidiosa, y con frecuencia fracasaba. Llegué a odiar su tranquila y firme resolución. Nunca se quejaron, nunca se enojaron. Todo con ellos fue pulido y reverente, como diplomáticos de alguna manera en los trajes de guerreros. Podría haber pensado que eran autómatas si no hubiera visto la forma en que movían una espada. Trono, incluso hablaban bien, y me trataron con una cortesía y consideración tan implacables que quería gritar.
Ese era el problema central: necesitaba una excusa para odiarlos y no me daban una. Así que hice lo que hicieron, tomé mi espada y trabajé hasta el agotamiento. Absorbí todo lo que pude de todos ellos: los Custodios, mis hermanas, incluso el mando de la guarnición mayor de la Nave Negra, absorbiendo lo que mi aislamiento me había impedido aprender durante todos esos años.
No sé cuánto duró ese viaje. Se sintió como semanas, pero el tiempo en la disformidad pasó tan extrañamente como siempre y eso podría estar mal. Navradaran estuvo seguro todo el tiempo de que íbamos de regreso a la guerra. Me lo dijo una y otra vez.
-Terra ya estaba en el filo de un cuchillo cuando me fui- me dijo. -**Hubo portentos, pero nos llevaron por mal camino. El Consejo estaba dividido, y Valoris podía ver más claramente que nadie que nos dirigíamos a la**

crisis. De ahí esta cosecha- Sonrió disculpándose. -**Mis disculpas, eso suena irrespetuoso, pero entiendes mi significado.**
Podría haber golpeado su cara grande y elegante. Ahora nos necesitaban. Ahora nos querían. Supongo que eso fue lo que Lokk había captado, demasiado tarde para ser útil. Al parecer, el enemigo sabía más que nosotros: de una forma u otra alguien habría venido por nosotras, y solo nosotras mismos habíamos ignorado hacia dónde se dirigían las mareas.
Sin embargo, existe un límite para la cantidad de resentimiento en el que puede caer. Después de todo, era un sirviente del Emperador y, a pesar de todo el comportamiento irritante de Navradaran, no tenía dudas de que tenía razón sobre el momento de la crisis. La galaxia se había dividido en dos y el Astronomicón se había ido. La mitad de mí esperaba llegar a Terra para encontrar que ya estaba desperdiciado, no es que hubiera revelado ese pensamiento a mis compañeros más piadosos.
Entonces, en los enfoques finales, cuando la Abundancia Duradera se estrelló contra la furiosa disformidad como un cetáceo revolcándose en el petróleo crudo, sus motores chisporroteando y su antiguo casco crujiendo, no hubo ilusiones. Nos vestimos, preparamos nuestras espadas, preparamos los módulos de aterrizaje.
Estábamos viajando al infierno, eso lo sabíamos.
Pero nada podría haberme preparado, en realidad no. Puede que no tuviera alma, pero tenía intelecto y emociones, y ninguno de ellos ayudó con lo que encontramos una vez que rompimos el velo.
La Abundancia Duradera ardió hacia dentro desde el punto de Mandeville a toda velocidad, pateando impulsos de plasma en el momento en que la burbuja de deformación se abrió. El resto de la flota lo logró, agrupados para hacer el mejor uso de la navegación y el poder superiores de la Nave Negra.
Nunca vi nada de esto. Ya estaba en mi módulo de aterrizaje: una gran losa de adamantium colgada debajo de una gran garra de lanzamiento en el casco exterior. Estuve allí con cuatro de mis hermanas. Una de ellas, Reva, había venido de un convento como yo, uno basado en el mundo agrícola de Ertecia, y compartía gran parte de mi furia de combustión lenta por la forma en que nos habían tratado. Las otras tres eran tripulantes tomados de la Liga de Naves Negras, y se declararon incapaces de comprender nuestro descontento persistente. Eran mujeres extrañas, de rostro

sombrío, y dudaba que hubieran sido agradables incluso si hubieran poseído almas.
Más tarde descubrí que nuestra entrada casi había terminado, hecha pedazos en el costado del crucero imperial en su constancia manifiesta. Al parecer, la Abundancia Duradera no tenía la intención de reducir la velocidad de los desafíos, y fue solo la presencia de Navradaran sobre un enlace helado lo que nos impidió ser aniquilados antes de siquiera haber visto el Mundo Trono.
Todo el sistema, se hizo evidente, ya estaba en crisis. El cordón naval era enorme, pero algo había llegado a las tripulaciones. Las naves habían chocado, las estaciones de defensa se habían visto invadidas por brotes espontáneos de locura, las bobinas de energía se habían sobrecargado y borrado plataformas de armas enteras. La mayoría de los cruceros de batalla realmente pesados ya habían sido retirados a la órbita de Terra, por lo que una verdadera cabalgata de naves voladoras pesadas se abría camino hacia el centro del sistema, volviendo a la fuente para ayudar en la incursión que los había evitado a todos y golpeado.
No podía saber nada de esto, por supuesto, encerrada ya que estaba en la estrecha bahía de la tripulación del módulo de aterrizaje. Todo lo que pude sentir fue el traqueteo de la cubierta de metal prensado cuando las puertas exteriores de la Nave Negra comenzaron a abrirse en voladizo. En circunstancias normales, nos habría llevado días negociar los tortuosos enfoques del espacio orbital de Terra. Ahora estábamos haciendo todo el viaje en cuestión de horas, impulsado por gigantescos motores funcionando a toda velocidad. Era como llegar a una gran ciudadela y encontrar que no había nadie en casa, las almenas tripuladas por fantasmas y locos.
Cuando el gran rugido de las unidades de plasma comenzó a disminuir, supimos que habíamos llegado. Sentí que el módulo de aterrizaje se alejaba, llevado y bajado por los enormes brazos extendidos. Me imaginaba cómo se veía desde el exterior: una astilla de metal surgió repentinamente del abrazo de la armadura exterior negra resbaladiza de la Abundancia Duradera, diminuta contra su bulbo.
Runas aparecieron frente a mí, colgando en el aire de la perla de fundición de litio de mi armadura. Todavía no me había acostumbrado a estos trucos, estos pequeños dispositivos del espíritu máquina que hicieron que mi

equipo actual fuera mucho mejor que las armaduras con las que había estado acostumbrada durante tanto tiempo.
Solo necesitaba estudiar algunas líneas.
Palacio Imperial bajo asalto activo. Concentración de fuerzas en la intersección principal de la Puerta del León. Se están enviando coordenadas a sus módulos de aterrizaje. Respuesta de defensa en curso. Caiga en el planeta y enlace con los activos que ya están en el lugar. El emperador guía tus espadas.
Todo sucedía muy rápido. Teníamos nuestros escuadrones asignados, nuestras líneas de mando desarrolladas durante los días anteriores. La mayoría de los que estaban a bordo habían estado en tránsito por más tiempo que yo, por lo que el impulso no había sido tan repentino, pero aun así me sentía apenas preparada.
Miré a Reva.
¿Lista? Señale.
Siempre. ¿Tú?
Por supuesto que no.
Ella sonrió y me gustó lo que vi. No podía ver su boca, solo sus ojos, pero brillaban con auténtica alegría.
Algo pesado salió debajo de nosotras, y el módulo de aterrizaje tembló. Tuve la repentina impresión de que colgábamos como una hoja en otoño, temblando con el viento frío antes de ser arrancados de la rama.
Luego, los cerrojos retrocedieron, los propulsores del módulo de aterrizaje cobraron vida y nos arrojaron a nuestro vertiginoso descenso.
Me golpeé contra mis restricciones, al igual que mis compañeras. Nos sacudimos y juzgamos, envueltas en el rugido numinoso de esos impulsores increíblemente poderosos. Pronto un rugido mayor alcanzó incluso a esos, y la temperatura de mantenimiento comenzó a aumentar.
Cambié a una alimentación externa táctica, y un enlace de video de nuestro progreso se convirtió en una vida desigual a través de una de las lentes montadas en el techo. La vista delantera estaba ardiendo. Por un momento pensé que algo nos había prendido fuego, pero luego me di cuenta de que estaba mirando la troposfera del mundo entero. Los fuegos eran inmensos y etéreos, tan poco naturales como las llamas falsas conjuradas por los shedim, pero presumiblemente aún mortales.

Tuve una rápida visión de otras naves en nuestra trayectoria: aterrizadores de intercepción en forma de lágrima, ataúdes blindados más voluminosos como el nuestro, incluso naves de guerra navales en ángulo pronunciado, antes de que las nubes ardientes corrieran para envolvernos.

El módulo de aterrizaje pateó y saltó cuando golpeó la turbulencia, y nos arrojaron como paja en la trilladora. Mi cabeza se estrelló contra mis restricciones, abriendo un corte que corría desde mi ceja hasta mi mejilla.

Primera sangre en este cubo de óxido, pensé sombríamente, tratando de limpiarlo.

Caimos hacia la tierra, y los propulsores de guía del módulo de aterrizaje nos empujaron hacia abajo y hacia abajo en una inmersión casi vertical antes de eventualmente patear en un explosivo contraataque. Las vibraciones se volvieron hematomas, el ruido ensordecedor, la desaceleración aplastante.

Golpeamos el suelo con un poderoso crujido, e inmediatamente las puertas de la tripulación se abrieron de golpe. Mis restricciones volvieron a sus surcos, y nos estábamos moviendo, saltando de nuestros asientos y alcanzando nuestras armas.

Primero salí corriendo por la rampa con Reva en mi hombro.

Fue entonces cuando vi por primera vez Terra, durante tanto tiempo la inspiración distante de todo lo que había hecho. Santa Terra, el hogar de los santos y el lugar del Trono. El destino de todos los peregrinos y el origen de nuestra especie.

Podría haber vomitado. Podría haber llorado, y habría hecho las dos cosas, sin duda, si la locura y los demonios a mi alrededor no se hubieran atacado e intentado matarme.

Entonces hice para lo que me habían traído. Maté.



TIERON XVI

No recuerdo mucho de esa primera reunión, en lo alto de la nada de Luna, rodeada por las tumbas de las naves espaciales. Estaba abrumado por su presencia, supongo, así como por mi edad y fragilidad. Todo lo que tengo de ese primer encuentro breve son las impresiones que me dejó.

No sé cuánto tiempo le llevó llegar hasta nosotros. Nunca me enteré después, tampoco. Escuché fragmentos de aquellos que se convertirían en los grandes poderes de nuestro nuevo Imperio, y apenas podía creerlos a pesar de que no tenía motivos para dudar de los que hablaron.

En los años futuros, nuestros académicos pueden reconstruir cuál fue la secuencia de los eventos y asignarles señales de fecha oficiales. Mi propia suposición es que Cadia cayó meses antes de que nos diéramos cuenta, y que la Gran Grieta se abrió mucho antes de que sus efectos nos alcanzaran en Terra. Los rumores han llegado a mis oídos sobre los vínculos entre los eventos en el Ojo y la resurrección del primarca en Ultramar distante, aunque no puedo entenderlos adecuadamente, y sospecho que hay muchas cosas que me condenarían como un hereje si yo fuera perseguirlo.

A pesar de todo esto, me quedó claro que el viaje emprendido por el Señor Guilliman había sido arduo en extremo, una cruzada que lo había llevado a la mitad de la galaxia, incluso cuando se desgarró. Supongo que el tiempo pasó para ellos de manera muy diferente, porque cuando hablaron de esa peregrinación, dieron la impresión de meses a la deriva en las corrientes del éter, luchando contra enemigos que apenas podía comprender, y mucho menos imaginar.

No habló de eso cuando nos conocimos, por supuesto. Ninguno de sus capitanes o asesores lo hizo. Acababan de librar una terrible batalla en ese lugar, y su discurso estaba cargado de cansancio. Nunca descubrí exactamente quién peleaba allí: nadie que lo supiera me lo diría, y entendí lo suficiente de la ley imperial y la costumbre de no presionar sobre el asunto.

Debemos haber intercambiado algunas palabras más. Debo haberle dicho quiénes eran los Señores de Terra y qué había sucedido para traer tanta confusión al mundo de su creación. Debo haber tratado de decirle algo de lo que habíamos estado tratando de hacer: traer a los Adeptus Custodios a la guerra, reformar nuestros ejércitos en algo que pudiera oponerse de manera más efectiva, aunque me pregunto si encontró tales reflexiones cómicas o irritante.

Era difícil mirarlo directamente. No sé por qué fue eso. Era como si la luz reflejada en su rostro viniera de una fuente que nos fue negada, un sol que ninguno de los que lo vieron podía ver.

Habló suavemente. Era razonable, incluso solícito. Cada orden que dio se emitió de la misma manera tranquila y autoritaria. Todos lo obedecieron al instante, no solo los Marines Espaciales que compartieron su linaje, sino también las construcciones Mechanicus, los santos vivos que acompañaron esa extraña cabalgata, incluso los Custodios enviados desde Terra. Entonces se sintió como si lo hubiéramos estado esperando durante mucho tiempo sin saberlo. Ahora que él estaba aquí entre nosotros, una terrible duda comenzó a levantarse, al menos por un tiempo.

Y, sin embargo, no podía envidiarlo. En raros momentos, captaría un grado fenomenal de dolor presente en esos ojos azules constantes. Podría atraparlo mirando los muelles grotescamente sobre militarizados de Luna, o las naves golpeadas por la batalla que cuelgan en órbita sobre nosotros, y ver una sombra de asombro atravesando un frente de la reserva patricia.

-Puedes encontrar a Terra... diferente a cómo lo recuerdas, señor- le dije antes de que cayéramos en el planeta. Mirando hacia atrás, me estremezco. Por supuesto que sería diferente. Ya había visto suficiente del Imperio para saber eso, pero, por supuesto, estaba extrapolando a un pasado que solo conocía por registros históricos a medias. Imaginé el mundo del que había venido como un paraíso de logros, y por supuesto podría haberme equivocado al respecto. Quizás su dolor vino de una fuente diferente. Quizás lo malinterpreté por completo. Después de todo, ¿quién era yo para juzgar la mente de un primarca? Estaba tan por encima de mí como yo estaba por encima de las cucarachas que habíamos permitido infestar las alcantarillas del Mundo Trono.

Un poco más tarde, el Custodio Capitán Escudo Adronitus llevó a nuestra delegación al buque de guerra que nos llevaría de vuelta a Terra. Tuve el

honor de viajar con ellos, uno de los pocos mortales que lo hizo. Estaba rodeado de figuras que encontré desalentadoras para mirar, y mucho menos para dirigirme: señores de la marina espacial, magos Mechanicus, comandantes de los Caballeros Grises. Tomé mi lugar entre ellos, ignorado por todos, y silenciosamente vi lo que se desarrollaba.
En ese momento, el brutal asalto a la Puerta del León ni siquiera había comenzado. Antes de partir, pensé en los disturbios en Terra, el terror en los cielos y las visiones en la noche, y asumí que finalmente lo veríamos todo calmado. Pasamos rápidamente de la órbita de Luna, escoltados por muchas naves del grupo de trabajo enviado a toda prisa. Las noticias se transmitieron en la más estricta confidencialidad al Sanctum Imperialis y se autorizaron los permisos de aterrizaje para el puerto vacío del Muro de la Eternidad. Se sentía surrealista incluso estar allí. Se sentía surrealista que algo de eso estuviera sucediendo en absoluto.
Por supuesto, la procesión del Señor Guilliman en el Palacio ahora es una historia bien conocida y contada muchas veces por muchas almas. La Eclesiarquía ha emitido más videos de este evento único que lo que hicieron más de mil años antes. Todos han escuchado hablar de las enormes multitudes de simpatizantes que bordean las calles, gritando de alegría y extendiéndose para agarrar el borde de su capa.
Bueno, no sucedió de esa manera, al menos no como lo presencié. De hecho, había multitudes, en contra de todas nuestras intenciones, porque de alguna manera el rumor logró correr delante de nosotros. Bajamos dentro del perímetro del Palacio Exterior, lejos de lo peor de los disturbios, por lo que la primera vista del primarca de sus súbditos fue lo más favorable que pudo haber sido: los guardias del palacio, los sacerdotes y los ministros de estado.
Y sin embargo, apenas podía mirarlo durante ese terrible momento. No podíamos ocultar cuán desesperadas se habían vuelto las cosas. Podía ver por sí mismo las tormentas antinaturales que se desataban en la atmósfera y presenciaba el perfil oscuro de la desaparecida fortaleza astronómica. Podía ver los muros llenos de defensores y los tramos humeantes y medio abandonados de la ciudad más allá de los muros. Quizás lo peor de todo, incluso cuando lo llevamos dentro de los recintos intactos, a la más sagrada e inmaculada de nuestras ciudadelas, los miró como si fueran un insulto.

Lo vi desde la distancia, mi estómago se revolvió para presenciar una gran alma arrastrada a un pozo negro. Miré a mi alrededor, los aquilae llenos de mugre, los estantes de armas que ensuciaban los parapetos coronados de ángeles, las pilas sobre pilas de trabajos defensivos pesados y la miseria que crecía sobre todo, y la vergüenza me hizo casi enfermar.

Este era el mundo que habíamos hecho. Este era el mundo por el que había luchado y preservado, y lo habíamos enfermado.

Cuando me reuní con Jek, no podía ocultar mi inquietud. Ella me miró con preocupación, y nos retiramos solos a mis aposentos.

-¿Hablaste con él otra vez?- Preguntó, desesperada por noticias a pesar de su ansiedad en mi nombre.

-Un poco. No mucho.

-Entonces tenías razón para irte- Ella se animó, tratando de hacerme sentir mejor. -**Este es el comienzo de algo nuevo. Estás bien ubicado para beneficiarte. Necesitará consejeros, unos que entiendan cómo funcionan las cosas ahora.**

Pero cual fue el problema. Había hecho más que entenderlo. Yo había contribuido a ello. Fui parte de la decadencia.

-No necesita consejeros- le dije, hundiéndome miserablemente en mi sillón. -**Realmente, de verdad, no nos necesita a ninguno de nosotros.**

Debo haber dormido, tal vez solo por unas pocas horas, tal vez por mucho más tiempo. Tuve sueños terribles, incluso peores que los que tuve en las últimas semanas y meses, y pude sentir que me revolvía mientras dormía. En el más vívido de ellos sentí que la cámara a mi alrededor estaba ardiendo, las llamas asomaban por las cortinas y chocaban contra el techo alto. Vi caras en esas llamas, caras inhumanas con mandíbulas estiradas y largos colmillos.

Desperté para encontrar a Jek sacudiéndome.

-Solo un sueño- murmuré, volviendo lentamente. Podía ver el contorno intacto de mi dormitorio, y las paredes no estaban ardiendo.

-No- dijo ella, con una expresión terrible. -**Ya no.**

Ella me arrastró del sofá. Mi túnica estaba pegajosa por el sudor, pero ella no me dio oportunidad de cambiarla. Mientras nos apresurábamos por los pasillos, noté que la luz del exterior era aún más roja que antes, de intensidad arterial y destellando salvajemente. El aire era más caliente que nunca, difícil de respirar y lleno de arena.

-¿Qué es esto?- Espeté, todavía desorientado. **-¿Cuánto tiempo estuve fuera?**
Ella no respondió, pero me llevó a un balcón alto. Nos tropezamos a la intemperie, y las cortinas se agitaron salvajemente a nuestro alrededor.
Pude ver el puerto vacío de Puerta del León situado muy por debajo. Estaba muy lejos, protegido por cenizas y polvo, pero podía ver lo suficiente.
Me tambaleé, agarrando la barandilla. Jek me alcanzó, sosteniéndome, pero ella ya estaba temblando, todo su cuerpo rígido de escalofríos.
No tuve palabras. No tuve pensamientos. Sentí que quería gritar, pero no salió ningún sonido. Desde algún lugar, un viejo instinto que no me dejaba del todo, quería preguntar dónde estaba Guilliman, dónde estaba Valoris, dónde estaban los Altos Señores, si podíamos poner nuestras fuerzas en su lugar y hacer lo que debía hacerse, pero mis labios ya no se moverían.
Solo me quedé allí, paralizado, enraizado de miedo, y no dije nada.
Ya no teníamos que preocuparnos por Cadia. Ya no teníamos que preocuparnos por nada. Había sucedido al fin, todo lo que los profetas habían predicho y que habíamos ignorado.
El ojo había venido. El ojo había venido a Terra.



VALERIAN XVII

Nunca me había movido tan rápido. Nunca había cortado tan fuerte. Mis músculos, santificados y forjados por genes, nunca habían respondido tan perfectamente.

Matar es un arte, al igual que los demás destacan en otras cosas. Cuando se hace necesario, no lo tratamos como un deber, lo tratamos como una vocación. Aprendemos las formas de nuestros oponentes justo cuando una pintora estudia su modelo, observa la luz y la sombra, la forma y el peso, la amenaza y la oportunidad.

Estaba solo en esa hora, tan solo como siempre. Los Caballeros Grises siempre estuvieron cerca y lucharon como una unidad inquebrantable, y ahí radicaba la diferencia esencial entre nosotros.

No piensen que nos ignoramos, lejos de eso. Nos salvamos mutuamente de la muerte muchas veces en esos primeros momentos decisivos. Sin embargo, esto aún permanece: luché de la forma en que me habían criado, llevando mi forma física superlativa a su límite, midiendo cada amenaza con una precisión de microsegundos, confiando en la integridad absoluta de mi equipo.

Ellos, sin embargo, eran una hermandad. Había aprendido sus nombres para entonces: Alcuin, el Justicar, lideraba el escuadrón. Se cubrieron mutuamente las espaldas, rugieron de aliento, esperaron un desliz momentáneo de sus camaradas de batalla. Fui testigo de esto incluso cuando me entre en el corazón del demonio, e incluso cuando los láseres de defensa en la pared inundaron la misteriosa escena con una luz deslumbrante, e incluso cuando la nave de ataque dorada rugió por encima para atacar y golpear.

Podía sentir su exceso psíquico mientras se adentraban en el enemigo, con cuchillas y martillos girando. Cada golpe físico fue igualado por un empuje correspondiente de la mente, y sus alabardas esotéricas estallaron con el aumento de la velocidad.

Así entramos contra el enemigo, como y sin embargo el uno con el otro, un león al lado de los ángeles. Nos gritaron, muchos de ellos de mayor estatura incluso que yo. Para entonces su nacimiento de brujas estaba completo: sus cabezas se habían alargado repugnantemente, sus garras se habían extendido, sus piernas se habían reafirmado en brillantes zancadas con el ángulo inverso. Tenían la manía de la victoria en esos ojos negros, alimentados por las legiones de su propia especie a su alrededor. Un almizcle de pura sed de sangre coagulaba el aire, embriagador y abrumador.
Ya podía ver a una especie de demonio menor trepando por los tramos más bajos de las paredes, congelando su agarre sobre adamantium deshuesado, formando puentes con sus propios cuerpos para permitir que los guerreros más grandes salten por encima de ellos. La horda era interminable, fusionada con el cielo y la tierra, una masa líquida de malignidad retorciéndose se estrelló contra el plano de la experiencia mortal.
Ambos sabíamos lo que eran, Alcuin y yo. Sabíamos, como otros no, que estas cosas eran nuestras propias psiques hechas carne. Sabíamos que nuestra ira, cualquier ira, los alimentaba y los hacía más fuertes. Se alimentaban de nuestros instintos más bajos, por lo que no estábamos haciendo nada más que luchar contra nosotros mismos. Todo lo que nos quedaba eran las cosas que quedaban una vez que la ira nos fue eliminada: deber, compromiso, resolución.
Golpeé mi puño en el corazón de una criatura de sangre y lo saqué de su pecho, luego me di la vuelta para lanzar la punta de Gnosis a través del cuello de otro, luego apreté el codo en la columna de un tercero antes de girar para golpear mi Gnosis empujar a un cuarto. Estaba perdido en la numerología para entonces, llegando al futuro cercano, escudriñando todo mientras me movía, tranquilo en el epicentro del huracán. Alcuin abrió un camino a mi lado, haciendo retroceder a los demonios y separándolos con golpes psíquicos de su poderoso martillo. Sus tropas se mantuvieron cerca, cerrándose y balanceándose en concierto, gritando palabras de denuncia mientras golpeaban sus con sus espadas.
Los demonios fueron dañados por las armas de la eternidad, esto lo sabíamos. El fuerte aluvión de fuego láser de los parapetos, que cortaba la lluvia de sangre en voleas hirvientes, podía retrasarlos o incomodarlos,

pero para matar a un demonio había que volver a los métodos primordiales de puño y espada. Habían sido generados por nuestras guerras más antiguas y nuestros odios más antiguos, y nunca nos alejaríamos de esa génesis primitiva.
La puerta en sí todavía estaba a un kilómetro de distancia, envuelta en paredes ardientes y protegida por pesadas cortinas de inundación. Su cumbre estaba en llamas, abierta por los informes masivos de macrocañones y emplazamientos láser. Volaron sobre él aviones, lanzados desde plataformas dentro del Palacio, y la batalla se unió en los cielos. Se abrieron bultos pesados, conduciendo surcos largos en el terreno ya marcado y enviando a los demonios de nuevo a su especie voraz, que los abrieron y los devoraron antes de volver al asalto, sus fauces colgantes goteando con icor negro.
El muro en sí era una protección falsa: los demonios no lo detendrían, pero con el tiempo lo enjambrarían, lo desgarrarían y lo derribarían. Tenían que encontrarse en el campo de batalla, su odio coincidía con el celo.
Balanceé mi espada y envié su punta silbando a través del estómago de un torbellino de sangre, luego giré para clavar el eje en las mandíbulas de otro. Todavía no me habían clavado una garra, pero los números estaban más allá de la comprensión, y más se estaban girando de las llamas, vomitando en la realidad, cayendo en la instanciación para lanzarnos a nosotros.
Vi uno de los del escuadrón de Alcuin cuando lo golpearon, sus defensas psíquicas se rompieron momentáneamente, y me interpuse entre él y su atacante, cortando la cabeza de sus hombros antes de girar para enfrentar al siguiente. Eso me dejó una fracción de segundo menos de donde necesitaba estar, y el primer golpe estalló en mi pecho, empujándome al abrazo de un terror colmado y alado.
-¡Exsilium daemonica!- Gritó Alcuin, lanzando su cabeza de martillo a la criatura.
El aire se abrió, enviando un rayo abrasador de luz plateada que se estrelló contra el pecho del monstruo, arrojándolo profundamente en la horda que avanzaba donde su propia especie lo rasgó hasta los pedazos antes de saltar para alcanzarnos.
Luego volvimos a pelear, no había tiempo para expresar una palabra de agradecimiento, nuestras extremidades se nublaron, nuestros corazones

nos inundaron de hiperadrenalina, nuestros ojos se fijaron en la miríada de objetivos cambiantes.

Todo esto fue trabajo de segundos. Eso fue todo lo que hicieron falta para que las fuerzas mayores en el muro percibieran el peligro y reaccionaran ante él. Incluso en medio de mi combate, perdido en una presión de asesinato y contraataque, mi espíritu se disparó al ver la respuesta de mi asediado Palacio.

Los puntos de salida se abrieron, se envolvieron en coronas de protección de bólter pesado, exponiendo las entrañas de carne roja de la fortaleza de la pared, y abajo de esas aberturas fluyó la fuerza que había estado oculta durante diez mil años. En falanges de negro y oro, mis hermanos salieron de la Puerta del León en números que no se veían desde la Guerra de la Vergüenza, sus lanzas brillaban en penetrantes filas de acero templado.

Vi estandartes en alto, los mismos estandartes dorados que habíamos llevado a la batalla en la Era de la Maravilla, aún inmaculados después del paso de milenios. Plataformas de artillería pesada cayeron desde las entrañas de los transportes flotantes, abriéndose con nubes giratorias de destrucción. Los *Land Raiders* en oro y negro salieron de la cubierta, escupiendo rayos de fuego láser. Italeo estaba allí, liderando una carga por el flanco derecho directamente en el camino de uno de los demonios más grandes. Valoris se precipitó por el centro, su lanza ardió mientras penetraba profundamente en las hordas enemigas. Vi guerreros en tonos madera bruñida, con sus garras cortando el aire a su alrededor en astillas, y detrás de ellos el Venerado Caído, alardeando de los estómagos de las vainas humeantes, empuñando la espada y el escudo y elevándose sobre todo menos el más grande de los demonios.

Los Adeptus Custodios habían salido a la guerra, y el Mundo del Trono ahora se tambaleaba bajo la pisada masiva de sus hijos más potentes. La marea carmesí se encontró con el torrente de oro, y los gritos de los disipados se volvieron realmente frenéticos. Los ejércitos gemelos se estrellaron en un contacto enredado, una ola de impactos que rompió el acre de roca y arrojó la lluvia de sangre en vórtices giratorios.

Seguí luchando, conduciéndome cada vez más fuerte, sintiendo una alegría inexplicable a través de mis extremidades manchadas de velocidad incluso cuando rasgaba y desgarraba.

Podría haber llorado en voz alta. Podría haberme perdido en el momento, porque en medio de la carnicería había surgido una vista de los eones perdidos, un fragmento de nuestro glorioso pasado hecho realidad una vez más. El Capitán General estaba allí, matando. Los Diez Mil fueron desatados, vertiendo su furia de fuego lento sobre el único enemigo que realmente había importado.

Habíamos regresado.



ALEYA XVIII

La pelea de ese día fue vil y sombría y la odié.

Recuerda esto: fuimos inmunes al temor psíquico provocado por los shedim. No los vimos como temibles o terribles, simplemente execrables e interminables, como un continente de viciosos gusanos esclavos. Toda la escena ante nosotros era una capa de lodo, levantada de tierra, cubierta de sangre y arrastrada por un diluvio de toxinas.

Valerian lo recuerda de manera diferente, por supuesto. Todos los demás que estuvieron presentes lo recuerdan de manera diferente para nosotras. Supongo que hay que hacer una pregunta filosófica: ¿cuál de nosotros vio realmente las cosas? Podrías intentar responder eso si realmente quisieras, pero pronto estarás atrapado en el tipo de tediosa discusión teológica que los Custodios se deleitan cuando no están cortando las cabezas de las amenazas al Trono.

Nunca vimos las cortinas rugientes del fuego disforme, y nunca vimos los rostros fruncidos en la oscuridad. La tierra no brillaba como el magma, era una apestosa masa de asfalto podrido y roca rota. Terra, para mi decepción, no era un mundo centelleante de torres y torres, sino un sumidero colosalmente asqueroso de dilapidación.

Sin embargo, solo tuvimos momentos para asimilar esto. Nuestro módulo de aterrizaje debe haber funcionado mal en el camino hacia abajo, o tal vez haber sido golpeado por algo, ya que nos estrellamos contra la tierra en el flanco de extrema derecha del cuerpo a cuerpo. Mientras bajaba por la rampa pude ver un pantano de negro y gris brillando delante de mí, y demonios retorciéndose como insectos.

Como ya he señalado, Navradaran no era tonto. Había enviado a la mayoría de los módulos de aterrizaje más cerca de la pared, donde se estrellaron justo delante de las líneas de custodios que avanzaban. Las de mis hermanas que habían sido traídas de vuelta a Terra en los últimos

meses, sin duda, también marcharon con ellas, entrelazando sus capacidades únicas con las de sus contrapartes.
Esa fue la esencia misma de esto, ya ves. Por eso los siglos pasados habían sido un error tan miserable. Nos habían hecho luchar juntos, dos mitades de un todo mayor. Los Custodios fueron individualmente los mejores guerreros jamás creados, pero no estaban dotados de dominio psíquico, y tampoco podían disipar las auras de destrucción creadas por los shedim. Esa fue nuestra tarea. Siempre habíamos ido a la batalla junto a ellos, drenando el aspecto más potente de nuestro enemigo, reduciéndolos a lo puramente físico. Había oído decir que no había nada puramente físico que un Custodio no pudiera matar, por lo que nos complementamos perfectamente.
Más tarde, cuando aprendí más de sus maneras y tuve que escucharlos decirme una y otra vez cuánto cargaban con la culpa del pasado sobre sus hombros, me pregunté si nuestro propio papel podría haber sido suprimido deliberadamente. Quizás fue más fácil para ellos retirarse al Palacio mientras nos marchitamos en el vacío, borrando los viejos patrones para que nunca tengan que recordar cómo solíamos hacer la guerra.
Realmente no creo que eso haya sucedido. Sin embargo, la amargura puede darte ideas extrañas.
En ese momento, por supuesto, no tuve tiempo de especular sobre nada. Estábamos lejos de cualquier tipo de apoyo, perdidas en medio del huracán de odiosos y peligrosos shedim. Apenas estábamos indefensas, pero solo éramos cinco y la alimentación del bólter de nuestro módulo de aterrizaje pronto se quedaría sin energía.
Tuve que tomar una decisión rápidamente. Miré las paredes, demasiado lejos, a pesar de las líneas de defensa que avanzaban. Miré a la ciudad detrás de nosotras, igual de distante, y aparte de cierta cobertura, sin ninguna ventaja. Miré hacia el centro del campo de batalla, un pozo de horror absoluto, presidido por ocho gigantescos demonios con sus brazos agrupados, alas marchitas y cuernos negros.
Podría haberme reído de la inutilidad, si no hubiera captado un destello de plata, seguido de un destello de oro más breve, a más de doscientos metros de distancia a través de un bosque de demonios aferrados pero obviamente todavía luchando.

Eso fue todo. Esa fue nuestra mejor oportunidad de sobrevivir más de unos pocos segundos. Les indiqué a mis hermanas, algunas de las cuales habían visto la misma oportunidad. Cargamos en contacto, chocando contra la marea de shedim grasiento que se aproximaba, arrojando nuestras grandes espadas a nuestro alrededor en arcos fulminantes.
Trono, pero fue una lucha terrible. Embotamos lo peor de su aura que rompía el alma, pero eso todavía dejaba criaturas de tendones de acero y dientes con clavos de acero. Llevaban sus propias cuchillas crudas forjadas con hierro romo, y cada vez que contrarrestaba sus golpes sentía que mis huesos se sacudían.
Esta no era la tarea para la que estábamos hechas. Éramos cazadoras de brujas, buscadoras de sombras, veloces y ligeramente blindadas. Uno a uno podríamos matar estas cosas, pero los números llegarían a nosotras eventualmente.
Mi espada se revolvió más rápido, desesperadamente, impulsada ahora con las dos manos. Nos formamos un nudo apretado, luchando espalda con espalda y empujando tan rápido como nos atrevimos a cruzar el terreno abierto.
Nos odiaban, esas cosas. Nos odiaron incluso más que a los Custodios que los mataban tan brutalmente, porque todo lo que los shedim podían hacer era matar nuestros cuerpos, y eso no tenía atractivo para las criaturas alimentadas por la tortura de las almas. Creo que los horrorizamos más que cualquier otra cosa. Creo que atrajimos más de nuestra parte hacia nosotras, y eso solo me enfureció más por el tiempo que estuvimos allí.
Sentí que el limo salpicaba mi frente expuesta y chisporroteaba ácidamente sobre mi piel. Una cuchilla se enganchó en mi pantorrilla, mordiendo mi armadura casi hasta la carne. Mi capa estaba hecha jirones, mi peto golpeado por un golpe que casi me tiro.
La hermana Jeranda fue la primera en ser asesinada, despejando nuestra retaguardia. No vi que sucediera pero escuché el grito de angustia. Terminé el desorden de baba y escamas que me llegaban a la garganta antes de que pudiera darme la vuelta para ver cómo la arrastraban hacia ellos y comenzaban el festín.
No pudimos alcanzarla. Sentí que mi visión se oscurecía. Sentí mi furia rugir fuera de mí, en aumentando.

En otra época, podría haber gritado esa furia, pero aún tenía mi voto, por lo que redoblé el salvajismo de mi asalto. Les arranqué los dientes, les rompí la espalda, les quité la piel de los huesos y arrojé los cadáveres a un lado. Todas hicimos lo mismo, luchando de una manera que no podía durar, porque después de todo éramos mortales, y aquellos a quienes matamos podían hacer esto para siempre.

Pero hicimos lo suficiente. Nos abrimos paso rápidamente a través de la horda, sacándoles sus mejores dones y terminando la tarea con nuestras grandes espadas. Pronto pude ver el objeto de nuestros esfuerzos, luchando justo delante de nosotras. Vi el aura de oro y el destello de una luz plateada, y supe que pronto lucharíamos entre ellos.

Incluso nuestra proximidad los ayudó. Los vi matar de manera más rápida y segura, y vi a los demonios retroceder antes de su ataque. El Custodio estaba abriéndolos paso ahora, arrojando a los Shedim a un lado en grandes empujes de su lanza guardiana. Los que estaban con él, Adeptus Astartes en una placa arcaica de color gris plateado, los convirtieron en cenizas. Comencé a ver una forma de sobrevivir a esto: juntos, luchando para vincularnos con el gran contraataque, incluso ahora surgiendo de las paredes.

Entonces la sombra cayó sobre todos nosotros, enorme y repulsiva. Miré hacia arriba y, de repente, la supervivencia parecía una perspectiva muy distante.



VALERIAN XIX

En verdad, nunca vi a Aleya abrirse camino hacia mí hasta que estuvo virtualmente entre nosotros. Ella encuentra esto extremadamente irritante, aunque desde entonces supe que Aleya está enojada por todo tipo de cosas extrañas. Si la hubiera detectado antes, podría haber cambiado nuestra estrategia, ya que en esos pocos momentos me di cuenta de la gran ventaja de tener a las Hermanas peleando con nosotros.

Valoris fue, como siempre, profético en esto. Solo de los Altos Señores había anticipado la necesidad de restaurar las estructuras del pasado, y solo de los Altos Señores no tenía prejuicios contra los que no tenían alma. Los registros contarán una historia diferente, sospecho. Anunciarán que el desastre de Fenris llevó al Consejo a actuar, y esta versión reflejará la gloria de los maestros mortales del Imperio. Aunque la historia tiene algo de verdad: el orden posterior se originó, entiendo, del mismo canciller Tieron a quien conocí, cualquiera que comprenda las vastas distancias que tuvieron que recorrer y la naturaleza de la disformidad sabrá que el programa debe tener se promulgó muchos meses, tal vez incluso años, antes de que se diera esa orden.

En todo lo que siguió, sigo sorprendido por lo instantáneamente que volvimos a esos antiguos modos de combate. No necesitábamos una instrucción exhaustiva, pero caímos en nuestros roles instintivamente. Son formidables luchadoras, las Hermanas. No tengo nada más que respeto por la destreza física que muestran, aunque esa no es su función principal en el campo de batalla. Se colocan en el mayor peligro haciendo lo que hacen: están más blindadas que nosotros y atraen la mayor parte de ánimos de las criaturas de la disformidad.

En cuanto a nosotros, nunca habíamos perdido la capacidad de conversar con fluidez en Marcaideas. Fue una de las disciplinas marciales que habíamos mantenido durante muchos milenios, y ese día nuestra prudencia fue recompensada. Aquellos que marcharon con el Capitán

General desde la Puerta del León pudieron hacerlo en perfecto concierto, e incluso para aquellos de nosotros que nos separamos del ejercito principal por circunstancias, como Aleya y yo, nuestros métodos combinados de violencia controlada demostraron ser instantáneamente efectivos.
Fue menos fácil para Alcuin y sus hermanos de batalla. Todos eran psíquicos del tipo más agudo, y todos sus movimientos de vigilia estaban animados por la disformidad. Para ellos, el éter y el materium estaban intrínsecamente unidos, dos lados de la misma espada que equilibraban sin esfuerzo, y estaban acostumbrados a luchar con los dos mundos enredados. Incluso su armadura está mejorada psicológicamente, aumentando los enlaces biológicos más crudos utilizados por sus contrapartes en otros capítulos. La llegada de Aleya y sus hermanas restringió lo que podían hacer, y los redujo a luchar como guerreros únicamente físicos.
En esas circunstancias, sin embargo, ese fue un sacrificio que estaba dispuesto a hacer. Los Caballeros Grises, incluso despojados de la mayor parte de su experiencia psíquica, todavía se encontraban entre los mejores luchadores que he conocido, y se adaptaron a la nueva situación con precisión inexplicable. Robarle a los demonios sus poderes más terribles valió la reducción fraccional de la flexibilidad de mis aliados, y todos luchamos desde entonces en adelante enfrentando bestias, en lugar de monstruos de pensamiento.
De hecho, aullaron como bestias, los demonios. Su exultación fue arrancada de sus fauces y su alegría salvaje fue reemplazada por una especie de indignación. Odiaban esto. Odiaban ser despojados de la dimensión más pura de su propio reino y verse obligados a comprometernos en términos mortales.
En los momentos antes de ver emerger a Aleya, recuerdo haber encontrado la pelea repentina e inexplicablemente más fácil. Habíamos empujado con fuerza el corazón de esa horda, apuntando a las etapas altas de una vieja plataforma de aterrizaje. Tanto Alcuin como yo habíamos visto su potencial: una plataforma elevada, rodeada de escaleras, que dominaba la parte oriental del enorme campo de batalla. Si pudiéramos lograrlo, pensé que serviría para dos propósitos: darnos un terreno más alto para defendernos de la interminable marea del enemigo y hacernos visibles para las fuerzas de Valoris que avanzan desde el norte. Si pudiéramos

aguantar lo suficiente, la teletransportación interna o el lanzamiento aéreo podrían asegurar la posición, abriendo un segundo frente contra el enemigo y dividiéndolos.
Casi habíamos ganado ese lugar cuando las Hermanas nos alcanzaron. Incluso mientras me preguntaba por qué estaba matando a la horda demoníaca con tanta fluidez, vi a la mujer que más tarde conocería como Tanau Aleya conduciéndoles con toda la furia de un beserker. Se arrojó en lo que podría haber pensado que era una manía de sangre imprudente, si no hubiera sido tan rotundamente eficaz. Ella no se enfrentó al enemigo tanto como lo atravesó. Mi primer pensamiento al presenciar tal estilo de combate fue que pronto se agotaría, permitiendo que los demonios se aprovecharan una vez que se cansara, pero, por supuesto, eso era perder el propósito de la carga decidida: habían trabajado muy duro para vincularse con nosotros, para formar una combinación que los demonios encontrarían imposible de contrarrestar.
Después de eso, estábamos luchando juntos, deslizándonos entre nosotros, bailando y parando y entrelazándonos como si hubiéramos nacido para ello. El escuadrón de Alcuin debe haber encontrado a las Hermanas particularmente inquietantes, incluso dolorosas, pero en el grueso de ese combate no tuvieron más remedio que adaptarse. Los diez nos formamos en un apretado círculo de cuerpos, yo y los Caballeros Grises recibiendo la peor parte del asalto físico, las Hermanas dirigiendo su efecto nulo desde la sombra de nuestras espadas. Cada vez que uno de nosotros estaba cansado o cometía un error, otro saltaba a la brecha. Dejamos un rastro de masacre detrás de nosotros y finalmente ganamos el pie de las escaleras. Miré hacia arriba, esperando ver la plataforma detrás de nosotros, lista para planear nuestro asalto en la posición alta.
Solo entonces vi lo que habíamos atraído, corriendo por la plataforma barrida por el fuego para recibirnos.
Aleya llama a esas cosas por el antiguo nombre, shaitainn. Creo que captura la estatura y el horror mejor que el gótico bajo. Fue realmente gigantesco, mucho más grande que cualquier enemigo con el que me haya comprometido antes o desde entonces. Se alzó en la tormenta de lluvia de sangre, sus alas azotaron como las velas de algún antiguo galeón. Sus pezuñas hendidas se hundieron profundamente en la roca con cada paso, rompiendo la tierra en nuevas columnas de llamas. Sus movimientos eran

horribles: sangraban con el mismo poder que tiene un Titán, pero unidos en tendones, cartílagos y huesos. Solo su hacha era del tamaño de un chasis Acorazado, y cuando la hoja silbó en el aire dejó un rastro de fuego a su paso.
Se estrelló contra la plataforma, abrió los brazos con cordones musculares y rugió en desafío. El viento de ese rugido envió a los demonios menores volando uno contra el otro, e incluso tuvimos que inclinarnos hacia esa asquerosa y salpicada tormenta de aliento podrido.
Podía sentir la perversión que irradiaba de su corazón ardiente sobre la égida humedecida generada por las Hermanas. Era como un horno, un caldero de ira hirviendo e incontrolable. Algo hablaba de la eternidad, de su malicia casi infinita arrastrada desde los vórtices más profundos del plano infernal en el que estaba entronizada.
Di la vuelta a Gnosis, su filo crepitante con energías disruptivas.
-Este es su reino- le dije con calma. **-Lo temías antes. Lo volverás a temer.**
Luego me estaba moviendo, saltando las escaleras, generando el impulso que necesitaría para contrarrestar la increíble masa del demonio.
Ninguno de mis compañeros dudó. Todos vinieron conmigo, subieron corriendo las escaleras, con las espadas en equilibrio. Alcuin estaba en mi hombro izquierdo, gritando palabras de poder caído y denuncia, su martillo demonio ahora psíquicamente inerte pero aún físicamente poderoso. Sus hermanos de batalla arrojaron una lluvia de proyectiles de sus bólter de tormenta. Aleya estaba a mi mano derecha, su silencio era algo más desalentador, sus ojos negros de furia, y detrás de ella venían las demás, corriendo a paso cerrado, cargando en el corazón de la oscuridad.
Cuando llegué a la cima, salté alto, preparando mi lanza para encontrar el camino de la gran hacha. Las cuchillas impactaron (hierro forjado en el infierno contra el acero imperial) y la onda expansiva gritó por toda la llanura de batalla. Me caí al suelo, abrumado por el golpe, solo para ser reemplazado por Alcuin, que golpeó su martillo de guerra contra la espada mayor del demonio. Sus hermanos de batalla se lanzaron cerca, golpeando y empujando con sus grandes cuchillas antes de alejarse para enviar ráfagas de proyectiles santificados perforando su piel. Las Hermanas cargaron junto a ellas, cortando la carne demoníaca incluso cuando su aura se hinchó para amortiguar su temible poder.

Entré en contacto, solo para ver a uno de los guerreros de Alcuin aplastado por una patada del casco con púas de la criatura. Giró de nuevo, enorme y pesada, golpeando la hoja del hacha hacia abajo donde dos Hermanas se retiraban. La cabeza de hierro se hundió profundamente en la tierra, arrojándose a ambos desde sus pies y enviando grietas ardientes a través de la plataforma.

Era colosal, un crisol del alma alimentado por venas de plomo fundido y conducido por un núcleo de veneno inextinguible. Nuestras espadas apenas rascaron su carne, nuestros golpes apenas detuvieron su fuerte alboroto. Cada movimiento pendular de esa hacha era más que letal, desatando fuerzas capaces de nivelar fortalezas enteras y contra las cuales nuestra armadura era tan potente como un pergamino. Si tuviéramos alguna oportunidad de terminarlo, matarlo que atrevernos con lo imposible.

Corrí más fuerte, lanzándome alto y alcanzando el casquillo de disco de latón del demonio. Me agarré al cinturón con tachuelas de hierro con la mano izquierda y hundí a Gnosis con todas mis fuerzas. La cuchilla se hundió profundamente, causando que brotara una fuente de sangre abrasadora, salpicando contra mi visor y haciéndome vomitar por el hedor. El demonio bramó y se dio la vuelta, tratando de soltarme, pero me agarré con fuerza a la lanza y la hebilla.

Escuché a Alcuin gritar cuando golpeó su martillo de guerra contra la bestia, vi un atisbo borroso de las Hermanas corriendo para tallar nuevas heridas en su carne expuesta. Torcí a Gnosis, tratando de conducirlo debajo de la inmensa caja torácica de la criatura y saqué el hueso del tendón. Justo en el último momento vi que soltaba una garra del eje del hacha, lista para agarrarme, y liberé a Gnosis, dejándome caer bajo su bulto retorcido y desviándome de las garras extendidas.

Para entonces, los demonios menores habían corrido detrás de nosotros, trepando la cuesta en una ola de carne carmesí. Dos de los guerreros de Alcuin tuvieron que girar para retenerlos en la parte superior de las escaleras, luchando furiosamente incluso cuando una Hermana corrió en su ayuda, disminuyendo aún más nuestro asalto.

El gran demonio volvió a estamparse, pulverizando más la roca. Su hacha silbó, la cabeza marcada con runas se encendió al chocar contra una de las

tropas de Aleya, bisecándola limpiamente y enviando los fragmentos sangrientos a las masas de abajo.
Cuatro doncellas nulas permanecieron de pie, cuatro Caballeros Grises, todos ahora presionados con fuerza y cargando heridas. Me volví hacia el monstruo otra vez, sabiendo que solo otro golpe a corta distancia podría dañarlo. Se sentía como asaltar una montaña viva, aunque una que giraba y tronaba y derribaba los fuegos del infierno. La plataforma estaba resbaladiza por la sangre para entonces, arrastrada hacia abajo por la lluvia impía, y chisporroteó y estalló contra la llama siempre encendida.
Metí otra herida profunda en su muslo veteado antes de lanzarme lejos del balanceo del hacha. Cuando la cabeza me gritó, me giré, golpeando a Gnosis contra el gran eje de hierro del arma. El impacto fue horrible, sacudiendo mis brazos hasta el hueso y casi rompiéndolos, pero mi lanza atravesó su masa torturada, cortando el eje en dos y bañándome con astillas voladoras.
La criatura rugió con verdadera furia y se volvió hacia mí. Un gran puño golpeó, atrapándome por completo y enviándome a volar a través de la plataforma empapada de sangre. El mundo giró a mi alrededor, y un dolor agudo subió por mi pierna derecha cuando los huesos se rompieron y la armadura se rompió. El monstruo corrió detrás de mí, sacudiendo los ataques de Alcuin, sus ardientes ojos rojos fijos en mí. Gire a Gnosis en mi puño, balanceándolo incluso cuando el demonio salió de las llamas.
Sostuvo el hacha atrofiada, su eje ahora roto y poco más que un tocón debajo de la hoja de hierro, muy por encima de su cabeza con cuernos, los músculos en sus brazos tensos. Vi sus fauces espumosas con saliva ensangrentada, sus profanos flancos relucientes de sudor, sus alas extendidas como una sábana de muerte sobre todos nosotros. Traté de levantarme, tropezando con mi miembro inútil, y me di cuenta de que sería demasiado lento. Miré hacia arriba, vi que la cabeza del hacha se precipitaba hacia abajo y supe, con toda la certeza de mi largo entrenamiento, que no podía evadirla.



ALEYA XX

El shaitainn era un bruto. Su esencia era tan poderosa y tan profunda que incluso nuestro aura combinada de supresión era solo parcialmente efectiva. A veces, mientras luchábamos contra él, incluso recibí breves destellos de lo que debió parecerles a las personas con almas: un horno vivo, un demonio de fuego, una bestia con cuernos de toro que ardía y ardía y nunca se apagaba.
Pero el resto del tiempo fue lo suficientemente malo. Era fétido, como lo eran todos: el aroma de coagulación de las lagunas y la putrefacción. Era una cosa de muerte, impregnada en los cadáveres de aquellos a los que había matado, y el aroma se aferraba a ella como el almizcle de la peste. Me sorprendió su tamaño, y nuestros ataques parecían poco más que suicidas.
Sin embargo, eso fue antes de ver cómo luchaban los demás. Me duele decir esto, porque compartí un odio mutuo e inevitable con los caballeros de Titán y todavía encuentro la piedad interminable de Valerian completamente enloquecedora, pero eran magníficos. Llegué a darme cuenta de que mis observaciones en las jaulas de práctica en la Abundancia Duradera estaban muy lejos de la marca: en el verdadero combate, eran impresionantes. El escuadrón de Alcuin fue mucho más rápido de lo que hubiera creído posible, y la forma en que se combinaron en un multiplicador de fuerza de bordes cerrados nos dio un potencial de muerte mucho más allá de nuestros números insignificantes. Eran todo lo que me habían enseñado a admirar de los Marines Espaciales: implacable, centrado, absurdamente violento.
Quizás Valerian los superó en una fracción, pero solo había uno, y en esa armadura siempre estaba destinado a llamar la atención. Todavía recuerdo haberlo visto saltar del pecho del shaitainn y plantar esa ridícula lanza en su corazón. Me podría haber reído a carcajadas por la audacia de eso. No solo eso, sino que logró salir de nuevo, seguido por los hilos negros de las

entrañas espantosas de la criatura. Tal vez solo nosotras, las Hermanas, pudiéramos ver cuán gravemente la había herido en ese momento, ya que no teníamos que lidiar con las llamas fantasmas y el rugido simulado de las voces psíquicas fracturadas.

Por supuesto, no lo habrían hecho tan bien sin nosotras. Cuatro doncellas nulas que actúan en concierto pueden generar un aura de amortiguación formidable, y aplastó el espíritu de los shedim. Se volvieron más lentos, se debilitaron e incluso su señor loco de sangre fue despojado de su monstruosa jactancia. También hicimos nuestra parte con la espada. Lo lastimamos, y eso se sintió bien. Cada vez que mi espada cortaba un trozo de piel gris de la grasa de la espalda de Shaitainn, mi corazón se regocijaba. Nunca volvería a mi lanzallamas, resolví entonces. Esto fue mucho más gratificante.

Una vez que Valerian rompió el eje del hacha, pensé, peligrosamente, que podríamos tener una oportunidad. Reva todavía estaba viva y luchando a mi lado, y nos apresuramos hacia adelante, superando incluso a Alcuin por la oportunidad de dar un golpe.

Las cosas se movieron demasiado rápido después de eso. Vi a Valerian llevar ese golpe de directamente a su torso, y pensé que seguramente había sido destruido por él: el puño del demonio era casi la mitad de grande que él, y debería haber sido hecho pedazos. En cambio, simplemente se dio la vuelta, golpeado y roto, pero aún agarrando su espada y muy vivo.

No se quedaría así. El shaitainn estaba enloquecido por el ataque de su arma y se enfureció tras él, levantando el tocón del hacha con las dos manos. La cosa podría moverse increíblemente rápida cuando quisiera, casi como si pudiera deslizarse entre estados de tiempo. En su condición medio aplastado, no había posibilidad de que Valerian evadiera la embestida que se avecinaba.

Para entonces, Reva y yo corríamos, actuando por instinto, lanzándonos tras la enorme criatura en un intento frenético de recuperarla. Me abalancé, sabiendo que estaba demasiado lejos. No estaba cerca de dañarlo seriamente, pero su pata trasera permanecía dentro del alcance, y de alguna manera conseguí el ángulo correcto con mi gran espada y la conduje hacia abajo a través de las tensas patas de la criatura, separando

las hebras de músculo gris pálido hasta su movimiento. arranqué la empuñadura de mis guanteletes.
Eso no lo mataría, por supuesto. Ni siquiera era la mayor de las heridas que ya le habíamos dado, pero fue empujada hacia su pierna que soportaba peso, justo por encima de su enorme tobillo, e incluso para un horror forjado por deformación, ese era un mal lugar. Extendí toda mi energía nula en ese golpe, deseando que la carne hilada por la deformación se separara e implosionara. Mi espada hizo el resto, ardiendo con una llama azul mientras ardía dentro de la herida.
Toda la extremidad se retorció y se dobló, y el shaitainn perdió su objetivo, golpeando la cabeza del hacha una fracción hacia la derecha de Valerian propensa y se estrelló contra la tierra. El impacto fue masivo, rompiendo el asfalto y enviando. Su poderosa cabeza cayó al suelo, por primera vez hacia abajo a nuestro nivel, y sus alas se hundieron en enredos arrugados de cuero hecho jirones.
Eso era todo lo que Valerian necesitaba. Lo vi barrer de los restos de la caída de la criatura, arrastrar su espada y girarla en un solo movimiento. Gritó en voz alta por el dolor y el esfuerzo, condujo la punta de la lanza primero a través de la garganta del demonio, empujándola con ambos brazos hasta que casi desapareció en un lodo de licor burbujeante y ardiente.
Alcuin estaba solo una fracción de segundo atrás, saltó alto antes de golpear su martillo demonio en las costillas de la criatura, y luego el resto lo alcanzó. Entonces nos olvidamos por completo en esa orgía de matanza, amontonándonos en el enorme y golpeado marco como si fuera tanta carne, sabiendo que aún podría regresar de las heridas más increíbles y decididos a evitar que eso sucediera.
Al final, nos pusimos de pie, todos nosotros, empapados en fluidos sucios, jadeando fuertemente, salpicados entre las ruinas de su cadáver ciclópeo. Valerian cojeó hacia mí, y solo entonces pude ver el daño que había recibido. Me maravillé de que él pudiera caminar, y mucho menos aún empuñar esa lanza.
-Eso estuvo bien, hermana- dijo, la primera vez que lo escuché hablar. Fue como escuchar algo de un video devocional, la voz de un mártir enviado para consolar a las masas, y al instante lo encontré molesto.

No hubo respiro. Los demonios todavía vinieron hacia nosotros, saltando sobre el cadáver de su señor, tan hambriento como siempre para arrancarnos la garganta. El cielo estaba iluminado con el entrecruzamiento de vigas láser y rastros de mortero. El ejército de demonios seguía siendo enorme, todavía atacando las paredes, todavía delirando, bramando y desgarrando. Todo el Palacio estaba medio oscurecido por el polvo que levantaron, y estábamos aislados, en una isla en medio de ese mar de ira.
Y sin embargo, pude ver que el impulso había cambiado. Se habían lanzado aviones pesados que golpeaban a los demonios en tierra con castigos de bombas incendiarias. Los Diez Mil estaban haciendo terreno, conduciendo hacia el enemigo y rodeando al gran Shaitainn. El aire todavía ardía y crujía, el suelo aún temblaba, pero pude ver el final de esto. Algo había sucedido para romper el avance de los demonios, aunque incluso ahora el asunto seguía equilibrado.
Pero todavía estábamos solos, y aún rodeados.
De regreso señale con cansancio, tomando mi espada una vez más.



TIERON XXI

Una vez habría sido asesinado por presenciar lo que presencié entonces. Sin importar mi rango, sin importar la situación, los secuaces de la Inquisición me habrían arrastrado a una cárcel y terminaría silenciosamente en la oscuridad. Había visto antiguas órdenes de arresto, copias de órdenes firmadas por comandantes en mundos distantes envueltos en términos eufemísticos que se referían a esterilizaciones y autorizaciones, pero que en realidad significaban campos de exterminio y limpiezas mentales. Ese fue el castigo por mirar la verdadera cara de nuestro mayor enemigo, y durante milenios había habido buenas razones para la sanción.

Tuvimos que negar lo que estábamos enfrentando, o el destino que le había sucedido a Terra en los últimos meses habría sucedido en todos los mundos hace muchos años. Tuvimos que mentirnos a nosotros mismos, a los trillones esparcidos por el vacío, para que no nos volviéramos locos de miedo. No se podía permitir que la gente supiera lo que les esperaba al otro lado de la barrera entre la vida y la muerte. Incluso los mejores de nosotros no podían saberlo. Ese precepto se extendió a las más grandes figuras militares de nuestra época, los cardenales más poderosos y, sí, incluso los Altos Señores.

Para aquellos como yo, dotados de influencia y recursos y acceso a secretos, siempre hubo especulaciones. Hablamos del Gran Enemigo, y todos habíamos escuchado rumores de lo que eso realmente significaba. Como he dicho, la existencia de los Caballeros Grises era un secreto a voces para los Altos Señores y sus consejeros cercanos, como lo era el propósito de cuerpos como el Ordo Malleus y los Guardianes de la Muerte. Sabíamos las palabras, sabíamos los términos.

Pero una cosa es tener una comprensión parcial de la naturaleza de nuestros enemigos, y una cosa es leer relatos medio confusos de cosas extrañas en el otro lado de la galaxia y especular sobre lo que podrían

significar, pero es otra ver con los propios ojos el horror completo e inmediato de la realidad.
Mirando esa noche la batalla por la Puerta del León, pude apreciar la sabiduría de aquellos que habían proscrito incluso la sola mención del ser diabólico de nuestras vidas. Fueron cautelosos, los primeros redactores de la gran ley, y fueron sensatos. Sabían que solo unos pocos podían confiar en tales verdades, que la mayoría no eran lo suficientemente fuertes. Nunca había dudado de esa sabiduría, por lo que nunca había abusado de mi oficina para profundizar en asuntos que no estaban dentro de mi competencia limitada.
Mientras lo observaba, me di cuenta de que estaba llorando. Estaba llorando incontrolablemente, atormentado por un miedo terrible y un horror que se aferró a mis huesos y los heló. Estaba tan lejos de todo, en lo más alto de los pináculos más seguros del Senatorum Imperialis, rodeado de Centinelas Palatinos y acompañado por Jek, y aún así la vista me venció por completo. Quería alejarme, alejarme y huir profundamente hacia las bóvedas de abajo. Si me hubiera rendido entonces, podría haber tratado de hacer mi madriguera hasta el Trono mismo, para postrarme ante el único de nuestra raza que alguna vez se había enfrentado seriamente a las pesadillas de la eternidad.
De alguna manera, me obligué a quedarme. Después de todo, lo que presencié entonces fue observado por millones de soldados en las murallas y por miles de eruditos horrorizados en sus grandes torres. La conflagración se podía ver por millas. Vimos las nubes romper con diluvios de lluvia sangrienta. Vimos el cielo romperse y las llamas se dispararon desde la tierra. Vimos que esas llamas se retorcían, crecían y arrojaban criaturas de tan deslumbrante maleficencia que la única respuesta era gritar, o esconderse fuera de la vista, o permanecer arraigados en la incredulidad y el miedo paralizante.
Ese fue el momento en que el viejo precepto cambió. Ya no podíamos fingir, y ya no podíamos escondernos. Terra no era como esos otros mundos: sus miles de millones no se borraron fácilmente de la historia, y si hubiéramos matado a todos los que vieron a los demonios retozar esa noche, habríamos tenido un Palacio vacío y una cámara silenciosa del Consejo.

Sabía que solo sería un espectador, pero me pareció importante que alguien intentara recordar lo que sucedió, y que no dejáramos el registro de eso a los guerreros que habíamos construido para ser capaces de luchar contra esos monstruos. Todos ellos, los Custodios, los Marines Espaciales, las Hermanas del Silencio, habían sido vaciados para hacerlos más fuertes. Ya no eran realmente humanos, ninguno de ellos, y ese era su sacrificio: ambos eran mejores y peores que nosotros, y estaría condenado si ellos y solo ellos se convirtieran en los árbitros de la historia en esto, el Imperio hecho para refugiar la humanidad.
Cuando llegué a mi posición, la batalla ya estaba en su apogeo. Fui testigo de cómo Valoris conducía sus columnas al corazón de la gran masa de invasores. Salieron de la Puerta del León antes de extenderse a cientos de pequeños puntos de luz, mezclándose con las cohortes que se aproximaban como líquido. Rechacé la oferta de un aumentador visual, sabiendo que las imágenes en primer plano podrían perseguirme para siempre, e hice todo lo posible para mirar sin perder el control de mis facultades.
Durante mucho tiempo, me pareció, la batalla estaba terriblemente preparada. Los láseres de defensa en las murallas colocaron una cortina de fuego tan abrasadora que hizo que mis ojos fluyeran solo para presenciarlo, y enviamos vuelo tras vuelo de cañoneras atacando las filas enemigas, pero el único contraataque realmente efectivo provino de esos guerreros en el suelo.
Los peores testigos fueron los más grandes demonios, esas poderosas criaturas rugientes de llamas que cruzaban el campo de batalla como torres atadas a la carne. Ni siquiera podía mirarlos directamente, y simplemente escuchar sus rugidos, incluso desde tan lejos, era físicamente doloroso. Esas cosas encabezaron la carga contra la Puerta del León, y cuando su fuego hechicero se encontró con el aluvión de los cañones láser, el infierno resultante fue como la destrucción vacía de las estrellas.
Algunos de ellos fueron derribados por los Custodios, trabajando en conjunto con falanges completas de doncellas nulas, y los muchos duelos brutales entre demonio y defensor fueron horribles de presenciar. Pero no todos podían ser detenidos, y solo podía ver cómo la puerta en sí misma finalmente se abría, sus torres derribadas y sus armas silenciadas. Observé

las puertas de bronce derrumbarse bajo el ataque implacable, y vi al primero de los gigantes pasar por el portal.
Incluso en un momento de destrucción sin igual, nada de lo que viví fue peor que esa vista. Vi a la vasta criatura atravesar el umbral, su látigo de fuego se enroscaba sobre su torso sangriento, su cabeza obscena se abría en un rugido de triunfo. Vi las antiguas defensas apiladas a su alrededor deslizarse en montones de escombros en llamas, y vi a los defensores enterrados vivos incluso mientras huían de sus estaciones aterrorizados.
No sé qué habría sucedido si no hubiera estado con nosotros esa noche. Me gusta pensar que Valoris habría reunido a sus tropas, miles de las cuales todavía estaban disputando la gran extensión del puerto vacío más allá, y se habían retirado para derrotarlo. Me gusta pensar que, si de alguna manera hubiera fallado en eso, los defensores mortales, que todavía contaban con millones, habrían podido detener el asalto con el sacrificio de sus propias vidas.
Al final, ninguno era necesario. El señor Guilliman llegó por fin, apresurándose desde las alturas del santuario. Trajo consigo a todos los que había podido reunir de su grupo ya cansado de la guerra: compañías de marines espaciales de muchos capítulos, los santos vivos con sus halos de oro, el último de los Caballeros Grises convocados desde Luna. Esa fuerza, tan pequeña en número en comparación con el diluvio de monstruos que se había derramado a través de la puerta, los tomó.
Nunca oirás una historia de esa batalla, no como escucharás historias de su regreso triunfante a Terra, ni de la gran cruzada que siguió esos días. Nunca oirás cómo Roboute Guilliman luchó contra el gran demonio sobre las ruinas de la Puerta del León mientras los cielos llovían lágrimas carmesí a su alrededor. Nunca leerás cómo los dos se enfrentaron en medio de los gritos y las llamas, cada uno probando al otro hasta la destrucción, tambaleándose al borde del precipicio traicionero mientras las hordas de condenación se precipitaban debajo. Nunca oirás cómo el monstruo casi lo destrozó con un solo latigazo, o cómo su frente brillaba con la luz del sol cuando peleaba, o cómo al final clavó su espada en el pecho del demonio. Nunca oirás cómo estranguló la vida de ese leviatán antinatural con sus grandes guanteletes, luego arrojó su cuerpo hacia abajo desde la pirámide de escombros para romper en el polvo sangriento de abajo.

Lo vi a través de mis lágrimas, y no sentí vergüenza en eso. Mis nudillos estaban blancos en las barandillas; mi corazón latía como el de un niño. Vi a Guilliman pelear, una escena arrastrada directamente de la era de las leyendas, y por un momento imaginé que podría haber estado allí, justo al comienzo, cuando eran los ejércitos del Señor de la Guerra atravesando las murallas.

Puedes pensar que soy afortunado de haber visto esas cosas. Si me hubieras preguntado en mi juventud qué habría dado para ver a un primarca luchar contra nuestro mayor enemigo, podría haberte dicho que habría muerto feliz por el privilegio.

Pero en ese momento todo lo que sentí fue una especie de pena adormecedora. Durante mucho tiempo habíamos estado en estasis moral, ensayando viejas historias y sacando fuerza de ellas. Nos reímos de que regresaran los primarcas, principalmente porque sabíamos que nunca sucedería. Ahora que lo había hecho, me sentía vacío. El sueño no se había hecho realidad; La realidad se había convertido en un sueño.

Más que la puerta fue destruida esa noche. Mientras observaba cómo las columnas de humo se elevaban hacia la luz de la tormenta y veía a los Custodios vengativos perseguir a los demonios que gritaban lejos de las murallas en llamas, supe que la victoria solo había sido fugaz, y que el verdadero cambio ya había tenido lugar.

Nos habíamos acostumbrado a mantener nuestros miedos al alcance de la mano, encerrados detrás de la barrera distante de Cadia. Ahora, con la vacilación del Astronomicón y la disminución de nuestra larga guardia, nunca más podremos mentirnos sobre la naturaleza de a lo que nos enfrentamos. Si pudieran atacarnos aquí, podrían atacarnos en cualquier lugar. Ningún muro sería demasiado alto, ninguna protección demasiado completa, ninguna ciudadela escondida fuera de su alcance.

Entonces me di la vuelta, sin querer ver cómo se desarrollaba la carnicería final. Todavía me temblaban las manos y me humedecían las mejillas. Me sentí vacío, como una cáscara seca arrojada al fuego.

El palacio seguía en pie. Todo lo demás había sido arruinado.



VALERIAN XXII

No abandoné ese campo de batalla hasta que el débil sol estuvo alto en el cielo y las nubes brillaron de un rosa sucio. Matar a la sanguinaria fue solo el comienzo, y aún quedaban miles de demonios menores por aniquilar. Las criaturas de la disformidad detestan y se temen mucho más que a nosotros, por lo que el asesinato de su maestro no los intimida. En todo caso, los liberó para cometer actos de ferocidad aún más imprudentes. Subieron las escaleras y corrieron por la plataforma, aullando y saltando.

Podríamos haber muerto aún, si no hubiéramos permanecido cerca el uno del otro. Mi pelea se vio gravemente obstaculizada por mi herida, aunque mis tendones se afianzaron y mis huesos se volvieron a formar incluso cuando aún ejercía Gnosis, tal era la resistencia de mi cuerpo forjado por genes. Alcuin fue la pieza clave en esos momentos, y se le había dado un nuevo vigor al ver la desaparición del demonio. Lideró el contraataque, golpeando a los demonios con una crueldad que dudo que cualquier otro podría haber igualado en ese momento. Realmente odiaba esas cosas, y debo admitir que lo hizo brutalmente eficiente.

Sin embargo, sufrimos más pérdidas, y mientras miraba ese océano de detestación sospeché que nuestra resistencia solo duraría un tiempo antes de que se extinguiera.

Tuvimos suerte, supongo. O, como no creo estrictamente en la suerte, debemos haber sido favorecidos aún por Su mirada. Había comenzado a pensar en mí mismo como algo más allá de su consideración desde mi fracaso en el Trono, y por lo tanto no busqué ninguna indulgencia especial de los caminos del destino, pero nuestro duelo con la sanguinaria había sido notado. Valoris había enviado algunos de nuestros mejores guerreros para enfrentarse a los ocho, y él mismo había liderado la carga contra los que estaban en el corazón de la horda. Justo cuando comencé a pensar que estaríamos abrumados por fin, los levantadores de oro desafiaron la

lluvia de sangre y el rayo de fuego para llevar a los hermanos vestidos de Exterminador a nuestro lado, así como a Ynnades sepultado por el Contemplador, que salió de su nave de ataque. rodeado de una brillante fuerza de égida y vadeó hacia los demonios con despreciable majestuosidad.

Entonces supe que sobreviviríamos. Me encargué de proteger a las Hermanas del Silencio, cuyos esfuerzos por alcanzarnos y luego protegernos habían sido agotadores para ellas. Solo tres seguían vivas, incluida la que había derribado la sanguinaria y me había salvado la vida.

Me juré a mí mismo que no perecería, y que si vivía ese día encontraría la manera de pagarle la deuda de honor. Eso fue, en retrospectiva, algo extraño para mí pensar eso. No estaba acostumbrado a tener tratos importantes con aquellos que no eran de mi propia especie, y en cualquier caso, generalmente no nos permitimos tales conceptos de deuda de honor, como me dicen los Lobos de Fenris. Aún así, me dio un propósito y un equilibrio en mi lucha.

Entonces vimos esas horas de lucha. Se sostuvo la plataforma y se transportaron más tropas en avión, y luego pudimos bajar las escaleras nuevamente para retomar la llanura de abajo. Valoris lideró un segundo contraataque luego de la destrucción del último gran demonio, y luego pudimos abrirnos camino hacia el perímetro del antiguo puerto vacío.

Maté a más criaturas enemigas en esas horas de las que había hecho cientos de años antes. A pesar de mis heridas, el combate, como podría haber dicho Navradaran, me pareció estimulante. Me dio placer ver esas cosas aplastadas bajo el talón de mi lanza. Me dio placer sentir que mi cuerpo llegaba al límite. Sentí una extraña sensación de liberación, como si me hubieran quitado grilletes invisibles de mis brazos, dejándolos mover con mayor propósito y reivindicación.

Para cuando el sol estaba alto en el cielo, sabíamos que la lucha terminaría pronto. Los demonios estaban huyendo, volviendo a su propio reino incluso antes de que nuestras lanzas pudieran hundirse en sus cuerpos translúcidos.

Para mi sorpresa, descubrí que casi lamento el cese de la violencia. Cuando envié a Gnosis al último cuello de la última muerte, no sentí ningún tipo de euforia. Todo lo que sentí fue un curioso dolor de abstinencia, de algo que me arrebataron antes de que pudiera entenderlo completamente.

Este fue el factor perturbador. Yo quería mas.



TIERON XXIII

Incluso entonces, no había descanso. En las horas que siguieron a la batalla por la Puerta del León, la prudencia de la Doctrina Arx se hizo completamente evidente, ya que nuestros preparativos significaron que podríamos transportar fácilmente a miles de tropas endurecidas por la batalla para cerrar las brechas dejadas por la salida de los Custodios. Podríamos movilizar a nuestros Titanes para mantener centinelas dentro del Palacio Interior, y transportar por avión números aún mayores para mantener la línea dentro de los restos de la puerta.

Quedó claro que aguantaríamos. Los demonios mayores fueron destruidos, los menores aún perseguidos. Habíamos sufrido pérdidas terribles, estaríamos evaluando el daño durante semanas después, pero lo impensable había sido evitado por los márgenes más estrechos. Pronto la actividad dentro del Palacio cambió, y de repente hubo inquisidores en todas partes. Vi naves como buitres revoloteando sobre los campos de matanza, y figuras extrañas que vestían uniformes que no reconocí acechando a través del humo a la deriva. Estábamos haciendo lo que siempre hacíamos después de tales eventos: tratar de sofocarlos, borrarlos, sacarlos de nuestras mentes.

Ese ejercicio fue más inútil de lo que nunca había sido, por lo que hubo una irrealidad aún mayor en los días que siguieron. Nuestro trabajo siguió siendo intenso, pero el enfoque cambió. Reconstruimos lo mejor que pudimos. Enormes equipos de recuperadores e ingenieros fueron enviados a las líneas de defensa, solo para ser retenidos del peor de los sitios de combate por agentes inquisitoriales, y estallaron nuevos combates entre los acumuladores de secretos rivales.

Había un ambiente en el Palacio de que habíamos caído lo más lejos posible. El Astronomicón permaneció inactivo, limitando nuestra comunicación con el Imperio más amplio. Nuestras defensas planetarias, tan minuciosamente construidas durante tantos siglos, habían demostrado

que se podían pasar por alto con facilidad trivial, por lo que comenzaron a lanzar ojos codiciosos sobre los millones de tropas encerradas en las filas de las estaciones de defensa de órbita alta. En la conmoción del asalto a la pared, muy pocos recordaban la difícil situación de la inmensa ciudad mundial más allá, que permanecía inquieta, temerosa y hambrienta.

Incluso dentro de los recintos sagrados, cada cara era gris y cada espalda estaba encorvada. Vi hombres y mujeres que alguna vez habían usado cadenas de perlas y capas de hilo de platino que ahora se veían un poco mejor que los mendigos demasiado vestidos, vagando por los pasillos vacíos como si hubieran olvidado sus propios nombres. Los cavernosos refectorios estaban vacíos y las capillas hacían eco.

En el momento de nuestra peor crisis no habíamos tenido que preocuparnos por la cadena de mando, ya que el Capitán General y el Señor Guilliman habían tomado la iniciativa con tanta fuerza. Ahora, sin embargo, esos asuntos de repente se volvieron apremiantes. Los Altos Señores habían fallado en su deber más sagrado de todos: proteger el corazón del poder, y en siglos pasados eso siempre había resultado en un castigo rápido y un cambio de personal en la mesa alta.

Sin embargo, evité el contacto con mis maestros en ese momento y me sumergí en hacer todo lo posible para ayudar con la restauración de los sistemas del Palacio. Emití órdenes de solicitud y presté mis servicios a aquellos comandantes que aún conservan regimientos capaces de desplegarse. Firmé órdenes de reabastecimiento y pasé mandatos de ejecución a los Arbites. Creo que, mirando hacia atrás, estaba en una especie de shock. Jek dijo más tarde que yo era como un autómata, moviéndome de una tarea a otra y apenas diciéndole una palabra a ella u otra persona. Perdí peso, lo que en circunstancias normales podría haber sido bienvenido, pero en aquel entonces simplemente me hacía parecer demacrado.

Mis recuerdos de ese período son confusos, y no recuerdo mucho de los detalles. Sin embargo, un episodio se destaca. Irthu Haemotalion siempre había sido una espina en mi costado, y fue con mucha irritación que respondí a una llamada de su personal privado y viajé hasta la mitad del palacio para encontrarlo.

Siempre había sido una figura pálida, pero ahora parecía positivamente fantasmal. Traté de imaginar cómo se sentía con respecto a los desastres

recientes. Él era el Maestro del Administratum, ese edificio enormemente vasto que controlaba el flujo de información entre los sistemas y el centro. Más que ninguno de nosotros intercambió en comunicación, la interminable marea de pergamino que era el oxígeno de nuestro imperio. Ahora, sin embargo, estaba ciego y casi sin poder, alejado de sus propios sirvientes por la locura de sus astrópatas y la imposibilidad de viajar al vacío. Otros Altos Señores, como Arx o Fadix, aún podían usar sus redes de control y subterfugio, pero el reino de Haemotalion era el Imperio visible, sus eruditos y sus escrituras, y eso había sido revelado como quizás el estrato de Adeptus más frágil de todos.

Caminamos juntos en el claustro de un antiguo conjunto de oratorios dentro de su extensa finca privada, su cantería cubierta de liquen de araña. Los cielos sobre nosotros todavía ardían con ese triste resplandor de ascua, y de vez en cuando lo mirábamos, temiendo que la lluvia de sangre comenzara de nuevo. Haemotalion, una figura alta y demacrada al lado de mi cuerpo que se tambaleaba, se movió mientras caminaba, un tic nervioso que nunca antes había notado que sufriera.

-Ha sido difícil que venga, canciller- dijo.

-Disculpas, maestro. Ha habido mucho que atender.

-Sin duda. Pero este es un momento para que el Consejo siga siendo fuerte. Debemos reconstruir, y rápidamente. Y sin embargo, ha habido rumores inquietantes.

Lo miré. Realmente no sabía cuáles podrían ser. **-¿Oh?**

Haemotalion presionó sus labios escépticamente. -**¿Quieres que lo diga? ¿Quieres que diga las palabras? Muy bien. Tu amigo, el primarca. Ese es el problema. ¿Qué vamos a hacer con él?**

No tenía ni idea. Nadie tenía idea. No hubo precedentes. El último primarca viviente había desaparecido en el mito hace miles de años, e incluso los grandes archivos de Lex no se remontan tan lejos.

-Él es el Señor Comandante- me aventuré.

-Era el Señor Comandante. El era muchas cosas. Formó parte de la rebelión que nos acercó tanto a la aniquilación que redujo su propio poder para evitar que volviera a suceder- Haemotalion olisqueó. -**Todavía dicen que esto nos trae un nuevo amanecer. Me temo que solo trae de vuelta la vieja noche.**

No tuve una discusión. Tal como había sido antes de mi loca obsesión con los Adeptus Custodes, había vuelto a ser callado en las opiniones de los poderosos.
-¿Los demás sienten lo mismo?- Pregunté.
-Algunos lo hacen. Ha habido muy poco tiempo para llegar a un consenso- Dejó de caminar y se acercó. -**Ya no está dentro de los grandes salones. Me dicen que Valoris lo llevó al corazón del Santuario. Me informaron que todavía está allí. Dicen que ha descendido a la propia Sala del Trono.**
Lo miré fijamente. -**Si alguno puede hacerlo, seguramente es él.**
-Ninguno de nosotros lo aventuró.
-¿Alguna vez quisiste?
El Maestro no estaba de humor. **-Él tomará el control-** dijo. -**Ese es el peligro. Ganaremos esta batalla, solo para ver que Terra nos sea arrebatada. ¿Y luego que? ¿Otra gran cruzada? ¿Una purga de todo lo que nos hemos esforzado por construir? Puedes verlo, confío. El peligro.**
Recordé cómo me había sentido en Luna, presenciando ese dolor de reconocimiento en los ojos de Guilliman. Me encontré pensando que una purga de todo lo que nos habíamos esforzado por construir podría no ser algo malo.
-Ahora, tal vez, entiendes la locura de lo que estabas tratando de diseñar antes- dijo el Maestro, comenzando a caminar de nuevo. -**Hubieras enviado a los Custodios al infierno en Cadia, justo cuando los necesitaban aquí. Sin ellos, habríamos perdido la Puerta del León. El enemigo podría haber destruido el santuario interior. Has jugado un juego imprudente, canciller, y necesitas recordar dónde están tus lealtades.**
Tal vez sintió mi estado de shock y se sintió capaz de hablarme así. Nunca lo hubiera tolerado antes.
-El Consejo debe mantenerse fuerte- repitió. **-Mientras el Señor Guilliman permanece dentro del Santuario, tenemos nuestra oportunidad de actuar. Ya he acordado con Pereth prohibir todos los movimientos de la flota fuera del mundo. Arx ha ordenado a las personas cercanas a ella que acordonen los sitios en Luna y comiencen a limitar las consecuencias del encuentro de la Puerta del León. Podemos tener un millón más de tropas aquí en cuestión de días si las defensas orbitales ahora se consideran superadas. Todos nos deben su lealtad. Los titanes están**

dentro del alcance de Raskian, al igual que los manitarios skitarii en el sistema, y él está con nosotros.
Apenas podía creer lo que estaba escuchando. Al parecer, nos habíamos reducido a esto, disputando los conductos del poder incluso cuando el Mundo del Trono se desintegró en el hambre y la anarquía y nuestros muros eran montones de escombros infestados de demonios.
-Con respeto, señor, no creo que este sea el momento de…
-Esta es la única vez que tendremos. El es un primarca. Conoces tu historia prohibida: eran lunáticos fratricidas, preparados para destrozar toda la galaxia para perseguir sus enemistades. Diseñamos el Lex, él diseñó el Lex, precisamente para evitar que lo vuelvan a hacer. No puede tomar el control.
Sonreí sombríamente. -**¿Y cómo podrías detenerlo? Alguna vez fue el comandante de una Legión.**
-Las Legiones ya no están aquí, ¿verdad? Han entrado en la historia, justo donde deberían estar.
-No todos- dije.
Haemotalion asintió. -**Tienes razón. Queda uno. Una Legión, la Legión del Emperador. Hiciste lo que pudiste para ponerlo bajo nuestro control, supongo.**
-Esa nunca fue mi intención.
-Valoris es uno de nosotros ahora, y se le debe hacer ver la razón.
Recordé cómo había estado el Capitán General, en la cripta cuando me había atrevido a tratar de imponer mi voluntad sobre la suya. No sufriría ser un peón en nuestros juegos. Por eso se habían resistido a ser arrastrados a la mesa durante tanto tiempo. Debe haber sabido de este peligro, o haber visto venir algo así. Nos habíamos enorgullecido de toda nuestra actividad, corriendo con nuestros edictos y nuestras políticas y pensando en las reliquias moribundas de los Custodios de una antigüedad, pero habían jugado el juego tranquilo más perfectamente que nosotros y ahora mantenían el equilibrio de poder en sus Guanteletes grabados.
Recordé lo que Valerian me había dicho.
No somos parte de tu Imperio. Nos involucramos en él solo si consideramos que su voluntad lo exige.
-No estarán con nosotros- dije. -**Ahora ni nunca, y nunca intenté lograrlo. Todo lo que quería era verlos en libertad-** La cara de Harster todavía me

perseguía. -**Quería verlos llevar la lucha al enemigo.**
-Entonces le darás todo lo que quiere- dijo Haemotalion. -**Le darás la cruzada que él desea, y la marea de sangre se elevará tanto que todos nos ahogaremos.**
-No le daré nada a nadie- dije, impaciente. -**¿Ves algo en mis manos, Maestro? Lo he perdido todo.**
Me agarró del hombro y me obligó a mirarlo. -**Él es una sola alma, y no ha estado aquí por mucho tiempo-** Se retorció fuertemente, y sentí el espasmo de su cuerpo a través de mi túnica. -**Dicen que este Imperio es un cadáver podrido, un caparazón de lo que alguna vez fue. Nunca he creído eso. Ahora somos más grandes que nunca, y estas pruebas no son diferentes a las que superamos antes. Somos más duros, somos más duros, nos hemos enfrentado a la oscuridad por más tiempo que él. Su edad ha terminado. Somos los herederos del manto.**
Lo miré a los ojos y vi cuán mal se enfocaban ahora.
-No puede quitarnos esto- dijo. -**No se le puede permitir.**
La próxima vez que hablé, lo hice con mucho cuidado.
-Entonces, ¿qué quieres que haga?- Le pregunté.
-Apóyanos. Mantenga el cordón en su lugar, aguante a los Adeptus Custodios. Si quiere lanzar una cruzada propia, déjelo suicidarse solo allí afuera. No debe convertirse en el nuevo Señor de Terra. Valoris debe permanecer con nosotros.
No sé si él creyó todo eso. Tal vez realmente pensó que Guilliman introduciría aún más destrucción, o tal vez solo temía por su propia posición en este nuevo Imperio. Todo lo que sabía era que había estado convencido de algo en aquel entonces, impulsado por una fuerza que me llevó mucho tiempo reconocer.
Haemotalion me había prestado algún servicio, aunque sin querer. Mientras escuchaba su desesperación, sentí que parte de esa resolución regresaba.
No me había equivocado. No completamente. No se trataba del Consejo, ni del primarca. Esto era sobre lo que Valerian había dicho. Esto fue sobre su voluntad.
-Sirvo a los Altos Señores, como siempre- dije, mirando al Maestro del Administratum a los ojos, sabiendo que ahora era una mentira e incapaz de sentir una pizca de culpa.



VALERIAN XXIV

En los días posteriores a eso, contamos el costo.

Cerca de cuatro mil de mis hermanos se habían comprometido a luchar en la Puerta del León, y más de la mitad de ellos habían muerto. Esas fueron pérdidas asombrosas para nosotros. No habíamos absorbido tanto dolor desde la Guerra Secreta de la memoria antigua, y recuerdo haber leído el recuento de los caídos con asombro. Tribuno Italeo fue uno de los que perecieron, cayendo incluso cuando mató a uno de los demonios más grandes. Otros nombres que conocía bien estaban en esas listas, algunos por los que lloré mucho en los meses siguientes. Algunos de los heridos graves fueron llevados a la Torre de Hegemon para ser enterrados en sarcófagos de los Acorazados (Dreadnought en el original nt), aunque la práctica se había vuelto tan rara para nosotros que no había suficiente chasis para todos aquellos que necesitaban uno, y así perdimos almas que podrían haber servido.

El dolor era real, pero nuestra capacidad para luchar, así como nuestra resolución, no disminuyeron. En esto no éramos como el Adeptus Astartes: no teníamos empresas y capítulos establecidos que fueran dirigidos por individuos insustituibles. Hasta cierto punto, éramos islas, capaces de trabajar juntas cuando la guerra lo exigía, pero por lo demás completamente autosuficientes. Recuperamos la armadura de nuestros camaradas caídos, les dimos honor mientras llevamos los cuerpos a las tumbas sagradas del recuerdo, y luego volvimos a pensar en lo que vendría después.

Recordé el intercambio que tuve con el canciller Tieron. Esos viejos debates se habían sentido esotéricos en ese momento, una distracción de nuestros antiguos deberes y rituales, pero ahora se aprovechaban de mi mente. Todos sabíamos que el Capitán General había ocupado un lugar en el Consejo Superior, algo que nos unía más a sus deliberaciones que antes,

pero no sabíamos a dónde nos llevaría eso. Mucho estaba cambiando, y parecía inevitable que estuviéramos atrapados de alguna manera.
Para entonces también había escuchado sobre el Señor Guilliman. La noticia de su regreso se había extendido rápidamente por el Palacio, primero en susurros silenciosos, luego en tonos cada vez más seguros de parte de aquellos que sabían la verdad. Pocos lo habían visto desde su entrada triunfal al Santuario, y se creía ampliamente que Valoris lo había llevado al Salón del Trono, donde los dos permanecieron encerrados durante muchos días. Se le había asignado un ayudante, el nuevo tribuno Colquan, el reemplazo de Italeo, que actuaría como enlace entre él y el Capitán General, pero de lo contrario, sirvió como poco más que una presencia de fondo, una leyenda que aún no había entrado completamente en la luz.
Algunos de mis hermanos lo habían visto luchar durante el apogeo de la batalla de la Puerta del León, por supuesto, aunque dijeron poco al respecto, y yo tenía poco interés en averiguar más.
Un primarca era un primarca. Los precedimos, tal como las Hermanas del Silencio las precedieron. Sabíamos la verdad de lo que habían hecho por el Imperio, tanto para bien como para mal, y también entendimos qué papel había tenido nuestro Maestro para ellos al principio, así como lo que había esperado después del apocalipsis del Asedio. Si una de esa fraternidad hubiera regresado para reforzar nuestras defensas flagrantes, entonces eso sería bienvenido. Nuestro deber permanecería como siempre lo había sido, como lo había sido antes de que se crearan las Legiones, y como había sido después de que se disolvieran.
Para mí, tenía otras prioridades. Una vez que mis heridas se curaron y mi armadura fue reparada, hice lo que había jurado que haría, y busqué a Tanau Aleya.
La encontré en cuartos apartados dentro del Palacio específicamente para las Hermanas del Silencio que regresaron. Eran edificios antiguos, que alguna vez se utilizaron para entrenar y guarnecer a las miles de doncellas nulas del Imperio, pero más recientemente se utilizaron como fortaleza para la Inquisición. Se habló de restablecer la arcaica Somnus Citadel en Luna a su debido tiempo, pero eso no era algo que pudiera hacerse rápidamente, por lo que por el momento las recién llegadas se reunieron aquí, donde la necesidad era mayor.

Me tomó un tiempo localizar su celda dentro de ese enorme y destartalado edificio. La Inquisición había quemado todos sus registros al irse, así como destruir o quitar muchos de los viejos muebles de la cámara, dejando la fortaleza oscura, húmeda y fría. Los servidores estaban en todas partes, transportando maquinaria y bancos de luz, bobinas de energía y botes de suministro. El sonido del turboperforado resonó desde los cimientos, y vi enormes generadores de escudos vacíos siendo levantados por pesados levantadores de carga.

Algunas de las nuevas ocupantes de la fortaleza ya habían servido en instituciones imperiales durante mucho tiempo, por lo que el ajuste necesario para una vida dentro de la nueva dispensación fue pequeño. Conservaron su propia armadura, en su mayoría todavía con los sigilos de las Naves Negras individuales, y portaban armas marcadas por un uso intensivo. Esas Hermanas hicieron la señal del aquila cuando pasé, y le devolví el gesto de reconocimiento.

La sensación de estar rodeado de tantas almas nulas en un espacio tan confinado fue, lo admito, desconcertante. El efecto fue acumulativo, y cuanto más avancé, más me di cuenta de la extraña sensación de entumecimiento en el aire filtrado. Lo había notado menos durante el calor de la batalla, pero ahora, con algo así como la normalidad restaurada, podía comenzar a entender por qué les había sido tan fácil escapar de nosotros. Era difícil estar cerca de ellas, tolerar la vaga y persistente sensación de maldad que exudaban. Decidí concentrarme, superar esa debilidad esencialmente humana. Se suponía que debía estar más allá de esas cosas, después de todo.

Finalmente la encontré en el nivel más bajo, donde los techos goteaban con fluidos oxidados y el aire estaba lleno de esporas de moho. Esas cámaras se parecían más a celdas de prisión que a espacios en los que meditar. Conociendo la identidad de los ocupantes anteriores, era probable que lo hubieran sido.

Cuando entré, ella estaba mirando un pedazo de cuero estirado colocado entre duelas de hierro. Estaba tan concentrada en su estudio que no me escuchó acercarme, y me reduje a ese gesto más humano: una tos leve.

Ella levantó la vista, su rostro era una imagen de irritación. Ella debe haberme reconocido, pero no recibí ninguna bienvenida.

¿Qué deseas? señalo ella.

-Para darte las gracias- le dije. **-Y para registrar mi deuda contigo.**
No estaba seguro de si usar Marcaideas o hablar en voz alta. El primero parecía presuntuoso, el segundo incongruente.
¿Para qué? ¿Y por qué? Solo estaba peleando.
La última vez que la vi había estado cerca del colapso por agotamiento. En los días posteriores a la batalla, obviamente la habían alimentado y le habían dado medicinas, reparó su armadura apresuradamente, la asquerosa sangre ardía de su espada y el acero santificado por los sacerdotes, pero todavía parecía agotada.
-Fue un hecho poderoso- dije. -**para lisiar a esa bestia.**
No era una bestia, era shedim. Hubieras hecho lo mismo por mí. No nos hace hermanos del alma.
El grado de resentimiento en sus señales me sorprendió. Tal vez me había acostumbrado demasiado al temor o al temor de aquellos a quienes servía, para enfrentarme con la irascibilidad, eso era novedoso.
-Perdóname, hermana. Mi presencia aquí no es bienvenida.
Ella se volvió hacia mí, sus ojos brillaban. *Sí, Capitán Escudos, su presencia aquí no es bienvenida. No he sido bienvenida durante diez mil años. Trono maldito, me pregunto si tienes el descaro de enfrentarme.*
Apenas podía seguir el ritmo de sus dedos, la ira hizo que sus gestos fueran rápidos y arrastrados.
Vi la forma en que luchaste allí continuó. *Nunca he visto algo así. Debes haber matado a cientos. Entonces, ¿por qué estabas aquí y por qué estábamos allí? ¿Por qué nos dejaron abandonadas y tú diste todo esto para deleitarte?*
Sus dedos ahora apuñalaban, sobresaliendo hacia mí como acusaciones físicas.
Entonces la guerra ha llegado ahora a Terra. Incluso podría estar contenta con eso. Tal vez te sacará de tu maldita pereza, aunque me temo que ya es demasiado tarde para eso.
Puede que haya malinterpretado algo de esa diatriba. Mi sospecha es que Marcaideas contiene varios improperios en su léxico que no pude descifrar; Sin embargo, el núcleo de su significado era perfectamente claro.
-Debes haber sufrido gravemente- dije, haciendo mi mejor esfuerzo para no antagonizarla aún más. -**¿Dónde estabas estacionada?**

Arraissa. ¿Has oído hablar de eso? No claro que no. Has estado atrapado en el Palacio tanto tiempo que apenas podrás llegar a la puerta principal si tus sirvientes no te sostienen las manos.
Ella estaba equivocada sobre eso. Sabía exactamente dónde estaba Arraissa: un mundo industrial en el corazón del Segmentum Solar, uno de los muchos cientos que conformaban el centro productivo del Imperio. Levantó regimientos militares y apoyó una gama de manufacturas de grado submecánico, además de ser un centro de peregrinación menor para los seguidores del Culto de San Eutrosio. Sin embargo, sentí que era político no señalar esto. Dudo que hubiera mejorado las cosas.
Me acerqué a ella. Algo sobre el mapa que estaba mirando me molestó. El guión fue escrito en un dialecto antiguo, uno que reconocí de mis estudios en los archivos prohibidos.
¿De dónde sacaste esto? Señale.
Ella me miró. *¿Puedes leerlo?*
Eché un vistazo más de cerca. Cuanto más leía, más me preocupaba. A lo largo de los siglos, mi beca había abarcado una amplia gama de temas teológicos. Me había versado en muchos idiomas ahora olvidados por el Imperio más amplio. Sospecho que algunos de ellos no se hablaron en ninguna parte, excepto aquellos lugares a los que solo nosotros y nuestros antiguos enemigos aún podíamos ir.
-Esta es una lengua de Cthonia- dije en voz alta. -**Un dialecto que se había extinguido mucho antes de que ese mundo fuera destruido. Es la herejía más grave incluso poseer tal cosa. Si la Inquisición supiera que la tienes...**
¿Qué significa eso?
Mis ojos pasaron sobre los remolinos, bajando por patrones arcanos que escapaban a los sentidos. Era una representación de la disformidad, eso era bastante claro, aunque siempre había creído que tales cosas eran de uso limitado: el empíreo cambiaba todo el tiempo, mutaba y se tornaba en nuevas formas. Un diagrama fijo solo sería útil en un momento específico, y poder predecir la forma futura de la deformación estaba más allá incluso del mejor de nuestros pronosticadores.
Algunos aspectos, sin embargo, podría descifrarlos. Los sistemas estelares estaban marcados en escritura cthoniana, con nombres figurativos que podría deducir de mi conocimiento de la cartografía estelar alrededor de la región del Sol. Cuanto más miraba, más se hacía evidente.

Este es un esquema de invasión señale, cambiando nuevamente al modo de discurso de Aleya. *Centrado en Terra, marcando ocho conductos cardinales a través de los cuales podría pasar una flota. Aquí están los mundos, todos dentro de una sola etapa de disformidad, todos asentados en la boca de canales de éter seguros.*
Aleya había perdido su irritación anterior, y ahora miraba su mapa con ojos hambrientos. *Pensó que debía ser algo así* señalo, *usando un nombre que no reconocí, pero él no pudo leerlo. ¿Se puede usar?*
Me comprometí en grabar el esquema a la memoria. Mientras trabajaba, estaba contemplando lo que debía hacerse con él. Si es exacto, este fue el valor más alto, y se debe enviar un aviso a los Altos Señores sin demora.
¿Dónde lo obtuviste? Señale.
Ataque una camarilla. El Circulo, fueron llamados. Lo último que hice antes de que la galaxia comenzara a romperse. Ella me miró. *La Legión Negra les pisaba los talones. Estaban involucrados en esto, trabajando en cultos mortales a través de estaciones vacías.*
Debe ser llevado al Consejo, entonces. Si se planea un ataque...
Ella me fulminó con la mirada. *Sufrí para recuperar esto. Mi convento sufrió, estábamos siendo atacadas. Si sabes dónde están estos lugares, vamos allí ahora. Los quemamos antes de que nos quemen.*
Ella estaba completamente seria. La reunión de doncellas nulas era simplemente completa. El ataque a la Puerta del León acababa de ser visto. Nuestras fuerzas estaban en desorden y reunir números significativos para un nuevo asalto en terrenos tan endebles sería difícil, probablemente imposible.
Pero no pude ignorar la amenaza. Aleya no estaba equivocada acerca de lo que tenía: esto seguramente era parte del mismo gran asalto, un fragmento de la misma estrategia que había conspirado para fracturar la madeja de la disformidad y silenciar el faro del Emperador. Nuestros enemigos sabían que estábamos medio ciegos y tambaleantes, por lo que atacarían y atacarían pronto. Si esto realmente fuera evidencia de dónde harían su primer movimiento, entonces debía ser utilizado.
Sin embargo, ella notó mi vacilación. Esa fue la más legítima de las muchas críticas que soportamos en los años venideros: que nuestra larga y paciente vigilia nos había hecho demasiado cautelosos, demasiado atados

a los viejos ritos e incapaces de reaccionar decisivamente cuando surgió la necesidad.

Dices que me debes una deuda señalo ella, rápida y enérgicamente. *Descártalo, entonces. Muéstrame cómo encontrar estos lugares y llévame allí.*

Entonces sentí algo inusual, al verla arrojarme esos signos parpadeantes de Marcaideas hacia mí. Por lo menos, debería haberla encontrado presuntuosa y, en el peor de los casos, culpable de la falta de respeto más grave, pero en su lugar me encontré incapaz de reprimir la sonrisa. Admiré a esta mujer. Admiraba su falta de engaño y su fervor genuino. Junto al Trono, incluso admiré la forma en que ella conversaba, no es que esperara que el sentimiento fuera fácilmente correspondido.

Nada de lo que ella exigía era simple. Estábamos cambiando, el Capitán General estaba con el Emperador mismo, al igual que el Señor Comandante. Los Altos Señores, en cuyos nombres el Imperio todavía estaba gobernado teóricamente, fueron detenidos por completo con las muchas tareas de recuperación y rearme. Hacer lo que ella pidió requería una influencia que yo no poseía.

Pero había formas de sortear la mayoría de los obstáculos. Morar en el nido de serpientes del Palacio durante todo el tiempo que lo había hecho me había enseñado eso.

-Conozco a una persona a quien se podría llevar esto- dije. -**Si lo hacemos, ¿puedo sugerir, con todo el respeto posible, que me dejes la conversación?**



ALEYA XXV

Nunca por un momento creí que realmente lo haría. Simplemente estaba sacando mis frustraciones sobre él en esa celda, tratando de hacer que se sintiera tan mal como yo, y aun así él me escuchó, y luego hizo lo que le pedí. Tal vez él realmente creía todo lo que se hablaba sobre las deudas de honor, o tal vez vio el verdadero peligro del mapa de una manera que yo no creía; en cualquier caso, me obligó a mirarlo con ojos bastante diferentes.

En verdad, mi deseo de cazar por los planetas en ese maldito pergamino desollado era tanto para salir de Terra por cualquier otra cosa. En mi corto tiempo allí, encontré el lugar casi insoportablemente deprimente. No lo estaba viendo en su mejor momento, por supuesto, y aprecié que la guerra había llegado repentina y brutalmente a sus muros, pero aun así mi rencor hacia ella solo se intensificó cuanto más tiempo estuve allí.

Nunca hubo una disculpa. Ningún funcionario de los Altos Señores vino a nosotras y expresó su pesar por la forma en que nos habían tratado. Simplemente nos arrojaron a esa horrible fortaleza, nos dieron nuestras órdenes y esperábamos formarnos en un ejército que no había luchado juntas durante muchos miles de años. Eran tontos, todos ellos, los Altos Señores, tontos ciegos que no merecían nuestro servicio.

Mi única lealtad, en aquellos días, era hacia Él. Eso, y eso solo, nunca vaciló. Juré que vengaría a mis hermanas en su nombre, pero no en nombre del Consejo y no a sus órdenes. Todo lo que haría a partir de ese momento estaría enmarcado dentro de ese prisma de venganza, y esperaba con ferocidad la llegada del enemigo al Mundo del Trono para poder darles tanto dolor como ellos.

Nunca pensé que Valerian me daría una ruta a esta venganza, ni que sucedería tan rápidamente. Se quedó allí en mi celda, con su voz suave y paciente, ignorando mis insultos repetidos y estudiando ese pergamino infernal como si fuera una pieza fascinante pero inofensiva de iluminación

interesante. Lo más irritante de todo, resultó imposible de provocar. El odio parecía no tener casi ninguna reacción sobre él, como si fuera una emoción que simplemente no podía entender.
Más tarde, después de pasar más tiempo en su compañía, me di cuenta de lo cerca que estaba el juicio. En realidad, fue más un caso, creo, de que no tenía ninguna idea de orgullo. No tenía ego para magullar. Él vio toda su vida como una pura expresión de servicio, y no deseó nada más que eso. Su única ambición, de cualquier tipo, era servir al Trono más perfectamente. Si le hubieran ordenado tirar su armadura y pararse en el camino de las flechas demoníacas, lo habría hecho sin quejarse. Esa fue la diferencia clave entre él y, digamos, un marine espacial. Un marine espacial era una criatura de increíble orgullo interno, una raza guerrera de tal belicosidad que irían a la guerra, y lo habían hecho, por asuntos de insulto marcial o los resentimientos de sus imperfectos primarcas. Valerian nunca hubiera hecho eso. En esa distinción, sentí, era su mayor fortaleza y su debilidad más profunda.
Salimos de la celda, tomamos una imagen del mapa y dejamos el original en su campo de estasis. A medida que avanzábamos, me di cuenta de que se estaba comunicando, enviando solicitudes urgentes para una reunión, incluso mientras mantenía el flujo impecable de Marcaideas conmigo. Pasamos a partes más finas del Palacio, con altas vidrieras y columnas de oro. Vi pocos guerreros pero muchos sirvientes e incluso más escribas de Adeptus, todos corriendo de una tarea a otra como una manada de bovinos sobresaltados. La escala de todo esto era adormecedora en lugar de impresionante: un interminable laberinto de cámara tras cámara, sala tras sala, unidas por una filigrana de puentes y arcos de tránsito que se abrían paso a través del aire tóxico y volvían la mente.
Nos guió expertamente, caminando con rapidez pero sin apresurarse. Su herida, que pensé que podría haber sido mortal, apenas estaba en evidencia. Supuse que sus poderes de recuperación eran tan impresionantes como su habilidad para no ofenderse.
Pronto habíamos entrado en algunas regiones verdaderamente grandiosas: basílicas y mansiones que se apilaban unas sobre otras en una bacanal de construcción acumulativa. A través de estrechos portales vislumbré el centro mismo de todo, el colosal Sanctum Imperialis, que se eleva contra el horizonte del norte como una masa continental, en parte enmascarado por

la bruma de la distancia. Me pregunté brevemente si nos acercaríamos a él, y despertó mi interés. Hestia siempre nos había dicho que solo dos órdenes podían entrar en presencia del Emperador mismo: los Custodios y nosotras mismas.
Un día, pensé para mí misma. Un día.
Pero luego nuestro camino se apartó de él, y estábamos subiendo a habitaciones ostentosas bordeadas de espejos y colgadas con gruesos tapices. El lujo era obsceno: solo uno de los muchos artefactos que ensuciaban esas galerías podría haber sido rescatado por el diezmo anual de un planeta entero. Los cortesanos por los que pasamos en esos lugares que encontré repugnantes. Se inclinaron ante Valerian y ante mí, pero encontré repugnante la superficial sumisión. Una mujer tuvo la temeridad de mostrarme una sonrisa tímida, así que le lancé un gesto de aturdimiento de Marcaideas que la envió tambaleándose a una mesa llena de cristalería.
Al final, nos encontramos en una de las habitaciones más opulentas de todas, un verdadero nido de objetos antiguos y anticuarios. Miré a mi alrededor, tratando de calcular la cantidad de monedas que debió de tomar.
Poco después, las pesadas puertas en el extremo más alejado de la cámara se abrieron suavemente y entraron dos figuras. Una era una mujer, bastante joven con una cara inteligente y porte erguido de bailarina. El otro era un hombre, mayor, con una barriga pesada y líneas gruesas debajo de los ojos. Ninguno de los dos parecía haber dormido mucho tiempo, y sus finas túnicas no podían ocultar una cierta desesperación tranquila. Sin embargo, el hombre saludó a Valerian con calidez.
-Capitán Escudo- dijo, extendiendo ambas manos. -**Este es un placer inesperado.**
-Desearía que fuera en mejores circunstancias- respondió Valerian. **-Canciller Tieron, esta es Tanau Aleya de las Hermanas del Silencio.**
Estoy Honrado. Señalo Tieron.
-Seré rápido- dijo Valerian. -**¿Es segura esta cámara?**
-Ven.
-La Hermana tiene evidencia de un ataque inminente en mundos dentro de una sola etapa de Terra con la Disformidad. Tengo imágenes que mostrar, que estoy dispuesto a responder. Todos los objetivos están muy

cerca, y podrían alcanzarse y defenderse si se lanzara un grupo de ataque pronto. Se debe informar a los Altos Señores y se deben hacer arreglos para una respuesta inmediata.
-¿Has informado a tu Capitán General?- Preguntó Tieron.
-Está con el emperador.
El canciller asintió, entendiendo lo que eso significaba. El me miró. *¿Dónde se originó esta evidencia?*
Hellion Quintus señale de nuevo. *Aunque eso importa poco. Tienen conocimiento del próximo estado de la disformidad y han aislado ocho conductos abiertos que conducen aquí. Todos ellos están tan cerca como para estar virtualmente encima de nosotros.*
Tieron parecía dolido por eso, como si esas noticias pudieran haber sido inesperadas. No sé qué pensó que haría el enemigo después de estar tan cerca de destruir los muros del Palacio: un asalto secundario siempre habría estado detrás de él.
-Buenas noticias- dijo, acercándose torpemente a una silla y sentándose flácida en ella. -**Y vienen en el peor momento posible-** Miró a Valerian. -**¿Recuerdas nuestros viejos tratos con ese tema de la disolución? ¿Recuerdas cómo fue eso?-** Sacudió la cabeza. -**Si tan solo fuera el asunto más apremiante en mi mesa.**
Le di una rápida mirada a su compañera entonces. No la habían presentado, pero me di cuenta de que era más que una funcionaria. Eran una unidad, estos dos, y ella irradiaba una inteligencia tranquila y constante.
-Los Altos Señores han apagado el sistema- dijo Tieron, cansado. -**Están recordando cada pedazo de defensa restante al Palacio y prohibiendo el movimiento fuera del mundo. El Maestro del Administratum tiene miedo. Le tiene miedo al enemigo y le tiene tanto miedo a Guilliman, y de alguna manera piensa que ambos pueden evitarse atesorando nuestras fuerzas restantes. Permítame darle una breve respuesta a su pregunta: no habrá contraataque, no del Consejo. Si bien el Astronomicon permanece oscuro y el equilibrio de poder aquí aún no se ha decidido, no se lanzarán naves desde Terra.**
Son tontos señale.
-Un juicio astuto, hermana- dijo Tieron. -**Pero ahora están cerca de perderlo todo, y eso los hace alcanzar políticas deficientes.**

-No obstante, les informarán- dijo Valerian.
Tieron se echó a reír. -**Lo haré una prioridad, aunque no hará ninguna diferencia.** Se frotó los ojos. -**El Señor Guilliman está aquí ahora, y eso no puede ser alterado. Cuando salga de su comuna con el Emperador, será el indiscutible Señor Comandante del Imperio, y nada de lo que Haemotalion pueda hacer se interpondrá en el camino. Hasta entonces, sin embargo, estamos paralizados, encerrados en viejos juegos de poder que deberíamos haber desarrollado hace generaciones.**
Valerian absorbió esto en silencio, como si esperara la noticia. Lo tomé bastante menos bien.
Entonces malditos sean todos señale. *Si no lo reconocen, actuaremos sin ellos.*
-Te detendrán, si lo intentas- me dijo Tieron.
-Y tal acción, por supuesto, estaría fuera de la ley.
¿De verdad crees que me importa?
El canciller se echó a reír. -**Cuidado. Me he pasado la vida defendiendo esa ley-** Volvió a mirar a Valerian. **-Mira, cuando intenté ver el Lex cambiado en el Consejo, fue lo más extraño que había hecho. Todavía no puedo explicar por qué lo hice, a menos que …** Buscó las palabras. -**A menos que refleje un diseño mayor que el mío. Quizás mi error fue interpretarlo literalmente. El Lex no necesitaba ser cambiado, porque está claro que ahora el Lex está destinado a ser desmantelado. Pero la idea, la idea, eso era importante.**
Se miró las manos.
-Para liberar a los Diez Mil- murmuró. -**Para desatar las Garras del Emperador. El Consejo nunca lo permitirá. Guilliman nunca podría permitirlo. Ahora creo que, si es lo correcto, quizás tengan que aprovechar la oportunidad.**
En ese momento, no creo que Valerian estuviera cerca de ser convencido. Todavía estaba tan ligado a la dedicación al deber de su vida, interpretada como el laberinto de reglas y costumbres que siempre le habían dado un propósito. Ya me estaba preparando para salir, para encontrar alguna manera de salir del mundo y forzar el problema yo misma, pero luego Tieron dijo algo más que hizo lo que parecía imposible.
-He llegado a creer- dijo el canciller, -**que en el fracaso a menudo se encuentra nuestro mejor signo de verdad. Fracasé en el Consejo, y solo**

ahora veo que estaba siguiendo un curso condenado. Cuanto más empujaba, más me resistía. No pude cruzar el umbral. Creo que debería haberlo tomado como una señal para examinar mis instintos.
Valerian de repente parecía sacudido. Todavía no dijo nada, aunque esas palabras claramente habían tocado algún tipo de acorde.
Yo, sin embargo, estaba impaciente por irme. Estaba claro que no recibiríamos ninguna ayuda de esta fuente, y si Valerian solo podía darme los nombres que necesitaba, no había nada que me impidiera tomar el asunto con mis propias manos.
Tenemos que actuar nosotros mismos, entonces señale, sin importarme lo que el canciller pudiera hacer al respecto. *Tenemos que desafiar la ley.*
El Custodio se volvió lentamente hacia mí y le llevó mucho tiempo forzar las siguientes palabras. Podía ver algo de su dificultad incluso entonces, pero ahora que sé más de él, y ahora que sé más del mundo que habitó durante tanto tiempo, creo que entiendo lo increíblemente difícil que debe haber sido expresarlos. y eso me hace admirarlo mucho por lo que hizo en ese momento.
Sí, hermana señalo, *inusualmente torpe y sin nada de su fluidez habitual. Creo que, a fin de cuentas, puede que tengas razón.*
Regresé a nuestra improvisada fortaleza. Valerian se despidió casi de inmediato, ofreciendo nada más que su palabra de que regresaría con los medios para que yo alcanzara mi objetivo. Mirando hacia atrás, encuentro mi actitud hacia él increíblemente confiada. Nos habíamos juntado por la más mínima posibilidad, pero ya me resultaba imposible imaginar que no hiciera lo que dijo que haría. Había algo casi infantil en su actitud hacia la verdad, aunque probablemente era imprudente confiar tanto en él desde el principio.
Sin embargo, estaba consumida por la urgente necesidad de actuar sobre lo que habíamos encontrado. Mi búsqueda para regresar a Terra siempre había sido parte de una misión mayor: descubrir a los responsables de la destrucción de mi hogar, y me quité el cansancio persistente para perseguirlo con renovada energía.
Sabía que el tiempo era corto. Los lugares identificados por Valerian estaban muy cerca, casi a una corta distancia de la propia Terra. Si el enemigo ya había llegado a esos lugares, entonces estábamos apenas más allá del alcance de sus armas, incluso donde estábamos parados, y podía

entender a los Altos Señores que deseaban reservar todas nuestras fuerzas para el lugar donde seguramente debería llegar el asalto final.
Si hubiera pensado en las cosas con mayor claridad, me habría dado cuenta del juego loco que estábamos jugando. Había pocas posibilidades de que reuniéramos más que una fuerza de ataque simbólica en el tiempo que teníamos disponible, algo que podría improvisarse rápidamente y arrojarse a la cara de una armada que se aproxima. Fue bastante suicida, supongo, y una parte de mí se dio cuenta desde el principio. No me quejé de eso, habría muerto cien veces por la posibilidad de enfrentarme a la Legión que había causado la destrucción de Arraissa, pero entonces me pregunté cuál debía ser la actitud de Valerian. Pensé que no habría arriesgado su vida solo por un voto hecho en el fragor de la batalla. Su devoción al Trono anularía cualquier sentido de honor personal que pudiera haber cultivado. Entonces, ¿por qué estaba haciendo esto? Algo que Tieron le había dicho debía haber inclinado la balanza, pero fuera lo que fuese, se me había pasado por alto.
No busque más justificación que eso. Quizás siempre hubo un elemento de locura en lo que planeamos, motivado por la exasperación con los Altos Señores y exacerbado por mi dolor aún ardiente. No me disculparé por ello, y habría hecho lo mismo otra vez exactamente de la misma manera. Fui creada para luchar, para ser una cazadora en lugar de ser cazada, y me disgustaba que tantos de nuestros aliados prefirieran permanecer detrás de las paredes en lugar de salir más allá de ellos.
Entonces, cuando volví a esas celdas húmedas y abarrotadas, primero busqué a Reva. Habíamos conversado a menudo en los días transcurridos desde que nos unieron, y descubrí a una mujer tras mi propio corazón. Era intrépida, dedicada a su deber más alto y, lo más importante, despreciaba a quienes nos dieron nuestras órdenes. Incluso habíamos bromeado acerca de robar mundo antes de que llegara la verdadera oportunidad, pero bajo nuestro sarcasmo siempre había sido un elemento de deseo real.
La encontré en las jaulas de práctica a medio construir, haciendo piruetas y empujando con la gran espada que ambas habíamos tomado como nuestra arma distintiva. Ella había recuperado todo su potencial de lucha bastante más rápido que yo, y ahora se movía con una gracia feroz nuevamente. La observé por un momento, dejando que la impresión se

hundiera, antes de que ella se diera cuenta de mí, se quitó el casco de entrenamiento de cuero de la cabeza y vino hacia mí.

Te ves seria señalo ella.

¿Podemos discutir algo? Respondí yo.

Me miró con curiosidad, como si le preocupara que pudiera ser objeto de una broma, pero luego su sonrisa murió. *En cualquier momento* señalo ella.

Persuadirla fue más fácil de lo que temía. Todos sabíamos que la batalla se acercaba de todos modos, y la oportunidad de salir a luchar era atractiva para su sentido de la aventura. La prohibición del movimiento fuera del mundo era algo que nos fastidiaba a todas: hasta hace muy poco se nos había prohibido efectivamente acercarnos al Mundo Trono, por lo que estar encadenadas aquí fue otra indignidad que anhelamos rechazar.

Es probable que no regresemos de esto señale, para asegurarme de que ella lo entendiera.

Dices que es la Legión Negra respondió ella. *Si eso es correcto, entonces no me importa.*

Comenzamos a difundir nuestro mensaje, trabajar solo con aquellas que consideramos sería comprensivo. Evitamos a las que habían servido en la Liga de las Naves Negras, porque su lealtad al Adeptus Terra era absoluta y si los Altos Señores les habían dicho que permanecieran en el mundo, entonces lo harían servilmente. Las reclutas más prometedoras fueron aquellas como nosotras, las desechadas y las renegadas a largo plazo, muchos de los cuales habían sufrido incursiones similares a las lanzadas contra Arraissa y también quemadas para vengarlas.

No sé, incluso ahora, si todos esos ataques estaban relacionados con el Circulo. Puede ser que la Legión Negra nos haya visto como amenazas únicas a su estrategia general y se aseguró de acabar con la mayor cantidad posible de nosotras antes de que nos demos cuenta, o puede ser que simplemente estábamos allí, aisladas y maduras para matarnos. Para mí, creo que debe haber habido una conexión. No puedo pensar al azar que aquellos de quienes tomé ese mapa también estaban trabajando con los que saquearon mi convento, y fue este artefacto el que siguió siendo nuestro único vínculo con lo que ya se estaba desarrollando.

Al final, reclutamos treinta y dos de nuestras Hermanas que estaban tan desilusionadas con nuestro tratamiento que voluntariamente se

involucrarían en una redada que era ilegal y que probablemente resultaría en nuestras muertes. Encontré eso alentador y conmovedor. Todas habíamos vivido toda nuestra vida en un Imperio definido por el miedo y la necia adhesión a la autoridad central. Una consecuencia irónica de nuestra negligencia por parte de esa autoridad fue que nunca habíamos sido infectadas por sus efectos más perniciosos, y estábamos tan cerca como cualquiera de nuestras especies llegó a tener una mente propia.

Llegó la hora. Nos armamos y marchamos en masa a los hangares. Tuvimos la suerte de que nuestra fortaleza estaba en tal desorden: había pocos guardias en la estación y poco más que un mecanismo ad hoc para convocar y descargar los desembarcos. El comandante de la guarnición y un escuadrón disperso de sus tropas ofrecieron cierta resistencia simbólica, pero una aplicación muy suave de nuestras técnicas de proyección nula más desagradables pronto los hizo vomitar enérgicamente sobre el muro de roca y aferrándose a sus sienes divididos en migraña.

Todavía no había sabido nada de Valerian. Nunca dudé de su honestidad, pero se me ocurrió que se habría encontrado con una resistencia mucho más rígida que la mía. Tal vez había fallado en asegurar el transporte vacío que pretendía. Comencé a considerar si tendríamos que hacer uso de Cadamara, en ruinas, que todavía colgaba en una órbita alta, pero que apenas merecía la pena. Erefan aún me seguiría orden, lo sabía, aunque Slovo podría ser un asunto diferente. Ni siquiera sabía con certeza si él permanecía a bordo, o incluso si todavía estaba vivo.

Expresé al Custodio sobre los canales clasificados que me había dado, luego tomé mi lugar en el módulo de aterrizaje. Impulsamos los propulsores y despegamos, despejando la salida abierta del hangar y tirando abruptamente hacia la atmósfera.

Miré por los portales de reloj de arena mientras ascendíamos, observando la expansión gris de Terra desparramada debajo de nosotras. Las cicatrices de la batalla eran claramente visibles, un remanente negro de tierra quemada que se extendía por muchos kilómetros cuadrados. Por un breve momento tuve una vista perfecta del Palacio, esa acumulación colosal que era más continente que ciudad, y me di cuenta en ese momento de cuán vasto era. El lugar debe haber albergado a millones y millones de defensores, contra los cuales nuestra banda reunida apresuradamente era casi infinitamente sin importancia.

Pero no fue así, por supuesto. Una parte de mí lo sabía incluso entonces.
Entramos en órbita, y la vista desde los portales se hundió en un negro oscuro. Se agruparon allí en grandes cantidades, más de lo que normalmente hubiera sido el caso, ya que muchos habían sido retirados de la patrulla del sistema exterior. Inmediatamente, los corredores del sistema Adeptus Arbites comenzaron a llamarnos, y un destructor naval comenzó a girar hacia nuestro lugar.
Vi que los saltos de desafío se multiplicaban en nuestros augures hacia adelante, todos ellos exigiendo un punto y transmisión de credenciales de exención.
Estábamos muy lejos de Cadamara. Reva me miró y supe lo que estaba pensando.
Mantener rumbo y velocidad señale a la piloto.
El destructor encendió sus motores y comenzó a deslizarse hacia nosotros. Vi la palanca de sus paneles de artillería abierta, y detecté siete naves de combate más en la proximidad de nuestros sensores.
Tuvimos segundos antes de que esos misiles fuesen disparados. Reva me miró de nuevo. Comencé a especular sobre si esta sería la incursión más corta en la historia imperial, calculando si podríamos avanzar hacia Cadamara antes de que nos encerraran y nos convirtieran en átomos.
En ese momento, sin embargo, algo mucho más grande nadó en nuestro alcance visual: una nave de tan ostentoso y vulgar ostentación que solo podía originarse en los Adeptus Custodes. Estaba dispuesta como una fortaleza terrestre, llena de almenas y carcasas de hélices de gran tamaño y brillando con oro sucio.
La voz de Valerian crujió por el comunicador.
-Recomiendo subir a bordo con toda prisa, hermana- dijo. -**Todavía no nos dispararán, pero no tenemos mucho tiempo.**
Guiamos al módulo de aterrizaje al hangar abierto del vacío, deslizándonos bajo un dintel de latón pesado. Cada superficie de esa nave estaba adornada y dorada, transmitiendo la majestad y el patrimonio de sus ocupantes. También era enorme, cubierto de armamento como nunca antes había visto, y que supuse que databa de mucho tiempo atrás. Esa nave podría haber sido la cosa más antigua en órbita, aunque debe haber estado entre los menos poderosos del formidable arsenal de los Adeptus Custodes.

Valerian nos recibió en el hangar, vestido con armadura completa y acompañado por nueve de sus hermanos. Era una banda insignificante en términos de números, pero en verdad más de lo que esperaba.
-La sodalidad de la Cámara Palaiológica- anunció. -**Mis hermanos de guerra. Han prometido ayudarme.**
Me incliné ante ellos, sin saber qué significaba eso. ¿Se les había ordenado que nos acompañaran? ¿O eligieron seguir a su Capitán Escudo? Seguramente era lo último, porque esto iba en contra de todo lo que habían jurado defender. Me preguntaba qué había dicho para convencerlos.
Diez señale, casi sin pensar.
Valerian sonrió. -**Será suficiente.**
En cualquier otra persona, incluso un marine espacial, habría llamado a esa arrogancia; con él, nunca fue posible estar segura.
Sentí que las paredes de la nave retumbaban cuando las unidades de plasma se activaron. Comenzamos a movernos, dirigiéndonos hacia el núcleo interno de la nave.
-Este es el Chelandion- me dijo Valerian. -**Una nave bajo mi autoridad. No es el mejor armamento, pero servirá para llevarnos allí. Tenemos el servicio de tres navegadores, y ellos entienden los riesgos mientras la baliza permanece en silencio.**
¿Has estudiado más el mapa? señale, sabiendo que había poco que pudiera hacer para descifrarlo. Yo dependía de él para dictar nuestro curso, dado que de todos nosotros solo él entendía el guión y podía establecer el vínculo con los sistemas planetarios reales.
-Vorlese es el más cercano- dijo, alcanzando las puertas blindadas y abriéndolas a un corredor iluminado más allá. -**Consulté los almanaques y contraté al Tarot para que me guiara. Es un mundo bien defendido, el hogar de tres regimientos y un grupo de batalla naval. Es posible que aún permanezca, y si es así, ayudaremos a aquellos que aún resisten al enemigo.**
¿Y si ya ha caído?
-Moriremos, resistiendo todo lo que podamos antes de que se acerquen al Trono.
¿Qué tan lejos, entonces? Señale, ansiosa por entrar en la disformidad. Ahora que habíamos lanzado esto, no estaría tranquila hasta llegar a

nuestro destino.

-Todavía tenemos que despejar la órbita, y eso no será fácil, incluso para nosotros- Me dirigió una mirada tolerante, una que hablaba de la paciencia. Naturalmente, lo encontré irritante. -**Pero lo lograremos, hermana. Y después de eso, estamos en manos del destino.**



TIERON XXVI

Hice lo que pude para ayudarlos. Tomé a algunos favores de aquellos en los que todavía podía confiar, hable con la Gran Señora Pereth para mirar hacia otro lado mientras se alejaban del espacio local obstruido de Terra. Jek fue tan diligente como siempre, trabajando furiosamente detrás de escena tanto para ocultar nuestra participación como para asegurar que los engranajes estuvieran engrasadas. Nuestra unión de conveniencia, que se originó de manera profesional, luego se profundizó a través de un terror mutuo, ahora se había convertido en algo más profundo. Ciertamente ya no éramos maestros ni ayudantes.

Así que logramos algo pequeño para ellos: el Chelandion despejó la órbita e hizo la deformación. Una vez que estuvieron fuera, volvimos a ese vórtice de paranoia y desorden que pasó por la administración imperial en ese momento oscuro. El Consejo estaba dividido entre un Haemotalion cada vez más despótico y un grupo de voces más razonadas, todas ellas ocupadas con intentos superpuestos y competitivos para recuperar algún nivel de control sobre la vasta y compleja maquinaria de gobierno del Palacio.

A medida que pasaron los días y no se repitió la gran incursión demoníaca, se lograron algunos logros. Se restableció una línea de defensa temporal sobre las ruinas de la Puerta del León, e incluso comenzó la reconstrucción. Se lanzaron incursiones punitivas a los restos quemados de la ciudad eterna, y varias zonas de habitáculos fueron retomadas tentativamente por fuerzas leales al Trono. Establecimos contacto con varias otras regiones contiguas donde el orden nunca se había erradicado del todo, y la posibilidad de reanudar nuestros viejos hábitos de control de hierro comenzó a colgar tentadoramente ante nosotros.

A lo largo de todo esto, seguí preocupado con esa conversación final con Valerian y Aleya. No tenía dudas de que mis palabras habían sido fundamentales en su decisión de subvertir el Lex y tomar la nave. Nunca se

había oído hablar de algo así, y si la verdad saliera a la luz, mi vida probablemente se perdería. Eso no me importaba demasiado, por supuesto, pero seguía preocupado porque mi intervención podría no haber sido la correcta. Después de todo, ¿qué sabía de la Voluntad del Emperador? ¿Cómo podría incluso comenzar a ofrecer opiniones sobre un tema tan sutil y oscuro? Si alguna vez tuve alguna pretensión de importancia, fue como político, no como erudito. A menudo me preguntaba si debería haberme apegado a lo que era bueno.

Me consolé con que, a pesar de que se rompió el precedente, el posible daño fue leve. Era una sola nave, no más que eso, solo una forma de que la prohibición de Haemotalion y permitiera a aquellos que habían luchado valientemente con su derecho de encontrar su propio camino a la muerte. Si la Hermana tenía razón sobre un asalto que se avecinaba en ese anillo de mundos, entonces serían barridos por él, tal como lo había hecho Harster, aunque al menos terminarían sus vidas como lo había hecho él, en la ofensiva.

Otra preocupación se hizo evidente durante esos días. Una vez que la terrible conmoción desapareció, comenzaron a surgir voces susurradas sobre el asalto a la Puerta del León. Claramente había sido el trabajo de algún poder de malevolencia casi infinita, pero si era así, era un misterio por qué había fallado. A pesar de todo el terror que había inspirado, las criaturas no se habían acercado a la Puerta de la Eternidad, y sentí que incluso en ausencia del Señor Guilliman nunca lo habrían hecho. ¿Era simplemente una declaración de intenciones, entonces, para mostrar que ningún mundo estaba más allá de su alcance? Muchos comenzaron a avanzar esa tesis, consolándose en el hecho de que, sin embargo, la habíamos soportado. Yo, sin embargo, seguía teniendo dudas persistentes, como si nos faltara algo importante y peligroso, aunque no podía identificarlo.

Podría haber tenido más de ambas dudas, si no hubieran sucedido dos cosas que volvieran a poner todo al revés. El primero fue el gran desarrollo que todos esperábamos fervientemente: la señal del Astronomicon parpadeó, luego se apagó nuevamente y finalmente resurgió. Primero escuché las noticias de Kerapliades, quien me expresó triunfante cuando los primeros signos de retorno comenzaron a fluir hacia las torres del coro del astrópata. Al principio, apenas me atreví a creerlo, pero el Maestro del

Astronómico mismo emitió una confirmación oficial poco después, enviando las noticias a través de canales seguros a sus colegas en el Consejo y sus asesores superiores. La fortaleza se iluminó y grandes columnas de energía acumulada gruñeron alrededor de su corona de hierro como lo habían hecho antes.
Jek y yo corrimos hacia el balcón de nuestra torre y miramos hacia el cielo, que ya comenzaba a despejarse. Era imposible no gritar de alivio y euforia ante la disipación de esa cortina opresiva de remolinos sangrientos. Nunca había estado tan contento de ver que el familiar manto gris acero de nuestros viejos venenos volviera a encerrarnos, y nos abrazamos, besamos y reímos como tontos.
Nunca descubrí la causa del fracaso del Astronomicón, ni entendí los medios por los cuales finalmente fue restaurado. Puede ser que Raskian haya sido capaz de resolver algún problema mecánico, ya sea en el Trono mismo o en los poderosos conductos que lo unían a la fortaleza, aunque nunca lo reconoció si lo hubiera hecho. La reanudación del faro puede haber tenido algo que ver con la estancia de Guilliman en el Salón del Trono, aunque tampoco habló sobre lo que había visto o hecho allí, al menos conmigo, por lo que todo el episodio debe seguir siendo pura conjetura. Sin embargo, sea cual sea la razón, su regreso nos dio más que un medio para volver a conectarnos con una galaxia desgarrada: nos dio esperanza nuevamente. Incluso cuando descubrimos la magnitud del desastre infligido en los confines de nuestro Imperio, y realmente entendimos la naturaleza de lo que se llamaría Cicatrix Maledictum, el simple hecho de que teníamos pruebas de su presencia continua entre nosotros fue suficiente para desterrar lo peor de nuestra desesperación.
A corto plazo, sin embargo, la recuperación del Astronomicón solo nos dio más problemas. Ya habíamos perdido decenas de astrópatas por los efectos de la Gran Grieta, y muchos supervivientes debilitados fueron asesinados cuando el gran torrente psíquico volvió a estallar en el universo. La información sobre el estado del Imperio aún era escasa en el mejor de los casos, y nos llevó tiempo recopilar datos sobre lo que había sucedido durante nuestra ceguera. Cuanto más descubrimos en esos primeros días, más nos dimos cuenta de lo mal que se habían vuelto las cosas para nosotros. No había esperanza de recuperar Cadia. Otras zonas de guerra, como la gran picadora de carne de Armageddon, también

habían superado nuestra capacidad de estabilización. El suministro de Naves Negras, de las cuales dependían los mecanismos del Trono, había sido interrumpido de manera crítica tanto por la agitación en la disformidad como por la cooptación unilateral de las Hermanas del Silencio de Valoris. Se había logrado la supervivencia, eso era seguro, pero comenzó a parecer que no habíamos hecho nada más que eso.
Pero luego, solo días después de esos eventos, llegó el segundo gran giro del destino. El Señor Comandante finalmente regresó del Trono, listo para reanudar el trabajo de su gran comisión. En los años venideros, ese día estuvo marcado con casi tanta reverencia como la establecida, señalando el comienzo de la Cruzada Indomitus y el esfuerzo titánico por recuperar lo que se había perdido. En ese momento, sin embargo, teníamos pocos indicios de nada de eso. De hecho, toda la empresa casi se descarriló incluso antes de comenzar. A pesar de lo ocurrido en Luna, no esperaba ser parte de nada de eso. Una vez más, en un desarrollo que quizás no debería haberme sorprendido, estaba completamente equivocado.
Había ido a visitar al hombre que había comenzado todo, Kerapliades, en su ciudadela de sueños.
El Maestro del Adeptus Astra Telepathica vivía en uno de los dominios más extraños dentro del Palacio, una guarida de remolinos de disformidad y derivación psíquicos bajo una gran cúpula de cristal negro. Muchos de los que estaban dentro de la estructura eran ciegos, como resultado de la unión del alma que asustó a todos los astrópatas, y la mayoría del resto estaba contaminada de alguna manera por los efectos de desgaste del empíreo. Excepcionalmente entre las muchas fortalezas del Palacio, los cientos de guardias fuertemente armados dentro del reino de Kerapliades estaban principalmente allí para vigilar a los que estaban dentro, en lugar de afuera.
Mientras me apresuraba a encontrarme con el Maestro, pude ver el costo que se había cobrado en este reino enorme y secreto. La mayoría de las celdas estaban vacías, había sangre en cada cubierta, y el sonido de gritos repetidos se podía ver viniendo de los niveles de los pozos de abajo. Pasé por los estrechos y giratorios pasillos me miraron con la hostilidad de los asediados por debajo de las pesadas cubiertas.
Kerapliades se reunió conmigo en su nexo de mando, una ampolla de reloj de arena y un escudo Geller colocado en lo alto del borde norte del

perímetro exterior curvo de Scholastia Psykana. Cientos de escribas, muchos de ellos fuertemente conectados a estaciones barrocas de sibilante complejidad, trabajaron casi en silencio, sus dedos augméticos resonaban en los estribos. Centinelas con armadura negra con máscaras faciales de gruñidos de bestias merodeaban por galerías y puentes de pórtico, observando cada movimiento que hacían los escribas, preparados para siempre para el primer tirón o espasmo de posesión.

-Así que aquí estamos otra vez, canciller- dijo el anciano secamente. Como todos nosotros, se veía sobrenaturalmente decrépito, incluso más que antes.

Me incliné. **-Tenías razón-** le dije. **-Acerca de Cadia.**

-Recibimos señales de eso ahora- Se estremeció. -**No quieres saber qué hay en ellos.**

Caminamos por un largo tramo curvo que saltaba sobre líneas de hoyos.

-Y los anatema psykana están de vuelta- gruñó, cojeando y apoyándose pesadamente en un bastón de hierro. -**Formaban parte de mi competencia, en los viejos tiempos.**

-Quizás debiste haber luchado para mantenerlas- dije.

-Sin duda. Aunque luchamos por aferrarnos a lo que aún tenemos, y no soy tan estúpido como para pelear ahora con Valoris- Me lanzó una mirada cínica. -**Realmente no me gusta ver a los Custodios en el Consejo Superior, Tieron, a pesar de la necesidad de hacerlo.**

Puedes hablar, pensé.

-¿Has estudiado los datos que te envié?- Pregunté.

Había cumplido mi promesa. Hice facsímiles de la información que Valerian me había traído y la distribuí a todos aquellos en los que aún podía confiar en el Consejo. Tenía pocas esperanzas de contradecir abiertamente el cordón de Haemotalion, pero aún existía la posibilidad de construir una coalición contra él, y en cualquier caso era necesario verlo. Si la próxima invasión venía por esas rutas, estaríamos perdiendo un tiempo precioso en juegos de poder cuando deberíamos haber estado corriendo para prepararnos.

-Lo hice, y lo encontré muy absorbente- respondió Kerapliades, llevándome a una puerta alta y curva. Todo en ese lugar era elíptico y esquivo, al igual que sus ocupantes. **-De hecho, de eso es de lo que quería hablarles.**

Hizo un gesto con su huesuda mano derecha y la puerta se abrió. Más allá había otra cúpula, de veinte metros de altura y sin ventanas. Un gran planetario de hierro sonó y giró dentro de él, impulsado por pistas mecánicas concéntricas. El interior del hemisferio brillaba con puntos de luz y los rastros de las proyecciones hololíticas. Era un planetario, una especie de representación mística del espacio físico, realzada, supuse, por el aumento psíquico.
Sin embargo, apenas noté nada de eso. En el centro de esa máquina infernal, esperándonos estaba Guilliman, solo y vestido con las antiguas túnicas de su oficio. Incluso sin armadura, su aura de mando dominaba sin esfuerzo y absurdamente, y me encontré arrodillándome incluso antes de darme cuenta.
-Canciller- dijo el primarca en reconocimiento, luego asintió con la cabeza a Kerapliades. -**El Maestro me dice que esto se originó contigo.**
Al principio no me di cuenta de lo que quería decir, pero luego noté cómo se había calibrado el planetario. Las líneas hololíticas que se extendían ante nosotros parecían muy similares a las de la imagen que Aleya había descubierto, y reconocí los ocho nodos que rodeaban a Terra en el centro.
-Todavía no lo entiendo- dije. **-Realmente no.**
-Ya no somos ciegos, canciller- dijo el primarca. Se veía diferente a como había estado antes: su noble rostro estaba muy arrugado ahora, como si de alguna manera hubiera tenido lugar un rápido envejecimiento. Cuando lo encontré por primera vez, parecía un príncipe, lleno de energía furiosa. Ahora tenía el aspecto canoso de un rey guerrero, un monarca abrumado con una comprensión que sin duda era terrible. **-Estos son los ocho nodos cardinales de un círculo de disformidad alrededor de Terra. Describen los únicos canales que se pueden usar de forma segura para movimientos considerables de flotas en este momento.**
-Y el enemigo planea usarlos- le dije, siguiendo lo que Aleya había creído. -**Se acercarán a través de ellos, nos atacarán aquí.**
Kerapliades sacudió la cabeza. **-Es demasiado tarde para eso-** dijo, moviendo un dedo hacia los diagramas giratorios que circulaban por encima. Uno por uno, los nodos se fueron, desvaneciéndose de rojo a negro. Siete se perdieron de inmediato. Solo uno, el más cercano, permaneció débilmente presente. **-Esos mundos ya han sido tomados, mientras estábamos cegados.**

Me volví hacia El Señor Guilliman, repentinamente ansioso. **-Entonces, ¿por qué no siguen adelante?-** Pregunté. **-Están tan cerca, a una simple etapa de deformación. Nos están mirando directamente, ¿por qué esperan?**
-Porque atacar no es su intención- respondió Guilliman. Se apartó del planetario y me miró con esos fríos ojos azules y, como siempre, me resultó casi imposible devolverle la mirada. -**Saben que estoy aquí. Ellos saben lo que pretendo. Ahora que el Astronomicón arde de nuevo, saben que lanzaré la cruzada que liberará a las estrellas. El tiempo es esencial ahora, porque cada hora que demoramos lleva a más mundos perdidos, y sin embargo, el tiempo es precisamente lo que no tenemos.**
-Están tomando esos mundos, no para usarlos como puntos de base, sino para convertirse en los barrotes de nuestra jaula- dijo Kerapliades. **-¿Ves lo que representan esas señales? Hicieron algo allí, usaron algún dispositivo para romper los conductos de disformidad. Una vez que controlan los planetas, hacen que el éter se oscurezca.**
Guilliman miró hacia los puntos de luz que giraban. **-Esas no son las rutas que necesitan para entrar, canciller-** dijo. -**Son las rutas que necesitamos para salir. Nos están estrangulando incluso antes de que podamos comenzar.**
De repente lo entendí. El ataque demoníaco: había sido para mantener nuestra atención aquí, para hacernos creer que Terra era el objetivo y que el enemigo ya tenía el poder de asaltar nuestros muros directamente. Pero no lo hicieron, todavía no. Todavía temían a Guilliman, y ahora se esforzaron por mantenerlo encerrado, evitando el contraataque que aún se arriesgaba a arruinar sus planes más amplios.
-Entonces, ¿qué se puede hacer?- Pregunté, mirando de uno a otro con urgencia. **-¿Qué se puede hacer?**
-Queda un mundo- dijo el primarca, con el rostro sombrío. -**Mientras se mantenga, tenemos un camino hacia la galaxia abierta. Lo ve usted mismo, canciller. Ese mundo es Vorlese. Cuando caiga, estamos atrapados aquí. La cruzada se retrasará críticamente y miles de otros mundos caerán antes de que podamos superar la barrera.**
-¡Entonces debemos lanzar un ataque! ¡Ataque con todo!- Me maldije por no haber hecho más. La necesidad había estado allí durante días, pero como siempre habíamos sido demasiado lentos, demasiado cautelosos.

-Ya es demasiado tarde- dijo Guilliman, mirándome cuidadosamente. **-Vorlese no puede aguantar el tiempo suficiente, incluso si lanzamos nuestras naves en este momento. Sabemos quién lo ataca, y no hay defensas allí capaces de resistirlos. ¿A menos, por supuesto, que sepas algo?**

Por supuesto que lo sabían. Sabían sobre el Chelandion. Sabían todo lo que había hecho y simplemente esperaban la confesión.

-No pueden ser suficientes- murmuré, dándome cuenta de repente del viaje de Valerian y Aleya. -**No pueden aguantar.**

-Te hubieras ganado la muerte por tus acciones, canciller, si el Lex aún estuviera en vigor- dijo Guilliman, interrumpiendo ese largo paso y pidiéndome que lo siguiera. **-Pero no lo es, y el Consejo en sí está ahora disuelto. Hay fuerzas bajo mi mando que incluso los dioses desconocen, y estoy ansioso por mostrar lo que pueden hacer. Partimos dentro de una hora. Si todavía considera que mi padre es divino, puede rezar para que sus Custodios sean tan competentes como ellos mismos creen, porque ahora son el hilo en el que se basa nuestro destino.**

Todo ya había sido planeado. Todo ya estaba en movimiento. Si hubiera necesitado más pruebas del poder del Señor Guilliman, aquí estaba, y Haemotalion había tenido razón al temer sus intenciones. La cruzada ya estaba en marcha, y cualquier intento de frustrarla ahora era completamente inútil.

-Pero, señor, ¿por qué me cuentas estas cosas?- Pregunté, corriendo para seguir el ritmo.

Nunca rompió el paso. No creo haberlo visto realmente en reposo desde ese momento en adelante, porque su alma era un alma de fuego, voraz y dinámica, y sabía la pena que se pagaría por la inacción. Entonces supuse que incluso mientras las Puertas del León estaba siendo atacado, había estado planeando esta respuesta, aunque más tarde descubriría que había estado formulando los trazos generales durante mucho más tiempo que eso.

-Nuestras cruzadas siempre han requerido los servicios de los mortales, canciller- dijo a modo de respuesta, ofreciéndome una de esas medias sonrisas. **-Necesitaré un recordatorio para esto, como en los viejos tiempos. Considérate afortunado: te elijo a ti.**



VALERIAN XXVII

Tuve tiempo de reflexionar sobre mi decisión durante nuestro viaje dentro de la disformidad. Me esforcé mucho, con el objetivo de recuperar todo mi espectro de movimiento físico y desterrar la última evidencia de mi lesión, pero aún así hubo momentos de inevitable reflexión.

Nunca dudé de mi elección. Eso es lo sorprendente para mí. Nunca dudé de haber hecho lo que necesitaba. Todo en Terra antes de la Gran Grieta me había estado alejando de la proximidad al Trono. No me refiero solo a mi fracaso en el umbral, que fue la manifestación más dramática, sino también a la distancia cada vez mayor que había sentido del Santuario mismo, de sus leyes, su historia y sus rituales. Heracleon me dijo que mi nombre había figurado en sueños. No tenía ninguna razón para dudar de eso ahora, pero él y yo podríamos haber estado equivocados acerca de lo que significaba, tal como lo había dicho Tieron.

Salir fue una especie de locura, tal vez, pero los sabios de nuestra especie siempre han sabido que la verdad y la locura son relaciones cercanas. Nunca me arrepentí de lo que hice entonces, a pesar de que estaba seguro de que sería el final de mi existencia mortal.

Mis hermanos de la cámara vinieron conmigo fuera de servicio y no compartieron mi visión. Les di la opción de permanecer en las murallas, pero se conformaron con tomar mi mando. Como Aleya me recordaría muchas veces después, nuestra raza no fue dada a vuelos de imaginación: requerimos un claro sentido de propósito, de rectitud, y solo dentro de esas restricciones aspiramos al estatus de semidioses. Ya no pienso en esa limitación como debilidad, aunque sospecho que sí. Somos lo que somos, los guardianes de la llama, no sus encendedores.

El viaje fue tan difícil como esperaba. El Astronomicón permaneció oscuro, y nuestros Navegadores lucharon por avanzar. El lapso fue corto, de tal manera que en tiempos ordinarios, incluso los más humildes de su raza podrían haber llegado en una sola etapa, pero nos vimos obligados a caer

al espacio real con frecuencia para orientarnos y hacer triangulaciones complejas con las estrellas físicas y el referencias de mapas arcanos que aún conservamos. Les exigí mucho, como lo hice a mí mismo. Uno de los mutantes enfermó gravemente, y durante un tiempo su vida estuvo en juego. Lo hice trabajar. No me agradaba eso, pero la necesidad de progreso era aguda.

Puede preguntar qué esperaba lograr con esto. Para Aleya, la respuesta era obvia: venganza por los errores que le habían hecho. Incluso si no se encontraba con los responsables de la destrucción de su hogar, se encontraría con los de la misma Legión, y eso era suficiente.

Sin embargo, no tenía ganas de venganza, y nunca lo he hecho. Conmigo, las motivaciones fueron triples. Ya he aludido al sentido de rectitud que sentí al considerar este curso de acción, sabiendo que formó un argumento en el largo debate sobre dónde estaba nuestro mejor lugar dentro de una galaxia de guerra eterna. En segundo lugar, estaba la deuda de honor que le había hecho a Aleya, que ahora había tomado este concepto con algo de entusiasmo, recordándome a menudo, creo que en broma, me había salvado la vida y por lo tanto me tenía bajo su obligación.

Y hubo una tercera consideración. Recordé cómo me había sentido en ese campo de batalla después de la destrucción del gran demonio, una hazaña que superó con creces cualquier cosa que había logrado antes. Recuerdo cuánto había deseado que esa sensación continuara.

Ya no podía negármelo a mí mismo. El ejercicio de las armas se había convertido en algo más que una búsqueda intelectual, una realizada solo en cumplimiento de mi deber sagrado. Escuché las viejas quejas hechas contra nosotros, que nunca habíamos experimentado la guerra como otros, y por primera vez las púas encontraron algún acierto. A pesar de todo nuestro valor en los conflictos ocultos que siempre habíamos llevado a cabo, el ejército de demonios llegó a Terra para recordarnos lo que una vez nos atrevimos a medirnos.

Entonces el imperativo moral estaba allí. El gran filósofo hereje de M2 Emanule Qant había dicho que uno debería actuar solo con esa máxima que también podría desear ser una ley universal, un credo que nunca antes había entendido completamente. Ahora creía haber percibido la verdad, incluso en una época en la que todas las leyes se estaban erosionando ante

nuestros ojos y el espectro completo de la moralidad se había incluido en la categoría moribunda del deber.

Perdona estos divagantes pensamientos. Te advertí de mi inclinación por la teología. La respuesta corta es, por supuesto, que no tengo una respuesta corta. Solo tenía los dictados de mi alma, de los cuales estoy seguro.

Aleya piensa poco en tal especulación.

Hablas demasiado me señalo ella una vez.

No es algo de lo que alguien pueda acusarla respondí.

Rompimos el velo tan cerca como nos atrevimos, sabiendo que la velocidad sería esencial. Tenía mi armadura levantada en su lugar, me puse el yelmo y tomé a Gnosis en mi puño una vez más. El peso de esto era una garantía. Mis hermanos hicieron lo mismo, al igual que las anatema psykana. Había más de ellas que de nosotros, y su armamento era más variado. Mientras que solo llevábamos lanzas guardianes, llevaban llamas, grandes cuchillas, incluso espadas de cadena.

Un poco más de cuarenta de nosotros, entonces, para disputar la conquista de un mundo. No podríamos ser criticados por nuestra ambición.

A medida que el Chelandion aceleraba, estudié imágenes de nuestro ataque interno en los bancos de imágenes montados en el puente. Una vez pasado el umbral de Mandeville, avanzamos rápidamente hacia el centro del sistema. Durante mucho tiempo, no hubo señales de ninguna otra nave. Esto no fue sorprendente: con el colapso de la baliza del Astronomicón, asumimos que el viaje por la disformidad casi se había secado a través del Imperio, dejando vacíos nuestros carriles espaciales.

Solo cuando nos encontramos dentro del alcance visual del planeta, una esfera de zafiro y rosa de considerable belleza, se hizo evidente la evidencia del enemigo. Había un solo acorazado en órbita baja, rodeado de bancos de naves menores y una enorme nube de escombros flotantes. Reconocí el perfil de la nave maestra de inmediato: un gran crucero clase Ejecutor, que se alzaba en un esplendor gigantesco, aunque retorcido y cambiado por el tiempo que pasó en el Ojo. Sus vastos flancos eran negros, con surcos de latón, que llevaban el opuesto sobre placas de aleación fuertemente oxidadas. Cualquier nave imperial había sido reducida a componentes en esa nube de escombros. Además de una falange de

escoltas, los barcos restantes parecían ser desembarcos que descendían en el mundo de abajo en procesión constante.
-Así que tenías razón- le dije a Aleya, sentada frente a mí en la bahía de la tripulación del módulo de aterrizaje.
No tuvimos oportunidad de comprometernos directamente y sobrevivir. Incluso solo, un Ejecutor era prácticamente un acorazado de línea, construido para sobrevivir a los encuentros de la guerra del vacío contra escuadrones enteros de destructores, y el Chelandion tenía tanto poder como armas. Sin embargo, esperábamos eso y nuestro plan de ataque no cambió.
-Señales de asalto pesado en el mundo- llegó la voz cortada de mi maestro de sensores, una servidumbre de nuestro servicio con cabeza afeitada y tabardo de águila. -**Lucha detectada en la masa continental del norte, destrucción considerable, defensas orbitales en ruinas. Setenta sitios de conflicto identificados por augur, más en camino.**
Las escoltas ya nos habían encerrado. El ejecutor comenzaba a girar, y vi que su lanza hacia adelante comenzaba a agitarse con un coágulo de energías rojo sangre.
-Bien- dije, estudiando los esquemas de la invasión en curso. **-Menos de ellos para encontrar a bordo. Active la ejecución del ataque. Mantennos vivos por un tiempo.**
Aumentamos la velocidad, y las unidades de plasma tronaron. A través de distancias cortas, consideré que teníamos la ventaja: nuestros motores eran mucho más avanzados que los colosales trenes de potencia empleados en esos gigantes, incluso si esa ventaja probablemente solo fuera temporal. Recibimos golpes de las escoltas: naves de ataque cercano de casco negro con crestas ventrales con púas y matrices de fuego láser compactas. Las baterías de los macrocañones comenzaron a parpadear cuando el crucero se acercó a un rango más cercano, enviando tormentas de granizo que pasaron por encima de nosotros.
Salí del mando. Aleya vino conmigo, y nos unimos a los demás en una pesada plataforma situada desde el arco principal del puente. La cubierta se balanceó debajo de nosotros cuando nos golpearon nuevamente, el impacto estresó nuestro blindaje del vacío delantero y hizo que crujieran.
Ignoramos la nave menor, acelerando su cordón y absorbiendo su castigo. El Chelandion avanzó directamente hacia el Ejecutor, y pronto pude

comenzar a distinguir los detalles a través de las antiguas líneas del crucero. Todo había sido destrozado, torturado, flexionado en columnatas de grotesco. Cada cañón de la pistola era una boca abierta, cada placa del casco estaba desfigurada con ojos martillados, garras o dientes. La masa negra de su piel estaba moteada como si estuviera cubierta de una pátina, la acumulación de siglos surcando profundidades corrompidas. Incluso sus movimientos vacíos eran siniestros, como si estuvieran atrapados por las leyes de la física, de repente y de mala gana tuvo que obedecer.
La Legión Negra. Señalo Aleya.
La miré. Su rostro ya estaba retorcido en odio, una expresión solo parcialmente oculta por su máscara.
-Pronto estaremos entre ellos- dije.
El Chelandion se estremeció, golpeado de nuevo por un par de disparos bien dirigidos. Vi advertencias sobre el estado de nuestros escudos de vacío. Por el momento, habíamos evadido las grandes armas de lanza, pero el propio Ejecutor ahora se hinchó enormemente, llenando las lentes delanteras como un acantilado de metal bruñido.
Le devolvimos el fuego. Un solo disparo, concentrado en un solo lugar, en lo alto del puente del crucero. La tecnología detrás de ese rayo estaba mucho más allá de lo que poseía el enemigo o nuestros propios ejércitos regulares, y una columna azul-blanca de energía abrasadora atravesó directamente el escudo del crucero, soplando un agujero irregular en medio de una explosión de estática liberada.
Era todo lo que necesitábamos.
-Ahora- ordené.
La cámara de teletransporte ardió en una vida fría, inundándonos a todos en columnas de luz de bruja. Por una fracción de segundo no estuvimos en ninguna parte, arrancados del corazón del compromiso y arrojados al inframundo de la disformidad. Escuché un sonido como agua corriendo, retumbando en mis oídos, cubriendo una resaca que podría haber sido gritos.
Entonces el mundo de los sentidos volvió a caer en solidez a nuestro alrededor. Nos rematerializamos en las entrañas del crucero. Las paredes eran cóncavas y aserradas, como si estuviéramos en una inmensa caja torácica negra, y las columnas con púas se elevaban hacia un techo de vigas de martillo de muchos niveles colgando con estalactitas de hierro. El

metal estaba húmedo, reluciente de condensación, y la atmósfera interna era tan caliente como un horno. Escasa luz roja apenas atravesó un espeso miasma que se balanceaba y ondulaba con algo parecido a la sensibilidad. Podía oler una gama de aromas superpuestos: metal caliente, sangre vieja, el hedor a fruta podrida de la corrupción primordial.

Mi yelmo-cogitador escaneó inmediatamente a través de las cubiertas, dándome un esquema tridimensional para navegar. Ya podía escuchar cuernos de guerra sonando en las profundidades. El lejano informe de fuego de cañón continuó, indicando que el Chelandion aún vivía. Con la bendición del Emperador, es de esperar que ahora se haya despejado nuevamente y corriera hacia el santuario más lejos, pero habíamos pasado cerca en esa carrera de infiltración y la nave sin duda había sufrido grandes daños.

Una lectura sobre ese esquema no tenía sentido para mí. Era como si los escaneos cayeran de un acantilado al intentar sondear una sección completa del casco inferior. Algo enorme estaba enmascarado, cortado como si estuviera físicamente extirpado. El instinto me dijo que para eso habíamos venido, y di la orden.

Salimos, nuestras armas brillaban en la oscuridad, solo para encontrar al enemigo que venía a por nosotros. Habían reaccionado con una velocidad predecible, cargando por los pasillos clandestinos de la nave para enfrentarse a los internos en medio de ellos. Eran legionarios, en su mayor parte, que salían de cada boca del corredor en un estruendoso coro de pesadas botas, bultos en auge, espadas, rugido de vox. Su armadura lacada en negro brillaba, una librea que absorbía la escasa luz en sí misma como si estuviera hambrienta.

Entramos en combate cuerpo a cuerpo, Custodio y anatema psykana contra los herejes Legiones Astartes. Mi lanza se precipitó, siguiendo caminos dorados dentro del miasma. Vi a Aleya desgarrándose en ellos, pateando con su bota blindada mientras su espada bailaba. Las Hermanas no tenían aura demoníaca para competir usar aquí, por lo que lucharon tal como lo hicimos nosotros: guerreras templadas en el horno de acondicionamiento físico, inmunes al miedo, más rápidas y más fuertes que todos, excepto los más poderosos de nuestros compañeros al servicio del Emperador.

Pero los enemigos que enfrentamos eran casi tan mortales. Los más duros de ellos tenían cientos de años, el primero de los que habían marchado con el Señor de la Guerra en la era perdida, inmerso en la cruel tutela del Ojo y ahora avanzando bajo los colores del Despojador. Habían sido hinchados, cambiados y devastados por los dones de sus dioses, hechos más fuertes y más salvajes, los heraldos de una nueva era de ruina. Este era su lugar, y se estrellaron a través de las nubes de vapor con un alarde de seguridad.

Choqué contra el primero de ellos, un campeón de complexión gruesa con una máscara mortuoria e hinchada, sus lentes tan rojos como las brasas y su armadura cubierta con láminas de piel desollada. Golpeó su espada en mí, y Gnosis se encontró con la estocada a mitad de camino, volviéndola antes de que los campos de energía explotaran en gruñidos de llamas. Golpeé con mi guantelete, rompiéndolo en su sello de gargantilla, luego cambié mi espada para conducirla debajo de su peto. Era rápido y fuerte, pero había terminado con muchos de su clase en cientos de juegos de sangre. Sabía la forma en que peleaban, conocía sus doctrinas y sus hábitos, así que empujé una última vez, impulsando a Gnosis a sus pulmones y atravesando el paquete de energía más allá. Las celdas del reactor, deformadas y corroídas como estaban, explotaron ruidosamente, quemándolo desde adentro.

Dejé a un lado su cuerpo espasmódico y avancé aún más, abriéndome camino fuera del pasillo y hacia las madrigueras más allá. Mis hermanos vinieron conmigo, al igual que las anatemas psykana. Cada paso se volvió sangriento y laborioso. Los legionarios que se aproximaban obstruyeron los estrechos pasillos, chocando contra nosotros y persiguiendo nuestros movimientos. Sentí mis músculos arder, mi auramita se flexionó bajo los golpes, mi lanza tembló ante cada impacto.

Las hermanas mataron con odio en sus ojos. Su velocidad y fuerza provenían de la ira ahora, tal como lo había hecho en Terra. No se estaban dando nada, arriesgándose todo solo por la oportunidad de lastimar a quienes las habían lastimado. En espacios tan reducidos, eran formidables, casi elementales, capaces de usar sus marcos más ligeros para correr hacia espacios y alejarse del peligro.

Éramos diferentes. Luchamos como siempre lo habíamos hecho: metódicamente, precisamente, cayendo en la numerología del futuro

cercano y adelantándonos al pensamiento mortal. Estos guerreros estaban acostumbrados a matar, ya sea en el ojo contra su propia especie o contra los defensores mortales de su reino, pero nos habían obligado a cazarlos. Ese fue quizás el más oscuro de los muchos secretos que llevamos: que desde el principio, incluso antes de la Gran Cruzada, estábamos preparados para esto y diseñados para superarlos. Para la galaxia en general, estos guerreros eran la mayor de sus armas creadas, el apogeo de su genio marcial. Los consideramos solo como nuestra presa natural.

Los rasgué y los destrocé. Rompí su armadura y abrí su carne en cintas. Mis hermanos hicieron lo mismo, trabajando en perfecto silencio, cada uno consumido con su propio estudio del asesinato. Los legionarios nos maldijeron en lenguas muertas hace mucho tiempo, repitiendo burlas que habían sido antiguas incluso en el momento del asedio, pero no respondimos, y sus armas caídas se estrellaron contra nuestras brillantes cuchillas de auramita en cascadas de luz disruptiva.

Todo el tiempo llegaban más para repelernos, coagulando como células en el torrente sanguíneo. Supuse que se estaban convocando números aún mayores desde la superficie. Puede que ya haya habido cientos en esa nave, y después de cierto punto esos números lo dirían.

Pero no todavía. Tuve la señal en mi augur, y me impulsó hacia adelante. Cubierta por cubierta, pasillo por pasillo bañado en sangre, nos abrimos paso hacia la meta.

Eso era lo único que existía para nosotros entonces. Estábamos perdidos en esa oscuridad empalagosa, cavando aún más profundo, llegando tan lejos que pronto la luz misma se convirtió en un recuerdo. Sentí que toda la estructura se cerraba a mi alrededor, sentí la resonancia maligna de sus toneladas y toneladas de metalistería corrupta, sus dispositivos antiguos y sus cámaras con infusión de disformidad, y por un breve momento herético recordó esa otra catacumba, aquella donde me habían repelido.

Pero no había un umbral que pudiera impedirme aquí. Estaba fuera, era libre, y ahora la venganza me esclavizaba los talones.



ALEYA XXVIII

Dejo que Valerian guíe nuestro camino dentro de esa nave. Todo lo que deseaba hacer allí era causar el mayor daño posible.

Tuvimos pérdidas desde el principio. Las primeras cayeron en esa sala, atrapadas por un pesado fuego de bólter y enviadas hacia la oscuridad. Incluso una vez que ganamos los pasillos fuimos golpeadas, porque esos enemigos eran implacables. Apestaban a sangre y eran brutalmente difíciles de derribar. Si no hubiéramos tenido a los Custodios con nosotras, nos hubiera ido mucho peor, pero incluso ellos fueron probados por lo que pelearon.

Poco importaba, porque tenía lo que deseaba en esos momentos. Podía mirar a mi enemigo a los ojos y probar mi espada contra la suya. No hubo duelos de honor en esa lucha desesperada como podría haber habido en otra época, ya que solo deseábamos infligir daño. Nos unimos a ellos, sumergiéndolos en esos estrechos y claustrofóbicos corredores antes de desarmarlos en representaciones combinadas de venganza. Nuestra relativa falta de volumen era incluso una ventaja, ya que podíamos acercarnos, cortar sus vías respiratorias y romper sus lentes.

Los Custodios establecieron un ritmo de castigo, y pronto estuvimos profundizando, abriendo un camino hacia los niveles del motor donde la maquinaria pesada vibraba y gritaba. Toda la nave era una guarida de shedim semifusibles, encerrados en el metal fundido y escupiendo blasfemias mientras corríamos. Cuando pude, destrocé esos accesorios, disfrutando de los gritos mientras separábamos el hierro demoníaco de su montaje. No me preocupaba mi propia seguridad, porque sabía muy bien que moriríamos en ese lugar, pero cada cadáver que creamos todavía se sentía como una bendición, una ofrenda en el altar de nuestro largo sufrimiento. Pensé en mis hermanas en Arraissa cuando maté. Con cada vida que apagaba, firmaba otro nombre, haciendo coincidir los cadáveres con los que aún recordaba.

Finalmente, nos acercamos a la base misma de esa enorme embarcación, en los sumideros de lastre donde el aire estaba espeso con dióxido de carbono y la cubierta palpitaba con calor de enginarium. Nuestro grupo había disminuido bajo el constante contraataque, e incluso un de los camaradas de Valerian había sido asesinado, su cabeza fue aplastada por un bruto con puño de demonio. El resto siguió luchando después de eso sin el más mínimo cambio de comportamiento: sus golpes se mantuvieron igual de metródicamente perfectos, ni más rápidos ni más lentos, una exactitud de matanza de tic-tac.

Fue solo cuando nos acercamos a nuestro destino, el lugar que Valerian había seleccionado como el lugar donde aguantaríamos, que sentí algo que me molestaba: un arrastre numinal, como una repentina flexión de alta gravedad, deslizándose a través del lodo de semi-luz. Los pasillos se deslizaron en una borrosa orgía de carnicería apretada, y el arrastre se hizo más pronunciado, hasta que sentí que me dirigía a algo totalmente nuevo y también terriblemente familiar.

Finalmente nos abrimos paso hacia una cámara alta con un pesado par de puertas blindadas con dientes de sierra en el otro extremo. Valerian destrozo un guardia de los legionarios con una sola mano, girándolo antes de romperle el cuello, mientras nosotras nos encargamos del resto. Luego, pusimos cargos contra la puerta, docenas de ellos, y los volamos en fragmentos.

En el otro extremo, un gran pozo cilíndrico se abría ante nosotros, un eje circular que desapareció en el cuerpo de la embarcación encima de nosotros y salió a través del casco inferior. El volumen era colosal, más de cien metros de diámetro y mucho más alto. Cuando miré hacia abajo pude ver directamente en el vacío, y el disco brillante de la atmósfera superior de Vorlese nos miró desde detrás de un brillo de blindaje vacío. La fuerza eléctrica subía y bajaba por el eje, atrapando las paletas del alimentador que sobresalían a intervalos regulares. Por un momento me asaltaron con una poderosa sacudida de vértigo, dándome cuenta de que habíamos corrido hacia un precipicio sobre el infinito.

Miré hacia arriba. Algo vasto estaba suspendido sobre nosotros, sujeto por cadenas masivas del diámetro de los transportes de Rhino. Era realmente gigantesco, un largo fragmento de piedra negra que conducía directamente al corazón de la nave, facetado como un cristal, zumbando y tirando contra

sus ataduras. Al principio no entendí lo que era, solo que era tan grande que la mitad de todo el crucero debe haber sido vaciado para poder transportarlo.
Entonces, de repente, supe por qué me sentía como lo hacía. Quizás ningún otro mortal hubiera experimentado la misma sensación, porque esa cosa, esa inmensa vara de piedra oscura, era lo mismo que yo. Un nulo. Un espacio. Un sumidero y un disipador de fuerza psíquica. Era un individuo solitario, capaz de proyectar mi repelencia única solo unos pocos metros; esta cosa debe haber tenido el poder de negar la deformación en un amplio rango.
No entendía completamente para qué propósito podría servir, pero podría comenzar a adivinar. Esta nave había llegado a la mitad de la galaxia con esta carga nula, acondicionada puramente para transportarla, corriendo muy por delante de los grandes ejércitos del Despojador para ponerla en posición aquí. Desde la brecha en el casco del crucero pude incluso ver la carnicería forjada debajo de nosotros en la superficie del planeta: una gran cicatriz cortada en el terreno prístino, cientos de kilómetros cuadrados quemados y asegurados en preparación para lo que estaba por venir.
Se lanzaría. El fragmento sería arrojado al mundo de abajo. Y cuando lo hiciera, este sistema se oscurecería. Ya podía sentir una enorme acumulación de poder a nuestro alrededor, y vi luces rojas de señalización correr por el largo eje hasta la abertura en el borde del casco.
¡Las cadenas! Señale frenéticamente, viendo que las grandes fijaciones donde los grilletes se unían con la pared interna pronto explotarían, perdiendo el fragmento para hundirlo en los planetas.
La superficie cóncava del pozo estaba acribillada con escaleras y plataformas de acceso, enredando las paredes hasta arriba. Por encima de nosotros estaba el primero de muchos puntos de anclaje para las cadenas, hinchado en un enorme mamparo que se adentraba en el vacío. Subí a toda prisa la escalera más cercana, una escalera gruesa de óxido que se abría paso dentro de una jaula de metal, Reva me pisó los talones.
Justo cuando me acercaba a la cumbre, el primer fuego de bólter rebotó, rompiendo la cadena podrida y golpeando con fuerza en las secciones de la pared más allá. Llovieron más disparos y vislumbré legionarios que emergían de los puntos de acceso por encima de nosotros, debajo de nosotros, a lo largo del extremo más alejado del pozo. Los pórticos

motorizados comenzaron a crujir a través del golfo, listos para unir los dos lados, y más escuadrones de la matanza los golpearon, listos para lanzarse directamente hacia nosotros.
Seguí avanzando, resbalando y tropezando, mis manos luchaban por agarrar los peldaños a medida que pasaban los proyectiles. Estábamos horriblemente expuestas, abiertos al fuego a distancia, y una vez que los pórticos se estrellaran contra el enemigo, sería libre de atacar directamente. Casi no había cobertura, solo las redes de andamios y escaleras de acceso, que harían poco contra la furia.
Llegué al mamparo, me arrastré a través de un amplio puerto de acceso y subí a su cumbre, un plano de adamantium resistido de no más de diez metros de ancho. Ante mí estaba el anclaje de la cadena, una maraña hinchada de roca rocosa del tamaño de un Land Raider que fijó el primero de esos enormes y grandes eslabones a la pared interior del pozo.
Reva emergió a mi lado, corriendo hacia el perímetro del mamparo, disparando todo el tiempo con su pistola. Tomé el último de mis cargas de melta y los golpeé contra el mecanismo de perno del amarre incluso cuando los klaxons de advertencia sonaron para su liberación.
Luego fui golpeada en el hombro, arrojada al suelo y arrastrada por el impulso. Tuve una breve impresión del abismo que giraba debajo, y vi el brillante disco de Vorlese borroso en el fondo del pozo, antes de que un guante firme me agarrara y me arrastrara hacia atrás. Me encontré mirando el yelmo de Valerian por un breve momento, luego él saltó, disparando rayos con su lanza de guarda y protegiéndome de más golpes.
Mis cargas de melta volaron en secuencia, fusionando los enlaces masivos a su alojamiento en una explosión secuencial de plasma rugiente. Las runas que parpadeaban sobre la maquinaria arcana de repente se pusieron rojas, y la pesada cadena se tensó, lanzando chispas y sacudiendo toda la plataforma del mamparo. Para entonces, otros de nosotros habíamos llegado a la misma posición, y nos agrupamos allí, tanto Custodios como Hermanas, disparando a los legionarios que se aproximaban y usando la escasa cobertura que pudimos para protegernos de la tormenta de los proyectiles entrantes.
Desde abajo, desde donde habíamos emergido, escuché el estallido de nuevos combates: ocho de mis hermanas y dos de la cámara de Valerian se habían quedado atrás para sostener la puerta, y ahora lucharon

desesperadamente contra la carga de los pasillos más allá. Más proyectiles golpearon la carpintería metálica que nos rodeaba, detonando en ráfagas de astillas y golpeando nubes de roca pulverizada en el aire.
Me agaché, manteniendo mi espada en una mano mientras alcanzaba mi pistola. Valerian estaba a mi lado entonces, su armadura más pesada absorbía golpes que habrían pulverizado la mía. Incluso cuando abrí fuego pude escuchar los gritos amortiguados de mis hermanas cuando fueron cortadas una por una, el único sonido que había pasado por sus labios desde el Voto. Vi a un Custodio golpeado por un montón de fuertes impactos, su placa de batalla golpeada en cráteres sangrientos y su lanza destrozada.
La cadena aún estaba tensa. Mientras sostuvimos ese baluarte, el fragmento no pudo liberarse. Observé cómo los eslabones torturados se estiraban y chispeaban nuevamente, forzándose contra la armadura derretida y abriendo grietas en la roca. El amarre se cerró rápidamente. Tendría que soltarse a corta distancia antes de que pudieran completar el lanzamiento, y nuestro enemigo lo sabía.
Empujé mi espalda hacia la masa carbonizada de herrería fundida, disparando constantemente a los legionarios que se acercaban para atacarnos. Estábamos cercados contra el afloramiento del mamparo, nuestras municiones se agotaban rápidamente y nuestra armadura ya se teñía y marcaba. Había tantos de ellos ahora, saliendo de cada abertura, sus lentes rojas brillando en medio de los cascos oscuros, su lenguaje maldito resonando contra las altísimas paredes de adamantium.
El primero de ellos llegó al final de los pórticos que se avecinaban y saltó entre nosotros. Valerian lo recibió con su lanza, cortándolo casi limpio en dos y luego pateándolo al borde. Más se acumuló después de eso, y volví a cargar mi espada con las dos manos.
Nos estábamos muriendo. Para entonces quedaban menos de veinte, agrupados alrededor de ese amarre quemado, de espaldas el uno al otro y luchando duro. Docenas más de legionarios se estrellaron desde los pórticos completamente extendidos, y más allá de ellos vinieron docenas más: la marea nunca terminaba, una marejada ciclónica que nos abrumaría tarde o temprano, sin importar cuántos de ellos matamos primero.
Y luego vino lo más extraño de todo. Mientras balanceaba mi gran espada para enfrentar el próximo desafío, escuché a Valerian riéndose

suavemente. Ya había matado a un legionario y estaba matando a otro. Nunca lo había escuchado reír antes. Incluso mientras mataba con mi espada a mi propio enemigo, encontré todo el asunto sorprendentemente surrealista.
-Aguanta, anatema- me dijo, su lanza girando a su alrededor en esas gloriosas parábolas doradas. -**Aquí es donde termina. Hagamos que sea una leyenda para las edades.**
Estaba eufórico. Podía escuchar la alegría de la batalla en su voz. Resultó que todo lo que había pensado sobre él estaba mal: era capaz de moverse más allá de sí mismo, de escapar de esa tumba infernal en Terra y convertirse en mucho más.
Esta era una nueva era, pensé entonces. Habíamos vivido para verlo amanecer, y habíamos luchado por su supervivencia. La muerte en esa causa no fue una tragedia; Fue un privilegio.
Entonces hablé. Lo hice. ¿De qué servían entonces los votos? Nunca me habían ayudado antes.
-Solo por su voluntad- dije en voz alta, luchando duro, saboreando mis últimas palabras mientras se escapaban de mis labios.



TIERON XXIX

Déjame decirte qué clase de comandante tenía ahora el Imperio.
El curso de acción más seguro, una vez que hubiéramos quemado la disformidad en el Sistema Vorlese, habría sido destruir la flota enemiga al instante. Teníamos las armas para eso, y sabíamos cuál era su propósito. Cuando salimos a la órbita y vimos ese escuadrón ruinoso en la geoestación sobre el sitio despejado de abajo, esperaba que las lanzas se encendieran.
Sin embargo, eso no fue lo que paso.
-Si aún viven, se merecen más que el martirio- dijo, preparándose para liderar la primera de las muchas batallas de embarque en el gran crucero.
Y entonces él mismo entró en combate, un primarca liderando su propia fuerza de Marines Espaciales, algo así como un perfil que nunca había visto antes. Nuestros acorazados dispersaron a las escoltas enemigas y pusieron a cero sus poderosos cañones. Una vez que los escudos del gran crucero quedaron paralizados, cientos de ellos se teletransportaron en contacto, barriendo ese viejo casco corrupto como un viento de tormenta y arrastrándolo hasta el metal. Sus órdenes eran apoderarse de la nave y recuperar a cualquiera de los nuestros que aún sobrevivieron dentro de ella.
Entonces entendí por qué tantos seguirían a este líder. Es posible que haya oído hablar de su reputación de cálculo y dominio estratégico frío, pero eso solo cuenta una parte de la historia. En una época inhumana, nos recordó lo que habíamos perdido.
Se me permitió tomar un transbordador una vez que la nave enemiga había sido asegurada y lo peor de la lucha había terminado. Nunca deseo volver a encontrarme en un lugar así, cada remache era repugnante, resonante con el mismo horror latente que los demonios nos habían traído a Terra. Tuve que taparme la boca mientras me escoltaban a través de esos

corredores oscuros y húmedos, eligiendo no mirar en las muchas cámaras por las que pasábamos para no ver algo que me volviera loco.
Guilliman quería que yo viera el sitio de la batalla final por mí mismo. Quería que viera el gran eje, y los restos de esa torre que colgaba de sus pesadas cadenas, solo para que quedara claro lo cerca que habíamos llegado. Si se hubiera desplegado el dispositivo, el tránsito de deformación a través del nodo Vorlese habría sido imposible, paralizando la cruzada antes de que pudiera haber comenzado y retrasándola durante años.
En esa etapa, no entendíamos completamente cómo pudieron hacerlo, y los orígenes del fragmento solo se descubrirían más adelante. Durante eones, resultó que estos objetos habían sido incrustados en los suelos de Cadia, parte de una red mal entendida que había mantenido la Puerta abierta desde tiempos inmemoriales. La toma del Despojador de ese mundo finalmente había destruido sus grandes pilones, permitiendo que el Ojo se derrame por fin de sus límites e infecte a la mitad de la galaxia. Solo se recuperaron astillas de esos centinelas originales, meros fragmentos del nexo oculto que alguna vez existieron para hacer retroceder las mareas. Fueron tomados de Cadia, templados en forjas oscuras, atados por brujerías y aumentados en ritos empapados de sangre hasta que su poder original se convirtió en el de la destrucción de éter puro. Solo uno de esos fragmentos ahora era capaz de extinguir el toque de la disformidad de todo un sistema planetario. Y si ese sistema se encontraba en el centro de un conducto de disformidad, entonces el conducto también se perdería.
Había una oscura ironía en eso. Durante tanto tiempo nos habíamos beneficiado de las propiedades esotéricas de los pilones de Cadia para mantener restringidos a nuestros enemigos. Ahora, tras romper sus ataduras, el Despojador había convertido los restos de su vieja jaula en armas.
Por supuesto, en aquel entonces no sabía nada de eso, y asumí que simplemente habíamos tropezado con algún instrumento arcano de procedencia desconocida. Sin embargo, mientras miraba el poderoso pozo hacia la astilla suspendida de piedra oscura, pude sentir su error, como si absorbiera toda la vida y la esperanza. Recordé cómo me había sentido la primera vez que me trajeron a Aleya, y percibí el parecido.
Realmente no entiendo esa repulsión, incluso ahora. La disformidad fue la fuente de tanta angustia para nosotros y, sin embargo, su ausencia generó

quizás el mayor aborrecimiento de todas. Supongo que es la tragedia de nuestro tipo: somos como las polillas a la luz, unidas inextricablemente a lo que nos destruye. No veo ninguna solución para ese enigma, y me pregunto a menudo si alguna vez realmente lo hizo.

Quizás los custodios saben más que nosotros. Si es así, por supuesto, nunca hablarían de eso. Han cambiado de alguna manera, pero muchas cosas siguen siendo las mismas.

No esperaba volver a ver a Valerian. En el caso, sin embargo, me sorprendió. Vivía, al igual que otras dos, incluida la anatema psykana que había venido con él a verme. El capitán de los Marines Espaciales de Guilliman me dijo que habían sido descubiertos aún en pie, sus cuerpos atravesados por heridas, su armadura destrozada, pero aún estaban luchando. Cuando llegué al sitio, encaramado en lo alto de la pared curva de ese abismo, los equipos de medicamentos ya se los llevaban. Los montones de cuerpos alrededor del mamparo y las ruinas destrozadas del muro de roca más allá eran testimonio de su extraordinaria resistencia.

Sin embargo, no podía compartir ninguna palabra con él: estaba inconsciente, su rostro devastado escondido detrás de un respirador y sus extremidades rotas cubiertas con puntales de metal. Su capa negra se había quemado, dejándolo solo con su placa de batalla de oro. Incluso en ese estado comatoso, pensé cuánto más guerrero que lo hacía parecer, menos un guardián hierático del Palacio, más como el Adeptus Astartes. Tal vez acabarían con esas túnicas negras ahora, creo que se habían ganado el derecho de desecharlas.

La Hermana del Silencio fue herida de manera similar, al igual que el otro Custodio vivo. Todos fueron llevados reverentemente, y cuando fueron tomados, el poder en la cámara cilíndrica fue finalmente drenado, poniendo fin a la amenaza que representaba el fragmento. Sin embargo, su verdadera victoria había sido más profunda que eso, porque estaba claro que nadie más podría haber esperado haber mantenido ese terreno durante tanto tiempo bajo un ataque tan sostenido. Más elocuentemente que cualquier argumento en el Consejo, ese desafío había hecho el caso, y contra todo mi pesimismo, los efectos de la disolución se produjeron al final. En el Consejo lo llamarían el precedente Vorlese, el principio de desplegar la Guardia de custodia para aquellas acciones raras en las que sus talentos únicos podrían emplearse mejor y donde nadie más podría

servir. Les gusta dar a estas cosas tales nombres. Les hace sentir, supongo, que todavía tienen el control.
La batalla más amplia aún no había terminado, por supuesto. Se avecinan duros combates para recuperar el planeta de abajo y asegurarlo contra nuevos ataques. El enemigo se había estirado hasta el límite para atacarnos tan cerca, pero no podíamos estar seguros de que otro ejercito no vendría inmediatamente después del primero, por lo que Guilliman ordenó un flujo constante de refuerzos para unirse a nosotros en los próximos días. Vorlese se convertiría en una fortaleza, una a través de la cual pronto pasarían cientos de buques de guerra. Habíamos perdido un gran mundo centinela; pronto se levantaría otro para tomar su lugar.
Observé lo que pude de esas preparaciones, sin saber exactamente cómo habían hecho las cosas los viejos y sintiéndose demasiado viejo para ser un buen ejemplo de la raza. En mi opinión, los grandes cronistas del pasado siempre habían sido más jóvenes, llenos de un dinamismo que nunca había poseído realmente. Cuando rompimos el velo de regreso a Terra, sin embargo, tenía listas de datos llenas de material, todo lo cual diligentemente compilé en mi cuenta y puse en los archivos.
Esto es lo que está leyendo ahora, por supuesto, complementado por el testimonio oral de otros. Confío en que será útil, incluso cuando la Cruzada Indomitus se abre paso entre las estrellas y la guerra como nunca antes. Mucho depende de esto, y nuestra supervivencia como especie todavía está en juego. Realmente no sé si Guilliman es el salvador que muchos piensan que es, pero sigo siendo muy afortunado de haberlo conocido, incluso por ese breve momento.
En el caso, esa corta excursión fue mi única experiencia de dicho servicio. No fui lo suficientemente fuerte para los rigores de una campaña a gran escala, y respetuosamente rechacé la oferta de un segundo puesto como recordatorio. Terra fue y siempre había sido mi verdadero hogar, a pesar de toda su locura y degradación.
Sin embargo, más que eso, me di cuenta de que había estado distraído por todo esto durante demasiado tiempo, perdido en mis viejos roles pero sin mis viejos poderes. Todas las cosas cambian, y todas las cosas se desvanecen, y luchar contra la disminución de esa luz habría sido arrogancia, no desafío. El Consejo de Altos Señores permanecería en su

lugar, aunque con personal algo alterado y un poder muy reducido, y alguien necesitaba masajear sus egos y acorralarlos.
Yo no, entiendes. El nuevo canciller, como seguramente sabrán, era Jek, y no podría haber pensado en nadie más adecuada para la tarea. Me siento halagado de que haya tenido una tutela de primera clase, aunque sospecho que a su debido tiempo me dejará muy atrás. Mientras tanto, ofrezco todos los consejos que puedo, con la esperanza de no sobrepasar mis límites, y paso más y más tiempo con las colecciones de adornos en mis habitaciones. Me permitieron mantener esa habitación como estaba, y encuentro que los artefactos son un consuelo. Lo hice para exhibir lo mejor de nosotros, y no quisiera que un escólido oficioso lo rompiera y enviara los jarrones al horno.
Siento que la edad se me acerca ahora. No me someteré a más tratamientos de rejuvenecimiento, ya que sospecho que esta galaxia se está convirtiendo en algo que no reconoceré pronto. Se avecinan años más oscuros, como siempre lo han hecho, y se necesitarán almas más fuertes para enfrentarlos.
Pero tuve la suerte de presenciar esos días, a pesar de su horror. Tuve la bendición de ver el regreso del primarca, y los Custodios Adeptus se levantaron de su larga vigilia para vengarse de los confines de la galaxia.
Durante tanto tiempo había dudado de mi valía, sin sacudirme nunca de la leve vergüenza que me había perseguido desde la infancia, pero ahora podía mirar hacia atrás de mi parte en ese gran cambio y sentir cierta satisfacción. Harían la diferencia ahora.
Valerian está entre ellos, creo, al igual que Aleya. En algún lugar en el vacío están matando, él con ecuanimidad, ella con esa ira siempre ardiente. Quizás incluso sirvan juntos. Espero volver a verlos antes del final, aunque estoy reconciliado con el hecho de que probablemente no lo haga.
Las cosas se desarrollarán como lo harán. La experiencia me ha hecho aceptar más eso.
Ya no entretengo el más oscuro de los pensamientos. Creo que he aprendido a confiar un poco más. He aprendido a dejar ir las cosas.
Sobre todo, ya no dudo.

FIN